

UC-NRLF



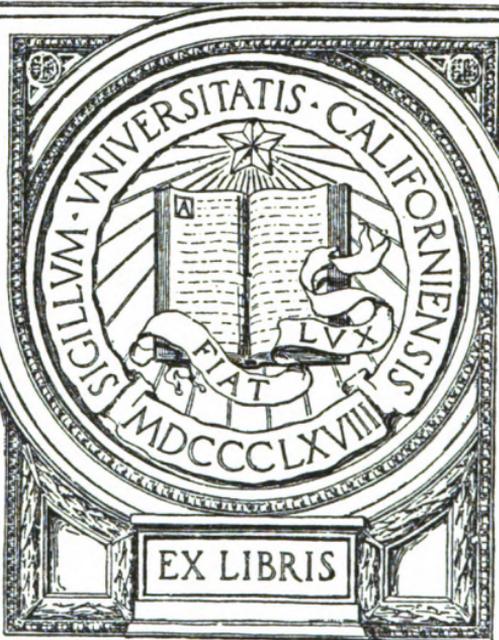
B 3 142 248

B

IBLIOTECA

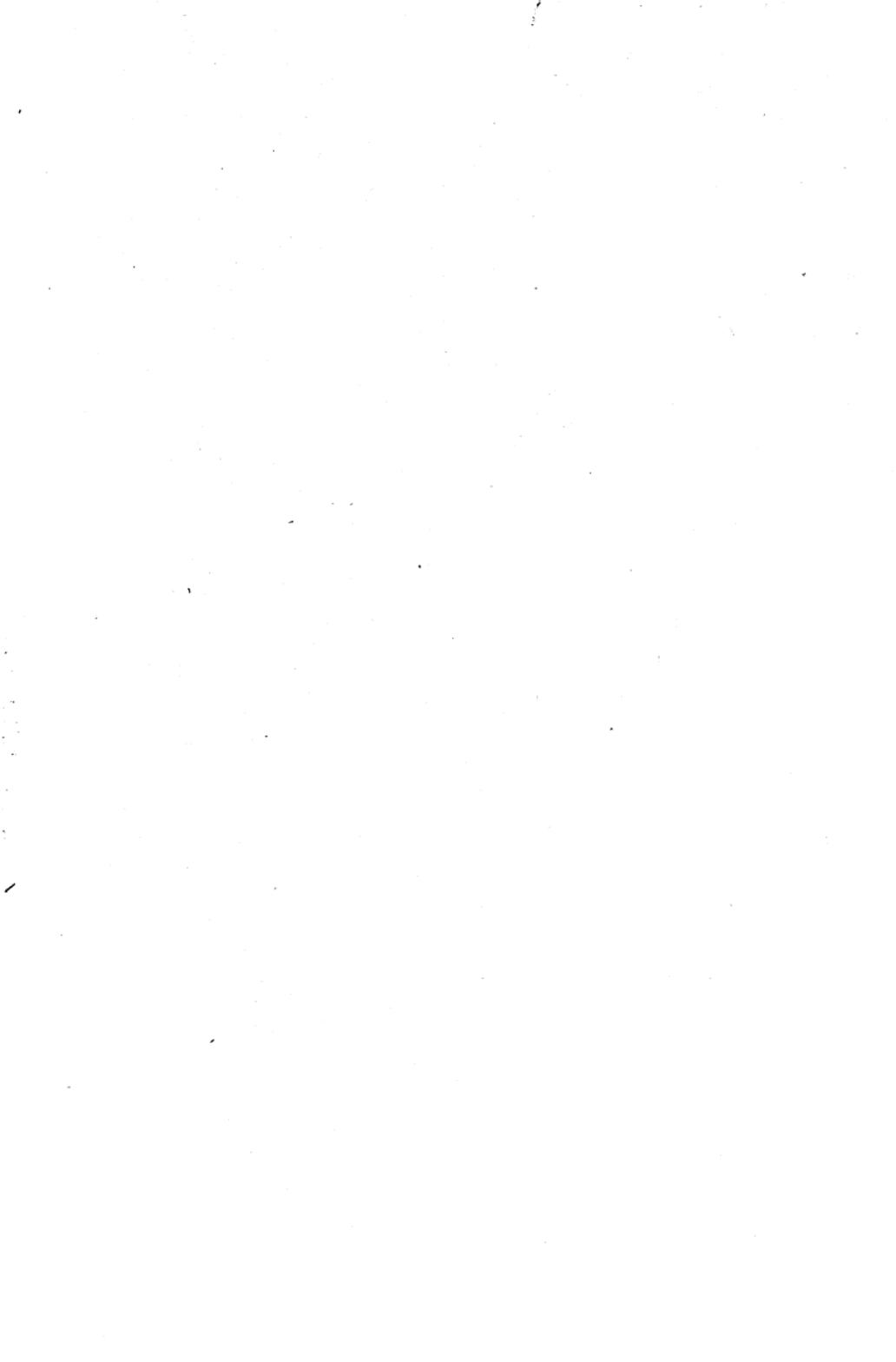
CLÁSICA.

GIFT OF  
*J. C. Cebrían*



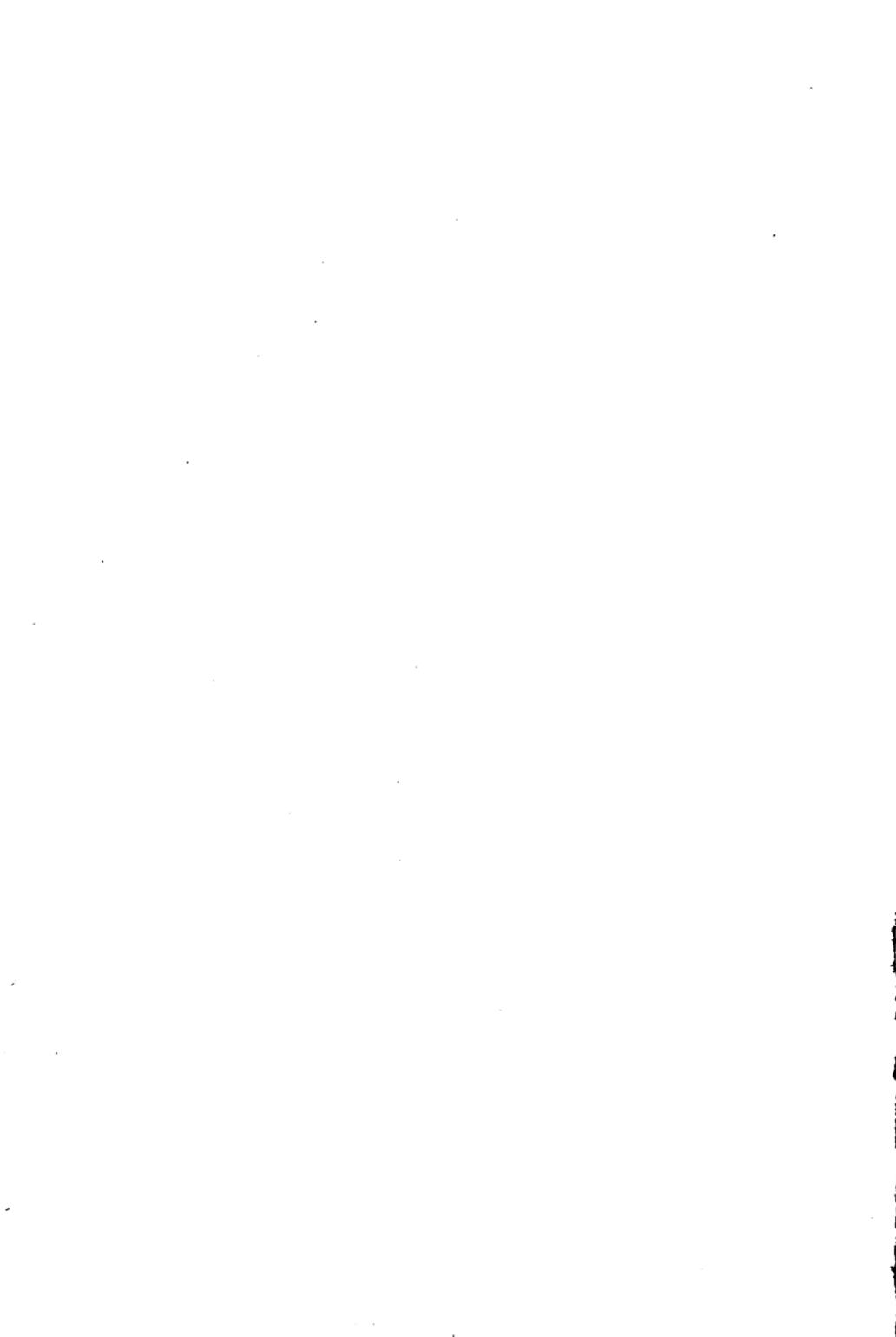
EX LIBRIS





# **HISTORIA DE ITALIA**

DESDE 1494 Á 1532



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXXXIII

---

HISTORIA  
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUCEDIDAS  
DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA  
CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

---

TOMO III.

---

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>  
calle del Arenal, núm. 11.

1890

J. C. Galvan,

1201 G. GALVAN,

1201 G. GALVAN - CAL.

—  
**ES PROPIEDAD.**  
—

TO VINU  
ABSOLUO

# HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1494 AL DE 1532.

---

## LIBRO VII.

*(Continuación.)*

---

### CAPITULO III.

Quejas del Pontifice contra el rey de Francia por los asuntos de Génova.—Dieta de los Príncipes de Alemania en Constanza.—Discurso del Emperador induciéndoles á declarar la guerra á Francia.—Fernando de Aragón parte de Nápoles para volver á España.—Gonzalo de Córdoba le acompaña.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Francia en Savona.—Ultimos honores tributados al genio del Gran Capitán.—Conferencia de ambos Reyes.—Sospechas y malcontento del Pontifice.—Determinación de la Dieta de Constanza.—Próxima venida del Emperador á Italia.—Los venecianos en duda de confederarse con el Emperador ó con el rey de Francia.—Discursos del Foscareno y de Andrea Gritti en el Senado veneciano.

No bastaba nada para moderar el ánimo del Papa, el cual, interpretando todas las cosas en el peor sentido, se quejaba de nuevo grandemente el Rey, como si, por su medio, hubiera procedido que Anníbal Bentivoglio,

con seiscientos infantes recogidos en el ducado de Milán, hubiese intentado en aquellos días entrar en Boloña, afirmando que, de suceder esto, hubieran pasado más adelante sus determinaciones contra el Estado de la Iglesia.

Enojado por esto, aunque había nombrado antes con gran dificultad cardenales á los obispos de Aux y de Bayeux, rehusaba nombar al obispo de Albi, quejándose de que hubiese permitido Chaumont, su hermano, que habitasen los Bentivogli en el ducado de Milán. Mas lo que causaba mayor cuidado era que, llevado no menos del odio que de la sospecha, cuando el Rey publicó que quería con las armas reducir á su obediencia á los genoveses, había significado, por sus Nuncios y con un Breve, al Rey de Romanos y á los otros Electores del Imperio, que el rey de Francia se prevenía para pasar á Italia con ejército muy poderoso, fingiendo que quería refrenar los alborotos de Génova, los cuales estaba en su mano aquietarlos con sólo su autoridad, pero que lo cierto era que lo hacía para oprimir el Estado de la Iglesia y usurpar la dignidad del Imperio.

Lo mismo le significaban, demás del Papa, los venecianos, movidos del mismo temor por la venida del rey de Francia á Italia con tan grande ejército.

Al saber esto Maximiliano, deseosísimo por su condición de cosas nuevas, habiendo vuelto de Flandes aquellos días, donde intentó en vano tomar el gobierno de su nieto, había juntado en la ciudad de Constanza á los Príncipes de Alemania y á los representantes de las villas francas (llaman las villas francas á aquellas ciudades que, reconociendo en ciertas pagas señaladas la autoridad del Imperio, se gobiernan en todo lo demás por sí mismas, atentas á no extender su territorio, sino á conservar su propia libertad), donde concurrieron los barones, los príncipes y los pueblos de toda Alemania

por ventura más presto y en mayor número que en mucho tiempo habían concurrido á ninguna Dieta, pues vinieron personalmente todos los electores y príncipes eclesiásticos y seculares de Alemania, excepto aquellos que estaban detenidos por algún justo impedimento, si bien enviaron en su representación á la Dieta sus hijos ó sus hermanos ú otras personas parientes suyos que representaban su nombre. Asimismo todas las villas francas enviaron embajadores. Juntos todos, hizo el Emperador ver el breve del Papa y muchas cartas por donde le significaban de diferentes partes lo mismo, y en algunas de ellas se decía expresamente que la intención del rey de Francia era poner en la Silla pontifical al cardenal de Rohán y recibir de él la corona del imperio. Estando ya, por estos avisos, irritados con gran indignación los ánimos de todos, el Emperador, al cesar el ruido, habló de esta manera:

«Ya veis, nobilísimos electores, príncipes y respetables embajadores, los efectos que ha producido la paciencia que hemos tenido por lo pasado y el fruto que ha hecho el haberse despreciado mis quejas en tantas Dietas; ya veis que el rey de Francia, que primero no se atrevía á intentar lo que tocaba al Sacro Imperio, sino con grandes ocasiones y con colores aparentes, ahora se previene descubiertamente, no para defender á nuestros rebeldes, como otras veces lo ha hecho, ni para ocupar en alguna parte los derechos del Imperio, sino para despojar á Alemania de la dignidad imperial, ganada y conservada con tan gran valor y con tanto trabajo de nuestros mayores. No le incita á tan gran atrevimiento el estar acrecentadas sus fuerzas, ni disminuídas las nuestras, ni tampoco él ignora cuánto más poderosa es sin comparación Alemania que Francia, sino por la esperanza que ha concebido, por lo que ha visto en las cosas pasadas, de que nosotros he-

mos de ser siempre los mismos; que nuestras diferencias ó flojedad han de poder más que los estímulos de la gloria y hasta de nuestro bien; que por las causas mismas porque hemos sufrido con tanta vergüenza que haya ocupado el ducado de Milán, que haya sustentado las discordias entre nosotros y que defienda á los rebeldes del Imperio, hemos también de sufrir que nos quite la dignidad imperial, pasando á Francia el lustre y esplendor de esta nación.

»¡Cuánta menor ignominia sería para nuestro nombre y cuánto menor dolor sentiría mi ánimo si fuese notorio á todo el mundo que el poder de Alemania era inferior al de Francia! Porque menos me atormentaría el daño que la infamia; pues, á lo menos, no se atribuiría á vileza ó á imprudencia nuestra lo que procedería de la calidad de los tiempos ó de la contrariedad de la fortuna. ¡Qué mayor infelicidad ó qué mayor misterio que vernos reducidos á estado que hayamos de desear ser poco poderosos! ¡Estar obligados á elegir voluntariamente un gran daño por excusar (que no se puede de otra manera) la infamia y vituperio eterno de nuestro nombre! Pero vuestra magnanimidad, experimentada tantas veces en cosas particulares, la ferocidad propia y única de esta nación y la memoria del valor antiguo y de los triunfos de nuestros padres, terror y espanto de todas las otras naciones, me dan esperanza y casi certeza de que, en causa tan grave, se hayan de despertar vuestros espíritus belicosos y no vencidos. No se trata de la enajenación del Estado de Milán, ni de la rebelión de los suizos; cosas en que, aunque son tan graves, ha sido ligera mi autoridad, por la afinidad que tenía con Luis Sforza y por los intereses particulares de la casa de Austria. Pero ahora, ¿qué excusa se podría pretender? ¿Con qué velo se podría cubrir nuestra ignominia? Trátase si los alemanes, poseedores, no por la fortuna,

sino por su valor, del imperio romano, cuyas armas domaron en tiempos pasados casi todo el mundo, cuyo nombre todavía es al presente espantoso á todos los reinos de la cristiandad, se han de dejar despojar vilmente de tan gran dignidad, si han de ser ejemplo de infamia, si se han de volver, de la primera y más gloriosa nación, la última, la más escarnecida y la más vituperada del mundo. ¿Qué razones, qué intereses y qué enojos os moverán nunca si estos no os mueven? ¿Cuáles despertarán en vosotros las semillas del valor y de la generosidad de vuestros pasados si éstas no los despiertan? ¿Con cuánto dolor oirán en los tiempos futuros nuestros hijos y nuestros descendientes la memoria de vuestros nombres, si no conserváis en aquella grandeza y autoridad el nombre germano en que os lo conservaron vuestros padres?

»Pero dejemos aparte los consejos y persuasiones, porque no me conviene, instituido por vosotros en tan grande dignidad, extenderme en palabras, sino proponeros hechos y ejemplos. Yo he determinado pasar á Italia con ocasión de recibir la corona del Imperio (solemnidad, como es notorio, más de ceremonia que de sustancia, porque la dignidad y autoridad imperial depende de todo punto de vuestra elección; pero principalmente para interrumpir estos consejos dañosos de los franceses y para echarlos del ducado de Milán, pues de otra manera, no nos podemos asegurar de su insolencia. Estoy cierto que ninguno de vosotros dificultará darme las ayudas que se acostumbran dar á los Emperadores que van á coronarse, con las cuales, juntas con mis fuerzas, no dudo que pasaré por todas partes victorioso y que la mayoría de Italia me saldrá á recibir, suplicándome unos que les confirme sus privilegios, otros para conseguir de nuestra justicia remedio de las opresiones que les han hecho, y otros para

aplacar con sumisión humilde la ira del vencedor. Cederá el rey de Francia sólo al nombre de nuestras armas, teniendo los franceses ante los ojos la memoria de aquel tiempo en que, siendo no sólo mozo, sino casi niño, rompí con verdadero valor y magnanimidad el ejército del rey Luis en Guinegatte, pues desde aquel tiempo hasta ahora, rehusando hacer experiencia de mis armas, nunca han peleado conmigo los reyes de Francia sino con engaños y asechanzas. Considerad con la generosidad y magnanimidad propia de tudescos si conviene á nuestra fama y honra en tan grave peligro de todos, resentirse perezosamente y no hacer, en caso tan extraordinario, extraordinarias provisiones. ¿No pide la gloria y la grandeza de nuestro nombre, de la cual ha sido siempre propio defender la dignidad de los Pontífices romanos y la autoridad de la Sede Apostólica, que ahora, con la misma ambición é impiedad son violadas por el rey de Francia, que, por decreto común de toda Alemania, se tomen para este efecto poderosísimamente las armas? Este interés es todo vuestro, porque yo he cumplido enteramente con mi misión, juntádoos prontamente para manifestaros el peligro común y animádoos con el ejemplo de mi determinación. En mí no faltará fortaleza de ánimo para exponerme á cualquier peligro, ni cuerpo hábil para sufrir cualquier trabajo por el continuo ejercicio, ni mi consejo en las cosas de la guerra, por la edad y por la larga experiencia que tengo, es tal, que os falte cabeza digna de todas las honras. Pero con cuanta mayor autoridad adornéis á vuestro Rey, y con cuanto mayor poder y ejército le asistáis, tanto más fácilmente, con suma gloria vuestra, defenderá la libertad de la Iglesia Romana, madre de todos, y se ensalzará hasta el cielo, juntamente con la gloria del nombre alemán, la dignidad imperial, grandeza y esplendor común para todos

vosotros y para esta poderosísima y ferocísima nación.»

Conmovió grandemente esta oración los ánimos de todos los circunstantes, avergonzándose de que, en las otras Dietas, no se hubiesen oído sus quejas, y era fácil añadir en los ánimos ya incitados nueva indignación, por lo cual, habiendo en todos gran ardimiento para no sufrir que la majestad del Imperio se transfiriese, por su negligencia, á otras naciones, comenzaron á tratar con grande unión los artículos necesarios, afirmando todos que se debía disponer un poderoso ejército y bastante (aun en caso que se le opusiese el rey de Francia y todos los italianos) para renovar y recuperar en Italia los antiguos derechos del Imperio, usurpados por las cortas fuerzas ó por culpa de los Emperadores pasados; que así lo pedía la gloria del nombre germano, el concurso de tantos príncipes y de todas las villas francas, y que era necesario esta vez mostrar al mundo todo que, aunque Alemania en muchos años no ha tenido unidas las voluntades, no por eso dejaba de tener el mismo poder y magnanimidad que había obligado á que todo el mundo temiese á sus antecesores; por lo cual universalmente acompañó á su nombre gran gloria y la dignidad imperial, y en particular muchos nobles habían alcanzado señoríos y grandezas y muchas ilustres casas habían reinado mucho tiempo en Italia en los Estados ganados con sus fuerzas.

Comenzábanse á tratar estas cosas con tanto calor, que era manifiesto hacía muchos años que no se había comenzado ninguna Dieta con mayores movimientos, persuadiéndose el mundo universalmente que, demás de las otras causas, animaba mucho á los electores y á los príncipes la esperanza que tenían de que, por la tierna edad del hijo del rey Felipe, hubiese de pasar la dignidad imperial (continuada sucesivamente en Alberto,

Federico y Maximiliano, todos tres de la casa de Austria) á otra familia.

Llegando estas cosas á noticia del rey de Francia, le indujeron á deshacer el ejército (por quitar semejantes sospechas) luego que hubo ganado á Génova, y hubiera vuelto á pasar los montes con la misma presteza, de no detenerle el deseo de verse con el rey de Aragón, el cual se disponía para volver á España, atento todo á volver á tomar el gobierno de Castilla, por no estar hábil Juana su hija para tan grande administración, no tanto por la flaqueza del sexo, cuanto porque, por humores melancólicos que se le descubrieron á la muerte de su marido, tenía falta en el juicio, y por no estar aún hábil su hijo primogénito y del rey Felipe por la edad, que no llegaba á diez años. Movíale demás de esto el ser deseado y llamado para aquel gobierno por muchos, á causa de la memoria de haber sido gobernados justamente por él, y floridos aquellos reinos por la larga paz.

Acrecentaban este deseo las diferencias que ya habían comenzado entre los grandes señores y el verse por muchas partes señales manifiestas de futuros alborotos; pero no lo deseaba menos su hija que, no teniendo poder sobre sí misma en otras cosas, estuvo siempre constante en desear la vuelta de su padre; negándose, á pesar de la sugestión é importunidad de muchos, á poner de propia mano su nombre en los despachos, sin cuya firma no tenían perfección los negocios ocurrentes, según la costumbre de aquellos reinos.

Por estas causas partió el rey de Aragón del reino de Nápoles sin haberse detenido en él más de siete meses y sin haber satisfecho la grande esperanza que tuvieron en su persona, no sólo por la brevedad del tiempo y porque dificultosamente se puede corresponder á los conceptos de los hombres que las más de las veces no se consideran con la debida madurez, ni se

miden con las proporciones ajustadas, sino porque se le opusieron muchas dificultades é impedimentos, por las cuales no hizo cosa alguna digna de memoria ó alabanza para la comodidad universal de Italia, ni causó provecho alguno ó beneficio al reino de Nápoles; porque, en las cosas de Italia, no le dejó pensar el deseo de volver pronto al gobierno de Castilla (principal fundamento de su grandeza), por el cual estaba necesitado á hacer todo esfuerzo para conservarse en amistad con el rey de Francia y el de Romanos, para que el uno, con la autoridad de ser abuelo de los hijos pequeños del Rey muerto y el otro con el poder vecino y con animar á que se le opusiesen sus enemigos, no le pusieran estorbo en su vuelta.

Causóle dificultad en poner orden y gratificar al reino de Nápoles el estar obligado, por la paz hecha con el rey de Francia, á restituir los Estados que se habían quitado á los barones anjovinos que, por concierto ó por remuneración, se habían distribuido en aquellos que habían seguido su partido, á los cuales, por no querer enajenarse su amistad, estaba obligado á recompensar con otros equivalentes, que se habían de comprar á otras personas con dinero, y estando sus rentas exhaustas para esto, veíase obligado, no sólo á sustentar las rentas reales por cualquier camino que pudiese, negando (á pesar de lo que acostumbran los nuevos reyes) todas las gracias y ejecuciones, y dejando de ejecutar cualquier especie de liberalidad, sino, con increíble queja de todos, á cargar á los pueblos, que esperaban ser libres y restaurados de tantos males.

No eran menores las quejas que se oían de los barones por todas partes, porque á los que estaban en posesión, además que dejaban sus Estados de mala gana, se les daban, por la necesidad, escasas y limitadas las recompensas, y á los otros se les minoraba cuanto se

podía en todas las cosas en que cabía controversia el beneficio de la restitución, porque cuanto menos se les restituía, tanto menos se les recompensaba á los otros.

Partió con él el Gran Capitán, con amor de todos y fama increíble y de quien, además de las alabanzas de los otros tiempos, se celebraba mucho la liberalidad que había mostrado en los grandes dones que hizo antes de su partida; tanto que, no pudiendo cumplirlos de otra manera, vendió gran parte de sus propios Estados, por no faltar á esta honra.

No partió de Nápoles el Rey muy satisfecho del Papa, porque, pidiéndole la investidura del reino, negaba el Papa concedérsela sino con el censo con que se había concedido á los reyes antiguos, y el Rey hacía instancia que se hiciese la misma baja que se había hecho á Fernando su primo y á sus hijos y sobrinos, pidiendo la investidura de todo el reino en su nombre propio, como sucesor de Alfonso el Viejo; pues de esta manera, cuando estaba en Nápoles, había recibido el homenaje y juramentos; si bien se disponía en los capítulos de la paz hecha con el rey de Francia que, en cuanto á la Tierra de Labor y al Abruzo se reconociese juntamente el nombre de la Reina.

Creyóse que el haber negado la concesión de la investidura era causa de que el Rey rehusase ir á hablar con el Papa, el cual, habiendo estado muchos días en aquel mismo tiempo en la fortaleza de Ostia, se decía que había sido para esperar su pasaje. Sea lo que fuere de esto la verdad, el Rey Católico enderezó la navegación á Savona, donde estaba concertado que se había de ver con el rey de Francia, el cual, habiéndose detenido en Italia por esta causa, luego que supo su partida de Nápoles vino de Milán á aquel lugar.

Fueron en estas vistas de cada parte las demostraciones libres y llenas de toda confianza, y tales que la

memoria de los hombres no recordaba hubiese habido otras semejantes en ninguna ocasión, porque los otros Príncipes, entre quien había emulación ó injurias antiguas ó causa de recelos, se juntaban con tal orden, que el uno no se ponía en poder del otro; mas en esta sucedió todo diversamente, porque al arrimarse al puerto de Savona la armada aragonesa, el rey de Francia, que al verla había bajado al muelle del puerto, pasó por un puente de madera, hecho para este efecto, con pocos gentiles hombres y sin ninguna guarda á la popa de la galera del Rey, donde, acogido por éste con alegría suya y de la Reina su sobrina, después que se detuvieron allí por algún rato con alegres pláticas, saliendo de la galera por el mismo puente, entraron en la ciudad á pie, teniendo gran trabajo en pasar por medio de infinita cantidad de hombres y mujeres que habían concurrido de todos los lugares circunvecinos, con objeto de presenciar las vistas.

Tenía la Reina á su mano derecha á su marido y á la izquierda á su tío, adornada grandemente con joyas y con otros vestidos muy ricos; venía junto á los dos Reyes el cardenal de Rohán y el Gran Capitán, seguían muchas doncellas y damas nobles de la casa de la Reina, todas adornadas soberbiamente; delante y detrás iban las cortes de los dos Reyes con magnificencia y pompa increíble de suntuosos vestidos y de otros ricos adornos. Con esta magnificencia fueron acompañados por el rey de Francia el rey y la reina de Aragón al castillo señalado para su alojamiento, el cual tiene la salida al mar, y para su corte se señaló la parte de la ciudad que está junto á él. El rey de Francia alojó en la casa del obispo que está enfrente del castillo. ¡Espectáculo verdaderamente memorable ver juntos dos Reyes poderosísimos entre todos los Príncipes Cristianos que poco antes habían sido tan crueles enemigos, no sólo recon-

ciliados y unidos con parentesco, sino, depuestas las señales del enojo y la memoria de las ofensas, poner cada uno su propia vida en el arbitrio del otro con no menos confianza que si siempre hubieran sido hermanos muy amigos!

Esto daba ocasión de pláticas á los que estaban presentes, sobre cuál de los dos Reyes había mostrado mayor confianza. Muchos celebraban la del rey de Francia de que primero se hubiese puesto en poder del otro sin asegurarle otros vínculos que su palabra, no estando casado con sobrina del rey de Aragón, como éste con una sobrina del de Francia; añadían que el de Aragón tenía mayor motivo de avergonzarse, porque se adelantara el de Francia á fiarse en su palabra, siendo más verosímil la sospecha de que Fernando deseara asegurarse del rey de Francia para establecer mejor el reino de Nápoles. Pero muchos ensalzaban más la confianza de Fernando de que, no por poco tiempo, como el rey de Francia, sino por espacio de muchos días, se hubiese puesto en su poder, porque habiéndole despojado de un reino semejante con tanto daño de su gente y con tanta ignominia de su nombre, había de temer que fuese grande el odio y el deseo de venganza, y porque se había de sospechar más donde era mayor el premio de la traición. De prender al rey de Francia no sacaba Fernando gran fruto, por estar dispuesto de tal modo el reino de Francia con sus leyes y costumbres, que no se disminuía mucho por este accidente en fuerza ni en autoridad; pero si fuera preso Fernando, no se duda que, por tener herederos de muy poca edad, por serle reino nuevo el de Nápoles, y porque los demás reinos suyos y el de Castilla hubieran estado confusos por sí mismos por varios accidentes, no recibiría el rey de Francia por muchos años ningún estorbo del poder y armas de España.

No daba menos materia á las pláticas el Gran Capitán, á quien no estaban menos atentos los ojos del mundo por la fama de su valor y por la memoria de tanta victoria, la cual hacía que los franceses (aunque vencidos tantas veces por él y que solían tener gran odio y temor á su nombre) no se saciasen de mirarle y honrarle y de contar muchas veces á los que no habían estado en el reino de Nápoles, unos la brevedad casi increíble y astucia, cuando acometió en Calabria de repente á los barones que estaban alojados en Laino; otros la constancia de ánimo y la tolerancia en tantos trabajos y descomodidades que tuvo cuando se vió en Barletta asediado en medio de la peste y del hambre; otros la diligencia y eficacia de atraer á sí los ánimos de la gente, con lo cual sustentó tanto tiempo sin dinero á sus soldados; otros, cuán valerosamente peleó en la Cirignuola; con cuánto valor y fortaleza de ánimo, tan inferior en fuerzas, sin estar pagado el ejército, y entre infinitas dificultades, determinó no apartarse del río Garellano; con qué industria militar y con qué estratagemas alcanzó aquella victoria, y cuán desvelado estaba siempre en sacar fruto de los desórdenes de sus enemigos. Acrecentaba la admiración de los hombres la excelente majestad de su presencia, la magnificencia de sus palabras y acciones, su modo lleno de gravedadazonada de gracia; pero sobre todos el rey de Francia (que había querido que cenase en la misma mesa en que cenaron Fernando, la Reina y él, haciendo que se lo mandase Fernando) estaba como atónito mirándole y hablando con él, de manera que á juicio de todos no fué menos glorioso aquel día para el Gran Capitán, que el en que entró con todo el ejército en la ciudad de Nápoles triunfante y vencedor. Fué este el último día, para el Gran Capitán, de sus glorias, porque nunca salió después de los reinos de España, ni tuvo

disposición para ejercitar su valor, ni en la guerra, ni en cosas memorables de la paz.

Estuvieron juntos tres días los dos Reyes, y en este tiempo tuvieron pláticas muy largas y secretas, sin admitir en ellas ni honrar de ordinario más que al cardenal de Santa Práxedes, legado del Papa. Parte por lo que entonces se entendió, y parte por lo que después se manifestó, se prometieron principalmente el uno al otro conservarse en perpetua amistad é inteligencia, y que procurase Fernando componer al Emperador y al rey de Francia para que todos juntos procediesen después contra los venecianos. Y para mostrar que estaban atentos no menos á las cosas comunes que á las propias, trataron de reformar el estado de la Iglesia, y para este efecto convocar un concilio, en lo cual no procedía con mucha sinceridad Fernando, pero deseaba sustentar al cardenal de Rohán en esta esperanza, por verle deseosísimo del Pontificado. Con este artificio cautivó de tal manera su ánimo, que acaso con harto daño de las cosas del Rey, advirtió tarde, y después de muchas señales que mostraban lo contrario, cuán diferentes eran en aquel príncipe las palabras que las obras, y cuán ocultos sus consejos.

Hablóse también entre ellos de la causa de los pisanos, tratada todo aquel año por los florentinos con ambos Reyes, porque el de Francia, cuando se preparaba contra los genoveses, estando enojado con los pisanos por los favores que daban á los de Génova y pareciéndole á propósito para sus cosas que recuperasen los florentinos aquella ciudad, les había dado esperanza de que, en ganando á Génova, enviaría allí el ejército, en el cual y en toda la Corte, por la misma causa, se había convertido en odio la amistad antigua á los pisanos. Pero acabada la empresa de Génova, mudó de parecer por las causas que le movieron á despedir el ejército, y

por no ofender el ánimo del rey de Aragón, que afirmaba que dispondría á los pisanos á que volviesen unidamente debajo del dominio de los florentinos, de lo cual esperaba el rey de Francia conseguir gran cantidad de dinero de los florentinos.

Enderezábase á esto mismo aunque por diversas causas el ánimo del rey de Aragón, al cual le hubiera sido muy agradable que no recuperasen á Pisa los florentinos; pero conociendo que no se podía conservar más esta ciudad sin gasto y sin dificultades, y temiendo la alcanzasen por medio del rey de Francia, había esperado poder con su autoridad, cuando estaba en Nápoles, inducir á los pisanos á que recibiesen con honestas condiciones el dominio de los florentinos, los cuales le prometían, si sucediese esto, que se confederarían con él y que le darían á ciertos plazos ciento veinte mil ducados; mas no habiendo hallado en los pisanos la correspondencia de que primero habían dado intención, para impedir que fuese solamente el premio del rey de Francia, había dicho claramente á los embajadores de los florentinos que de cualquier manera que intentasen recuperar á Pisa, sin su ayuda, les haría manifiesta oposición, y para apartar al rey de Francia de los pensamientos de tomar las armas, mostraba unas veces que tenía esperanza de encaminarlos á algún acuerdo, y otras decía que los pisanos estaban debajo de su protección, aunque esto era falso, porque la verdad era que los pisanos se lo habían pedido muchas veces y ofrecídole que le darían absolutamente el dominio. Pero dándoles esperanza de recibirles y mandando hacer lo mismo más ampliamente al Gran Capitán, nunca les aceptó en su amparo.

Discurriendo en Savona más particularmente sobre esta materia, concluyeron que era bien que volviese Pisa debajo del poder de los florentinos y que ninguno

de ellos recibiese premios. Fueron causa estas cosas de que los florentinos, por no ofender el ánimo del rey de Aragón, dejasen aquel año de talar las mieses de los pisanos, cosa en que tenían mucha esperanza, porque Pisa estaba muy exhausta de vituallas y tan flaca de fuerzas que la gente de los florentinos corría por todo el país hasta sus puertas, y los labradores, teniendo más poderoso número de gente en Pisa que los ciudadanos, y siéndoles muy molesto perder el fruto de su trabajo de todo el año, comenzaban á dejar gran parte de la obstinación acostumbrada. Ni á los pisanos les acudían sus vecinos con las ayudas que solían, porque los genoveses, afligidos por tantos trabajos, no tenían ya los mismos pensamientos; Pandolfo Petrucci rehusaba gastar, y los luqueses, aunque siempre secretamente les socorrían con algunas cosas, no podían sustentar solos tan gran gasto.

Partieron los dos reyes de Savona después de cuatro días con las mismas demostraciones de paz y de amor, el uno por mar al camino de Barcelona, y el otro se volvió por tierra á Francia, dejando las otras cosas de Italia en el mismo estado, pero con peor satisfacción del ánimo del Papa, el cual, tomando ocasión de nuevo del movimiento de Annibal Bentivoglio, había hecho instancia en Savona con el rey de Francia, por medio del cardenal de Santa Práxedes, sobre que le entregara presos á Juan Bentivoglio y á Alejandro, su hijo, que estaban en el ducado de Milán, alegando que, pues habían contravenido la paz hecha en Bolonia por medio de Chaumont, no estaba obligado el Rey á guardarles la palabra dada, y ofreciendo, en caso que conviniese en esto, enviar las insignias del cardenal al obispo de Albi. Negaba el Rey que fuese cierta la culpa de estos, y decía que, porque estaba dispuesto para castigarla, había hecho detener muchos días á Juan en el castillo de

Milán, pero que, no pareciendo ningún indicio de su delito, no quería faltarles á la palabra á que parecía que estaba obligado; mas que por dar gusto al Papa, estaba dispuesto á permitir que procediese contra ellos con las censuras y penas como contra rebeldes de la Iglesia, así como no se había quejado de que en Bolonia, en lo ardiente de este movimiento, hubiese sido destruído, desde los fundamentos, su palacio.

Procedía en este mismo tiempo la Dieta congregada en Constanza con la misma esperanza de la gente con que había tenido su principio. Sustentaba el Emperador esta esperanza con varios artificios y con grandes palabras, publicando que había de pasar á Italia con tal ejército que fuerzas mucho mayores que las que tenía el rey de Francia y los italianos juntos, no le podrían resistir; y por dar mayor honra y autoridad á su causa, mostrando que tenía fijo en su ánimo el patrocinio de la Iglesia, había significado por cartas al Papa y al Colegio de los cardenales que había declarado al rey de Francia por rebelde y enemigo del Sacro Imperio, porque había venido á Italia á pasar en el cardenal de Rohán la dignidad pontificia y en su persona la imperial y para poner á toda Italia en cruel sujeción: que él se preparaba para ir á Roma á tomar la corona y para establecer la seguridad y libertad común; y que siendo él por la dignidad imperial defensor de la Iglesia y deseosísimo por su propia piedad de ensalzar la Sede Apostólica, no le había sido conveniente esperar á ser pedido ó rogado para esto, porque sabía que el Papa, por miedo de tantos males, había huído de la ciudad de Bolonia, y el mismo miedo impedía que ni él, ni el Colegio, diesen á entender sus peligros, ni pidiesen socorro.

Significadas, pues, en Italia por diferentes avisos las cosas que se trataban en Alemania, publicándolas la

fama mayores que la verdad y aumentando el crédito á lo que se decía públicamente las grandes prevenciones que hacía el rey de Francia (el cual se creía que no tenía temor sin causa), conmovieron mucho los ánimos de todos; á unos por deseo de cosas nuevas, á otros por esperanza y á otros por miedo, de manera que el Papa envió por legado al Emperador al cardenal de Santa Cruz, y excepto los venecianos, los florentinos y el marqués de Mantua, todos los que en Italia dependían de sí mismos le enviaron personas propias, debajo de nombre de embajadores ó de otro título.

Entristecían mucho estas cosas el ánimo del rey de Francia, viéndose incierto de la voluntad de los venecianos y mucho menos seguro de la del Papa, así por las ocasiones antiguas, como por haber elegido para esta legacía al cardenal de Santa Cruz, que deseaba mucho, por su antigua inclinación, la grandeza del Emperador. Y verdaderamente la voluntad del Papa no sólo no era manifiesta á todos, pero ni á sí mismo, porque teniendo el ánimo mal satisfecho y lleno de recelos del rey de Francia, deseaba unas veces la venida del Emperador por librarse, y otras le espantaba la memoria de las antiguas diferencias entre los Papas y los Emperadores, considerando que duraban todavía las mismas causas. En esta duda difería tomar resolución, esperando tener primero noticia de lo que se determinase en la Dieta. Procediendo por esto con términos generales, había cometido al Legado que aconsejase en su nombre al Emperador que pasase á Italia sin ejército, ofreciéndole mayores honras que jamás hubiese hecho ningún Papa en la coronación de los Emperadores. Comenzó poco después á disminuirse la esperanza en las determinaciones de la Dieta, porque, al saberse en Alemania que el rey de Francia había despedido su ejército, luego que alcanzó la victoria de los genoveses, y

que después, lo más pronto que pudo, se había vuelto de la otra parte de los montes, se entibió mucho el ardor de los príncipes y de los pueblos, habiendo cesado el temor de que intentase usurpar el Pontificado y el Imperio, y no considerándose tanto los otros intereses públicos, que (como sucede las más de las veces) no fuesen superados de los intereses particulares, demás de las otras causas.

Era deseo antiguo de toda Alemania que la grandeza de los Emperadores no fuese tal que se viesen obligados los otros á obedecerles.

No había faltado el rey de Francia en ninguna diligencia que tocase á su causa, porque envió personas propias ocultamente á Constanza, las cuales, no mostrándose en público, sino procediendo con gran secreto, procuraban con ocultos favores de los príncipes sus amigos mitigar los ánimos de los otros, disculpándose de las infamias que le habían imputado con la evidencia de los efectos; pues, reducida Génova á su obediencia, había luego despedido su ejército, y él, aunque se detuvo en Italia sin armas, se había vuelto de la otra parte de los montes lo más presto que pudo, afirmando que no sólo se había abstenido siempre con las obras de ofender al Imperio Romano, pero que en cualquier liga, concierto ú obligación que había hecho expresó siempre que no quería obligarse á nada contra los derechos del Sacro Imperio. Con todo eso, no confió tanto de estas justificaciones que no atendiese con grandes diligencias y con la mano siempre liberal á templar la ferocidad de las armas tudescas con el poder del oro, de que aquella nación es muy codiciosa. Se acabó, finalmente, la Dieta á veinte de Agosto, en la cual se determinó, después de muchas disputas, que se diesen al Rey de Romanos para que le siguiesen á Italia ocho mil caballos y veintidós mil infantes, pagados por seis me-

ses, y para el gasto de la artillería y otros ordinarios, ciento y veinte mil florines del Rhin por todo el tiempo, y se estableció que esta gente se hallase en campaña junto á Constanza el día de la festividad próxima de San Gallo, que es á mediados de Octubre. Divulgóse entonces que quizá se hubieran determinado mayores ayudas si conviniera Maximiliano en que la empresa (si bien debajo de su gobierno y consejo) se hiciese enteramente en nombre del Imperio; que por su orden se eligiesen los capitanes y debajo del mismo nombre se mandase hacer levantar la gente y que la distribución de los lugares que se tomasen se hiciese según la determinación de la Dieta; pero no queriendo Maximiliano otro compañero ni otro nombre que el suyo y que no fuesen para otros sino para él los premios de la victoria, aunque debajo del nombre del Imperio y contentándole más esta ayuda en dicha forma que otra mayor en diferente modo, no se tomó otra determinación. Si bien no correspondía á la esperanza que primero había concebido la gente, con todo eso, no cesaba en Italia el temor que se tenía de su pasaje, porque se consideraba que, añadidas á la gente que se había establecido en la Dieta las ayudas que le darían sus vasallos y lo que podría hacer por sí mismo, tendría ejército muy poderoso de gente valerosa y experimentada en la guerra y acompañado de infinita artillería; lo cual hacía más formidable el ser él, por la disposición natural y por el largo ejercicio en las armas, muy práctico en la disciplina militar, bastante para sufrir cualquier pesada empresa con los trabajos del cuerpo y con la solicitud del ánimo; por lo cual estaba en mayor estimación que de cien años á esta parte había estado ningún Empeador.

Añadíase que continuamente trataba de traer á su servicio doce mil suizos, aunque á esto se oponían con

grande instancia en las Dietas de aquella nación el baijío de Dijón y los otros que había enviado el rey de Francia, trayendo á la memoria la confederación continuada tantos años con los reyes de Francia y confirmada poco antes con este mismo Rey; el provecho que había venido á su gente y por otra parte las antiguas enemistades con la casa de Austria, la grave guerra que tenían con Maximiliano y cuán dañosa les era la grandeza del Imperio. Con todo eso, mostraban mucha inclinación á satisfacer á lo que pedía el Emperador ó á lo menos á no tomar las armas contra él, teniendo respeto, según se creía, á no ofender el nombre común de Alemania, que parecía estaba unido á este movimiento; por lo cual temían muchos que, en caso que el rey de Francia se viese desamparado de los suizos, se unirían con él los venecianos, no teniendo infantería poderosa para resistir á la de los enemigos, y esperando que, al entrar en Italia, el furor tudesco se hubiese de deshacer con presteza (como suele un arroyo furioso), por falta de dineros, haciendo retirar su gente á la guarda de sus lugares. Ya se reconocía que se fortificaban muy aprisa los burgos de Milán y los otros sitios más importantes de aquel Ducado. No causaban menos perplejidad en el Senado veneciano que en los otros estos movimientos y aparatos, y, por ser de gran peso su determinación, eran grandísimas las diligencias y obras que se hacían por todos para unirlos consigo, porque el Emperador había enviado á aquella República desde el principio tres embajadores, hombres de grande autoridad, á hacer instancia para que le concediesen el paso por su distrito; y no contento con esta demanda, les convidaba para que hiciesen con él estrecha alianza, con condición de que participasen de los premios de la victoria, y, por el contrario, mostrábales que tenía en su poder el concertarse con el rey de Fran-

cia con aquellas condiciones en su perjuicio que tantas veces y en diferentes tiempos le habían sido propuestas. Por otra parte, el rey de Francia no cesaba de hacer toda diligencia con sus embajadores, que tenía en aquel Senado, y con el veneciano que estaba junto á su persona, para disponerlos á que se opusiesen con las armas á la venida del Emperador, como dañosa para ambos, ofreciendo él mismo todas sus fuerzas y conservar con ellos perpetua confederación.

No agradaba al Senado veneciano que se turbase la quietud de Italia en este tiempo, ni le movía á desear nuevos alborotos la esperanza propuesta de la ampliación de su Imperio, habiendo conocido por la experiencia que no era contrapeso igual la conquista de Cremona á los recelos y peligros en que habían estado continuamente, después que tenían tan vecino al rey de Francia, y de buena gana se hubieran resuelto á la neutralidad; pero apremiados por el Emperador, necesitaban ó negarle ó concederle el paso; si lo negaban, temían ser los primeros molestados, y si le concedían ofendían al rey de Francia, porque en la confederación que había entre ellos se prohibía expresamente conceder el paso á los enemigos el uno del otro, y conocían que, comenzando á ofenderle, sería imprudencia (en habiendo pasado Maximiliano) estarse ociosos á ver el fin de la guerra y esperar la victoria de cualquiera de las partes, pues una sería muy enemiga del nombre veneciano, y la otra, no habiendo recibido más satisfacción que haberle dejado pasar, no sería muy amiga.

Por estas razones afirmaban todos los de aquel Senado que era necesario juntarse descubiertamente á una de las partes. Pero eran muy diferentes los pareceres, en causa tan grave, sobre la resolución de cuál de los dos convenía seguir, y después de alargada esta determinación todo lo posible, no pudiendo sustentar la di-

lación más, por las instancias que cada día les hacían, reducidos finalmente á tomar la última determinación en el Senado habló de esta manera Nicolás Foscarenó:

«Si estuviese en nuestro poder, excelentísimos señores, tomar determinación mediante la cual se conservase en paz nuestra República en los movimientos y trabajos que se previenen ahora, estoy muy cierto de que no habría ninguna variedad de pareceres entre nosotros, y que ninguna esperanza que se nos propusiese nos haría inclinar á una guerra de tanto gasto y peligro como se muestra que vendrá á ser la presente. Mas, pues, por las razones que estos días se han alegado entre nosotros, no se puede esperar conservarnos en esta quietud, me persuado que el principal fundamento en que hemos de cimentar nuestra determinación, ha de ser el contar ante todo con nuestras propias fuerzas, si creemos que entre el rey de Francia y el de Romanos, al verse desesperados de nuestra amistad, haya de haber unión, ó si todavía la enemistad que hay en ellos sea tan poderosa y firme que les impida juntarse; porque cuando estuviésemos seguros de este peligro, aprobaría yo sin duda no apartarnos de la amistad del rey de Francia, porque, juntas de buena fe nuestras fuerzas con las suyas para la defensa común, fácilmente defendiéramos nuestro Estado, y porque sería cosa más honrosa continuar la confederación que tenemos con él, que apartarnos de ella sin evidente causa, y también porque sería con más alabanza y favor de todo el mundo entrar en una guerra que su título fuese querer conservar la paz de Italia, que unirse con las armas que se conoce manifiestamente que se toman para causar grandes movimientos. Pero aunque se presupusiese peligro de aquella unión, no creo habrá nadie que niegue que se haya de prevenir; porque, sin comparación, sería más provechoso unirse con el Rey de Romanos contra el de

Francia, que esperar que ambos se uniesen contra nosotros. Sobre cuál de estas cosas sea mejor, difícil es formar juicio cierto, porque depende, no sólo de la voluntad de otros, sino también de muchos accidentes y causas que apenas dejan esta determinación en poder del que la ha de tomar. Con todo eso, por lo que se puede alcanzar por las conjeturas y por lo que enseña en lo futuro la experiencia de lo pasado, me parece que es cosa de mucho peligro y para estar con sumo miedo, porque de la parte del Rey de Romanos no es verosímil que haya de haber mucha dificultad, por el deseo que tiene de pasar á Italia y poderlo hacer difícilmente, si no se une con el rey de Francia ó con nosotros; y si bien desea más nuestra confederación, ¿quién puede dudar que, si se ve excluído de nosotros, se unirá por necesidad con el rey de Francia, no quedándole otro modo para llegar á sus designios?

»De la parte del rey de Francia se muestran mayores dificultades para esta unión, pero no tales, á mi juicio, que nos podamos prometer alguna seguridad, porque le pueden inducir á esta determinación la ambición y sospechas, estímulos muy fuertes y que cada uno de por sí suele causar movimientos mucho mayores. Él repara en la instancia que hace el Rey de Romanos por nuestra unión, y aunque falsamente todavía, midiendo por sí mismo nuestro intento y deseos, puede temer que la sospecha que tenemos de que nos prevenga, nos induzca á prevenirle, mayormente sabiendo que nos es notorio lo que tanto tiempo han tratado contra nosotros. También puede temer que nos mueva la ambición; porque no dudará que nos hayan ofrecido grandes partidos, y ¿qué medio es bastante para asegurarle de este miedo? No habiendo nadie naturalmente que sea más sospechoso que los Estados, puede moverle, demás de los recelos, la ambición que sabemos tiene por el

deseo de la ciudad de Cremona, instigándole para esto los estímulos de los milaneses, y no menos el apetito de ocupar todo el Estado viejo de los Visconti, al cual pretende título hereditario, como en lo restante del ducado de Milán, no pudiendo esperar llegar á esto si no se une con el Rey de Romanos, porque nuestra República es poderosa por sí misma, y si el rey de Francia nos acomete por sí solo, estará siempre en nuestra mano unirnos con Maximiliano. Que estos puedan ser sus pensamientos, ó por mejor decir, que siempre los haya tenido semejantes, nos lo da á entender manifiestamente el no haberse atrevido nunca á intentar oprimirnos sin alguna unión, y siendo este el camino verdadero que puede llevarlo al fin que desea, ¿por qué no hemos de creer que á la postre se disponga á hacerla? Ni nos asegura de este temor el considerar que sería para él inútil determinación, por ganar dos ó tres ciudades, meter en Italia al Rey de Romanos, su enemigo natural y de quien siempre al fin tendrá molestias y guerras, y amistad nunca, sino incierta. Y aun de este modo había menester comprarla y sustentarla con gran suma de dinero, porque si tiene sospecha de que nosotros nos confederamos con el Rey de Romanos, le parecerá que el prevenir no le pone en peligro, sino que le asegura, y cuando por ventura no temiese esta unión, juzgará por necesario confederarse con él por librarse de los peligros y trabajos que pudiese recibir de él con la ayuda de Alemania ó con otras amistades y ocasiones. Y aunque pudiesen sucederle mayores peligros si el Rey de Romanos comenzase á afirmar el pie en Italia, es naturaleza común de los hombres temer antes los peligros más cercanos, hacer más estimación de lo justo de las cosas presentes y tener menos cuenta de la que se debe con las remotas y venideras, porque para aquéllas pueden esperar muchos remedios de los accidentes y del

tiempo. Pero aunque por acaso el hacer esta unión no sea voluntad del rey de Francia, ¿qué seguridad tenemos por esto de que tampoco vendrá en aceptarla? ¿No sabemos cuánto ciega á los hombres unas veces la codicia y otras la ambición? ¿No conocemos el natural de franceses, ligeros en las empresas nuevas y que nunca tienen las esperanzas menores que el deseo? ¿No nos son notorios los consejos y ofertas (bastantes para encender cualquier ánimo quieto) con que ha sido provocado, contra nosotros, por el Papa, por los florentinos, por el duque de Ferrara y por el de Mantua? Los hombres no son todos sabios, antes son muy pocos los que saben, y quien ha de pronosticar sobre las determinaciones de otros, debe (si no se quiere engañar) tener en la consideración, no tanto aquello que verosímilmente haría un sabio, cuanto el capricho y naturaleza de quien ha de determinar; por lo cual, quien quisiese juzgar lo que hará el rey de Francia, no reparará tanto en lo que sería oficio de la prudencia, cuanto en que los franceses son inquietos y ligeros y acostumbrados á proceder muy de ordinario con más ardimiento que consejo; considerará cuáles son las condiciones de los grandes principes, que no son semejantes á las nuestras, ni resisten tan fácilmente á sus apetitos como lo hacen los hombres particulares; porque, acostumbrados á que los adoren en sus reinos y entendidos y obedecidos por señas, no sólo son altivos é insolentes y no pueden sufrir el no alcanzar lo que les parece justo, pareciéndoselo lo que desean, juzgando que con sola una palabra pueden allanar todos los impedimentos y vencer la naturaleza de las cosas, sino también tienen vergüenza de retirarse por la dificultad de sus inclinaciones, y comúnmente miden las cosas mayores con las reglas con que están acostumbrados á proceder en las menores; aconsejándose no con la prudencia y razón,

sino con la voluntad y altivez y deseos vivos, comunes en todos los príncipes, y de los que no habrá nadie que diga que los franceses dejan de participar.»

»¿No vemos próximo el ejemplo del reino de Nápoles que el rey de Francia, inducido por la ambición y desconsideradamente, dió la mitad al rey de España por alcanzar él la otra mitad, no pensando cuánto enflaquecía su poder (único antes entre todos los italianos) al introducir en Italia otro Rey igual en autoridad y fuerzas? Pero ¿por qué andamos con conjeturas en las cosas de que tenemos certeza? ¿No es cosa notoria lo que trató el cardenal de Rohán en Trento con este Maximiliano sobre dividir nuestro Estado? ¿No se sabe que después en Blois se concluyó entre ellos la misma plática, y que el mismo cardenal, yendo para esto á Alemania, trajo la ratificación y el juramento del Emperador? Confieso que no tuvieron efectos estos acuerdos por algunas dificultades que sobrevinieron; pero ¿quién nos asegura que, pues la intención principal ha sido la misma, no se pueda hallar medio para las dificultades que han turbado el deseo común?

»Por tanto, considerad con gran cuidado, dignísimos senadores, los peligros que nos amenazan y el cargo é infamia con que en todo el mundo se obscurecerá el nombre esclarecido de la prudencia de este Senado, si, midiendo mal las calidades de las cosas presentes, permitiésemos que otro se haga formidable en ofensa nuestra, con aquellas armas que nos han ofrecido para nuestra seguridad y aumento; considerad en beneficio de nuestra patria cuánta diferencia hay de mover la guerra á otros, á esperar que nos la muevan; de ser acompañados contra uno solo, á quedar solos contra muchos compañeros; porque si estos dos Reyes se unen contra nosotros, les seguirá el Papa por causa de los lugares de la Romana y el rey de Aragón por los puertos del

reino de Nápoles y toda Italia, unos por recuperar lo perdido, otros por asegurar lo que poseen. Es notorio á todo el mundo lo que el rey de Francia ha tratado con el Emperador contra nosotros, por lo cual, si nos armásemos contra quien nos ha querido engañar, no nos llamará nadie quebrantadores de nuestra palabra, ni se maravillará; antes todos nos tendrán por prudentes y con grande alabanza nuestra se verá en peligro aquel que saben todos que ha procurado tenernos en él engañosamente.»

Habló en contrario de esto Andrea Gritti, hombre de mucho valer, en esta forma:

«Si fuera conveniente en una misma materia poner siempre el voto en la urna de los no convencidos, yo os confieso, clarísimos senadores, que no lo pusiera en otra, porque esta consulta tiene, por cada parte, tantas razones, que me confundo muchas veces. Con todo eso, siendo necesario tomar resolución y no pudiéndose hacer con presupuestos ó fundamentos ciertos, pesadas las razones que contradicen la una y la otra parte, seguiré las que son más verosímiles y que tienen más fuertes conjeturas, las cuales, cuando yo las examino, no me puedo persuadir de ninguna manera á que el rey de Francia, ó por sospecha de no ser prevenido por nosotros, ó por codicia de los lugares que por lo pasado pertenecían al ducado de Milán, se ajuste con el Rey de Romanos en hacerle pasar á Italia, contra nosotros, porque los peligros y daños que le sucederían son sin duda mayores y más manifiestos que el peligro de que nos juntemos con el Emperador y que los premios que podría esperar de esta determinación, atento á que, demás de las enemistades y graves injurias que existen entre ellos, hay también la concurrencia de la dignidad y de los Estados, acostumbrada á engendrar odio entre aquellos que son muy amigos. Por ello que el rey de

Francia llame á Italia al Rey de Romanos no quiere decir otra cosa sino querer por vecino, en lugar de una República quieta y que siempre ha estado en paz con él, á un Rey injuriado, inquietísimo y que tiene mil causas para promoverle disgustos de autoridad, de estado y de venganza. Ni hay quien diga que por ser el Rey de Romanos pobre, desordenado y de mala fortuna no temerá el rey de Francia su vecindad, porque por la memoria de los antiguos bandos é inclinaciones de Italia, que todavía están encendidas en muchos lugares y especialmente en el ducado de Milán, nunca tendrá Emperador alguno tan pequeño nido en Italia que no sea con grave peligro de los otros; y éste más particularmente, por el Estado que tiene arrimado á Italia; por ser tenido por Príncipe de grande ánimo, ciencia y experiencia en las cosas de la guerra, y porque puede tener consigo los hijos de Luis Sforza, instrumento poderoso para inquietar los ánimos de muchos; fuera de que, demás de esto, puede esperar la amistad del Rey católico en cualquier guerra que tuviese con el de Francia, cuando no fuese por otra cosa, porque ambos tienen una misma sucesión.

»Sabe, finalmente, el rey de Francia cuán poderosa está Alemania y cuánto más fácil será unirse toda ó parte, cuando estuviese abierto el camino para Italia y presente la esperanza del robo. ¿No hemos visto cuánto ha temido siempre los movimientos de los tudescos y de este Rey, aunque tan pobre y desordenado, del cual, si estuviera en Italia, juzgaría por cierto no poder esperar otra cosa que peligrosa guerra ó paz poco segura y de grande gasto? Puede ser que tenga deseo de recuperar á Cremona y quizá á los otros lugares, pero no es de creer que por codicia de menor ganancia se sujete á peligros de mayores daños y se debe entender que proceda más en este caso con prudencia que con temeri-

dad, mayormente, si nosotros discurremos sobre los yeros que se dice ha cometido este Rey, pues conoceremos que no han tenido origen de otra cosa sino de gran deseo de hacer las empresas seguramente; ¿Qué otra razón le indujo á dividir el reino de Nápoles?, ¿qué otra causa á consentir que tuviésemos á Cremona, sino querer facilitar más la victoria de aquellas guerras? Por lo cual es más creíble que seguirá ahora los consejos más sabios y su costumbre, que los desesperados; mayormente que por esto no quedará del todo privado de esperanza de poder en otro tiempo, con mayor seguridad y mejor ocasión, conseguir su intento; cosas que los hombres suelen prometerse fácilmente, porque menos yerra el que se promete mudanza en las cosas del mundo, que quien se persuade que están estables y firmes.

»Ni me espanta lo que se dice que se ha tratado otras veces entre estos dos Reyes, porque es costumbre de los príncipes de nuestros tiempos entretener artificiosamente el uno al otro con varias esperanzas y con fingidas pláticas, las cuales, pues no han tenido efecto en tantos años, es necesario confesar ó que han sido fingidas ó que han tenido en sí alguna dificultad que no se puede resolver porque la naturaleza de las cosas repugna á que pierdan las desconfianzas, sin cuyo fundamento no pueden venir en esta unión. No temo, pues, que por codicia de nuestros lugares, se precipite el rey de Francia á tan imprudente determinación, y á mi juicio menos se resolverá por sospecha que tenga de nosotros, porque, demás de la larga paciencia que ha visto en nuestro ánimo, no habiéndonos faltado muchos estímulos y ocasiones para apartarnos de su confederación, las mismas razones que nos aseguran de él le aseguran de nosotros, porque ninguna cosa nos dañaría tanto como tener el Rey de Romanos Estado en Italia, así por

la autoridad del Imperio, cuyo aumento nos ha de ser siempre sospechoso por razón de la casa de Austria, que pretende tener derecho sobre muchos lugares nuestros, como por la vecindad de Alemania, cuyas avenidas son muy peligrosas para nuestro dominio. En fin, en todas partes tenemos opinión de que maduramos las determinaciones; de pecar antes de tardos que de pres tos: no dudo que estas cosas pueden suceder diferentemente de la opinión del mundo, y por esto, si se pudiesen asegurar fácilmente, sería cosa loable; mas no pudiéndose sin entrar en gravísimos peligros y dificultades, se debe considerar que muchas veces son tan dañosos los temores vanos como lo es la grande confianza; porque si nos confederamos con el Rey de Romanos contra el de Francia, es necesario que la guerra se comience á sustentar con nuestro dinero, con el cual también habremos de suplir á todas sus prodigalidades y desórdenes; y no siendo así, ó se concertará con los enemigos ó se retirará á Alemania, dejándonos á nosotros solos todas las cargas y los peligros. Será entonces preciso hacer la guerra contra un rey muy poderoso de Francia, duque de Milán, señor de Génova, abundante de valerosos soldados y rico de artillería más que ningún otro príncipe, y al nombre de su dinero concurrirá la infantería de cualquiera nación. ¿Cómo, pues, se puede esperar que semejante empresa haya de tener feliz suceso? Pudiéndose temer también, no sin fundamento, que todos los de Italia que, ó pretenden que ocupamos lo que poseen, ó que temen de nuestra grandeza, se unirán contra nosotros, y el Papa sobre todos, á quien, demás del enojo que tiene contra nosotros, nunca le agrada el poder del Emperador en Italia, por la natural enemistad que hay entre la Iglesia y el Imperio, por la cual los Pontífices no temen menos á los Emperadores en las cosas temporales que á los turcos en las espiri-

tuales. Y esta unión, por ventura, nos sería más peligrosa que la que se teme entre los reyes de Francia y de Romanos, porque donde se acompañan muchos príncipes que pretenden ser iguales, nacen fácilmente entre ellos sospechas y diferencias, por lo cual muchas veces las empresas comenzadas con gran reputación caen en grandes embarazos y finalmente salen vanas.

»También se debe poner en última consideración, que aunque el rey de Francia haya tenido pláticas contrarias á nuestra confederación, no se han visto efectos por donde se pueda decir que nos ha faltado; por lo cual, emprender guerra contra él, no será sin nota de manchar nuestra palabra, de la cual este Senado debe hacer el principal fundamento por la honra y por el provecho de los tratos que cada día hemos de tener con otros príncipes. Ni nos es útil aumentar continuamente la opinión de que procuramos oprimir siempre á todos nuestros vecinos y que aspiramos á la monarquía de Italia. ¡Pluguiera á Dios que por lo pasado se hubiera procedido en esto con mayor consideración! porque casi todos los recelos que tenemos al presente proceden de haber ofendido á muchos en los tiempos antecedentes. Ni se creerá que á una nueva guerra contra el rey de Francia, nuestro coligado, nos obligue el temor, sino la codicia de alcanzar contra él (juntándonos con el Rey de Romanos) una parte del ducado de Milán, como, unidos con él, la alcanzamos contra Luis Sforza; y si en aquel tiempo nos hubiéramos gobernado con más moderación y temido menos las sospechas vanas, no estuvieran las cosas de Italia en los presentes movimientos, ni nosotros (conservándonos con fama de más modestia y gravedad) obligados ahora á entrar en guerra con este ó con aquel príncipe, más poderoso que nosotros. Pero ya que estamos en esta necesidad, creo que será más prudencia no apartarnos de la confederación

del rey de Francia que, movidos de vanos temores ó de esperanza de ganancias inciertas y dañosas, abrazar una guerra que, solos, no tendremos fuerzas para sustentarla y los compañeros que tuviéremos nos serán al fin de mayor peso que provecho.»

---

## CAPITULO IV.

Respuesta de los venecianos á Maximiliano.—El Papa se opone á que pase á Italia.—Intrigas del rey de Francia para que dilate su venida.—Conjuración en Bolonia en favor de los Bentivogli.—Bajada del Emperador al Friul.—Combate entre venecianos é imperiales en Cadoro.—Tregua que entre ellos convienen.—Quejas del rey de Francia contra los florentinos.—Respuesta de los florentinos á las quejas del Rey.—Negociaciones para restituirles á Pisa.

Fueron varios los pareceres del Senado en tanta diversidad de razones, mas al fin prevaleció la memoria de la inclinación que sabían había tenido siempre el Rey de Romanos de recuperar, si tuviese ocasión, las villas que ellos poseían, las cuales pretendía que pertenecían al Imperio ó á la Casa de Austria, por lo cual fué su determinación concederle el paso, viniendo sin ejército, y negársele si viniese con armas, procuraron en la respuesta que dieron á sus embajadores persuadirles cuanto pudieron que esta conclusión se había movido, más necesitados por la confederación que tenían con el rey de Francia y por las calidades de los tiempos presentes, que por voluntad que tuviesen de desagradarle en nada; añadiendo que estaban obligados por la misma confederación á ayudarle en la defensa del Esta-

do de Milán con el número de gente expresado en ella; pero que, en esto, procederían con gran modestia, no pasando en ninguna parte de sus obligaciones y, exceptuando lo que les obligase á proceder de esta suerte para la defensa del ducado de Milán, no se opondrían á ningún otro progreso suyo, como personas que, en lo que estuviese en su mano, no faltarían jamás á los oficios y á la reverencia que tocaba usar al Senado veneciano con un príncipe tan grande, con quien jamás habían tenido sino amistad y unión.

No procedieron por esto con el rey de Francia á nuevas confederaciones y obligaciones, deseando mezclarse lo menos que pudiesen en la guerra entre ellos, y esperando que por ventura Maximiliano, por no acrecentarse dificultad, dejando estar en paz sus confines, volvería armas, ó á la Borgoña ó contra el Estado de Milán.

Pero quedando el Rey de Romanos sin esperanza de que se unirían los venecianos con él, comenzaron á suceder otras nuevas dificultades, las cuales aunque procurase vencer con la grandeza de sus conceptos, fáciles en prometerse siempre mayores las esperanzas que los estorbos; con todo eso, tardaban mucho los efectos de sus designios, porque ni por sí tenía dinero que le bastase para conducir los suizos y hacer otros tantos gastos necesarios para tan gran empresa, ni la ayuda de dinero que le había prometido la Dieta era tal que pudiese suplir una pequeña parte del excesivo gasto de la guerra; y el fundamento sobre el cual había esperado mucho desde el principio, que las comunidades y señores de Italia se hubiesen de componer con él y ayudarle con dinero por el temor de su nombre y de su natural, se dificultaba más cada día; porque si bien al principio estuvieron inclinados muchos á ello, no habiendo correspondido la conclusión de la Dieta de Constanza á la esperanza de que hubiese de ser la empresa antes de

todo el imperio y de casi toda Alemania, que suya propia, y viéndose poderosas las preparaciones del rey de Francia y la nueva declaración de los venecianos, estaban todos suspensos y no osaban ayudarle con lo que más había menester á hacer tan grave ofensa al rey de Francia. Ni las demandas de Maximiliano (en el tiempo que se tenía mayor espanto de él) habían sido tales que con su facilidad hubiesen inducido á las gentes á socorrerle, porque á todos, según sus calidades, pedía mucho, y á Alfonso, duque de Ferrara (el cual pretendía que debía á Blanca, su mujer, el dote de Asia su hermana, que había muerto muchos años antes, estando casada con Alfonso), pedía cosas muy excesivas; y á los florentinos intolerables, á los cuales el cardenal de Bressa, que trataba en Roma sus negocios, habiéndole remitido la plática de la composición, les había pedido quinientos mil ducados. Esta petición tan inmoderada les hizo detener en la resolución y contemporizar con él hasta que de sus progresos se tuviese más noticia. Con todo eso, teniendo respeto á no ofenderle, comenzaron á excusarse con el rey de Francia, que pedía su gente, diciendo que no se la podían dar porque estaba ocupada en la tala de las mieses que con grande aparato se hacía aquel año á los pisanos, y porque, habiendo comenzado de nuevo los genoveses y los otros vecinos á ayudar á éstos, veíanse necesitados á estar continuamente preparados contra ellos.

No pudiendo ayudarse el Emperador (como había trazado) con el dinero de los italianos, porque solamente le dieron los sieneses seis mil ducados, hizo instancia con el Papa para que, á lo menos, le concediese que pudiera tomar cien mil ducados, los cuales, habidos primero en Alemania, debajo de nombre de la guerra contra los turcos y estando guardados para este efecto en aquella provincia, no se podían convertir en otro uso sin licen-

cia de la Sede Apostólica, ofreciendo que si bien no le podía satisfacer en lo que le había pedido de que pasase á Italia sin ejército, con todo eso, después de restituir en el ducado de Milán á los hijos de Luis Sforza (cuyo patrocinio pretendía para hacerse más favorables los pueblos de aquel Estado y menos odioso su pasaje), dejando allí toda la gente, iría á Roma, sin armas, á recibir la corona del Imperio. Pero el Papa también le negó esta demanda (el cual no se reconocía que se inclinase á ninguna parte), mostrándole que, estando las cosas en este estado, no podía sin mucho peligro suyo provocar contra sí las armas del rey de Francia. Con todo eso, Maximiliano, puesto en estas dificultades, como era solícito y confiado y con grande trabajo, quería acabar por sí mismo las empresas, no omitía ninguna de las cosas que conservasen la fama de su pasaje, enviando artillería á muchos lugares de los confines de Italia, solicitando la plática de conducir los doce mil suizos (los cuales, interponiendo varias demandas y proponiendo muchas excepciones, no le daban resolución cierta), solicitando la gente que le habían prometido y pasándose cada día de un lugar á otro para diferentes despachos, de manera que, estando todos en gran confusión, los juicios que se hacían por toda Italia eran más varios de lo que jamás habían sido en ninguna cosa, teniendo unos mayores conceptos que nunca de esta empresa, y otros pensando que recibiría antes disminución que aumento. Acrecentaba el Emperador esta incertidumbre, porque siendo secretísimo naturalmente, no comunicaba á otros sus pensamientos, y para que estuviesen más ocultos en Italia, había ordenado que, ni el legado del Papa, ni los otros italianos siguiesen su persona, sino que estuviesen apartados en lugar fijo cerca de la corte.

Habia ya llegado la festividad de San Gallo, término

constituído para juntarse la gente, pero no había ido á Constanza más que una pequeña parte de ella, ni se veían casi otros aparatos suyos que movimientos de artillería y atender con suma diligencia á hacer provisiones de dinero por diversas vías; por lo cual, estando incierto con qué fuerzas, en qué tiempo y por qué parte había de moverse á entrar en el Friul, ó por Trento en el Veronés, creyendo otros que acometería al ducado de Milán ó por la Saboya ó por el camino de Como, estando con él muchos expatriados de aquel Estado, y no sin sospecha de que hubiese algún movimiento en la Borgoña, se hacían poderosas provisiones en diferentes lugares por aquellos que los temían, por lo cual el rey de Francia había enviado al ducado de Milán gran número de gente de á caballo y de á pie y levantado en el reino de Nápoles (demás de las otras prevenciones) dos mil y quinientos infantes españoles con permiso del Rey católico, contra el cual se quejó gravemente el Emperador. Al mismo tiempo Chaumont (dudando de la fe de los Borromeos) ocupó de repente á Arona, castillo de aquella familia, situado en el lago Mayor. A Borgoña había enviado quinientas lanzas debajo del gobierno de La Tremouille, gobernador de aquella provincia, y para divertir en más partes los pensamientos y las fuerzas del Emperador daba continuamente ayudas y fomentaba al duque de Güeldres, el cual molestaba el país de Carlos, nieto de Maximiliano. Demás de esto, había enviado á Verona á Juan Jacobo Tribulcio con cuatrocientas lanzas francesas y cuatro mil infantes en socorro de los venecianos. Estos habían puesto hacia Rovere, para oponerse á los movimientos que se hacían por Trento, al conde de Pitigliano, con cuatrocientos hombres de armas y mucha infantería, y en el Friul, ochocientos hombres de armas gobernados por el Albiano, que mucho tiempo antes había vuelto á su servicio.

Mostróse el primer peligro por parte que no se pensaba, porque Paulo Bautista Justiniano y Fregosino, expatriados de Génova, llevaron á Gazuolo, lugar de Luis Gonzaga, feudatario del Imperio, mil infantes tudescos, los cuales pasaron repentinamente con gran presteza por montes y lugares muy ásperos del dominio veneciano, con intención de ir, en pasando el río Pó, por la montaña de Parma hacia Génova; pero Chaumont, recelándose de esto, envió luego á Parma, para oponérseles en el camino, mucha caballería é infantería, por cuya venida los tudescos, perdiendo la esperanza de que contra Génova pudiese suceder efecto alguno, se retiraron á Alemania por el mismo camino, pero no con la misma presteza y peligro, porque los venecianos, por el beneficio común, consintieron tácitamente su vuelta.

Estaban en este mismo tiempo muchos genoveses expatriados en la ciudad de Bolonia, y por esto tuvo el Rey gran duda sobre si esta materia se había tratado con sabiduría del Papa, de cuyo ánimo le ponían en sospechas otras muchas cosas, porque el cardenal de Santa Cruz (si bien más por propia inclinación que por otra causa) aconsejaba al Emperador que pasase. Y habiendo sucedido que, moviéndose de Faenza los desterrados de Forli, habían intentado una noche entrar en aquel lugar, se quejaba el Papa, diciendo que era consejo comunicado entre el rey de Francia y los venecianos. Añadíase que cierto fraile, preso en Mantua, confesó que había tratado con los Bentivogli de dar veneno al Papa, y que Chaumont le aconsejó hacer cuanto había prometido á los Bentivogli, por lo cual el Papa, reduciendo á forma auténtica el examen, envió con él al Rey á Aquiles de Grassi, boloñés, obispo de Pesaro (que después fué cardenal), á hacer instancia sobre que se averiguase la verdad y fuesen castigados los que hubiesen incurrido en culpa tan enorme. Teniendo mayo-

res indicios de esto que los otros Alejandro Bentivoglio, fué citado á Francia por comisión del Rey.

Con estas acciones é incertidumbres se acabó el año 1507.

En el principio del de 1508, no pudiendo sosegar-se los naturales inquietos de los boloñeses, Anníbal y Hermes Bentivoglio, teniendo inteligencia con algunos mozos de los pueblos y otros nobles de la juventud, se arrimaron de improviso á Bolonia. No fué este movimiento sin peligro, porque los conjurados, para meterlos dentro, habían ocupado la puerta de San Mammolo; mas habiendo tomado las armas el pueblo en favor del Estado eclesiástico, los mozos, espantados, desampararon la puerta y los Bentivogli se retiraron. Este insulto mitigó el ánimo del Papa, más que le encendió contra el rey de Francia, porque, mostrando el Rey que le había sido muy molesto este atrevimiento, mandó á Chaumont que en cualquier caso que fuese menester socorriese con toda la gente de armas las cosas de Bolonia y no permitiese que fuesen acogidos en parte alguna del ducado de Milán los Bentivogli, de los cuales había muerto en aquellos días de dolor de ánimo Juan, no acostumbrado, antes que fuese echado de Bolonia, á sentir el rigor de la fortuna, y habiendo sido primero largo tiempo el más dichoso de todos los tiranos de Italia y ejemplo de próspera fortuna, porque, en espacio de cuarenta años (en los cuales mandó como quiso en Bolonia y no viendo en tanto tiempo la muerte de alguno de los suyos), había tenido siempre para sí y para sus hijos mandos, provisiones y grandes honras de todos los príncipes de Italia, y siempre se había librado con gran felicidad de todas las cosas que se le habían mostrado peligrosas. De esta felicidad parecía que principalmente era deudor á la fortuna, demás de la oportunidad del sitio de aquella ciudad, porque se-

gún el juicio común, no había por qué atribuirle alabanza ni de ingenio, ni de prudencia, ni de excelente valor.

En el principio del mismo año, no queriendo el Emperador diferir más el mover las armas, envió un Rey de armas á Verona á significar que quería pasar á Italia por la Corona del Imperio y á pedir alojamiento para cuatro mil caballos. Respondieron á esto los rectores de Verona (habiendo consultado primero á Venecia esta demanda) que si en su pasaje no tuviese otra causa que el querer coronarse, le honrarían grandemente; pero que parecían los efectos diversos de lo que proponía, puesto que había traído á sus confines tanto aparato de ejército, de artillería y de armas.

Sin embargo, Maximiliano llegó á Trento, para dar principio á la guerra, é hizo hacer á tres de Febrero una procesión solemne, donde fué en persona, llevando delante de sí los Reyes de armas del Imperio y la espada imperial, desnuda, durante la cual Mateo Lango, su secretario, que después fué obispo Gurgense, subido en una eminente tribuna, publicó en nombre del Emperador la determinación de pasar con hostilidad á Italia, nombrándole, no ya Rey de Romanos, sino Emperador electo, según acostumbran llamarse los Reyes de Romanos cuando vienen por la Corona.

Habiendo prohibido el mismo día que nadie saliese de Trento y ordenado hacer gran cantidad de pan, de provisiones y de cajas de madera, y enviando por el río Adige muchas barcas cargadas de vituallas, salió la noche siguiente poco antes del día de Trento con mil quinientos caballos y cuatro mil infantes, no de la gente que le había dado la Dieta, sino de la propia de la corte y de sus Estados, enderezándose por el camino que por aquellas montañas sale á Vicenza. Al mismo tiempo salió hacia Rovere el marqués de Brandemburgo

con quinientos caballos y dos mil infantes, también de los mismos países.

Volvió al siguiente día Brandemburgo sin haber hecho otro efecto que presentarse ante Rovere y pedido en vano que le permitiesen alojar dentro; mas el Emperador, habiendo entrado en la montaña de Siago, cuyas faldas se acercan á doce millas de Vicenza, tomados los lugares de Siete Comunes (pueblos que, así nombrados, habitan en la cumbre de la montaña con muchas exenciones y privilegios de los venecianos) y allanado muchas cortaduras que habían hecho para defenderse é impedirle el camino, condujo allí algunas piezas de artillería, por lo cual, esperándose cada hora más prósperos sucesos, al cuarto día de haber partido de Trento, volvió de pronto á Bolzano, villa más apartada que Trento de los confines de Italia, habiendo llenado de gran asombro, por tanta inconsideración ó inconstancia, los ánimos de todos.

Despertó este principio tan débil el ánimo de los venecianos, por lo cual, habiendo ya asoldado muchos infantes, llamaron á Rovere la gente francesa que estaba en Verona con el Tribulcio, y comenzando á hacer mayores prevenciones, incitaban al rey de Francia á que hiciese lo mismo, el cual, viniendo hacia Italia, enviaba delante de sí cinco mil suizos pagados por él y tres mil que pagaban los venecianos, porque no habiendo podido Maximiliano dar dinero á aquella nación, se había vuelto al fin, sin respeto, al servicio del rey de Francia. Con todo eso, no quisieron los suizos, después de haberse movido y de ser pagados, ir al dominio veneciano, alegando que no querían servir contra el Emperador en otra cosa que en la defensa del Estado de Milán.

Mayor movimiento, pero con suceso más infeliz, destinado para dar principio á cosas mucho mayores, se

despertó en el Friul, adonde pasaron por orden del Emperador por el camino de los montes cuatrocientos caballos y cinco mil infantes, gente toda traída de su conado del Tirol, los cuales, entrando en el valle de Cadoro, tomaron el castillo y la fortaleza, donde había poca guarda, juntamente con los oficiales de los venecianos que estaban dentro. Al saberse este suceso en Venecia, ordenaron al Albiano y al proveedor Jorge Cornaro, que estaban en el Vicentino, que fuesen luego al socorro de aquel país, y para trabajar también ellos á los enemigos de aquella parte enviaron hacia Trieste cuatro galeras sutiles y otras naves. En este mismo tiempo Maximiliano (que de Bolzano había ido á Brune), volviendo al camino del Friul, por la comodidad de los pasos y de los países que son más anchos, con seis mil infantes de la misma tierra, corrió por unos valles más de cuarenta millas adentro del país de los venecianos, y tomando el valle de Cadoro, por donde se va hacia Treviso, dejándose á las espaldas el castillo de Bostauro, que en tiempo pasado era del Patriarcado de Aquilea, tomó los castillos de San Martín y de la Pieve, el valle donde estaban de guardia los condes de Savignani y otros lugares vecinos. Habiendo hecho este progreso (más digno de un pequeño capitán que de un Rey) y dejando orden para que aquella gente fuese hacia el Trevisano, se volvió al fin de Febrero á Inspruck para empeñar joyas y hacer de otros modos provisión de dinero; pues siendo más disipador que gastador de él, no bastaba cantidad alguna para suplir sus necesidades.

Mas habiendo entendido por el camino que los suizos habían aceptado el dinero del rey de Francia, enojado con ellos, fué á una ciudad de los suevos para inducir á la liga de Suabia á que le diese ayuda, como lo había hecho otras veces, en la guerra contra los suizos. Instaba también con los Electores para que le prorrogasen

por otros seis meses las ayudas que le habían prometido en la Dieta de Constanza, y al mismo tiempo la gente de sus Estados, que había quedado en Trento, en número de nueve mil hombres entre infantería y caballería, tomó en tres días á discreción, habiéndolo batido primero, el castillo Baiocco, que está en frente de Rovere sobre el camino derecho, á mano derecha de como se va de Trento á Italia, por entre el cual y Rovere, que está á la mano izquierda, pasa el río Adige.

Movióse el Albiano con grande presteza para socorrer al Friul, y habiendo pasado las montañas cargadas de nieve, llegó en dos días cerca de Cadoro, donde, esperando la infantería que no había podido igualar su presteza, ocupó un paso que no estaba guardado por los tudescos, por donde se entra en el valle de Cadoro. Tomando ánimo con su venida los habitantes del país (inclinados á estar debajo del dominio veneciano), ocuparon los otros pasos del valle por donde los tudescos se hubieran podido retirar, los cuales, viéndose encerrados y no teniendo otro remedio ni esperanza que en las armas, juzgando que al Albiano le llegaría cada día más gente, le fueron á encontrar con grande ánimo, y no rehusando él el pelear, se comenzó entre ambos una muy áspera batalla, en la cual los tudescos que, peleando ferozmente, más por el deseo de morir gloriosos que por la esperanza de salvarse, se habían puesto en un grueso escuadrón, y encerrado en medio de ellos las mujeres, pelearon con grande furia por algún rato; mas no pudiendo al fin resistir al número ni al valor de los enemigos, quedaron del todo vencidos, siendo muertos más de mil y los otros presos. Después de esta victoria, habiendo acometido el Albiano por dos partes la fortaleza de Cadoro, la ganó, perdiendo allí la vida Carlos Malatesta, señor de los antiguos de Rímimi, herido por una piedra echada de la torre.

Siguiendo la ocasión con su ejército, tomó á Portonavone y después á Cremonsa, que está situada sobre un alto collado. Tomada Cremonsa, fué á sitiar á Gorizia, cuya situación está á las faldas de los Alpes Julianos, fuerte de sitio y bien amunicionada, que tiene una fortaleza de áspera subida; y habiendo tomado primero el puente de Gorizia, y después plantado la artillería en la villa, la ganó por acuerdo al cuarto día, porque les faltaban armas, agua y vituallas. Tomado el lugar, el castellano y la gente que estaba en la fortaleza, la entregaron, recibiendo por ello cuatro mil ducados. Hicieron luego en ella los venecianos muchas fortificaciones, por que fuese como un propugnado y freno para los turcos y los espantase cuando quisiesen pasar el río de Lisonzio, porque con la comodidad de aquel lugar se les podía impedir fácilmente la retirada.

Tomada Gorizia, el Albiano fué á sitiar á Trieste, ciudad que al mismo tiempo había sido molestada por la mar, y la tomaron fácilmente, no sin disgusto del rey de Francia, el cual disuadía el irritar tanto al Rey de Romanos, si bien por ser muy útil para sus comercios por el uso del golfo de Venecia, y ensoberbecidos con la prosperidad de la fortuna, estaban dispuestos á seguir el curso de la victoria. Después de apoderarse de Trieste y de la fortaleza tomaron á Portonon, y después á Fiume, lugar de Esclavonia, que está enfrente de Ancona. Quemaron este lugar, porque era acogida de las naves que, sin pagar los tributos puestos por ellos, querían pasar por el mar Adriático.

Pasando después los Alpes, tomaron á Possonia, que está en los confines de Hungría.

Esto era lo que se hacía en el Friul; pero á la parte de Trento el ejército tudesco, que había venido á Calliano (villa famosa por los daños de los venecianos, porque junto á ella, poco más de veinte años antes, había

sido roto y muerto Roberto de San Severino, capitán muy excelente de su ejército), acometió á tres mil infantes de los venecianos que debajo del gobierno de Jacobo Corzo, Dionisio de Naldo y Vitello, de Ciudad del Castillo, estaban en guarda de Monte Brettónico, los cuales, aunque bien fortificados, huyeron luego sobre un monte vecino, y los tudescos, haciendo justa burla de la vileza de los infantes italianos, quemaron muchas casas, y allanando los reparos que estaban hechos en el monte, se retiraron á Calliano.

Animado por este suceso el obispo de Trento, fué con dos mil infantes que le enviaron y parte de la gente que estaba en Calliano á sitiar á Riva de Trento, castillo situado sobre el lago de Garda, donde había enviado ya el Tribulcio guarda suficiente, y habiendo batido dos días la iglesia de San Francisco, y hecho, mientras estaban allí, algunas correrías en las quintas cercanas á Lodrone, dos mil infantes grisonos que estaban en el ejército tudesco, alterándose por discordia de poca importancia, nacida de las pagas, saquearon las vituallas del ejército; por lo cual, quedando todo en desorden y retirados casi todos los grisonos, el resto del ejército, que era de siete mil hombres, fué obligado á retirarse. Por esta retirada, discurriendo la gente veneciana por los lugares comarcanos y yendo tres mil infantes de ellos á abrasar unos lugares del conde de Agresto, fueron puestos en huída por los paisanos y muertos unos trescientos.

Disuelto casi todo el ejército tudesco, por la retirada de la Riva, y retirados los caballos, que eran mil doscientos, al alojamiento de Calliano en Trento, la gente de los venecianos acometió á Piedra la mañana de Pascua, lugar apartado de Trento seis millas; mas saliendo en socorro la gente que estaba en Trento, se retiraron.

Después acometieron la fortaleza de Cresta, punto de importancia que se rindió antes que le llegase el socorro que venía de Trento. Los tudescos, que se habían rehecho de infantería, volvieron con mil caballos y seis mil infantes al alojamiento de Calliano, distante de Piedra un tiro de ballesta, y habiéndoseles ido doscientos caballos del duque de Vitemberg, vinieron los venecianos con cuatro mil caballos y diez y seis mil infantes á sitiar á Piedra, donde plantaron diez y seis piezas de artillería.

Es Piedra una fortaleza situada en las faldas de la montaña á la mano derecha de como se va de Rovere á Trento, y de ella sale un muro muy fuerte que continuando por espacio de un tiro de ballesta se extiende hasta sobre el Adige. Este muro tiene en la mitad una puerta, y quien no es dueño de este paso puede con dificultad ofender á Piedra.

Estaban los ejércitos vecinos el uno del otro una milla, teniendo cada uno enfrente la fortaleza y el muro, por uno de los costados el río Adige y por el otro los montes. Cada uno tenía á sus espaldas sus retiradas seguras, y los tudescos porque poseían la fortaleza y el muro podían obligar á su albedrío á que pelease el ejército veneciano sin ser ellos obligados; pero por ser de número muy inferiores, no osaban ponerse en manos de la fortuna, y solamente atendían á defender la fortaleza de los ataques del enemigo, que la batía con gran solitud. Viendo un día la ocasión de que la artillería no estaba bien guardada, saliendo furiosamente á acometerla y rompiendo á los infantes que la guardaban, retiraron á sus alojamientos dos piezas con gran ferocidad; por lo cual, desanimados los venecianos, teniendo también por vana la expugnación, en la cual habían perdido mucha gente, se retiraron á Rovere y los tudescos á Trento.

Pocos días después se deshizo la mayor parte de la gente de la Dieta, de la cual, por venir unos más pronto y otros más tarde, nunca habían estado juntos cuatro mil hombres, porque casi todos los que se enviaron de Trento y Cadoro eran de los países cercanos; y acabados los seis meses, se retiraron á sus casas. La mayor parte de los otros infantes enviados hacían lo mismo.

Nunca había estado presente á estas cosas Maximiliano por estar ocupado en ir de un lugar á otro con varios pensamientos y en busca de provisiones. Por ello, remitiendo la Dieta de Ulma para tiempo más acomodado, sin saber qué decisión tomar, y lleno de dificultades y de vergüenza, se fué hacia Colonia; ignorándose durante algunos días dónde se hallaba su persona; no pudiendo resistir con sus fuerzas aquel ímpetu; habiendo perdido todo lo que tenía en el Friul y los otros lugares cercanos; desamparado de todos y en peligro las cosas de Trento si la gente francesa se hubiera querido juntar con el ejército veneciano para ofenderle. Mas el Tribulcio, por orden del Rey (que tenía más inclinación á aplacar que á provocar), no quiso pasar más adelante de lo que era necesario para la defensa de los venecianos.

Había enviado el Emperador, viéndose abandonado de todos y deseoso de apartarse del peligro por cualquier camino, desde que su gente fué rota en Cadoro, á Preluca, criado suyo, á Venecia, á procurar hacer tregua con los venecianos por tres meses. Esta demanda fué despreciada por el Senado, que estaba dispuesto á no hacerla por menos tiempo que un año, ni en manera alguna, si no se comprendía en ella al rey de Francia; mas creciendo sus peligros, perdido ya Trieste y sucediendo todo peor, el obispo de Trento, como cosa suya, invitó á los venecianos á hacer treguas, proponiendo que, con este fundamento, se había de esperar

poder hacer la paz. Los venecianos respondieron que pues la plática no se proponía á ellos solos, de manera que también el rey de Francia podía intervenir en ella, no rechazaban el tratar de esta manera. Empezadas así las negociaciones se concertaron en hablar juntos el obispo de Trento y Serentano, secretario de Maximiliano, por el rey de Francia el Tribulcio y Carlos Jofré, presidente del Senado de Milán, enviado por Chaumont para esta plática, y por los venecianos Zacarías Contarino, embajador señalado particularmente para este negocio. Concertábanse fácilmente en las otras condiciones porque convenían en que el tiempo fuese de tres años y que todos poseyesen lo que poseían al presente, con facultad de fabricar y fortificar los lugares ocupados; pero la dificultad estaba en que los franceses querían que se hiciese tregua general, incluyendo en ella á los confederados que también tenía cada uno fuera de Italia y especialmente al duque de Güeldres, contra lo cual estaban muy obstinados los agentes de Maximiliano, que había vuelto totalmente el ánimo á la ruina de aquel Duque, y alegaban que la guerra era toda en Italia, por lo cual no convenía ni precisaba hablar sino de las cosas de Italia. Hacían en esto los venecianos gran diligencia para que se satisficiese al deseo del rey de Francia; mas no esperando poder reducir á los tudescos, estaban inclinados á aceptar la tregua en el modo que convenían en ella, induciéndoles el deseo de estorbarse una guerra que toda se reducía á su Estado, y también la voluntad de confirmar en su dominio, mediante la tregua de tres años, los lugares que habían ganado en este movimiento. Con los franceses se excusaban con muy verdadera razón, diciendo que, no estando obligados el uno ni el otro sino á la defensa de Italia y fundada sobre esto su confederación, no les tocaba pensar en las cosas de la otra parte de los montes.

Habiendo el Tribulcio escrito sobre esta diferencia á Francia y los venecianos á Venecia, vino respuesta del Senado que, no pudiendo hacer otra cosa, concluyesen solamente la tregua para Italia, reservando lugar y tiempo al rey de Francia para entrar en ella. No quisieron venir en ello el Tribulcio ni el Presidente, quejándose gravemente del poco respeto á la amistad y unión y de que ni aun querían esperar la respuesta del Rey, y protestando el Presidente que la empresa común no se debía acabar sino de común acuerdo. No dejaron por esto los venecianos de concluir la tregua, concertándose Maximiliano y ellos en su nombre propio simplemente y con condición que por la parte de Maximiliano se nombrasen y tuviesen por incluídos y nombrados el Papa, el Rey Católico, el de Inglaterra y el de Hungría y todos los príncipes y súbditos del Sacro Imperio en cualquier parte, y todos los confederados de Maximiliano y de los dichos Reyes y Estados del Imperio que dentro de tres meses se habían de nombrar, y por la parte de los venecianos el rey de Francia y el Rey Católico y todos los amigos y confederados de los venecianos, del rey de Francia y del Rey Católico señalados en Italia, los cuales se habían de nombrar dentro de tres meses.

Acabada de concertar esta tregua á 20 de Abril, habiéndola ratificado casi luego el Rey de Romanos y los de Venecia, se depusieron las armas entre ellos con esperanza de muchos de que Italia había de gozar por algún tiempo de quietud.

Dejadas las armas por la tregua hecha, pareciéndole al rey de Francia que el ánimo de los florentinos no había sido sincero para con él, sino más inclinado al Emperador, si en sus cosas se hubiera mostrado principio de prósperos sucesos, y sabiendo que no podía proceder de otra cosa sino del deseo de recuperar de cualquiera

manera á Pisa y del enojo de que, no atendiendo él ni á su devoción ni á sus obras, no sólo no las había favorecido ni con su autoridad ni con sus armas, sino tolerado que de los genoveses, sus vasallos, fuesen ayudados los pisanos, determinó pensar en que consiguiesen su deseo con algún honesto modo; mas queriendo hacerlo con provecho suyo, según los primeros designios y creyendo que era mejor medio para sacarles mayor suma, el miedo que la esperanza, envió á Miguel Riccio á quejarse de que hubiesen enviado personas propias para concertarse con el Emperador, su enemigo, y de haber juntado debajo de color de talar las mieses á los pisanos, ejército poderoso, sin tener respeto á las calidades de los tiempos y á sus recelos y peligros, ni haber querido, en tan gran movimiento como se prevenía, declarar nunca perfectamente sus ánimos; todo lo cual le había dado mucha causa para dudar á qué fin miraban estas prevenciones, y con mayor motivo porque habiéndoles pedido que con su gente le ayudasen en peligros tan graves, se habían negado á hacerlo, contra todo lo que él esperaba. Mas á pesar de ello, por el amor que siempre había tenido á su República y por la memoria de las cosas que por lo pasado habían hecho en su beneficio, estaba dispuesto á perdonar estas nuevas injurias, con tal que, por quitar las causas por las cuales se podría turbar la quietud de Italia, no molestasen más en lo venidero á los pisanos sin consentimiento suyo.

Respondieron los florentinos á estas quejas que la necesidad les había inducido á enviar al Emperador, no con intención de concertarse con él contra el Rey, sino para procurar asegurar sus cosas en caso que pasase á Italia, las cuales no se había querido obligar el Rey á defender contra el Emperador en la capitulación hecha con ellos, sino que había expresado dentro

de ella la cláusula *salvo los derechos del Imperio*, y con todo eso no habían hecho con él ningún concierto; que no era justa la queja por el ejército enviado contra los pisanos, porque habiendo sido (según su costumbre) ejército mediano, no para otro efecto sino para impedir las cosechas, como otras muchas veces lo habían hecho, no había tenido ninguna otra causa racional de sospecha; que este motivo justo con las ayudas dadas por los genoveses y por los otros vecinos á los pisanos no habían permitido que enviasen al Rey su gente, á lo cual, si bien no estaban obligados, con todo eso, por la continua devoción que tenían á su nombre, no hubieran dejado de hacer este oficio, aunque no lo hubiese pedido; que se maravillaban grandemente de que desease el Rey que los pisanos no fuesen molestados, á los cuales en comparación de los florentinos no tenía causa para estimar y querer, si se acordaba de lo que habían obrado contra él en la rebelión de los genoveses, y que no podía el Rey prohibir justamente que molestasen á los pisanos, porque así estaba expresado en la confederación hecha con él.

De estos principios se llegó á tratar que Pisa volviese debajo del dominio de los florentinos, para lo cual parecía que debía bastar el proveer que ni los genoveses ni los luqueses le diesen ningún socorro de vituallas ni de fuerzas, estando en tal extremo que no osaban salir ya de la ciudad, añadiéndose mayormente, por la pérdida de las cosechas, la mala disposición de los labradores, los cuales eran en mayor número que los ciudadanos; de manera que se creía que no se podrían sustentar si no hubiesen recibido algún socorro de dinero de los genoveses y luqueses, con el cual los que gobernaban, mantenían en Pisa algunos soldados forasteros, distribuyendo lo demás en la juventud de los ciudadanos, y espantando con las armas de éstos á aquellos

que deseaban concertarse con los florentinos, tenían quieta aquella ciudad.

Añadióse á esta plática comenzada por el Rey Cristianísimo la autoridad del Rey Católico por celos de que, sin él, llegase á efecto, por lo cual luego que supo la ida de Miguel Riccio á Florencia, envió á aquella ciudad un embajador, quien, entrando antes en Pisa, les aconsejó y dió ánimo en nombre del Rey para que se defendiesen, no por otra causa sino porque, estando más obstinados en no ceder á los florentinos, pudiesen ser vendidos á mayor precio. Pasáronse poco después estas pláticas, con voluntad de los dos Reyes, á la corte del de Francia, donde, sin respeto de la protección tan confirmada, solicitaba mucho la venta el Rey Católico, conociendo que, no estando defendida Pisa, era necesario que cayese en poder de los florentinos, y teniendo entonces el ánimo ajeno de enredarse en cosas nuevas, especialmente contra la voluntad del rey de Francia; porque si bien al volver á España tomó nuevamente el gobierno de Castilla, con todo eso, no lo había establecido de todo punto, por las voluntades diversas de los señores y porque el Rey de Romanos no había dado el consentimiento en nombre de su nieto.

Mas después que se hubo tratado largamente en Francia sobre las cosas de los pisanos, por muchas dificultades que sobrevinieron, queriendo ambos Reyes apropiarse el precio de la venta y no hallándose al fin medio de concierto, se acabó la plática sin conclusión alguna.

## LIBRO VIII.

---

### SUMARIO.

Uniéronse contra los venecianos en este tiempo las fuerzas del rey de Francia y las del Rey de Romanos, que hasta ahora, por algunas diferencias, habían estado separadas, y comenzando el rey de Francia á querer recobrar lo que ellos le tenían ocupado, dió al Albiano en la Chiaradadda una gran rota, por la cual, enflaquecidas las fuerzas de los venecianos, resolvieron dejar el imperio de Tierra Frme y le abandonaron casi todo, excepto á Treviso, que no quiso recibir los gobernadores del Imperio. Pero volviendo sobre sí los venecianos del error que habían cometido por miedo, resolvieron continuar la guerra, y habiendo el proveedor Gritti recuperado por sorpresa á Padua, la defendieron del Emperador, que vino en persona al asedio. No habían cesado las cosas de Toscana, mas resolviendo los florentinos hacer el último esfuerzo contra los pisanos, al fin los vinieron á sojuzgar. El rey de Francia, después de haber ganado lo que los venecianos le tenían ocupado, se volvió á su reino y el duque de Ferrara, que, movido por las calamidades de los venecianos, les había vuelto el Polentino, sustentó bizarramente la guerra que ellos le declararon y viniendo á batalla les dió una gran rota en el río Pó. Había excomulgado el Papa á los venecianos por el odio que todavía les tenía; pero, finalmente, con señales de humildad, tuvieron la gracia de absolverlos Su Santidad.

---

## CAPITULO PRIMERO.

Motivos del odio del papa Julio á los venecianos.—Congreso de Cambray para declarar la guerra á éstos.—Liga del Emperador y el Papa.—Embajadores del Congreso al Emperador.—El Papa duda de entrar en la confederación.—Situación angustiosa de Pisa.—Los reyes de Francia y de España venden á los florentinos la facultad de recuperarla.—Los venecianos se preparan á la defensa.

No eran tales las enfermedades de Italia ni tan poco flacas sus fuerzas que se pudiesen curar con medicinas ligeras; antes, como muchas veces suele suceder en los cuerpos llenos de humores corrompidos, que un remedio usado para componer el desorden de una parte, engendra después otros más dañosos y de mayor peligro, así la tregua hecha entre el Emperador y los venecianos produjo en Italia, en lugar de aquella quietud y tranquilidad que muchos habían esperado, calamidades innumerables y guerras mucho más atroces y sangrientas que las pasadas; porque, si bien en Italia hacía catorce años que duraban tantas guerras y movimientos, con todo eso, ó por haberse acabado muchas veces las cosas sin sangre, ó por haber sucedido más muertes entre los mismos bárbaros, habían padecido menos los pueblos que los Príncipes; mas abriéndose en lo futuro la puerta á nuevas discordias, se siguieron por toda Italia y contra ellos mismos cruelísimos accidentes, infinitas muertes, sacos, ruinas de muchas ciudades y tierras, licencia militar no menos dañosa á los amigos que á los enemigos, violada la religión y holladas las cosas sagradas con menor reverencia y respeto que las profanas.

La ocasión de tantos males si bien se considera, generalmente fué, como casi siempre, la ambición y codicia de los príncipes; mas considerándola particularmente tuvo origen de la temeridad y proceder tan insolente del Senado veneciano, siendo ocasión de que cesasen las dificultades que hasta entonces habían tenido suspensos á los Reyes de Romanos y de Francia para convenirse contra ellos. Al uno, demasiadamente exasperado, le trajeron á gravísima desesperación; al otro al mismo tiempo le incitaron á sumo enojo ó á lo menos le dieron disposición de descubrir, debajo de pretexto aparente, lo que muy de atrás había deseado; porque el César, estimulado por tantas ignominias y daños recibidos, y habiendo, en lugar de conquistar los Estados de otros, perdido una parte de los suyos hereditarios, no quería dejar de hacer cosa alguna para reparar tanta infamia. Esta disposición la acrecentaron de nuevo, después de hecha la tregua, imprudentemente los venecianos, porque no absteniéndose de provocarle no menos con demostraciones vanas que con efectos, recibieron en Venecia con grande pompa y casi como triunfante al Albiano. El rey de Francia, aunque desde el principio había dado esperanzas de ratificar la tregua hecha, haciendo demostraciones después de alterarse, se lamentaba de que los venecianos hubiesen presumido de nombrarle é incluirle como accesorio, y que, habiendo ellos tenido atención á su propio reposo, le hubiesen dejado en el aprieto de la guerra.

Estas disposiciones de los ánimos de ambos comenzaron á manifestarse en breve tiempo, porque el César, no confiando en sus propias fuerzas, ni esperando otra cosa sino que por sus injurias se resintiesen los Príncipes ó los pueblos de Alemania, se inclinaba á unirse con el rey de Francia contra los venecianos, como único remedio para recuperar el honor y los Estados perdi-

dos. El Rey, á quien la indignación nueva le había renovado la memoria de las ofensas que se persuadía había recibido de ellos en la guerra de Nápoles, incitado por la antigua codicia de Cremona y de las otras tierras que poseyeron largo tiempo los duques de Milán, tomó la misma inclinación, y por esto se comenzó á tratar entre ellos cómo podrían, quitado el impedimento de las cosas menores, atender juntamente á las mayores y componer las diferencias entre el archiduque y el duque de Güeldres, cuya causa, por la antigua alianza y comodidad recibidas, era muy estimada del rey de Francia.

Al mismo tiempo incitaba también el ánimo del Rey contra los venecianos el Pontífice, encendido, demás de la antigua ocasión, de nuevas indignaciones porque se persuadía que, por su industria, los desterrados del Friul, que habían vuelto á Faenza, intentaron entrar en aquella ciudad y porque en el dominio veneciano ampararon á los Bentivogli, á quienes el Rey había echado del Estado de Milán, juntándose á esto el estar la autoridad de la Corte de Roma menos respetaba en muchas cosas que nunca. Ultimamente turbó mucho el ánimo del Pontífice que, habiendo dado el obispado de Vicenza, vacante por muerte del cardenal de San Pedro in Víncula, su sobrino, á Sixto, también sobrino suyo, á quien había puesto en la dignidad cardenalicia y en los mismos beneficios, el Senado veneciano, despreciando esta provisión, eligió un gentil-hombre de Venecia, el cual, rehusando el Pontífice confirmarle, tuvo el atrevimiento temerario de nombrarse electo obispo de Vicenza por el excelentísimo Consejo de Pregadi. Irritado por estas cosas envió primero al Rey á Máximo, secretario del cardenal de Narbona, y después al mismo Cardenal que habiendo sucedido nuevamente, por la muerte del Cardenal de Aux, en su obispado, se llamaba el cardenal de Aux. Oídos por el Rey con alegre

rostro, le propusieron varios partidos para escoger, unos sin el César y otros juntamente con él. Pero el Pontífice estaba más pronto á querellarse que á determinarse, porque de una parte combatía en su pensamiento el deseo ardiente de que se moviesen las armas contra los venecianos, por otra le retenía el temor de verse obligado á depender demasiado de la grandeza de otros y mucho más los celos antiguos concebidos contra el cardenal de Rohán. Por esto le daba gran molestia que los ejércitos poderosos del Rey pasasen á Italia; y en alguna parte turbaba las cosas mayores el haber el Pontífice conferido poco antes, sin sabiduría del Rey, los obispados de Asti y de Plasencia y el rehusar el Rey que el nuevo cardenal de San Pedro in Víncula, á quien por la muerte del otro había dado la abadía de Chiaravalle, beneficio riquísimo junto á Milán, consiguiese la posesión.

En estas dificultades, lo que no resolvía el Pontífice lo deliberaron finalmente el César y el rey de Francia, y tratando con grande secreto contra los venecianos, se juntaron en la ciudad de Cambray, para dar perfección á las cosas tratadas, por la parte del César, madama Margarita, su hija, gobernadora de los Estados de Flandes y de los otros que por parte de madre habían venido al Rey Felipe, acompañándola en estos negocios Mateo Longo, secretario que estimaba en mucho el César y por parte del rey de Francia el cardenal de Rohán, echando fama de juntarse para tratar de la paz entre el Archiduque y el duque de Güeldres, entre los cuales se había hecho tregua por cuarenta días, y procurando con maña que el verdadero objeto no llegase á noticia de los venecianos, á cuyo embajador afirmaba con gravísimos juramentos el cardenal de Rohán que su Rey quería perseverar en la confederación con ellos. Siguió al Cardenal el embajador del rey de Aragón, sin con-

tradecir ni aprobar, porque si bien aquel Rey había sido el primer movedor de estos tratos entre el César y el rey de Francia, después se habían continuado sin él, persuadiéndose ambos de que le sería molesta la prosperidad del rey de Francia y sospechoso todo el aumento del César por respeto del gobierno de Castilla, y que por esto sus pensamientos en tales cosas no eran conformes con las palabras. En Cambray se tomó en poquísimos días la última determinación, no habiéndole dado parte de cosa alguna al embajador del Rey Católico, sino después de la conclusión hecha, la cual el día siguiente, que era á diez de Diciembre, fué con solemnes ceremonias confirmada en la Iglesia mayor con el juramento de madama Margarita, del cardenal de Rohán y del embajador español, no publicando otra cosa que haberse tratado con el Pontífice y con cada uno de estos Príncipes perpetua paz y confederación. En los artículos más secretos se contenían efectos sumamente importantes, y aunque ambiciosos y en mucha parte contrarios á los tratados que el César y el rey de Francia tenían con los venecianos, se encubrían (como si la diversidad de las palabras bastase á mudar la sustancia de los hechos) con un proemio muy piadoso, en que se refería el deseo común de comenzar la guerra contra los enemigos del nombre de Cristo y los impedimentos que hacía á esto el haber los venecianos ocupado ambiciosamente las tierras de la Iglesia. Por tal causa se querían apartar de ellos para proceder después más unidamente en tan santa y necesaria empresa, y por los consejos y exhortaciones del Pontífice, el cardenal de Rohán, como procurador suyo y por su mandato y como procurador y con orden del rey de Francia, madama Margarita como procuradora y con el mandato del Rey de Romanos y como gobernadora del Archiduque y de los Estados de Flandes, y el embajador del rey de

Aragón, como procurador y con el mandato de su Rey, se convinieron en hacer guerra á los venecianos para recuperar cada uno las cosas que á ellos les tenían ocupadas. Las que se nombraban por parte del Pontífice eran Faenza, Ravena y Cervia; por la del Rey de Romanos, Padua, Vicenza y Verona, que le pertenecían en nombre del Imperio y el Friul y Treviso, pertenecientes por la Casa de Austria; por el rey de Francia, Cremona, Ghiaradadda, Brescia, Bérgamo y Crema, y el rey de Aragón las tierras y los puertos que les había dado en empeño Fernando, rey de Nápoles. Obligábase á venir en persona el Rey Cristianísimo á la guerra y comenzarla el primer día del próximo mes de Abril. A este tiempo la habían de comenzar asimismo el Pontífice y el Rey Católico. Se convino que para que el César tuviese justa causa de no observar la tregua hecha, el Papa, como defensor de la Iglesia, le pidiese ayuda, y después de esta petición el César por lo menos le enviase un caudillo y fuese obligado cuarenta días después que el rey de Francia hubiese roto la guerra, á acometer personalmente el Estado de los venecianos; que cualquiera de ellos que hubiese recuperado lo que le tocaba, fuese obligado á ayudar á los otros hasta que enteramente lo hubiesen recuperado todo; que todos estuviesen obligados á la defensa de cualquiera de ellos que en las tierras recuperadas fuese molestado por los venecianos, con los cuales ninguno se pudiese convenir sin consentimiento común; que pudiesen ser nombrados dentro de tres meses el duque de Ferrara y el marqués de Mantua, y cualquiera á quien los venecianos pretendiesen ocupar alguna villa; que los nombrados gozasen como principales todos los beneficios de la confederación, teniendo facultad de recuperar por sí mismos las cosas perdidas; que amonestase el Pontífice con penas de gravísimas censuras á los venecianos para que restituyesen á la

Iglesia lo que le tenían ocupado y fuese juez de las diferencias que había entre Blanca Maria, mujer del Rey de Romanos, y el duque de Ferrara, por la herencia de Ana, su hermana y mujer del dicho duque; que el César diese la investidura del ducado de Milán al rey de Francia para sí, para Francisco de Angulema y los demás descendientes varones, y por esta investidura le pagase el Rey cien mil ducados; que no hiciesen el César ni el Archiduque durante la tregua ni seis meses después ningún movimiento contra el Rey Católico por ocasión del gobierno y de los títulos de los reinos de Castilla; que exhortase el Papa al rey de Hungría para que entrase en esta confederación; que nombrase cada uno dentro de cuatro meses sus coligados, como no fuesen los venecianos ni los súbditos ó feudatarios de algunos de los confederados, y que debiese cada uno de los contrayentes principales dentro de sesenta días próximos ratificar el tratado.

A esta concordia universal se juntó la particular entre el Archiduque y el duque de Güeldres, en la cual se ajustó que las tierras que se habían ocupado en la guerra presente al Archiduque se le restituyesen, pero que no se hiciese esta restitución de las que habían sido ocupadas al Duque.

Establecida en esta forma la nueva confederación y guardando el secreto que convenía de los venecianos, partió al día siguiente de Cambray el cardenal de Rohán, habiendo enviado primero al César al obispo de París y á Alberto Pío, conde de Carpi, para recibir de su majestad Cesarea la ratificación en nombre del rey de Francia, el cual sin ninguna dilación la ratificó y confirmó con juramento, con las mismas solemnidades con que se había hecho la publicación en la Iglesia de Cambray y es cierto que aquesta confederación, aunque se dice en la escritura que se hizo con consentimiento

del Papa y del rey de Aragón, se hizo sin él, persuadiéndose el César y el Rey Cristianísimo que habrían de venir en ella, parte por la utilidad propia, y parte porque, conforme el estado de las cosas presentes, ni el uno ni el otro se atreverían á repugnar contra la autoridad de ellos, especialmente el rey de Aragón, el cual, aunque le era molesto este tratado porque, temiendo que se aumentase más la grandeza del rey de Francia, anteponeía la seguridad de todo el reino de Nápoles á la recuperación de la parte que poseían los venecianos, con todo, procurando mañosamente y con presteza mostrar lo contrario que sentía, ratificó luego la confederación con las mismas solemnidades. En el Pontífice había mayor duda, combatiendo en él, según su costumbre, de una parte el deseo de recuperar la tierra de la Romaña y la indignación contra los venecianos, y de la otra el temor al rey de Francia; demás de que juzgaba por peligroso para sí y para la Silla Apostólica que comenzase á extenderse en Italia el poder del César, y así, pareciendo más útil obtener con la concordia una parte de lo que deseaba que el todo con la guerra, intentó inducir al Senado veneciano á que le restituyese á Rímini y á Faenza, dando á entender que los peligros que le amenazaban por la unión de tantos príncipes serían mucho mayores concurriendo en la liga el Pontífice, porque no podría rehusar el perseguirle con las armas espirituales y temporales; pero que restituyendo las tierras que tenían ocupadas á la Iglesia en su pontificado y recuperando juntamente con las tierras la honra, tendría justa ocasión de no ratificar lo que se había hecho en su nombre, pero sin su consentimiento, y que, apartándose la autoridad Pontifical, saldría con facilidad vana esta liga que por sí misma había tenido harta dificultad; que procuraría cuanto pudiese con la autoridad y con la industria (si no pudiera por otro ca-

mino) que en Italia no se aumentase más la potencia de los bárbaros, no menos peligrosa á la Sede Apostólica que á los otros.

Haciéndose en el Senado veneciano varias consultas sobre esta propuesta, algunos juzgaban que sería de gran consecuencia el separarse el Pontífice de los demás; otros lo reputaban por cosa indigna no bastante para desviar la guerra. Prevaleciera finalmente la opinión de los que se conformaban con la parte más sana y mejor, si Domingo Trevisano, senador de grande autoridad y uno de los procuradores del riquísimo templo de San Marcos, honor de la República veneciana, hombre de mayor estimación que ningún otro después del Dux, levantándose en pie, no hubiera aconsejado lo contrario, el cual, con muchas razones y gran eficacia de palabras, se dió maña á persuadir que era cosa muy ajena de la dignidad y utilidad de aquella clarísima y extendida República restituir las tierras que la pedía el Pontífice, pues de unirse ó no con los otros confederados se aumentaban ó disminuían poco sus peligros; porque si bien para que pareciese menos injusta su causa habían los confederados usado del nombre del Pontífice, cuando se ajustaron, se habían convenido sin él; de modo que por esto no obrarían en las ejecuciones deliberadas con más dilación y tibieza, y que, por el contrario, no eran las armas del Pontífice de tal valor que se debiese comprar con precio tan excesivo el detenerlas; que si en el mismo tiempo fuesen acometidos de los otros, podrían con mediana guarda defender aquellas ciudades, pues la gente de la Iglesia (que según el común proverbio es infamia de la milicia) no era por sí misma bastante ni á expugnar ni á hacer balanza suficiente para el fin de la guerra, y no había en el fervor ni en los movimientos de las armas temporales la reverencia ni las amenazas de las espirituales, ni se

podía temer que hiciesen más daño en esta guerra, pues eran conocidas en otras muchas, especialmente en la que se hizo contra Ferrara, donde no fueron poderosas para impedir que no consiguiesen la paz honrosa para sí y de vituperio para lo restante de Italia; que con una unión tan grande y en el tiempo que florecía en riquezas, armas y valor, se había confederado toda Italia contra ellos; que no era verosímil ni conforme á razón que Dios nuestro Señor quisiese que los efectos de su severidad, de su misericordia, de su ira y de su paz estuviesen en la mano de un hombre de gran ambición y soberbia, sujeto al vino y á otros muchos deshonestos deleites, para ejecutarlos al albedrío de sus deseos desordenados y no según la consideración de la justicia y del bien público de la Cristiandad, y que si en este Pontificado no era más constante la fe sacerdotal de lo que había sido casi siempre en los otros, no reconocía qué seguridad podría haber de que, habiendo conseguido á Faenza y á Rímini, no se uniese con los otros para recuperar á Ravena y á Cervia, no guardando mayor respeto á la palabra dada del que suelen tener los Pontífices, que, por justificar su proceder, han establecido entre otras leyes que la Iglesia, no obstante todo contrato, promesa y beneficio, pueda, después de conseguidos, retractarse y derechamente contravenir á las obligaciones que sus mismos prelados han hecho solemnemente; que la confederación se había hecho entre Maximiliano y el rey de Francia con gran calor, pero que los ánimos de los otros coligados no eran semejantes, porque el Rey Católico se juntaba á ellos de mala gana y en el Pontífice se veían señales de sus acostumbradas sospechas y variedades; que no había que temer más de la liga que se había hecho en Cambray que de la que otra vez en Trento y después en Blois habían ajustado con el mismo calor los mismos Maxi-

miliano y Luis, porque para la ejecución de las cosas determinadas había grandes dificultades que por su naturaleza eran casi imposibles de desenredar; que por eso el principal estudio y diligencia de aquel Senado había de ser procurar buscar medios para apartar al César de aquella unión que por su naturaleza, por su necesidad, y por el odio antiguo contra los franceses se podía esperar fácilmente, y una vez apartado de ella, no había ningún peligro de que se moviese la guerra, porque el rey de Francia, si el César le dejaba, no tendría resolución de acometer más que á lo que se había atrevido por lo pasado; que en todas las cosas públicas se debían considerar prontamente los principios, porque no estaba después en mano de los hombres apartarse, sin suma deshonra y peligro, de las deliberaciones ya tomadas, si en ellas se había perseverado largo tiempo; que habían sus padres y ellos sucesivamente atendido en las ocasiones á ensanchar el Imperio, con profesión declarada de aspirar siempre á cosas mayores, y de aquí habían venido á ser odiosos á todos, parte por miedo, parte por dolor de lo que les habían tomado, y que aunque de este odio se había conocido mucho antes que podría nacer alguna alteración grande, no se abstuvieron de abrazar las ocasiones que se les ofrecían, ni sería ahora remedio á los peligros presentes comenzar á dejar parte de lo que poseían, pues no por eso se aquietarían, antes se encenderían los ánimos de sus enemigos, dándoles atrevimiento con su temor, porque siendo opinión antigua de muchos años atrás en Italia, que el Senado veneciano no dejaría jamás lo que una vez había entrado en sus manos, ¿quién no conocería que hacer ahora tan vilmente lo contrario procedía de una desesperación total de poderse defender de los peligros que les amenazaban?; que comenzando á dejar cualquiera cosa, aunque pequeña, y á declinar

de la reputación y esplendor antiguo de esta República, se aumentarían los peligros grandemente, y sería más difícil sin comparación conservar aún de menores riesgos lo que le queda al que ha comenzado á declinar, que no al que, esforzándose para conservar su dignidad y puesto, se revuelve prontamente, sin hacer demostración de querer dejarlo en manos de quien está cerca de oprimirle; y era necesario ó despreciar animosamente las primeras demandas ó, consintiéndolas, creer que se les habían de unir otras muchas por donde en brevísimo tiempo resultaría la total destrucción de aquel Imperio y consiguientemente la pérdida de la propia libertad; que había la República veneciana, así en el tiempo de sus pasados como de los presentes, sustentado guerras gravísimas con los príncipes cristianos, y por conservar siempre constancia y generosidad de ánimo, habían alcanzando fin gloriosísimo; que deberían en las dificultades presentes (aunque por ventura pareciesen mayores) esperar el mismo suceso, porque su poder y autoridad era mayor, y en las guerras que comúnmente hacen muchos príncipes contra uno, suele ser mayor el espanto que los efectos, porque prontamente se entibiaban los ímpetus primeros y, comenzando á nacer variedad de pareceres, se enflaquecía entre ellos la fe; finalmente, que debía confiar aquel Senado, demás de las provisiones y remedios que ellos hacían por sí mismos, en que Dios, justo juez, no desampararía una República nacida y criada en perpetua libertad, ornato y esplendor de toda Europa, ni permitiría que la ambición de los príncipes, debajo de pretexto de disponer la guerra contra infieles, oprimiese aquella ciudad que con tanta piedad y religión había sido tantos años defensa y amparo de toda la República cristiana.

Conmovieron de manera los ánimos de la mayor par-

te las palabras de Domingo Trevisano, que (como ya otras veces había sido fatal en aquel Senado) fué seguido, contra el parecer de muchos senadores de gran prudencia y autoridad, el peor consejo. El Pontífice, que había diferido la ratificación hasta el último día señalado para ella, ratificó el convenio, mas con declaración expresa de no querer hacer algún acto de enemistad contra los venecianos sino después que el rey de Francia hubiese comenzado la guerra.

Con estas semillas de gravísimos movimientos acabó el año 1508, en cuya sazón estaban reducidas y cada día se reducían á grandísimo aprieto las cosas de los pisanos, porque los florentinos, demás de haberles cortado todos los sembrados el verano pasado y demás de las correrías continuadas de su gente por las tierras circunvecinas hasta las puertas de Pisa, para impedir que por mar entrasen vituallas, habían tomado á sueldo con algunos bajeles al hijo de Bardellá de Portovenere, por lo cual los pisanos sitiados, casi por mar y tierra, no teniendo, por su pobreza, poder para traer navíos ó soldados forasteros, y siendo ayudados por sus vecinos tibiamente, no tenían casi esperanza alguna de sustentarse.

Movidos de estas cosas los genoveses y luqueses resolvieron intentar meter en Pisa gran cantidad de granos que, cargados en muchas barcas, acompañadas de dos naves genovesas y dos galeones, los habían llevado á la Spezia y después á Viareggio, para que de allí, por orden de los pisanos, con catorce bergantines y muchas barcas se condujesen á Pisa; pero queriendo oponerse los florentinos, porque en llegar ó no estos granos consistía totalmente la esperanza ó el desengaño de ganar aquel año á Pisa, juntaron con los bajeles que tenían primero una nave inglesa, que por acaso se hallaba en el puertó de Liorna, algunas fustas y bergantines,

y ayudando cuanto podían, con las preparaciones hechas por tierra, á la armada de mar, enviaron toda la caballería con gran número de infantería, que con mucha presteza habían recogido de todo su dominio, á todas las partes donde los bajeles de los enemigos pudiesen, ó por la boca del Arno ó del Río Muerto, entrando en el Arno, conducirlos á Pisa. Llegaron los enemigos á la boca del río, y estando los bajeles de los florentinos dentro de ella y de Río Muerto, y habiendo la gente de tierra ocupado los sitios necesarios y extendido la artillería sobre las orillas de cada parte del río por donde habrían de pasar, juzgando que no podrían llegar más adelante, se volvieron á la ribera de Génova; habiendo perdido tres bergantines cargados de trigo.

Creyeron por este suceso cierta la victoria, por falta de vituallas, los florentinos, y para impedir más fácilmente que por el río se pudiesen llevar, echaron en el Arno un puente de madera, fortificándolo con trincheras de la una y de la otra orilla. Al mismo tiempo, para desviar las ayudas de los vecinos, se convinieron con los lugares; habiendo enviado primero, para reprimir su osadía, á saquear con una parte de su gente que sacaron de Cascina el puerto de Viareggio y los almacenes donde estaban muchas mercaderías de los mercaderes de Luca. Temerosos los luqueses, enviaron á Florencia embajadores y acordaron, finalmente, que entre la una y la otra República hubiese liga defensiva por dos años, excluyendo nombradamente á los luqueses de poder ayudar en cualquier modo á los pisanos, cuya confederación, si recuperaban los florentinos á Pisa dentro de un año, se entendiese que había de ser prorrogada por otros doce y, durante esta liga, no pudiesen los florentinos (no perjudicando por esto á su derecho) molestar á los luqueses en la posesión de Pietrasanta y de Mutrone.

Fué de mucha mayor consideración para facilitar la conquista de Pisa el convenio hecho entonces con los Reyes Cristianísimo y Católico que, tratándose desde hacía muchos meses, había tenido varias dificultades, temiendo los florentinos, por la experiencia de lo pasado, que esto fuese medio para sacarles gran cantidad de dinero, y que, con todo, quedasen en el mismo estado las cosas de Pisa. Por otra parte, interpretando el rey de Francia que se procuraba la dilación artificiosamente, por la esperanza de que los pisanos (cuyos aprietos eran conocidos) de su voluntad se rindiesen y no queriendo que de ninguna manera la recuperasen sin pagarle la recompensa, mandó al Bardella, súbdito suyo, que dejase el sueldo que poseía de los florentinos y á Chaumont que enviase de Milán en ayuda de los pisanos seiscientas lanzas. Por estas razones, apartadas todas las dudas y dificultades, se convinieron en esta forma: Que no diesen el rey de Francia ni el de Aragón favor ó ayuda á los pisanos é hiciesen que de los lugares súbditos á ellos, confederados ó encomendados, no fuesen vituallas á Pisa, socorro de gente, de dineros ni de ninguna otra cosa; que pagasen los florentinos en cierto tiempo á cada uno de ellos, si dentro del próximo año recuperasen á Pisa, cincuenta mil ducados, y, en el caso dicho, quedase hecha liga entre ellos por tres años desde el día de la recuperación y que por ella estuviesen obligados los florentinos á defender con trescientos hombres de armas los Estados que tenían en Italia, recibiendo para la defensa propia de cada uno de ellos por lo menos trescientos hombres de armas.

A la capitulación hecha en común fué necesario agregar, sin sabiduría del Rey Católico, nuevas obligaciones de pagar al rey de Francia á su tiempo y debajo de las mismas condiciones otros cincuenta mil ducados. Demás fué menester que prometiesen dar á los minis-

tros de los dos Reyes veinticinco mil ducados, de los cuales la mayor parte se había de distribuir según la voluntad del cardenal de Rohán, y estos acomodamientos, bien que fuesen con grandísimo gasto de los florentinos, fueron tenidos entre todos los hombres por infames para aquellos Reyes, pues el uno se dispuso por dineros á abandonar aquella ciudad que muchas veces había afirmado que la había recibido en su protección, como se manifestó después, habiéndosele entregado voluntariamente, y el Gran Capitán aceptó el dominio en su nombre; el otro, olvidado de las promesas que había hecho muchas veces á los florentinos, ó vendió por vil precio la justa libertad de los pisanos, ú obligó á los florentinos á que comprasen de él la disposición de poder recuperar justamente las cosas propias. ¡Tanto más puede hoy la fuerza del oro que el respeto á lo justo!

Las cosas de los pisanos á que solían estar atentos los ojos de toda Italia, eran en este tiempo de poca consideración, por depender los ánimos de los hombres de la esperanza de cosas mayores, pues luego que ratificaron la liga de Cambray todos los confederados, comenzó el rey de Francia á hacer grandes prevenciones, y aunque por ahora no se pasaba á protestas ó amenazas de guerra, con todo, no pudiendo disimularse más estas cosas, el cardenal de Rohán, presente todo el Consejo, se lamentó con palabras muy sensibles con el embajador de Venecia de que aquel Senado, despreciando la liga y amistad del Rey, hacía fortificar la abadía de Cerretto en el territorio de Crema, donde, habiendo antiguamente una fortaleza, fué demolida por los capítulos de la paz que se hizo el año de 1454 entre los venecianos y Francisco Sforza, nuevo duque de Milán, con condición que los venecianos no se pudiesen fortificar en ningún tiempo, y á los capítulos de la dicha paz se

refería en estas y en otras muchas cosas la que se ajustó entre ellos y el Rey.

Habiendo venido el Rey pocos días después á Lyón, caminaba ya su gente para pasar los montes y se disponían para bajar al mismo tiempo á Italia seis mil suizos soldados suyos, y ayudándose, demás de sus fuerzas propias, de las ajenas, había obtenido de los genoveses cuatro carracas, de los florentinos cincuenta mil ducados por parte de lo que se le debía después de la conquista de Pisa, y el ducado de Milán (que deseaba mucho volver á ocupar las tierras que le tenían usurpadas los venecianos) le había dado cien mil ducados y muchos gentiles hombres, y los feudatarios de aquel Estado se apercebían de armas y de caballos para seguir en la guerra, con compañías muy lucidas, la persona del Rey.

Por otra parte se disponían con gran ánimo los venecianos para salir á tan gran guerra esforzándose con dineros, con autoridad y con todo el nervio de su Imperio á hacer provisiones dignas de tan gran República y con tanta más presteza quanto parecía muy verosímil que, si resistían el ímpetu primero, sería fácil que se enfriara ó deshiciera la unión mal ordenada de estos Príncipes, mostrándose en todas estas cosas, con suma gloria del Senado, el mismo ardimiento en los que primero habían aconsejado en vano que modestamente se usase de la próspera fortuna, que en los que habían sido autores de lo contrario; porque, anteponiendo el bien público á la ambición particular, no deseaban que creciese su autoridad con hacer menosprecio de los consejos perniciosos de los otros, ni con oponerse á remedios que se hacían para estorbar los peligros nacidos por su imprudencia, sino considerando que contra ellos se armaba casi toda la cristiandad, procuraban cuán mañosamente podían interrumpir tan gran unión, arre-

pentidos ya de haber despreciado la ocasión de apartar al Pontífice de los otros, particularmente habiendo tenido esperanza que, con restituir sólo á Faenza, se hubiera aquietado. Por esto renovaron con él los primeros tratos é introdujeron otros de nuevo con el César y con el Rey Católico, porque con el rey de Francia ó por el odio ó por la desesperación de poderle persuadir no lo intentaron. El Pontífice no podía pedir más que lo que primero había deseado, y aunque al Rey Católico por ventura no le faltaba la voluntad, no tenía poder para mover á los otros, y el César, lleno de odio excesivo contra el nombre veneciano, no solamente no recibió sus ofertas con gusto, sino que ni aun las quiso oír, pues rehusó admitir en su presencia á Juan Pedro Stella, su secretario, á quien habían enviado con amplísimas facultades. Así, pues, volviendo los pensamientos á defenderse con las armas, traían á su sueldo de todas partes gran cantidad de caballos y de infantes, armaban muchos bajeles para la guarda de la costa de la Romaña y de las tierras de la Pulla, y para ponerlos en el lago de Garda, en el Pó y en los otros lugares vecinos, por temor que por estos ríos pudiesen ser molestados por el duque de Ferrara y por el marqués de Mantua. Turbábales, demás de las amenazas de los hombres, muchos casos, ó fatales ó fortuitos, porque cayó un rayo en la fortaleza de Brescia y una barca que enviaba el Senado á llevar dinero á Ravena, se anegó en el mar con diez mil ducados, y el archivo, lleno de papeles tocantes á la República, se cayó con súbita ruina. Pero, demás de esto, lo que les puso en grandísimo terror fué que en el día y en la misma hora que se había juntado el Consejo Mayor, se pegó fuego, por acaso ó por ocultar fraude de alguno, en el Arsenal, en el sitio donde estaba el salitre, y aunque concurrió gran número de gente para matarle, ayudado de la fuerza del viento y de la

materia dispuesta para acrecentarlo, se quemaron doce cascos de galeras sutiles y gran cantidad de municiones. A estos desastres se juntaba que, habiendo tomado á sueldo á Julio y Renzo Orsini y Troilo Sabello con quinientos hombres de armas, les obligó el Pontífice con asperísimos mandatos hechos como á feudatarios y súbditos de la Iglesia, á que no se apartasen de la tierra de Roma, invitándoles á que se quedasen con los quince mil ducados recibidos de su sueldo, con promesa de que los satisfaría á los venecianos en lo que ellos debían á la Silla Apostólica por los frutos que tenían de la tierra de Romaña. Hacíanse las preparaciones del Senado principalmente en los confines del reino de Francia, de cuyas armas esperaban ser acometidos más pronto y con más poder, porque del rey de Aragón, aunque había prometido mucho á los otros confederados, parecían demostraciones y rumores vanos, según su costumbre, porque no hacía aparatos de mucho momento. El César, ocupado en Flandes en que los pueblos sujetos á su nieto le socorriesen voluntariamente con dineros, no se creía que comenzase la guerra al tiempo prometido, y pensaban que el Pontífice, esperando más en la victoria de los otros que en sus armas propias, se gobernaría según los progresos de los coligados.

---

## CAPITULO II.

El ejército veneto en el Oglio.—El ejército francés pasa el Adda.—Monitorio del Papa á los venecianos.—Su respuesta.—Batalla del Adda.—Derrota de los venecianos.—Prisión del Albiano.—Bérgamo se rinde al rey de Francia.—Los franceses toman á Peschiera.—El papa Julio invade la Romaña.—Alfonso, duque de Ferrara, se declara enemigo de los venecianos.—Los venecianos abandonan á Verona y Padua, y mandan á Antonio Justiniano como embajador á Maximiliano.—Consternación general en Venecia.—Discurso de Justiniano al Emperador.

No se dudaba que había de ser el primer acometimiento del rey de Francia en la Ghiaradadda, pasando el río Adda junto á Casciano. El ejército de los venecianos se juntaba en Ponte Vico sobre el río Oglio; era su capitán general el conde de Pitigliano, gobernador Bartolomé de Albiano, y proveedores en nombre del Senado, Jorge Cornaro y Andrea Gritti, gentiles-hombres esclarecidos y muy honrados por su calidad conocida y por la gloria que el año pasado ganaron, el uno por la victoria del Friul, y el otro por la oposición que hizo en Roveré á los tudescos. Consultándose entre ellos de qué manera se había de proceder en la guerra, eran varios los pareceres, no sólo entre los otros, pero entre el capitán y el gobernador, porque el Albiano, de ingenio feroz y ensoberbecido con los prósperos sucesos del año pasado, pronto á aprovechar las ocasiones y de increíble presteza, así en el resolver como en el ejecutar, aconsejaba que, para hacer antes el asiento de la guerra en el país de los enemigos, que esperar que ellos lo hiciesen en el suyo propio, se acometiese al Estado de Milán, antes que el rey de Francia pasase á Italia.

El conde de Pitigliano, enfriado el ardimiento (como decía el Albiano) por la vejez, ó considerando por la larga experiencia más prudentemente los peligros, y ajeno de tentar la fortuna sin grandísima esperanza, aconsejaba que despreciada la pérdida de las tierras de la Ghiaradadda, que no importaban al suceso de la guerra, el ejército se estuviese quedo junto á la tierra del Orci, como ya en la guerra entre los venecianos y el duque de Milán había hecho Francisco Carmignuola, y después Jacobo Piccinino, famosos capitanes de aquellos tiempos; alojamiento muy fuerte por estar en medio de los ríos Oglio y Serio y comodísimo para socorrer á todos los lugares y villas del dominio veneciano, porque si los franceses les fuesen á acometer en aquel alojamiento, podían, por la fortaleza del sitio, tener por casi cierta la victoria, y si fuesen á sitiar á Cremona, Crema, Bergamo ó Brescia, podrían, para la defensa de aquellas plazas, llegarse con el ejército á lugar seguro, y estorbándoles las vituallas y demás comodidades que tenían con tanto número de caballería ligera y estradiotas, les impedirían el tomar cualquier plaza importante; así, sin remitirse al poder de la fortuna, podría fácilmente defenderse el Imperio veneciano del ímpetu y poder del acometimiento del rey de Francia.

El Senado reprobó ambos consejos, el del Albiano por muy osado, el del Capitán general por muy tímido y poco atento á la naturaleza de los peligros presentes, porque al Senado le hubiera agradado más (según la antigua costumbre de aquella República) el proceder con seguridad y salir lo menos que pudiesen de su mismo dominio. Por otra parte se consideraba si en el tiempo que estuviesen empeñados en resistir al rey de Francia con todas sus fuerzas acometiese su Estado poderosamente el Emperador, con qué armas, con qué capitanes, con qué fuerzas se le podían oponer y, por

este respeto, el camino que por sí mismo parecía más cierto y más seguro, quedaba más peligroso. Mas siguiendo entre las opiniones contrarias (como muchas veces se hace) la del medio, se resolvió que el ejército se llegase al río Adda por no dejar que fuese robo de los enemigos la Ghiaradadda, pero con precisos acuerdos y preceptos del Senado veneciano que sin gran esperanza ó urgente necesidad no se viniese á las manos con los enemigos.

Muy diferente era la determinación del rey de Francia, pues tenía ardiente deseo de que los ejércitos combatesen, el cual acompañado del duque de Lorena y de toda la nobleza del reino de Francia, luego que hubo pasado los montes, envió á Monjoie su Rey de armas á intimar la guerra al Senado veneciano, encargándole que, para hacer constar cuanto antes se pudiese que se la había intimado, hiciese lo mismo cuando pasase por Cremona con los magistrados venecianos; y si bien por no estar todavía junto todo su ejército había resuelto que no se moviese ninguna cosa hasta que él fuese personalmente á Casciano, con todo eso, por lo que lo procuraba el Pontífice, que se quejaba que era pasado ya el tiempo determinado en la capitulación, ó para que comenzase á correr el tiempo al César, que estaba obligado á mover la guerra cuarenta días después que el Rey la hubiese comenzado, mudada la primera determinación, mandó á Chaumont que comenzase.

No habiendo todavía la gente veneciana partido de Ponte Vico, porque no se había podido juntar toda, fué el primer movimiento de tan gran incendio á 15 de Abril, pasando Chaumont en aquel día por un vado con tres mil caballos el río de Adda, junto á Casciano, y habiendo hecho pasar en bateles seis mil infantes y en su seguimiento la artillería, se enderezó á la villa de Trevi, tres millas apartada de Casciano, en donde estaba Jus-

tiniano Morosino, proveedor de los estradiotas de los venecianos, y con él Vitello, de Ciudad de Castillo, y Vicente de Naldo, que hacían revista de la infantería que se debía distribuir en las villas vecinas; y creyendo que los franceses, por haberse dividido en muchas partes por la campaña, no eran gente ordenada para acometer las plazas, sino para correr el país, enviaron fuera doscientos infantes y algunos estradiotas, y arriándose á ellos alguna gente francesa, les siguió escaramuzando hasta el rebellón de la puerta. Poco después, juntándose los otros, puesta delante la artillería y comenzando ya á batir con falconetes las defensas, ó la vileza de los cabos, espantados de este ímpetu tan imprevisto, ó la sublevación de la gente de la villa, les obligó á rendirse á la discreción de Chaumont. Quedaron prisioneros Justiniano, Vitello y Vicente y otros muchos, y con ellos cien caballos ligeros y cerca de mil infantes, casi todos de Valdilamone, salvándose huyendo solo doscientos estradiotas. Después Chaumont, á quien se habían rendido algunas villas vecinas, volvió con toda la gente del otro lado del Adda, y el mismo día el marqués de Mantua, como soldado del Rey, de quien tenía una compañía de cien lanzas, corrió hasta Casalmaggiore, cuyo castillo, sin hacer resistencia, le entregó la gente de la villa, juntamente con Luis Bono, oficial veneciano.

En este mismo día hizo otra correría desde Piacenza al condado de Cremona, Roccalbertino con ciento y cincuenta lanzas y tres mil infantes, habiendo pasado por un puente de barcas, puesto donde el río Adda entra en el Pó; y en otra parte del dicho condado hizo también correrías desde la montaña de Brianza hasta Bér-gamo la gente que estaba de presidio en Lodi y los villanos del país.

Este acometimiento, hecho en un mismo día por

cinco partes sin parecer enemigo en ningún lugar, hizo más ruido que efecto, porque Chaumont se volvió luego á Milán para esperar la venida del Rey, que ya estaba proxima, y el marqués de Mantua, que habiendo tomado á Casalmaggiore, había intentado (aunque en vano) tomar á Asola, entendiendo que el Albiano había pasado con mucha gente el río Oglio en Puente Molaro, dejó á Casalmaggiore.

Dado este principio á la guerra, el Pontífice publicó luego con nombre de Monitorio una Bula horrible, en la cual se refería todo lo que los venecianos habían usurpado en las tierras pertenecientes á la Sede Apostólica la autoridad con que se habían alzado, en perjuicio de la libertad eclesiástica y de la jurisdicción de los Pontífices, de conferir los obispados y otros muchos beneficios vacantes, de tratar en el fuero seglar las causas espirituales y las otras que pertenecían al juicio de la Iglesia, y todas las inobediencias pasadas; demás de ellas se decía también que pocos días antes, para turbar en perjuicio de la misma Sede las cosas de Bolonia, habían llamado á Faenza á los Bentivogli, rebeldes de la Iglesia. Sujetábales á ellos y á quien los admitiese á gravísimas censuras, amonestándoles á que restituyesen dentro de los veinticuatro días siguientes las villas que ocupaban de la Iglesia, junto con todos los frutos que habían recibido en el tiempo que las tenían, so pena (en caso que no obedeciesen) de incurrir en las censuras y entredichos, no sola la ciudad de Venecia, pero todas las tierras que la obedecían, y aun aquéllas que, no estando sujetas á su imperio, admitiesen algún veneciano, declarando haber incurrido en crimen *lesæ maiestatis* y ser separados como enemigos perpetuos de todos los cristianos, á los cuales concedía facultad de apoderarse en todas partes de sus haciendas y reducir á esclavitud las personas. Contra esta Bula apareció po-

cos días después en la ciudad de Roma un papel hecho por un hombre no conocido, en nombre del Príncipe y de los magistrados venecianos, en el cual, después de larga y asperísima narración contra el Pontífice y el rey de Francia, se interponía la apelación del Monitorio al Concilio venidero, y en defecto de la justicia humana, á los pies de Cristo, justísimo juez y príncipe supremo de todos.

Juntándose en este tiempo al Monitorio espiritual las denuncias temporales, luego que llegó á Venecia el rey de armas Monjoie, é introducido en la presencia del Dux y del Colegio, protestó en nombre del rey de Francia la guerra ya comenzada, agravándola con razones más eficaces que verdaderas ó justas, y habiéndolo consultado un poco, respondió el Dux á esta protesta con breves palabras, que, pues el rey de Francia había resuelto moverles la guerra en el tiempo que tenían más esperanza en él por la confederación que no habían violado jamás, y haber provocado por enemigo al Empeador por no haberse apartado de él, que atenderían á su defensa, esperando poderlo hacer con sus fuerzas, acompañadas de la justicia de la causa. Esta respuesta pareció más conforme á la dignidad de la República que si se extendiera en justificaciones y querellas infructuosas contra quien ya les había acometido con armas.

Juntándose en Ponte Vico el ejército veneciano, en que había dos mil hombres de armas, tres mil entre caballos ligeros y estradiotas, quince mil infantes escogidos de toda Italia y verdaderamente la flor de la milicia italiana, no menos por la fortaleza de los soldados que por la experiencia y valor de los capitanes, quince mil infantes escogidos de las milicias de sus tierras y acompañado de gran número de artillería, vino á Fontanella, sitio vecino de Lodi seis millas, y lugar oportuno para socorrer á Cremona, Crema, Caravaggio y Bérghamo,

donde, juzgando que habría ocasión de recuperar á Treviso, por haberse retirado Chaumont del Adda y por no estar todavía junto todo el ejército del rey de Francia, se movieron por resolución del Senado, pero contra el consejo del Albiano (según él lo afirmaba después), que decía que eran resoluciones casi repugnantes contradecir que se pelease con el ejército de los enemigos, y por otra parte juntarse tanto á él, porque por ventura no estaría en su mano el retirarse, y cuando, finalmente, lo pudiesen hacer, sería con tanta quiebra de reputación de aquel ejército, que dañaría mucho al progreso de toda la guerra, y que él por este respeto, por el honor propio y por el común de la milicia italiana, escogería antes morir que consentir tan gran ignominia.

Ocupó primero el ejército á Rivolta, donde no habían dejado guarnición alguna los franceses, y metiendo allí cincuenta caballos y trescientos infantes se llegó á Trevi, villa poco distante del Adda y situada en sitio algo eminente. Había dejado en ella Chaumont cincuenta lanzas y mil infantes debajo del gobierno de Imbalt, el gascón Frontallà y el caballero Blanco. Plantada la artillería por la parte de hacia Casciano, donde la muralla estaba más débil, y haciendo progresos grandes, los que estaban dentro se rindieron el siguiente día, quedando en salvo los soldados, pero sin armas, prisioneros los capitanes y la villa á libre discreción del vencedor.

El rey de Francia, al saber que el campo enemigo estaba á los contornos de Trevi, pareciéndole que la pérdida de aquel lugar, casi á su vista, le quitaba mucha reputación, se movió luego de Milán para socorrerlo, y llegando un día después que se había perdido Trevi, que fué á 9 de Mayo, sobre el río junto á Casciano, donde primero por la oportunidad de aquel sitio se habían echado tres puentes sobre barcas, pasó con todo el ejército, sin hacer los enemigos ninguna demostración

de impedírsele, maravillándose cada uno de que perdiesen ociosamente tan gran ocasión de acometer la primera parte de la gente que había pasado y exclamando el Tribulcio, cuando vió pasar el ejército sin embarazo: ¡Hoy, Rey Cristianísimo, hemos ganado la victoria! De la misma manera es cierto que conocieron esta ocasión y quisieron usar de ella los capitanes de los venecianos, pero no pudieron jamás con autoridad, ni con ruegos ni amenazas hacer salir á los soldados de Trevi, que estaban ocupados en el saco y robo, y no bastando ningún remedio á deshacer este desorden, el Albiano, por obligarles á salir, hizo pegar fuego á la villa; mas este remedio se hizo tan tarde, que ya los franceses, con grandísima alegría, habían pasado enteramente haciendo burla de la vileza y mal consejo de sus enemigos.

Alojó el Rey con su ejército poco más de una milla del de los venecianos, puesto en lugar algo eminente y por el sitio y los reparos hechos, de tal manera fuerte que no se podía acometer sin manifiesto peligro, donde consultándose de qué manera se debía proceder, muchos de los que intervenían en el Consejo del Rey, persuadiéndose que se comenzarían á sentir presto las armas del César, aconsejaban que se procediese lentamente, porque teniendo mejor partido (según el hecho de la guerra) el que espera que le acometan que el que acomete, la necesidad obligaría á los capitanes venecianos á que, viéndose flacos para poder defender aquel Imperio por tantas partes, procurasen venir á la batalla.

El Rey era de diferente parecer, porque temía que se pelease, si hubiese ocasión de hacerlo, en lugar donde el sitio pudiese prevalecer al valor de los combatientes, movido ó porque temiese que tardasen los movimientos del Rey de Romanos, ó porque hallándose en persona con todas las fuerzas de su reino, no sólo tenía

grande esperanza de la victoria, si no juzgaba que perdía reputación si sólo por sí, sin ayuda de otros, no acababa la guerra, y que por el contrario, sería de suma gloria que por su poder y valor consiguiesen no menos que él los otros confederados los premios de la victoria.

De otra parte el Senado y los capitanes venecianos, no acelerando sus consejos por temor del César, habían determinado (no metiéndose en lugares iguales para ambos, sino tomando siempre alojamientos bien fortificados) rehusar á un mismo tiempo pelear é impedir á los franceses que hiciesen ningún progreso importante. Con estas resoluciones estuvieron ambos ejércitos quedos todo un día, no haciéndose mayor movimiento en él, bien que entre los caballos ligeros se hicieron muchas escaramuzas, y los franceses, adelantando la artillería, buscaban ocasión de pelear. Moviése al día siguiente el Rey hacia Rivolta, por tentar si el deseo de conservar aquella villa obligase á algún movimiento á los italianos; pero no moviéndose ellos, por sacar el Rey siquiera la tácita confesión de que no se atrevían á pelear con él, estuvo cuatro horas firme delante del alojamiento con todo el ejército en orden para la batalla, no haciendo ellos otro movimiento que volverse, sin dejar el sitio fuerte. á la cara de los franceses, en buena orden.

En este tiempo, llevada la artillería por una parte de los soldados del Rey á las murallas de Rivolta, se tomó por fuerza á pocas horas, donde alojó la misma tarde el Rey con todo el ejército, afligido el ánimo por el modo con que procedían los enemigos, y tanto más alababa su consejo cuanto más le discontentaba. Mas por obligarles con la necesidad á aquello que no les inducía su voluntad, luego que hubo estado en Rivolta un día, dejándola abrasada, cuando partió, movió el ejército para ir á alajar á Vaila ó á Pandino la noche siguiente, espe-

rando que de cualquiera de estos dos lugares podría cómodamente impedir las vituallas que de Cremona llevaban á los enemigos y ponerlos en necesidad de dejar el alojamiento en que habían estado hasta entonces.

Los capitanes venecianos bien conocían los pensamientos del Rey, no dudando que era necesario tomar alojamiento fuerte junto á los enemigos para continuar teniéndolos en la misma dificultad é impedimentos; pero el conde de Pitigliano aconsejaba que se dejase para el día siguiente el moverse. Hizo tan vivas instancias por lo contrario el Albiano, alegando que era necesario prevenirse, que finalmente se determinó moverse luego. Dos eran los caminos, el uno más bajo junto al río Adda, pero más largo, para ir á los lugares dichos, caminando por la línea oblicua; el otro más corto, porque se iba por línea recta, ó como se dice comúnmente, éste por la cuerda del arco, y aquél por la circunferencia de él. Por el camino de abajo iba el ejército del Rey, en el cual se decía que había más de dos mil hombres de armas, seis mil infantes suizos, y doce mil entre gascones é italianos, muy proveído de artillería y con número grande de gastadores. Por el camino alto á la mano derecha del enemigo, caminaba el ejército veneciano, que decían tendría dos mil hombres de armas, más de veinte mil infantes y número grande de caballos ligeros, parte italianos y parte que trajeron los venecianos de Grecia, los cuales iban delante, mas no se alargaban lo que solían, porque las matas y árboles pequeños de que estaba lleno el país, entre los dos ejércitos se lo impedían, y también el poderse ver un ejército al otro. Caminando de esta manera siempre delante el ejército veneciano, se juntaron mucho á un mismo tiempo la vanguardia francesa gobernada por Carlos de Amboise y Juan Jacobo Tribulcio, en la que había quinientas lanzas é infantería suiza, y la retaguardia de

los venecianos, guiada por Bartolomé de Albiano, donde había ochocientos hombres de armas y casi toda la flor de la infantería del ejército, aunque no iba muy en orden porque no creyó el Albiano que se hubiese de pelear aquel día. Mas como vió que estaba tan cerca de los enemigos, despertándose en él su ardimiento acostumbrado, ó viéndose en lugar que era necerio pelear, envió á significar luego al conde de Pitigliano, que iba delante con la otra parte del ejército, su necesidad ó determinación, pidiéndole que viniese á socorrerle. Respondióle que atendiese á proseguir su camino y excusase el pelear, porque así lo pedían las razones de la guerra, y porque era la determinación del Senado veneciano; el Albiano en este medio, habiendo puesto su infantería con seis piezas de artillería sobre un reparo pequeño que se había hecho para detener el ímpetu de un arroyo que no llevaba entonces agua y pasaba por entre los dos ejércitos, acometió á los enemigos con tal fuerza y denuedo, que les obligó á retirarse, siéndole muy favorable para esto el haberse comenzado esta escaramuza en unas viñas, donde, por los sarmientos de las vides, no podía la caballería francesa gobernarse libremente; pero adelantándose, por este peligro, la batalla del ejército francés (en donde iba la persona del Rey) cerraron los dos primeros escuadrones sobre la gente del Albiano, el cual, por el feliz principio, tenía gran esperanza de la victoria y, acudiendo á una parte y á otra, avivaba y provocaba con voces ardientes á sus soldados.

Peleábase de cada parte valerosamente, y los franceses, por el socorro de los suyos, habían vuelto á cobrar fuerzas y ánimo. Habiéndose reducido la batalla á lugar abierto, donde su caballería (de que tenían gran ventaja) pudo valerse y manejarse libremente, y encendidos también por la presencia del Rey, que no guardan-

do más respeto á su persona que si fuera un soldado particular, expuesto al peligro de la artillería, no cesaba, según la necesidad, de mandar, animar y amenazar á sus soldados; y por otra parte, animada de nuevo la infantería italiana del suceso primero, peleaban con valor increíble, no dejando el Albiano de hacer ningún oficio conveniente á excelente soldado y capitán. Finalmente, después de pelear con sumo valor cerca de tres horas, y habiendo el ejército de los venecianos recibido gran daño en el lugar que abrieron los caballos de los enemigos, y demás de esto no poco embarazo de que estuviese el terreno resbaladizo por la gran lluvia que mientras peleaban había sobrevenido, no pudiendo los infantes afirmar los pies, y sobre todo, faltándoles el socorro de los suyos, comenzaron á pelear con gran desigualdad, aunque resistiendo con grandísimo valor, pero habiendo perdido ya la esperanza de vencer, hicieron (aunque más por la gloria que por la vida) sangrienta y dudosa por algún rato la victoria de los franceses. Ultimamente, perdiendo primero las fuerzas que el valor, sin mostrar las espaldas á los enemigos, quedaron muertos casi todos en aquel sitio. Fué muy celebrado entre todos el nombre de Pedro, uno de los marqueses del Monte de Santa María de Toscana, capitán de infantería en la guerra de Pisa, sirviendo á sueldo de los florentinos, y ahora uno de los coroneles de la infantería veneciana. Por esta resistencia tan valerosa de sola una parte del ejército fué entonces opinión constante de muchos que si todo el ejército veneciano entrara en la batalla, hubiera ganado la victoria; mas el conde de Pitigliano con la mayor parte se abstuvo de pelear porque, como él decía, habiéndose vuelto para entrar en la batalla, fué detenido por los escuadrones que ya venían huyendo, ó porque, como se decía, no teniendo esperanza de vencer y enojado de que el Albiano, contra su or-

den, se hubiese atrevido á pelear, tuviese por mejor consejo que se salvase aquella parte del ejército que no que se perdiese todo por la temeridad de otro. Murieron en esta batalla pocos hombres de armas, porque la matanza grande fué en la infantería veneciana, de la cual afirmaban algunos que habían muerto ocho mil, otros decían que el número de los muertos de ambas partes no pasó en todo de seis mil. Quedó prisionero Bartolomé de Albiano y con un ojo y el rostro todo herido y acardenalado fué llevado á la tienda del Rey. Tomáronse veinte piezas de artillería gruesa y lo demás del ejército, que no siguieron, se salvó.

Esta fué la famosa jornada de la Ghiaradadda, ó como otros la llaman, de Vaila, hecha á 14 de Mayo. En memoria de ella hizo el Rey edificar en el sitio donde se peleó una Iglesia, honrándola con el nombre de Santa María de la Victoria.

El Rey, por no menoscabar con la negligencia la ocasión adquirida con el valor y la fortuna, fué el día siguiente á Caravaggio, y rindiéndosele luego la villa á concierto, batió con la artillería la fortaleza, la cual, en un día de tiempo, se le entregó libremente. Al día siguiente se le rindió, sin esperar que el ejército se le acercase, la ciudad de Bérgamo, y dejando en ella cincuenta lanzas y mil infantes para la expugnación de la fortaleza, se enderezó hacia Brescia, donde, antes que llegase, se rindió la fortaleza de Bérgamo, habiéndola batido un día con la artillería, con condición que quedase prisionero Marino Jorge y los otros oficiales venecianos, porque el Rey, movido, no tanto por odio, cuanto por la esperanza de sacar gran cantidad de dinero, había determinado no aceptar jamás, cuando se le rindieran las villas, ninguna condición que dejase libres á los gentiles-hombres venecianos.

En los de Brescia no había la disposición con que en

el tiempo de sus abuelos resistieron en la guerra de Felipe María Visconti un grandísimo asedio (1), por conservarse debajo del imperio veneciano, antes inclinados á entregarse á los franceses, parte por el terror de sus armas, parte por las persuasiones del conde Juan Francisco Gambera, cabo de la facción gibelina, habían ocupado las puertas de la ciudad el día después de la rota, oponiéndose claramente á Jorge Cornaro que, habiendo ido allí muy aprisa, quería meter gente, y después, llegando á la ciudad el ejército veneciano, muy disminuido de número (no tanto por el daño que recibió en la batalla pasada, cuanto porque, como acaece en los casos semejantes, muchos voluntariamente se iban), despreciaron la autoridad y ruegos de Andrea Gritti, que entró en Brescia á persuadirles que los recibiesen para su misma defensa; por lo cual, pareciéndole al ejército que no estaba seguro en aquel lugar, fué hacia Peschiera. La ciudad de Brescia se rindió al rey de Francia, haciéndose autores de ello los Gambereschi. Lo mismo hizo dos días después la fortaleza, con condición de que se librasen todos los que estaban dentro, excepto los gentiles-hombres venecianos.

Mal se podría imaginar ni escribir cuán grande fuese el dolor y el espanto universal cuando llegó á Venecia la nueva de estas calamidades, y cuán atónitos y confusos quedaron los ánimos de todos, poco enseñados á sentir semejantes adversidades y acostumbrados á ganar casi siempre la victoria en todas las guerras, poniéndoseles delante de los ojos la pérdida del Imperio y el peligro de la última ruina de su patria, en lugar de

(1) De esta inclinación al nombre veneciano, mostrada en las guerras con Visconti, hace larga memoria el Savelico en el tercero libro de la tercera década, donde refiere el asedio de Brescia y cuanta diligencia usaron los venecianos para no perder aquella ciudad.—(Nota del traductor.)

la gloria y grandeza con que pocos meses atrás imaginaban ser señores del imperio de toda Italia. De cada parte de la ciudad se concurría con grandes voces y lamentos miserables al palacio público, donde consultándose por los Senadores lo que se había de hacer en caso tan grande, quedaba, después de larga consulta, la desesperación superior al consejo. Tan flacos é inciertos eran los remedios; tan pequeñas y casi ningunas las esperanzas de su reparo, considerando que no tenían otros capitanes ni otra gente para defenderse que la que de la rota restaba, despojada de fuerza y ánimo; que los pueblos súbditos á aquel dominio estaban inclinados á rebelarse, no queriendo sufrir por ellos daños y peligros tan grandes, y el rey de Francia con ejército muy poderoso é insolente por la victoria, dispuesto á seguir el curso de la próspera fortuna, á cuyo nombre solamente estaban ya para rendirse todos; y que si no habían podido resistir á él solo, ¿qué sería viniendo también el Emperador, de quien se entendía que llegaba á sus confines y que ahora, convidado de ocasión tan grande, apresuraría su venida? Mostrándose por todas partes peligros y desesperaciones con indicios muy cortos de esperanza, no tenían seguridad de que en la propia patria, llena de innumerable multitud, no se levantase algún tumulto peligroso, parte por la codicia de robar, parte por el odio contra los gentiles-hombres. Así, pues, todos los casos contrarios, cuyo suceso se representaba á su imaginación por posible, los tenían por muy ciertos: que es el último grado adonde puede llegar el miedo. Pero recogido el ánimo lo mejor que podían, en medio de tan gran temor, determinaron hacer última diligencia para reconciliarse por cualquier camino con el Pontífice, con el Emperador y con el Rey Católico, sin ningún pensamiento de mitigar el ánimo del rey de Francia, porque del odio que les tenía no

desconfiaban menos de lo que temían sus armas, y no dejando apartar por esto los pensamientos de defenderse, atendían á hacer provisión de dineros y tomaban á su sueldo nueva gente por tierra; y temiendo la armada que decían se disponía en Génova, acrecentaron con cincuenta galeras la suya, de la cual era cabo Angelo Trevisano.

Pero la presteza del rey de Francia se prevenía contra todos estos consejos. Después de la toma de Brescia se le había rendido la ciudad de Cremona, estando todavía por los venecianos la fortaleza que, aunque era muy fuerte, hubiera seguido el ejemplo de los otros, mayormente habiendo en el mismo día hecho lo mismo la fortaleza de Pizzichitone, si el Rey hubiera consentido que todos salieran libres. Pero habiéndose recogido dentro muchos gentiles-hombres venecianos y entre ellos Zacarías Contareno, hombre riquísimo, rehusaba el Rey admitirla, si no fuese con condición de que éstos quedasen en su poder. Enviando gente á tenerla asediada y estando la veneciana, que continuamente se disminuía, firme en el campo Marcio, junto á Verona, porque los veroneses no los habían querido recibir dentro, se encaminó antes el Rey á Peschiera para ganar la fortaleza; habiéndosele ya rendido la villa y comenzado á batirla con la artillería, entró la infantería suiza y gascona por una pequeña rotura de la muralla con grande ánimo é ímpetu, matando la infantería que había dentro en número de cuatrocientos hombres. El capitán de la fortaleza, gentil-hombre (1) veneciano, que asimismo lo era de la villa, después de preso, fué por mandato del Rey, juntamente con su hijo, ahorcado de

(1) El cardenal Bembo en el octavo libro de sus *Historias de Venecia*, donde escribe toda esta guerra, dice que este gentil-hombre, que fué muerto por la crueldad del rey de Francia, se llamaba Andrés de Riva.—(Nota del traductor.)

las almenas; resolviéndose el Rey á hacer esta crueldad para que los que estaban en la fortaleza de Cremona, espantados por este suplicio, no se defendiesen con extremada obstinación. De esta suerte el rey de Francia, en el espacio de quince días después de la victoria, había ganado fuera de la fortaleza de Cremona, todo aquello que le pertenecía por la división que se hizo en Cambray, conquista muy necesaria para el ducado de Milán, y que por ella se acrecentaban las rentas reales cada año en mucho más de doscientos mil ducados.

Pero todavía no se sentían en este tiempo en ninguna parte las armas del Rey de Romanos. Había acometido el Pontífice la tierra de la Romaña con cuatrocientos caballos ligeros y ocho mil infantes y con la artillería del duque de Ferrara, á quien había elegido por alférez mayor de la Iglesia (título, según el uso de nuestros tiempos, más de honra que de autoridad), y nombrado cabos de este ejército á Francisco de Castel del Río, cardenal de Pavía, con título de legado apostólico, y á Francisco María de la Robere, hijo de Juan, su hermano, el cual, adoptado por hijo de Guido Baldo, duque de Urbino, su tío materno, y confirmada la adopción en Consistorio por la autoridad del Pontífice, habiendo muerto sin otros hijos, le había sucedido el año antes en aquel ducado.

Habiendo córrido con este ejército desde Cesena hacia Cervia, y llegando después entre Imola y Faenza, ocupó la villa de Solarolo, y estando algunos días en Bastia, á tres millas de Faenza, fueron á Berzighella, villa principal del Valdelamone, donde había entrado Juan Paulo Manfrone con ochocientos infantes y algunos caballos. Salió Manfrone fuera á pelear, pero puestos en celada Juan Paulo Baglione y Ludovico de la Mirándola, cabos del ejército eclesiástico, les acometieron con tanto ardimiento, que, recogándose en la

villa, entraron mezclados con ellos, y con tal ímpetu, que habiendo caído Manfrone, apenas tuvo tiempo de retirarse al castillo. Luego que le plantaron la artillería, al primer cañonazo le quemaron las municiones que estaban dentro, y espantados de este suceso los que lo defendían, se entregaron á la voluntad de los vencedores sin consideración ninguna.

Ocupado todo el valle, el ejército bajó á lo llano, y habiendo tomado á Granarolo y todas las demás villas del condado de Faenza, fué á ponerse sobre Rusi, castillo situado entre Faenza y Ravena, mas no fácil de expugnar, porque rodeado de fosos anchos y profundos, lo guardaban seiscientos infantes forasteros. Hacía más dificultosa la expugnación, no haber en el ejército eclesiástico ni el consejo ni la concordia que fuera menester; bien que las fuerzas eran muchas, pues de nuevo se habían juntado tres mil infantes suizos á sueldo del Pontífice. Pero aunque los venecianos no estaban muy poderosos en la Romaña, se hacían contra ellos pocos progresos, y saliendo de Ravena con su compañía Juan Greco, capitán de estradiotas, para correr el país, fué roto y preso por Juan Vitelli, uno de los cabos eclesiásticos. Finalmente, después de estar diez días alrededor de Rusi, le ganaron por acuerdo, y habiendo sucedido en aquel mismo tiempo la victoria del rey de Francia, la ciudad de Faenza, que por tener pocos soldados venecianos estaba en su libertad, vino en recibir el dominio del Pontífice, si dentro de quince días no fuese socorrida. Habiendo salido de Faenza, después que se hizo este concierto, quinientos infantes venecianos debajo de la palabra del Legado, fueron desvalijados por mandato del duque de Urbino. La ciudad de Ravena hizo lo mismo luego que se le acercó el ejército.

De esta manera, más con la reputación de la victoria del rey de Francia que con las armas propias, conquis-

tó prontamente el Pontífice las villas tan deseadas de la Romana, en donde no tenían los venecianos más que la fortaleza de Ravena. Contra éstos se descubrían cada día, después de la rota de su ejército, nuevos enemigos, porque el duque de Ferrara, que hasta aquel día no se había querido declarar, echó luego al Bisdómino, magistrado que, por antiguos conciertos, tenían los venecianos en aquella ciudad para administrar justicia á los súbditos de la República, y tomando las armas, recuperó sin ningún embarazo el Polesino de Rovigo y echó á fondo con la artillería la armada de los venecianos que estaba en el río Adige.

Al marqués de Mantua se rindieron Asola y Lunato que los venecianos habían tomado en la guerra contra Felipe María, á Juan Francisco Gonzaga su bisabuelo. En Istria ocupó Cristóbal Frangipane á Pisinio y á Divinio y el duque de Brunsvick, habiendo entrado, por mandado del César, en el Friul con dos mil hombres, tomó á Feltro y á Bellona, á cuya venida y por la fama de la victoria de los franceses, volvieron al Imperio del César Trieste y las otras villas, de cuya conquista había procedido á los venecianos el origen de tantos males.

Ocuparon asimismo los condes de Lodrene algunos castillos cercanos, y el obispo de Trento, con movimiento semejante, á Riva de Trento y á Agresto.

Pero ninguna cosa había espantado tanto á los venecianos después de la rota de Vaila como la expugnación del castillo de Peschiera, creyendo que, por su fortaleza, se hubiera detenido en aquel sitio el ímpetu de los vencedores. Atónitos por tantos males y temiendo sumamente que el rey de Francia se adelantase; desesperados de sus cosas y obligados más por el temor que por el consejo, retirada su gente á Mestre (que, sin orden ni obediencia, se había reducido á número muy cor-

to) determinaron, por no tener más tiempo tantos enemigos sobre sí y quizá con desesperación demasiado arrojada, dejar el Imperio de Tierra Firme por quitar al rey de Francia la ocasión de llegar á Venecia; pues no estaban sin sospecha de que en aquella ciudad se hiciese algún tumulto provocado por la plebe ó por la gran multitud de forasteros que había en ella; éstos obligados del deseo de hurtar, y aquéllos por no querer tolerar que, siendo antes ciudadanos nacidos por larga sucesión en una misma ciudad, muchas de las mismas familias fuesen excluidas de los honores y en todas las cosas casi sujetos á los gentiles-hombres. Este abatimiento de ánimo alegaron en el Senado por razón conveniente, diciendo que si de propia voluntad dejaban el imperio por huir los presentes peligros, con más facilidad, volviendo alguna vez la próspera fortuna, le recuperarían, porque habiendo dejado voluntariamente los pueblos, no estarían tan duros para volver debajo del dominio antiguo como estuvieran si se hubiesen separado con rebelión descubierta. Movidos de estas razones, olvidada la generosidad veneciana y el esplendor de tan gloriosa República, contentos de retener solamente el dominio de la mar, ordenaron á los oficiales que estaban en Padua, en Verona y en las otras villas destinadas á Maximiliano, que, dejándolas en el albedrío de los pueblos, se fuesen, y demás de esto, por obtener de él la paz con cualquier condición, le enviaron con gran presteza por embajador á Antonio Justiniano. Admitido en pública audiencia á la presencia del César, habló rendidamente y con gran sumisión, pero en vano, porque el César rehusaba hacer ningún concierto sin el rey de Francia.

No me parece ajeno de nuestro propósito, para que mejor se entienda el temor grande de ánimo á que estuvo reducida aquella República que hacía más de dos-

cientos años que no padecía trabajo igual á este, poner la propia oración que hizo delante del César, traduciendo solamente las palabras latinas en nuestra lengua; que fué de esta sustancia:

«Manifiesta cosa es y muy cierta que los antiguos filósofos y los hombres principales de la gentilidad no erraron cuando dijeron que la gloria que se gana con vencerse á sí mismo es verdadera, firme, inmortal y eterna. Esta ensalzaron sobre todos los reinos, trofeos y triunfos; de esto es alabado Escipión el Mayor, esclarecido por tantas victorias, por haberle dado más esplendor que el haber vencido á Africa y domado á Cartago. ¿No causó esta misma virtud en el gran Macedonio la inmortalidad de su nombre, cuando Darío, vencido por él en una gran batalla, rogó á los dioses inmortales que restableciesen su reino, pero que, si lo tenían dispuesto de otra forma, que no pedía otro sucesor que éste tan benigno enemigo y tan manso vencedor? César, dictador, de quien vos tenéis el nombre y la fortuna, de quien conserváis la liberalidad, la magnificencia y las otras virtudes, ¿no mereció el estar escrito en el número de los dioses, por conceder, por remitir y por perdonar? Finalmente, el Senado y pueblo romano, aquel domador del mundo cuyo imperio en la tierra está en vos sólo y en vos se representa su grandeza y majestad, ¿no sujetó á los demás pueblos y provincias con clemencia y mansedumbre, y no con armas ni guerras? Pero aunque estas cosas pasen así, no se contarán entre las últimas alabanzas vuestras si ahora, que tenéis en la mano la victoria ganada á los venecianos, acordándoos de la fragilidad humana, supiereis usar de ella con moderación y os inclinarais más al estudio de la paz que á los sucesos dudosos de la guerra; porque cuán grande sea la inconstancia de las cosas humanas, cuán inciertos los casos, cuán dudoso y mudable, lleno de engaño y

peligro el estado de los mortales, no es necesario mostrarlo con los ejemplos forasteros ó antiguos, mucho mejor lo puede enseñar la República veneciana que, poco antes florida, resplandeciente, esclarecida y poderosa, de manera que no sólo su nombre y fama celebrada no cabía dentro de los confines de la Europa, sino que, corriendo por el Africa y el Asia, resonaba su nombre hasta los últimos términos del mundo, por sólo una batalla contraria, aunque ligera, se halla privada del esplendor de las cosas hechas, despojada de sus riquezas, destrozada, abatida, acabada y menesterosa de todas cosas, mayormente de consejo, y decaída, de manera que se ha deslustrado la figura de todo su antiguo valor y enfriado todo el ardimiento de la guerra.

»Pero engañanse sin duda los franceses si atribuyen estas cosas á su valor; pues en tiempo pasado, trabajados los venecianos con mayores incomodidades, ofendidos y deshechos por daños y ruinas grandísimas, no perdieron jamás el ánimo. Entonces particularmente, cuando con peligro grande hacían muchos años guerra con el cruel y tirano Imperio de los turcos, antes que vencidos, siempre quedaron vencedores, y lo mismo hubieran esperado al presente, si, oído el nombre terrible de vuestra Majestad y el alentado y nunca vencido valor de vuestra gente, no se les hubieran caído los ánimos á todos sin que les haya quedado esperanza alguna, no digo de vencer, pero ni de resistir. Dejadas en tierra las armas, hemos puesto la esperanza en la clemencia indecible, ó por mejor decir, divina piedad vuestra; la cual no desconfiamos hallar en nuestras pérdidas. Por tanto, en nombre del Príncipe, del Senado y del pueblo veneciano, con humilde devoción os rogamos y suplicamos encarecidamente os dignéis mirar con ojos de misericordia nuestras aflicciones y curarlas con saludables remedios. Abrazaremos todas las

condiciones de paz que vos nos diereis, todas las juzgaremos por justas y honestas, conforme á la equidad y á la razón, y quizá seamos dignos de señalarlas nosotros mismos. Vuelvan con nuestro consentimiento á su verdadero y legítimo señor todas las cosas que nuestros mayores quitaron al Sacro Imperio y al ducado de Austria, y porque sea de más conveniencia, juntamos á esto todo lo que poseemos en Tierra Firme y renunciamos el derecho que tenemos á ello, de cualquier modo que haya sido adquirido. Demás de esto, pagaremos cada año á vos y á los sucesores legítimos del Imperio para siempre, cincuenta mil ducados y obedeceremos voluntariamente vuestros mandatos, órdenes, leyes y preceptos. Defendednos de la insolencia de aquellos con quien ha poco acompañamos nuestras armas, y ahora son nuestros enemigos crueles, que no apetecen ni desean cosa tanto como la ruina del nombre veneciano. Conservados por vuestra clemencia os llamaremos padre, progenitor y fundador de nuestra ciudad; escribiremos en nuestros anales vuestros grandes méritos, y continuamente se los acordaremos á nuestros hijos, y no será pequeño acrecentamiento á vuestras alabanzas que seáis el primero á cuyos pies suplicante la República de Venecia se postra en tierra, humilla el cuello, honra, reverencia y respeta como á un dios celestial.

»Si Dios, nuestro Señor, hubiera dado inclinación á nuestros mayores de no embarazarse en las materias ajenas, nuestra República, llena de esplendor, se adelantara mucho á las otras ciudades de Europa; mas ahora, cubierta de horror, necesidad y corrupción disforme por tanta ignominia y vituperio, llena de deshonor y afrenta, ha destruído en un punto el honor de todas las victorias ganadas. Mas porque al fin vuelva la plática adonde comenzó, está en vuestra mano, remitiendo y perdonando á los venecianos, ganar tal nombre

y honra, que ninguno en otro ningún tiempo la haya conseguido mayor, ni más esclarecida: esto ni la vejez, ni la antigüedad, ni el curso del tiempo lo borrarán de la memoria de los mortales; todos los siglos os llamarán, aclamarán y confesarán pío, clemente y más glorioso Príncipe que todos los otros; y nosotros, vuestros venecianos, atribuiremos el vivir, el respirar y el gozar de la comunicación de la gente á vuestro valor, felicidad y clemencia.»

---

### CAPITULO III.

Los venecianos entregan los puertos del reino de Nápoles al rey de Aragón, y las ciudades de la Romaña al Papa.—Ravena se rinde al ejército pontificio.—Embajadores venecianos en Roma.—Los diputados de Verona presentan las llaves á los embajadores de Maximiliano.—Tumulto en Treviso, principio de la salvación de los venecianos.—Los florentinos sitian á Pisa.—Intentan los venecianos recuperar á Padua.—Capitanes y soldados que allí envían.—Padua es ocupada sin dificultad.—Fama de esta victoria.—Nueva confederación entre el Papa y el rey de Francia que parte de Italia.—Los venecianos atacan de improviso al marqués de Mantua haciéndole prisionero y dispersando sus fuerzas.—Maximiliano en el Vicentino.

Enviaron los venecianos por la misma determinación un hombre á la Pulla á entregar los puertos al rey de Aragón, el cual, sabiendo gozar sin gasto y sin peligro del fruto de los trabajos de los otros, había enviado de España una armada pequeña que ocupó algunas villas de poco momento de las tierras de aquella ciudad.

Enviaron asimismo á la Romaña un secretario públi-

co con comisión que entregase al Pontífice lo que todavía se tenía por ellos, en caso que estuviese libre Juan Paulo Manfrone y los otros prisioneros; que tuviesen facultad de sacar la artillería, y que la gente que estaba en la fortaleza de Ravena fuese libre. Mientras dificultaba el Pontífice aceptar estas condiciones por no desagradar á los confederados, se rindió la fortaleza de Ravena, entregándola los soldados que estaban dentro por sí mismos, aunque lo rehusaba el secretario veneciano que había entrado en ella, por haberles dado esperanzas los que trataban por ellos en Roma que al fin el Pontífice aceptaría las condiciones con que habían ofrecido la restitución. Quejándose el Pontífice grandemente de que se hubiese mostrado con él mayor contumacia de lo que se había hecho con el César y con el rey de Aragón, y pidiéndole por esto los cardenales venecianos Grimano, y Cornaro en nombre del Senado, la absolución del Monitorio como debida por haber ofrecido la restitución en el término de veinticuatro días, respondió que no habían obedecido, porque no lo habían ofrecido llanamente, sino con limitadas condiciones, y porque estaban amonestados á restituir, demás de las villas, los frutos que habían cogido y todos los bienes que ellos poseían pertenecientes á la Iglesia ó á las personas eclesiásticas. En esta forma caminaban á precipitada ruina las cosas de la República, juntándose continuamente miserias sobre miserias, faltando cualquiera esperanza que se proponía, y no habiendo indicio alguno por donde se pudiese esperar, después de la pérdida de tan gran Imperio, conservar por lo menos la propia libertad.

Causaban tantas ruinas diversísimos efectos en los ánimos de los italianos, recibiendo muchos gran placer de ellas por la memoria de que, procediendo los venecianos con grandísima ambición, pospuestos los respe-

tos de la justicia y de la observancia de la fe, ocupando todo aquello que les ofrecía la ocasión, habían procurado descubiertamente sujetar á toda Italia. Estas cosas hacían universalmente muy odioso su nombre y aun mucho más la fama universal que corría de la altivez natural de aquella nación. Por otra parte, considerando muchos más sanamente el estado de las cosas, y cuán feo y trabajoso era para toda Italia rendirse enteramente debajo de la servidumbre de los forasteros, sentían con increíble dolor que una ciudad tan grande, antigua silla de la libertad, esplendor del nombre italiano por todo el mundo, cayese en tan gran ruina, cuando no quedaba ningún otro freno al furor de los ultramontanos, y se extinguía la más gloriosa parte, y que, más que otra ninguna, conservaba forma y estimación común.

Al Pontífice le comenzó á ser pesada más que á los otros tan grande declinación. Receloso del poder del Emperador y del rey de Francia, deseaba que, el estar empleados en otras cosas, los distrajesen de oprimirle. Por esta razón determinó, aunque secretamente, procurar cuanto le fuese posible que no pasasen más adelante los males de aquella República, y así recibió la carta que le habían escrito en nombre del Dux de Venecia, por la cual le rogaba con grandísima sumisión, se sirviese admitir sus embajadores, escogidos de los principales del Senado, para pedirle humildísimamente los absolviese y perdonase.

Leída la carta y propuesta la petición al Consistorio, alegando la antigua costumbre de la Iglesia de no mostrarse dura á los que, haciendo penitencia de los errores pasados, pedían perdón, vino en admitirlos: resistieron esto mucho los embajadores del César y del rey de Francia, quienes le trajeron á la memoria que, por la liga de Cambray, estaba obligado expresamente á perse-

guirlos con las armas espirituales y temporales hasta tanto que cada uno de los confederados hubiese recuperado lo que le pertenecía. A esto respondía el Pontífice que había venido en admitirlos con intención de no concederles la absolución, si primero el César no alcanzaba lo que le tocaba, pues él solo era quien no lo había conseguido.

Dieron estas cosas algún principio de esperanzas de seguridad á los venecianos, pero mucho más les aseguró del extremo miedo que tenían la determinación del rey de Francia de guardar firmemente la capitulación que había hecho con el César, de que, después que hubiese conquistado todo lo que le tocaba, no pasaría con el ejército más adelante de sus términos. Pero estando en su voluntad, no sólo aceptar á Verona (pues los embajadores de esta ciudad se la vinieron á dar después que tomó á Peschiera) y de la misma suerte poder ocupar sin embarazo alguno á Padua y las otras villas que habían dejado los venecianos, quiso que los embajadores de los veroneses entregasen las llaves de la ciudad á los embajadores del César que estaban en su ejército, y por esta razón se estuvo quedado con toda su gente en Peschiera. Mas convidado de la oportunidad del sitio se había quedado con ella, no obstante que pertenecía al marqués de Mantua, porque junto con Asola y Lunato se la habían tomado los venecianos, y sin negar su derecho al Marqués, reservóle las rentas de la villa y le prometió recompensarle con cosa equivalente.

En el mismo día había tomado por acuerdos la fortaleza de Cremona, con condición que se les perdonase la vida y la hacienda á todos los soldados, excepto á los que fuesen sus súbditos, y que los gentiles-hombres venecianos, á quienes había dado la palabra de perdonar la vida, quedasen sus prisioneros. Siguieron el ejemplo de Verona, Vicenza, Padua y las demás villas, excepto

la ciudad de Treviso que, desamparada ya de los magistrados y de la gente de los venecianos, hubiera hecho lo mismo si se hubiesen visto fuerzas del César, por pequeñas que fuesen, ó á lo menos persona de autoridad; pero habiendo ido á recibirla en su nombre sin fuerzas, sin armas y sin ningún poder del Imperio Leonardo de Dressina, emigrado del Vicentino, que de la misma manera había recibido en su nombre á Padua, y siendo admitido ya dentro, los desterrados de aquella ciudad, á quienes nuevamente habían vuelto los venecianos, y por este beneficio amaban su nombre, comenzaron á inquietarse, levantándose tras ellos la plebe aficionada al imperio veneciano, y habiéndose hecho cabeza un zapatero llamado Marco (quien con concurso y gran vocería de la multitud, puso sobre la plaza principal la bandera de los venecianos), comenzaron á proclamar todos juntos el nombre de San Marcos, afirmando que no querían reconocer otro imperio ni otro señor. No ayudó poco á esta inclinación un embajador del rey de Hungría que, yendo á Venecia y pasando por Treviso, hallándose acaso en aquel tumulto, aconsejó al pueblo á que no se rebelase. Pero echado el Dressina y habiendo metido setecientos infantes de los venecianos, poco después el ejército que, aumentado de infantería venida de Esclavonia y de la que había vuelto de Romana, se disponía á hacer un alojamiento fuerte entre Manghera y Mestri, entró en Treviso, donde atendió con suma diligencia á fortificarlo, haciendo que los caballos corriesen por todo el país vecino y que entrasen dentro la mayor cantidad de vituallas que se pudiese, así para lo que hubiese menester aquella ciudad, como para el uso de la de Venecia, en donde juntaban de todas partes grandísima cantidad de vituallas.

La ocasión principal de este accidente y de volver á entrar en esperanza los venecianos de poder retener al-

guna parte de su imperio y de muy graves casos que se siguieron después, fué la negligencia y desordenado gobierno del César, de quien no se había oído hasta aquel día, en tanto curso de victorias, más que el nombre; y aunque por el miedo de las armas francesas se le habían rendido tantas villas que le hubiera sido facilísimo el conservarlas. Había estado después de la capitulación hecha en Cambray algunos días en Flandes para que los pueblos le diesen voluntariamente dinero para el gasto de la guerra; pero, según su costumbre, lo gastó inútilmente, aun antes de tenerlo; y aunque habiendo partido de Molins armado y con toda la pompa y ceremonias imperiales, y llegado á Italia, publicó que quería romper la guerra antes del término establecido en la capitulación, con todo eso, detenido por sus acostumbradas dificultades y confusiones, no pasaba más adelante, sin que bastase á despertarle el Pontífice que, por el temor que tenía á las armas francesas, solicitaba continuamente que viniese á Italia, y porque mejor lo pudiese hacer, le había enviado á Constantino de Macedonia con cincuenta mil ducados, habiéndole concedido primero los cien mil ducados que para gastar contra los infieles hacía más de un año que estaban depositados en Alemania; y demás de esto, había recibido del rey de Francia cien mil ducados por la investidura del ducado de Milán.

Estando cerca de Inspruck le llegó la nueva de la victoria de la Vaila, y aunque envió luego al duque de Brunsvick á recuperar el Friul, con todo, no se movía como en tan gran ocasión hubiera sido conveniente, impedido por la falta de dinero, no siendo bastante para su prodigalidad el que había juntado de tantos lugares. Finalmente, llegó á Trento, donde agradeció por una carta al rey de Francia el haber, mediante sus acciones, recuperado sus villas, y aseguraba que por mos-

trarle mayor amor y para que en todo se borrarse la memoria de las ofensas antiguas, había hecho quemar un libro que se conservaba en Spira que contenía todas las injurias hechas por el rey de Francia en tiempo pasado al Imperio y á la nación alemana.

Llegó á Trento á 13 de Junio el cardenal de Rohán para tratar de las materias generales, y acogido con grande honra, le prometió en nombre del Rey ayudarle con quinientas lanzas. Despachadas las otras materias amigablemente, resolvieron que el César y el Rey se viesen y hablasen juntos en campaña abierta, junto á la villa de Garda en los confines de ambos dominios. El rey de Francia se movió para estar allí el día señalado, y el César por la misma ocasión, vino á Riva de Trento. Poco después de haber estado en aquel lugar no más de dos horas, volvió con gran presteza á Trento, enviando al mismo tiempo á significar al rey de Francia que, por nuevos accidentes nacidos en el Friul, le había sido forzoso irse, y que le rogaba se quedase en Cremona, porque presto volvería á dar perfección á la plática determinada.

Esta variedad (si es posible en los designios de un Príncipe tan inestable discurrir lo cierto) la atribuían muchos á sospechas en que otros le habían puesto, siendo por su naturaleza tan crédulo. Decían algunos que, por tener consigo poco lustre y gente, no le pareció que podía estar con la autoridad y reputación que debiera para igualarse á la pompa y grandeza del rey de Francia. El Rey, deseoso de deshacer presto su ejército por aliviarse de tan gran gasto y por volver luego á Francia, no atendiendo á esta propuesta, dió la vuelta hacia Milán, aunque le siguió hasta Cremona Mateo Lango, obispo Gurgense, enviado por Maximiliano, y le rogó que esperase, prometiéndole que, sin falta ninguna, volvería.

El apartarse la persona y el ejército del Rey Cristiano de los confines del César, quitó mucha reputación á sus cosas, y aunque tenía consigo gente bastante para poder con facilidad proveer á Padua y á las otras villas, no las puso presidio por la inestabilidad de su naturaleza ó por tener designio de atender primero á otras empresas ó porque le parecía más honroso tener consigo, cuando bajaba á Italia, mayor ejército. Y como si hubieran tenido la debida perfección las primeras cosas, proponía que, con las fuerzas juntas de todos los confederados, se acometiese á la ciudad de Venecia, cosa oída por el rey de Francia de buena gana, molesta al Pontífice y contradicha descubiertamente por el rey de Aragón.

Pusieron los florentinos en este tiempo la última mano á la guerra contra los pisanos, porque después que hubieron prohibido que entrase en Pisa el socorro de los grános, hecha nueva provisión de gente, se movieron con toda industria y esfuerzo á prohibir que ni por tierra, ni por agua, entrasen vituallas; lo cual no se hacía sin gran dificultad por la vecindad de la tierra de los luqueses, quienes en todo lo que ocultamente podían, observaban con poca fe la concordia hecha de nuevo con los florentinos.

En Pisa se estrechaba cada día la provisión de vituallas, y no queriendo tolerarla más los de la villa, los cabos de los ciudadanos, en cuya mano estaban las deliberaciones públicas, á quienes seguía la mayor parte de la juventud pisana, introdujeron para asegurarlos con sus artificios acostumbrados, obrando por medio del señor de Piombino, pláticas de acuerdo con los florentinos, y gastaron artificiosamente en ellas muchos días. Para esto fué Nicolás Machiavelo, secretario de los florentinos, á Piombino y muchos embajadores de los pisanos, elegidos entre los ciudadanos y los del país.

Era muy difícil el cerrar á Pisa, porque tiene la campaña ancha, montuosa, llena de fosos y de lagunas, y así no se podía evitar la entrada de las vituallas, en particular de noche, atendiendo á la presteza del poderse las dar del país de los luqueses, y la valiente disposición con que los pisanos se exponían por conducir las á todos los trabajos y peligros. Para superar esta dificultad determinaron los capitanes florentinos hacer tres partes del ejército á fin de que, divididos en más lugares, pudiesen con mayor comodidad impedir la entrada en Pisa. Pusieron una parte en Mezzana, fuera de la puerta hacia la llanura; la segunda en San Pedro de Reno y en Santiago, opuesta á la puerta de Luca; la tercera junto al antiquísimo templo de San Pedro in Grado, que está entre Pisa y la boca del Arno, y en cada campo, bien fortificado, demás de buen número de caballería, metieron mil infantes. Para guardar mejor la salida de los montes por el camino del Valle de Osole que va al monte de San Julián, se hizo hacia el hospital grande una trinchera capaz para dos mil quinientos infantes. Con todo lo cual crecía diariamente la estrechura de los pisanos, los cuales (procurando obtener con engaños lo que ya desconfiaban conseguir con las fuerzas) ordenaron que Alfonso de Mutolo, mozo pisano de calidad humilde (á quien no mucho antes habían preso los soldados de los florentinos, y recibido grandísimos beneficios de quien le tuvo prisionero) ofreciese por su medio dar secretamente la puerta que va á Luca, disponiendo no solamente que fuese de noche á tomarla y oprimirla el campo que estaba junto á Santiago, sino que juntamente la acometiese uno de los otros campos de los florentinos; que, conforme á la orden dada, se habían de llegar más cerca de la ciudad, y aunque se arrimaron sin temeridad ni desorden, no consiguieron los pisanos de este trato más que la muerte de al-

gunos que habían llegado cerca de la puerta para entrar en la ciudad á la señal que se les había dado. Entre ellos fué muerto Canaccio de Pratovecchio (así se llamaba aquel de quien había sido prisionero Alfonso de Mutolo, por cuya confianza se había hecho el trato). También murió de un disparo de artillería Paulo de Parrana, capitán de una compañía de caballos ligeros de los florentinos. Faltándoles esta esperanza, y no entrando en Pisa sino muy poca cantidad de granos y éstos ocultamente y con grandísimo peligro de quien los llevaba, y no sufriendo los florentinos que saliesen de Pisa las bocas inútiles, porque daban crueles castigos á los que salían de ella, compraban á precios excesivos las cosas necesarias para la vida humana, y no siendo tantas que bastasen á todos, morían muchos por falta de sustento.

Con todo eso, era mayor que esta necesidad la obstinación de los ciudadanos cabos del Gobierno, pues dispuestos á ver primero la última ruina de la patria, que ceder á tan gran necesidad, andaban difiriendo de un día para otro el concertarse, buscando modo para dar al pueblo diferentes esperanzas, siendo la principal que, esperándose á cada hora al César en Italia, veríanse obligados los florentinos á apartarse de aquellas murallas. Pero una parte de los aldeanos, mayormente los que habían estado en Piombino, habiendo comprendido la intención de ellos, se sublevaron y les obligaron á introducir nuevas pláticas con los florentinos. Tratando con Alamán Salviati, comisario de la parte del ejército que se alojaba en San Pedro in Grado, después de varias disputas, aunque usando continuamente los ciudadanos cabos del Gobierno de todas las diligencias posibles para interrumpir el trato, se concluyó la concordia con condiciones muy favorables para los pisanos, pues no sólo les perdonaron todos los delitos pú-

blicos y particulares, sino que también les concedieron muchas exenciones y les libertaron de la restitución de los bienes muebles de los florentinos que habían tomado cuando se rebelaron. ¡Tan grande era el deseo que tenían los florentinos de hacerse señores de Pisa! ¡Tánto el temor de que por parte de Maximiliano, que había nombrado en la liga de Cambray á los pisanos (aunque no fué admitido por el rey de Francia este nombramiento), ó por otro camino, sobreviniese algún impedimento no esperado! Y aunque era cierto que dentro de muy pocos días los pisanos se habían de rendir por hambre, quisieron más asegurarse con condiciones injustas, que, por ganarla sin concierto, remitir alguna parte de la certeza á la fortuna. Aunque se comenzó á tratar esta concordia en campaña, se concluyó después por los embajadores pisanos en Florencia, y en esto fué memorable la fe de los florentinos, porque, aunque estaban llenos de tan gran odio é indignados por tantas injurias, no fueron menos constantes en observar lo que prometieron, que fáciles y clementes en concedérselo.

Es cierto que el Emperador sintió no poca molestia porque se hubiesen sujetado los pisanos, porque se había persuadido de que el dominio de aquella ciudad le había de ser instrumento poderoso para muchas ocasiones, ó que el concederla á los florentinos le hubiese de hacer obtener de ellos cantidad de dinero no pequeña, pues por falta de él dejaba pasar grandes ocasiones que, sin trabajo ó industria suya, se le habían ofrecido.

Mientras el Emperador se hallaba con tan flaca ayuda, que en Vicenza ó Padua no había casi soldado alguno por él, y que con su acostumbrada dilación y natural mudanza, entibiando el calor de la gente del país, pasaba muchas veces con poca gente de lugar en lugar, no dejaron los venecianos pasar la oportunidad que se les ofrecía de recuperar á Padua, inducidos á esto por

muchas razones; porque el haber retenido á Treviso les había hecho conocer cuán inútil les fué el despojarse tan repentinamente con tan arrebatado consejo del imperio de tierra firme, y por la tardanza de los aprestos de Maximiliano le temían menos cada día. Estimulábales también que, queriendo llevar á Venecia la renta de los bienes que muchos ciudadanos particulares tenían en el condado de Padua, se lo habían negado los paduanos; de manera que, juntando la indignación de los particulares con la utilidad pública y alentándoles el saber que Padua estaba mal proveída de gente y que, por las insolencias que los gentiles-hombres de Padua usaban con la plebe, comenzaban muchos, acordándose de la moderación del gobierno veneciano, á desear el primer dominio, determinaron procurar recuperarla.

A esto les daba no pequeña ocasión ver que la mayor parte de los labradores del Paduano estaban á su servicio, y por ello determinaron que Andrea Gritti, uno de los proveedores, dejando atrás el ejército, que era de cuatrocientos hombres de armas y más de dos mil entre estradiotas y caballos ligeros y cinco mil infantes, fuese á Novale en el Paduano, y juntándose en el camino con una parte de la infantería que, acompañada de muchos de la tierra, había sido enviada á la villa de Mirano, se enderezase hacia Padua para acometer el puente de Codalunga, y que, al mismo tiempo, dos mil villanos con trescientos infantes y algunos caballos acometiesen, para poner mayor confusión en los ánimos de los que estaban dentro, al postigo que está en la parte opuesta de la ciudad, y que, por ocultar más estos pensamientos, Cristóbal Moro, el otro proveedor, hiciese demostración de llevar el campo á la villa de Ciudadela.

Esta traza bien ordenada no tuvo en la ejecución mejor orden que felicidad, porque habiendo llegado los in-

fantes muy entrado el día, hallaron medio abierta la puerta de Codalunga, que poco antes, por suerte, habían entrado por ella algunos labradores con carros cargados de heno (1), de manera que, ocupándola sin dificultad alguna y esperando, sin hacer ruido, la venida de la demás gente que estaba cerca, no solamente entraron dentro, sino que llegaron á la plaza antes que fuese sentido el ruido en aquella ciudad grandísima de circuito y falta de gente, caminando delante de todos el caballero de la Volpe con los caballos ligeros, el Zitolo de Pefusa y Lactancio de Bérghamo con parte de la infantería. Mas llegado el ruido á la ciudadela, el Dressina, gobernador de Padua, en nombre de Maximiliano, con trescientos infantes tudescos que estaban solos en aquella guardia, salió á la plaza. Lo mismo hizo con cincuenta caballos Brunoro de Serego; esperando que, si detenía allí el ímpetu de los enemigos, los que amaban en Padua el imperio tudesco tomarían las armas en su favor, pero era vana esta y toda otra esperanza, porque en la ciudad, oprimida por tan repentino alboroto, donde había entrado ya mucha gente, ninguno se movía; de manera

(1) Hay fama casi pública en Venecia, y mayormente en los viejos, que no entraron acaso estos carros en Padua, sino que fué una estratagemata de Gritti, el cual, dicen que ordenó que muchos de estos carros de heno entrasen en Padua unos tras otros, y en entrando algunos dentro y otros fuera, dos de ellos hechos á posta se deshiciesen mientras estaban sobre el puente levadizo, lo cual tuvo efecto, y mientras que los del lugar se entretenían en aderezarlos, llegó la gente veneciana, y no pudiendo alzar el puente los que estaban de guardia, ni cerrarla, la ocuparon con gran facilidad; pero sea lo que fuere, lo cierto es que, con la ocasión de estos carros, se ocupó la puerta. El Bembo parece que también es de esta opinión en el fin del octavo libro de las *Historias Venecianas*, donde dice que estos carros de trigo fueron ordenados por el proveedor Gritti para ocasión de tener abierta la puerta de la ciudad. —(Nota del traductor.)

que, desamparados de todos, fueron obligados en breve espacio de tiempo, con pérdida de muchos de los suyos, á retirarse al castillo y á la ciudadela, y por estar con escasas municiones, les fué necesario rendirse libremente dentro de pocas horas.

Habiéndose apoderado así la gente veneciana de todo, atendieron á aquietar el tumulto y librar la ciudad. La mayor parte de ella (por la imprudencia é insolencia de los otros) se les había vuelto á mostrar amorosa, no habiendo recibido daño sino las casas de los hebreos y algunas de los paduanos que se habían mostrado primero enemigos del nombre veneciano. Este día se dedicó á Santa Marina, y cada día en Venecia se celebra solemnemente, por determinación pública, como día felicísimo y principio de la recuperación de aquel imperio.

Conmovióse á la fama de esta victoria todo el país circunvecino, y había gran peligro que Vicenza por sí sola hiciese lo mismo, si Constantino de Macedonia (que acaso estaba allí cerca) no hubiera entrado con algún número pequeño de gente. Recuperada Padua, recuperaron luego los venecianos todo el territorio, teniendo en su favor la inclinación de los labradores y de la gente baja de la tierra. Recuperaron también con la misma fortuna la villa y fortaleza de Lignago, sitio muy á propósito para inquietar todas las villas de Verona, Padua y Vicenza. Demás de esto, intentaron tomar la Torre Marquesa, desviada ocho millas de Padua, paso muy necesario para entrar en el Polesino de Rovigo y ofender el país de Mantua, pero no la ganaron porque el cardenal de Este la socorrió muy aprisa con gente.

No detuvo el suceso de Padua (como muchos habían creído) la vuelta del rey de Francia del otro lado de los montes; el cual, mientras partía, hizo en la villa de Biagrassa con el cardenal de Pavía, legado del Pontífice, nuevos acuerdos por donde el Pontífice y el Rey,

obligándose á la protección el uno del otro, concertaron que pudiese cada uno de ellos convenirse con cualquier otró Príncipe, como no fuese en perjuicio de la presente confederación. Prometió el Rey no tener protección ni aceptarla en lo venidero de algùn súbdito ó feudatario, ó que dependiese mediata ó inmediatamente de la Iglesia, anulando expresamente todas las que hasta aquel día había admitido; promesa poco conveniente al honor de tan gran Rey porque poco antes, habiendo venido á él el duque de Ferrara, aunque primero se había enojado, porque sin su sabiduría había aceptado el oficio de Alférez mayor de la Iglesia, reconciliándose con él y habiendo recibido treinta mil ducados, lo había acogido en su protección. Acordaron que de los obispados que vacaban entonces en todos los Estados del Rey, dispusiese á su albedrío el Pontífice; pero que aquellos que vacasen dentro de cierto tiempo, se confiriesen según la nominación que haría el Rey, y para satisfacerle más, envió el Pontífice por el mismo cardenal de Pavía al obispo de Albi la Bula del cardenalato, prometiendo darle las insignias de aquella dignidad luego que fuese á Roma.

Hecho este acuerdo, partió de Italia el Rey sin dilación, llevando á Francia grandísima gloria por victoria tan grande, ganada con tanta presteza contra los venecianos; y como en las cosas que, después de largo deseo, se obtienen, casi nunca hallan los hombres ni el contento ni la felicidad que primero habían imaginado, no volvió con mayor quietud de ánimo ni más seguridad de sus cosas, antes veía preparada materia de mayores peligros y alteraciones, y más incierto su ánimo de lo que había de determinar en los nuevos accidentes que se le ofrecían. Si al Emperador le sucedían las cosas prósperamente, le temía mucho más de lo que primero había temido á los venecianos. Si la grandeza

de éstos comenzaba á restablecerse, le obligaba á estar continuamente con sospechas y gastos continuos para conservar lo que les había tomado. Pero no sólo esto, sino que le era necesario ayudar con gente y con dineros al César, porque si le dejaba, podía sospechar que se juntase con los venecianos contra él, con miedo que al mismo tiempo concurriese el Rey Católico y acaso el Pontífice. Ni bastarían ayudas medianas para conservar la amistad del Emperador, y era menester que fuesen tales que obtuviesen la victoria contra los venecianos. El ayudarle poderosamente, demás de que se hacía con gran gasto, le dejaba en los mismos peligros de la grandeza del Emperador.

Considerando estas dificultades, había desde el principio estado suspenso si le hubiese de ser grata ó molesta la mudanza de Padua, bien que contrapesando después la seguridad que le pudiese producir el estar privados los venecianos del Imperio de Tierra Firme con los peligros y molestias que él tenía de la grandeza del Rey de Romanos, y con esperanza de que, en pago de haberle socorrido en la necesidad con dineros, alcanzaría la ciudad de Verona, que deseaba mucho como necesaria para impedir los movimientos que se hiciesen en Alemania, tenía finalmente por más seguro y más útil para sí que quedasen las cosas en tal estado, porque debiendo ser verosímilmente larga la guerra entre el Emperador y los venecianos, no quedase más flaca la una ni la otra parte, fatigada de los continuos gastos. Quedó confirmado mucho más en esta opinión cuando se hubo concertado con el Pontífice, porque esperó que habría entre ellos firme confederación y amistad.

Con todo eso, dejó en los confines del Veronés, debajo del gobierno de la Paliza, setecientas lanzas para que siguiesen la voluntad del Emperador, así por conserva-

ción de lo conquistado, como por obtener aquello que aún poseían los venecianos. Por su ida á Vicenza (según la orden que tuvieron del Emperador), se aseguró la ciudad de Verona, que por el pequeño presidio que había dentro, estaba con hartas sospechas, y el ejército de los venecianos, que había ido á ponerse sobre la ciudadela, se fué.

Sucedió antes de la partida del Rey otro accidente favorable á los venecianos, porque corriendo continuamente su caballería que estaba en Lignago por todo el país hasta las puertas de Verona, haciendo daños grandísimos, sin poderlos resistir los que estaban en aquella ciudad por ser más de doscientos caballos y setecientos infantes, el obispo de Trento, gobernador por el Emperador en aquella ciudad, determinando alojar allí el campo, llamó al marqués de Mantua que, por esperar las preparaciones que se hacían, se estaba quedo con la compañía de caballos que tenía del Rey en la isla de la Scala, aldea grande en el Veronés, sin murallas ni alguna fortificación. Mientras estaba allí descuidado, fué ejemplo notable á todos los capitanes de cuán vigilantes y cuán en orden deben estar en todo lugar y tiempo, de manera que puedan disponer de sus propias fuerzas, no confiándose ni por estar lejos ni flacos los enemigos, porque habiéndose convenido el marqués de Mantua con algunos estradiotas del ejército de los venecianos que viniesen á encontrarle en aquel lugar para tomarlos á su sueldo, y habiendo ellos, desde el principio que los buscó, manifestádolo á sus capitanes, dióse orden con esta ocasión de acometerle de improviso Lucio Malvezzo con doscientos caballos ligeros y Zitolo de Perugia con ochocientos infantes que habían venido ocultamente de Padua á Lignago, y con mil quinientos labradores del país, habiendo enviado delante algunos caballos que con muchas voces gritasen «Turco» (este

era el apellido del Marqués) para hacer creer que fuesen los estradiotas esperados, llegaron sin sospecharlo nadie la mañana señalada al amanecer á la isla de la Scala donde, entrados sin resistencia, hallando sin ninguna defensa á todos los soldados y á los otros que seguían y servían al Marqués, durmiendo los prendieron. Entre ellos quedó prisionero Boisy, lugarteniente del Marqués, sobrino del cardenal de Rohán. El Marqués, luego que sintió el ruido, huyó desnudo por una ventana, y escondiéndose en un sembrado de mijo, fué descubierto á los enemigos por un labrador del mismo lugar; quien, anteponiendo la comodidad de los venecianos á su propia utilidad, según la común codicia de los otros del país, mientras que fingidamente, oídas las grandes ofertas que el Marqués le hacia, daba demostración de procurar salvarle, hizo lo contrario. Enviado á Padua y después á Venecia, fué preso en la Torre del palacio público con alegría inestimable de toda la ciudad.

No había hasta ahora impedido ni impedía el Emperador los progresos de los venecianos, no habiendo tenido juntas fuerzas bastantes para alojarse en campaña, y habiendo estado ocupado muchos días en la montaña de Vicenza, donde los villanos, aficionados al nombre veneciano y confiados en la aspereza del lugar, se le habían rebelado manifestamente, y bajando después á llo llano, habiendo sucedido ya la rebelión de Padua, fué acometido (no sin peligro) de infinito número de paisanos, que le esperaban en un paso fuerte. Habiéndolos echado de allí, vino á la Scala en el Vicentino, donde el ejército veneciano había recuperado gran parte de la tierra de Vicenza, y tomada Serravalle, paso importante, había usado grandes crueldades con los tudescos. Recuperando pocos días después este mismo sitio el Emperador, usó contra la infantería italiana y gente del país las mismas crueldades.

Así se ocupaba en empresas pequeñas, no siendo aún mayores sus fuerzas, procediendo á la expugnación, ya de este castillo, ya de aquel, con poca reputación y dignidad del nombre imperial, proponiendo al mismo tiempo á los otros confederados (como siempre eran mayores sus conceptos que las fuerzas y las ocasiones) que se atendiese con las fuerzas de todos á ocupar la ciudad de Venecia, usando, demás de las provisiones de tierra, de la armada marítima del rey de Francia y del de Aragón y de las galeras del Pontífice, que entonces estaban todas juntas. Hubiera venido en esto el rey de Francia, aunque no se trató de ello en la liga de Cambray, como se propusiesen condiciones tales que el conquistarla resultase en beneficio común; pero era cosa muy molesta al Pontífice, y el Rey Católico con presupuesto de que era cosa injustísima é indigna, lo había contradicho entonces y en otra ocasión que se trató más largamente, porque le parecía útil para el rey de Francia.

Mientras por las armas tudescas é italianas eran maltratadas de esta manera las villas de Padua, Vicenza y Verona, estaba aún más miserablemente empobrecido el país del Friul, y lo que en Istria obedecía á los venecianos, porque habiendo entrado en el Friul con comisiones del Emperador el príncipe de Analt, rigiendo diez mil hombres, después que en vano hubo intentado tomar á Montefalcone, había expugnado la villa y fortaleza de Cadoro con gran matanza de los que la defendían; y al contrario, algunos caballos ligeros é infantes venecianos, seguidos de muchos del país, tomaron por fuerza la villa de Valdisera y por acuerdos á Bellona, donde no había guarda de tudescos. Por otra parte, el duque de Brunsvick, enviado de la misma manera por el Emperador, no habiendo podido ganar á Udina, villa principal del Friul, había ido con el campo á Civi-

tale de Austria, lugar situado en sitio eminente sobre el río Natisone, en cuya guarda estaba Federico Contarino con pequeño presidio, pero confiándose en las fuerzas del pueblo, muy dispuesto á defenderse. Vinien-do á socorrerle con ochocientos caballos y quinientos infantes Juan Paulo Gradanico, proveedor del Friul, le hicieron huir los tudescos, y aunque habían bati-do á Civitale con la artillería, ni con el asalto feroz que le dieron, ni con la fama de haber roto á los que venían á socorrerla, pudieron ganarla.

En Istria, Cristóbal Frangipane rompió en Castillo de Verme los oficiales de los venecianos á quien se-guía la gente del país. Con ocasión de este próspero suceso, hizo grandísimos daños é incendios por todo él. Ocupó á Castelnuovo y la tierra de Rasprucchio; pero los venecianos enviaron allí á Angel Trevisano, capi-tán de su armada, con diez y seis galeras, y habiendo tomado, luego que llegó, por fuerza la villa de Fiume, intentó ocupar la ciudad de Trieste; mas no saliendo con ello, recuperó por fuerza á Rasprucchio y después se retiró con las galeras hacia Venecia, quedando muy afligido el Estado del Friul y de la Istria porque, es-tando unas veces más poderosos los venecianos y otras los tudescos, las villas que primero habían tomado y saqueado los unos muchas veces, recuperaban y sa-queaban después los otros, de manera que continua-mente sujetas al robo las vidas y las haciendas de las personas, todo el país se acababa y destruía con horror increíble.

---

## CAPITULO IV.

Los embajadores venecianos entran en Roma de noche.—Provisiones del Senado veneciano para defender á Padua.—Discurso del Dux Loredano.—Los nobles venecianos mandan á sus hijos á la defensa de Padua.—Batalla.—El Emperador sitia á Padua.—Los paduanos juran fidelidad á los venecianos.—Asalto de los imperiales á Padua.—Maximiliano se ve obligado á retirarse.—Los venecianos rechazan la tregua que el Emperador les propone.

En estos accidentes de las armas temporales se disputaba en Roma sobre las espirituales, donde, desde antes de la recuperación de Padua, habían entrado con traje y modo miserable los seis embajadores del Senado veneciano que, siendo costumbre entrar con pompa y fausto grande y salir á recibirlos toda la Corte, no sólo no los habían honrado ni acompañado, pero (porque así lo quiso el Pontífice) entraron de noche y sin admitirlos en su presencia, iban á tratar á casa del cardenal de Nápoles con él y con otros cardenales y preladados diputados para esto. Oponíanse grandemente los embajadores del Rey de Romanos, del Cristianísimo y del Rey Católico á que obtuviesen la absolución de las censuras, y por otra parte les ayudaba manifestamente el arzobispo Eboracense, á quien principalmente por esta ocasión había enviado Enrique VIII, rey de Inglaterra, que había sucedido pocos meses antes en aquel reino por muerte de Enrique VII, su padre.

Ocupaba en este tiempo la esperanza de sucesos grandes los ánimos de todos los hombres, porque el Emperador, recogiendo todas las fuerzas que por sí mismo podía y las que le habían dado muchos, se preparaba para ir con ejército poderosísimo á sitiar á Pa-

dua. Por otra parte, juzgando el Senado veneciano que consistía todo su remedio en la defensa de aquella ciudad, atendía con suma diligencia á las provisiones necesarias á su defensa, habiendo hecho entrar de fuera, la gente que estaba señalada para el presidio de Treviso, su ejército con todas las fuerzas que habían podido juntar de todas partes y conduciendo gran número de artillería de toda suerte, vituallas de todas maneras, bastantes para sustentarla muchos meses, multitud innumerable de labradores y gastadores; con los cuales, demás de haber reparado las defensas con gran cantidad de madera y de herramientas, para prevenir el daño que les podía ocurrir si les cortaban el agua que venía á Padua de junto á Rímíni, habían hecho en las murallas de la ciudad y hacían continuamente maravillosas fortificaciones.

Aunque las provisiones eran tales que casi no se podían desear mayores, con todo eso, en caso tan importante era increíble la solicitud y ansia del Senado, no cesando los senadores de día ni de noche de pensar, de acordar y de proponer lo que creían que era necesario. Tratándose de esto continuamente en el Senado, Leonardo Loredano, su Dux, hombre venerable por la edad y por la dignidad de tan gran cargo que había tenido muchos años, levantándose en pie, habló de esta manera:

«Si en la conservación de la ciudad de Padua, como es manifiesto á cada uno, prestantísimos senadores, consiste no solamente toda la esperanza de poder recuperar alguna vez nuestro Imperio, sino también conservar nuestra libertad; y por el contrario, de la pérdida de Padua se nos sigue, como es certísimo, la última desolación de esta patria, forzoso viene á ser confesar que las provisiones y preparaciones hechas hasta ahora (aunque grandísimas y maravillosas), no son suficientes ni para lo que conviene á la seguridad de aque-

lla ciudad, ni para lo que pertenece á la dignidad de nuestra República, porque en una cosa de tan gran peligro no basta que las provisiones hechas sean tales, que se pueda tener grande esperanza de que Padua se haya de defender; pero es necesario que sean tan poderosas que, por todo lo que se pudiere prevenir con la diligencia é industria humana, se deba tener por cierto que la hayamos de asegurar de todos los accidentes que improvisadamente puede ofrecer la siniestra fortuna; poderosa en todas las cosas del mundo y mucho más en los sucesos de la guerra. Ni es deliberación digna de la antigua forma y gloria del nombre veneciano que pongamos nosotros en manos de gente forastera y de soldados jornaleros el bien público, la honra, nuestras vidas, las de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y que no corramos todos, sin quedar ninguno, voluntariamente á defenderla con nuestros pechos y con nuestros brazos; porque si ahora no se sustenta aquella ciudad, no nos queda más lugar para fatigarnos por nosotros mismos, ni de demostrar nuestro valor, ni de gastar por nuestro bien nuestras riquezas. Pero mientras no ha pasado el tiempo de ayudar nuestra patria, no debemos dejar atrás obra de esfuerzo alguno, ni esperar á ser presa de los que desean saquear nuestros bienes y beber con suma crueldad nuestra sangre.

»No consiste la conservación de nuestra patria solamente en el bien público, sino en la salud de la República. Se trata justamente del bien y la salud de todos los particulares, de tal forma conjunta con ella, que no puede estar la una sin la otra; porque cayendo la República, y quedando en servidumbre ¿quién no sabe que las haciendas, la honra y la vida de los particulares quedan hechos robos de la avaricia, de la deshonestidad y crueldad de los enemigos? Mas cuando en la defensa de la República no se tratase otra cosa que de la conser-

vación de la patria, no es premio digno de sus generosos ciudadanos llenos de gloria y de lustre en el mundo y de merecimientos para con Dios, porque es sentencia hasta de los gentiles, que hay en el cielo señalado un lugar particular que gozan felizmente todos los que hubieren ayudado, conservado y acrecentado su patria, ¿qué patria ha habido jamás que mereciese ser más ayudada y conservada por sus hijos que ésta? Obtiene y ha obtenido por muchos siglos la primacía entre todas las ciudades del mundo, y de ella reciben sus ciudadanos grandísimas é innumerables comodidades, utilidades y honras; admirable si se consideran los dones recibidos de la naturaleza, las cosas que demuestran la grandeza casi perpetua de la próspera fortuna, ó aquellas por donde se muestra el poder y la voluntad de los ánimos de los habitantes. Porque es maravilloso su sitio, fabricada sola ella entre las aguas, y unidas de manera toda sus partes que á un mismo tiempo se goza de la comodidad del agua y del placer de la tierra; segura (por no estar situada en tierra firme), de los asaltos terrestres, y segura de los acometimientos marítimos, por no estar en medio de la mar. ¡Cuán admirables son los edificios públicos y particulares, edificados con increíble gasto y magnificencia, llenos de lucidísimos mármoles forasteros y de singulares piedras traídas á esta ciudad de todas las partes del mundo! ¡Cuán excelentes son aquí las pinturas, las estatuas y las esculturas, los ornamentos de mosaico y de tantas cosas semejantes! ¿Qué ciudad hay al presente donde mayor concierto de naciones forasteras que vienen aquí, parte para habitar seguramente, en esta libre y casi divina patria, parte para ejercitar sus comercios; de donde la República tiene tanta renta del circuito sólo de esta ciudad, cuanta no tienen muchos reyes de sus reinos enteros?

»Dejo aparte la muchedumbre de letrados en todas ciencias y facultades, la calidad de los ingenios y el valor de los hombres, del cual, juntándose con las otras calidades, ha resultado la gloria de haber hecho esta República y nuestros ciudadanos hazañas que, desde los romanos acá, no ejecutó otra ninguna patria. Dejo también aparte cuán maravilloso sea ver una ciudad (adonde no nace cosa ninguna y está llena de habitantes) abundar de todas las cosas necesarias para la vida.

»Fué el principio de nuestra ciudad ceñido sobre estos escollos solos, estériles y desnudos, y con todo eso se extendió el valor de nuestros hombres, primero en los mares vecinos y en las tierras del contorno, después, ensanchándose con felices sucesos, en los mares y en las provincias más remotas, y corrido hasta las últimas partes del Oriente, adquirió por tierra y mar tan grande imperio, y lo tiene de tal manera extendido, que ha sido por tiempo larguísimo formidable á todas las otras ciudades de Italia, y necesario que, para abatirla, se concordasen los fraudes y las fuerzas de todos los príncipes cristianos; cosas verdaderamente procedidas todas de la ayuda de Dios, porque es celebrada por todo el mundo la justicia que se ejercita indiferentemente en esta ciudad que, sólo por su nombre, muchos pueblos se han sujetado á nuestro dominio. ¿A qué ciudad ó á qué imperio cede en religión y en piedad para con Dios nuestra patria, en donde hay tantos monasterios, tantos templos llenos de riquísimos y preciosísimos ornamentos, maravillosos vasos y aparatos dedicados al culto divino, donde hay tantos hospitales y lugares píos, en donde con increíble gasto y utilidad de los pobres se ejercitan continuamente obras de caridad? Dignamente es por todas estas cosas antepuesta nuestra patria á todas las otras, pero entre estas hay

una que por ella sola se adelanta á todas las alabanzas y á su misma gloria.

»Tuvo nuestra patria en un mismo tiempo su origen y su libertad. No nació ni murió en Venecia jamás ningun ciudadano que no naciese y muriese libre; ni jamás ha sido turbada su libertad, procediendo tan grande felicidad de la concordia civil, de tal manera establecida en los ánimos de los hombres, que sin distinción entran en nuestro Senado y en nuestros Consejos, y deponen las discordias y pendencias particulares. De esto es causa la forma del gobierno que, templado con los modos mejores de cualquier género de administración pública, y compuesto de manera y á guisa de una armonía proporcionada y concordante, ha durado ya tantos siglos sin sediciones civiles, sin armas y sin sangre entre nuestros ciudadanos, inviolable y sin mancha alguna; alabanza sola de nuestra república; pues ni Roma, ni Cartago, ni Atenas, ni Lacedemonia, ni ninguna de aquellas repúblicas que han sido más esclarecidas y de mayor fama entre los antiguos se puede gloriarse de ella, antes entre nosotros se ve por experiencia tal forma de República cual no la supieron jamás imaginar ni pintar los que han hecho profesión grande de la sabiduría civil.

»A tan grande y tan gloriosa patria (que ha sido tantos años muralla de la fe y esplendor de la república), ¿faltaránle las personas de sus hijos y ciudadanos? ¿Quién habrá que rehuse poner en peligro la vida y la de sus hijos por el bien de ella? Y consistiendo en la defensa de Padua, ¿quién habrá que niegue el querer hallarse personalmente á defenderla? Aunque estuviésemos ciertos de que son bastantes las fuerzas que hay allí, ¿no toca á nuestro honor? ¿no pertenece al esplendor del nombre veneciano que se sepa por todo el mundo que nosotros mismos hemos ido prontamente á de-

fenderla y conservarla? Ha querido el hado de esta ciudad que en pocos días hayamos perdido tan gran imperio, en cuyo suceso no tenemos que lamentarnos tanto de la malignidad de la fortuna, porque son casos comunes á todas las repúblicas y á todos los reinos, como condolernos de haber olvidado nuestra constancia no vencida hasta aquel día que, perdida la memoria de tan generosos y gloriosos ejemplos de nuestros mayores, cedimos con pronta desesperación al poderoso golpe de la fortuna, no representando nosotros á nuestros hijos el valor que nos representaron nuestros padres. Vuelve ahora á nosotros la ocasión de recuperar el ornato no perdido, sino desamparado, si queremos ser hombres; porque, yendo á buscar la adversidad de la fortuna, ofreciéndonos libremente á los peligros, desharemos la infamia recibida, y viendo que no está perdida en nosotros la antigua generosidad y el valor, se atribuirá más pronto aquel desorden á una tempestad fatal (que ni el consejo, ni la constancia de los hombres la puede resistir), que á culpa y vergüenza nuestra.

»Si fuese lícito que todos popularmente fuésemos á Padua, y sin perjuicio de aquella defensa y de otros negocios públicos urgentísimos se pudiese por algún día dejar esta ciudad, yo el primero, sin esperar vuestra deliberación, tomara el camino, no sabiendo en qué poder gastar mejor estos días últimos de mi vejez, que en participar con la presencia y con los ojos de victoria tan ilustre, ó cuando de otra manera acaeciese (el ánimo aborrece el decirlo), muriendo junto con los otros, no sobrevivir á la ruina de la patria. Mas porque Venecia no puede ser abandonada de los consejos públicos, en donde con el aconsejar, proveer y ordenar, no menos se defiende á Padua que con las armas los que están en ella, y la multitud inútil de viejos sería más de carga que de presidio á aquella ciudad, no es á pro-

pósito, por todo lo que pudiese suceder, despojar á Venecia de toda la juventud. Por esto aconsejo y animo que, teniendo respeto á todas estas razones, se elijan doscientos gentiles-hombres de los principales de nuestra juventud, y cada uno con la cantidad de amigos y de criados aptos para las armas que puedan llevar, vaya á Padua, para asistir en todo cuanto será necesario á la defensa de aquella ciudad. Dos hijos míos con gran compañía serán los primeros en ejecutar lo que yo, su padre y vuestro príncipe, he sido el primero en proponer, cuyas personas ofrezco en tan gran peligro á la patria de muy buena gana.

»Así se hallará más segura la ciudad de Padua; así los soldados asalariados que están allí, viendo vuestra juventud pronta para las guardias y para todos los actos militares, recibirán inestimable alegría y ánimo, ciertos de que, estando juntos con ellos nuestros hijos, no han de faltarles de nuestra parte provisión ni esfuerzo alguno. Los jóvenes y los demás que no fueren se encenderán tanto más con este ejemplo á exponerse siempre que fuere menester á todos los trabajos y peligros. Haced vosotros, senadores (cuyas palabras y hechos están por ejemplo, y en los ojos de toda la ciudad); haced, digo, á porfía cada uno de vosotros, pues tenéis poder bastante, alistar en este número á vuestros hijos para que sean partícipes de tan gran gloria, porque de esto nacerá, no sólo la defensa cierta y segura de Padua, sino se ganará fama entre todas las naciones de que nosotros mismos seamos los que, con el peligro de la propia vida, defendemos la libertad y el bien de la patria más digna y más noble que hay en todo el mundo.»

Fué oído con grandísima aprobación y atención y puesto con suma presteza en ejecución el consejo del Príncipe, por el cual la flor de los nobles de la juventud veneciana, recogiendo cada uno cuantos amigos y

familiares podían, dispuestos para el ejercicio de las armas, fueron á Padua acompañados hasta que se embarcaron de todos los demás gentiles-hombres y de gran multitud, celebrando cada uno con sumas alabanzas y con piadosos deseos tan gran presteza en el socorro de la patria. No fueron recibidos con menor alegría y contento de todos en Padua, exaltando los capitanes y los soldados hasta el cielo que estos mozos nobles, no experimentados en los trabajos y peligros de la milicia, antepusiesen el amor de la patria á la propia vida, de manera que, alentándose los unos á los otros, esperaban con alegre ánimo la venida del Emperador, quien, atendiendo á recoger la gente que de muchas partes le venía, había llegado al puente del Brenta, tres millas distante de Padua. Tomado por fuerza á Rímini y roto el curso de las aguas, esperaba la artillería que le llegaba de Alemania, grande en calidad y cantidad. Habiendo conducido una parte de ella á Vicenza é ido Felipe Rosso y Federico Gonzaga de Bozzole con doscientos caballos ligeros á hacer la escolta, acometidos de quinientos caballos ligeros que, guiados por los del país (que fueron de gran provecho á los venecianos en toda la guerra), habían salido de Padua, los rompieron á cinco millas de Vicenza. Felipe quedó preso y Federico con gran trabajo y en camisa se salvó por beneficio de la noche y de los pies.

Del puente del Brenta se alargó el Emperador doce millas hacia el Polesino de Rovigo por tener mejor comodidad de las vituallas, y habiendo tomado por asalto y saqueado el castillo de Este, fué á sitiar á Monselice, adonde, dejada la villa que está en el llano, expugnó al segundo día la fortaleza situada sobre la cumbre de una alta peña. Tomó después por acuerdo á Montagnana, de donde, vuelto hacia Padua, hizo pie en el puente de Bassanello, junto á aquella ciudad, é intentó en vano

cambiar el cauce del Brenta ó del Bacchiglione, que de allí va á Padua.

Habiéndose juntado en este lugar la artillería y las municiones que esperaba, y recogida toda la gente que estaba dividida en diversos lugares, se llegó á la ciudad con todo el ejército, y metiendo cuatro mil infantes en el burgo que se llama de Santa Cruz, tenía resuelto en su ánimo acometer la ciudad por aquella parte; pero habiéndose certificado después que la plaza esta; ba más fuerte de situación y de murallas por aquel lugar y que habían hecho mayores fortificaciones, y recibiendo aun en aquel alojamiento mucho daño de la artillería de Padua, determinó pasarse con todo el ejército á la puerta del Portillo que mira hacia Venecia, porque le habían referido que por allí estaba más flaca, y para impedir los socorros que por tierra y mar viniesen á Padua de Venecia; pero no pudieron ir, por el impedimento de las lagunas y otras aguas que inundaban el país, sino que, con largo rodeo, vino al Puente de Bovolenta, siete millas apartado de Padua, donde hay un sitio sobre el río Bacchiglione, hacia la marina, entre Padua y Venecia, sitio que, por estar rodeado de aguas y en la parte más segura del Paduano, habían puesto tres mil labradores con gran número de ganado; mas forzados por la vanguardia de la infantería española é italiana, fueron casi todos muertos ó presos. No se atendió á otra cosa por los dos días siguientes que á correr todo el país hasta el mar, que estaba lleno de gran cantidad de ganado, y tomaron en el Brenta muchas barcas que iban cargadas de bastimentos á Padua, hasta que, finalmente, á 16 de Septiembre, habiendo consumido tanto tiempo inútilmente y dado lugar á los enemigos de fortificarla y llenarla de vituallas, se llegó á las murallas de Padua junto á la puerta del Portillo.

No había visto jamás Italia en aquella edad ni por

ventura en otras antecedentes intentarse combate que fuese de mayor esperanza y que estuviese más en los ojos de los hombres por la nobleza de aquella ciudad y por los efectos importantes que de perderla ó ganarla resultaban, puesto que Padua, ciudad novilísima y antigua, famosa por la excelencia del estudio, ceñida de tres órdenes de murallas, por donde corren los ríos Brenta y Bacchiglione, es de tan grande circuito que por ventura no hay otra de mayor en toda Italia, situada en país abundantísimo, donde es el aire saludable y templado, y aunque estuvo más de cien años habitada debajo del poder de los venecianos, que se la quitaron á los de la familia de Carrara (1), conserva todavía soberbios y grandes edificios y muchas señales memorables de antigüedad, por donde se echa de ver su antigua grandeza y esplendor. De la conquista y defensa de tan gran ciudad dependía, no solamente la firmeza ó disminución del imperio de los tudescos en Italia, sino también lo que había de suceder de la propia ciudad de Venecia, porque, defendiendo á Padua, podía esperar fácilmente aquella República (llena de grandes riquezas, unida en sí misma con ánimos prontos y no sujeta á las mudanzas á que suelen estar las cosas de los Príncipes), haber de recuperar en breve tiempo gran parte de su dominio, y tanto más, que el mayor número de sus súbditos que habían deseado las inquietudes, no hallando dentro efectos correspondientes á sus pensamientos y conociéndose por la comparación cuán diferente era el regimiento moderado de los venecianos que el de los tudescos, ajeno á las costumbres de los italianos y mayormente desordenado por la confusión y daños de la guerra, comenzaban á volver los ojos al do-

(1) Dice el Savelo en el libro octavo de la segunda década cómo fueron despojados los de Carrara por los venecianos del dominio de Padua.—(Nota del traductor.)

minio antiguo. Por el contrario, perdiéndose Padua, perdían enteramente los venecianos la esperanza de volver á cobrar el esplendor de su República, antes había grandísimo peligro de que la misma ciudad de Venecia, despojada de tan grande imperio y falta de mucha riqueza por la disminución de las rentas públicas y por la pérdida de tantos bienes que los particulares poseían en tierra firme, no pudiese defenderse de las armas de los Príncipes confederados, ó á lo menos no quedase por el discurso del tiempo presa no menos de los turcos (con quien confinan por tantas partes y tienen siempre con ellos guerra ó paz infiel ó mal segura), que de los Príncipes cristianos.

No era menor la duda de los hombres, porque los aprestos poderosos que de cada una de las partes se mostraban, tenían muy suspensos los juicios comunes, inciertísimos de cuál había de alcanzar suceso más feliz, los que acometían ó los que defendían, porque en el ejército del Emperador, demás de las setecientas lanzas del rey de Francia que gobernaba la Paliza, había doscientos hombres de armas enviados en su ayuda por el Pontífice, otros doscientos del duque de Ferrara, debajo del gobierno del cardenal de Este (aunque no estaban compuestas las dificultades entre ellos), y debajo del de diversos capitanes seiscientos hombres de armas italianos á su sueldo. No era menor el nervio de la infantería que el de los caballos, porque tenía diez y ocho mil tudescos, seis mil españoles, seis mil aventureros de diversas naciones y dos mil italianos llevados y pagados por el cardenal de Este. En el mismo nombre, seguía el aparato grande de la artillería y gran copia de municiones, una parte de las cuales le había enviado el rey de Francia; y aunque los soldados propios no recibían dinero la mayor parte del tiempo, con todo eso, por la grandeza y autoridad de tan gran capitán y por la es-

peranza de tomar y saquear á Padua y robar después todo lo que poseían todavía los venecianos, no le abandonaban, antes continuamente se aumentaba cada día el número, mayormente sabiendo todos que, siendo liberalísimo por naturaleza y lleno de humanidad con sus soldados, no dejaba de pagarles por avaricia ó voluntad, sino por no poder más. Tan poderoso era el ejército del Emperador, bien que formado, no sólo de sus fuerzas, sino también de las ayudas y fuerzas de otros.

No era menos poderoso, para cuanto fuese necesario en la defensa de Padua, el ejército que en ella se hallaba de los venecianos, porque había seiscientos hombres de armas, mil quinientos caballos ligeros, mil quinientos estradiotas debajo de los famosos y expertos capitanes el conde de Pitigliano, antepuesto á todos, Bernardino del Monte, Antonio de Pío, Lucio Malvezzo, Juan Greco y muchos cabos menores; juntábanse á esta caballería doce mil infantes de los mejores y más ejercitados de Italia debajo de la mano de Dionisio de Naldo, el Zitolo de Perusa, Lactancio de Bérgamo, Saccoccio de Spoleto y otros muchos capitanes; diez mil infantes entre esclavones, griegos y albaneses sacados de sus galeras, y aunque entre ellos había mucha gente inútil y casi advenediza, quedaba alguna parte útil y de servicio; demás de estos, la juventud veneciana con los que la siguieron, que aunque era más esclarecida por la nobleza y piedad para con su patria, con todo eso, no era de poco momento para ofrecerse prontamente á los peligros y para el ejemplo que daba á los otros. Demás de la gente, tenían todas las provisiones necesarias, grandísimo número de artillería, maravillosa copia de vituallas de toda suerte, no habiendo sido menos solícitos los labradores en traerlas allí para su seguridad, que los oficiales venecianos en proveer y mandar que continuamente entrasen multitud casi innumerable

de labradores que, traídos por precio, no cesaban jamás de trabajar de tal manera, que siendo aquella ciudad fortísima por su poder y por el número de defensores, se había reparado y fortificado maravillosamente, habiendo levantado muy alta el agua por todo el foso alrededor de la muralla que da vuelta á toda la ciudad y hecho en todas sus puertas y en otros lugares oportunos muchas trincheras de la parte de afuera, pero unidas á la muralla y con la entrada por la de adentro, que llenas de artillería ofendían á los que entraban en el foso. Y para que la pérdida de las trincheras no pudiese causar peligro á la ciudad, las habían minado todas y metido muchos barriles de pólvora para poderlas deshacer y volar cuando no se pudiesen defender. No confiándose totalmente en el grueso y bondad de la muralla antigua, aunque primero la habían examinado con diligencia reparándola donde era menester y quitando todas las almenas, habían hecho por la parte de adentro, por toda la vuelta de la ciudad, estacadas de árboles y otras maderas, apartadas de la muralla cuanto era su grueso y llenado este vacío de tierra apisonándola con gran diligencia. Pero no bastó esta obra maravillosa y de trabajo inestimable, donde se había ocupado gran número de gente, á dar satisfacción entera á los que tenían á cargo defender aquella ciudad; después de la muralla tan doblada y gruesa cavaron un foso alto y de diez y seis brazas de ancho, que estrechándose en el fondo y teniendo por todo él casamatas y torreoncillos llenos de artillería, parecía imposible de tomar, y estando aquellas obras (á ejemplo de las trincheras por tener la mina debajo) dispuestas á poderse arruinar fácilmente con la fuerza del fuego, por estar más prevenidos para cualquier suceso, alzaron después del foso un reparo de la misma ó mayor anchura, que se extendía casi todo el circuito de la plaza y que imposibilitaba el

poderse plantar la artillería contra él. Delante de este reparo hicieron un parapeto de siete brazas que embrazaba á la artillería de los enemigos, el ofender á los que estaban en defensa del reparo, y porque correspondiese á tantos aparatos y fortificaciones el ánimo de los soldados y el de la gente de la tierra, el conde de Pitigliano, juntándolos en la plaza de San Antonio, y animándolos con varoniles y graves palabras á su utilidad y honra, se obligó asimismo con todos los capitanes y con todo el ejército y á los paduanos, á jurar solemnemente perseverar hasta morir fielmente en la defensa de aquella ciudad.

Arrimándose contra tan gran aparato el ejército del Emperador, no con menos prevenciones, debajo de las murallas de Padua, se extendió desde la puerta del portillo hasta la de Todos los Santos, que va á Treviso, y después se ensanchó desde la puerta de Codalunga que va á Ciudadela, tomando por largo tres millas. Su persona alojó en el monasterio de Santa Elena, apartado un cuarto de milla de las murallas de la ciudad, casi en medio de la infantería tudesca, y habiendo señalado á cada uno lo que había de ejecutar, según la diversidad de los alojamientos y de las naciones, comenzó á hacer plantar la artillería que, por ser tanta en número y algunas piezas grandísimas y por estar todo el campo muy cañoneado por la artillería de adentro, y especialmente los sitios donde se procuraba plantar, no se pudo hacer sino despacio y con gran dificultad. Mas el Emperador, no vencido en el ánimo ni en el cuerpo, pacientísimo en los trabajos, discurriendo todo el día y la noche é interviniendo personalmente en todas las cosas, animaba con grandísima solicitud á que la obra se pudiese en perfección. Al quinto día estaba plantada casi toda la artillería, y el mismo día los franceses y la infantería tudesca de la parte que gobernaba la Paliza,

dieron un asalto al Revellín de la puerta, pero más por reconocimiento que por pelear ordenadamente. Viendo que estaba defendido valerosamente, se retiraron á los alojamientos sin mucha dilación.

Tiraba el día siguiente con mucha furia por todos lados la artillería; la mayor parte de ella, por ser muy gruesa y cargarla con mucha pólvora, habiendo pasado los reparos, aruinaba las casas que estaban cerca de la muralla. Ya en muchas partes había echado en tierra gran trozo de la muralla y casi allanado una trinchera hecha en la puerta de Todos los Santos, pero no se veía por esto señal alguna de temor en los que estaban dentro, los cuales maltrataban á todo el ejército con la artillería. Los estradiotas, que estaban animosamente alojados en los barrios extramuros, habían rehusado retirarse á alojar en la ciudad y los caballos ligeros, corriendo continuamente por todas partes delante y detrás hasta llegar sobre los alojamientos de los enemigos, unas veces asaltaban á las escoltas de los que conducían agua y bastimentos, y otras corriendo y robando todo el país cortaban todos los caminos, excepto el que va de Padua al monte de Albano. Con todo esto, estaba el campo lleno de vituallas, hallándose las casas y toda la campaña llena de ellas, porque ni el temor de los del país, ni la solícita diligencia de los venecianos, ni los daños infinitos causados por los soldados de todas partes, habían podido ser iguales á la gran abundancia de aquel bellísimo y fertilísimo condado.

Salió el mismo día fuera de Padua Lucio Malvezzo con cantidad de caballos para conducir dentro cuarenta mil ducados que se enviaban de Venecia, y aunque al volver fué acometida su retaguardia por los enemigos, los condujo salvos, si bien con pérdida de algunos hombres de armas.

Al noveno día había hecho tanto efecto la artillería,

que parecía no sería necesario pasar con ella adelante. El día siguiente se puso en forma de batalla todo el ejército para arrimarse á la muralla; mas, advirtiendo que la misma noche los de dentro habían subido el agua del foso que antes habían bajado, no queriendo el Emperador enviar la gente á manifiesto peligro, se volvió cada uno á los alojamientos. Bajóse de nuevo el agua, y el día siguiente se dió (pero con poco efecto) un asalto á la trinchera que estaba hecha en la puerta de Codalunga, donde, habiendo determinado el César hacer gran diligencia para derribarla, volvió allí la artillería que estaba plantada de la parte de los franceses que alojaban entre la puerta de Todos los Santos y de Codalunga y, habiendo con ella arruinado una parte, hizo dar dos días después un asalto de la infantería tudésca y española, acompañadas de algunos hombres de armas á pie, que, peleando ferozmente, saltaron sobre la trinchera y levantaron dos banderas; pero era tal la fortaleza del foso, tal el valor de los defensores (entre los cuales, peleando con suma alabanza el Zitolo de Perusa, fué herido gravemente), tal la muchedumbre de los instrumentos para defenderse, no sólo de la artillería, pero de piedras y de invenciones de fuego, que fueron necesitados á bajar impetuosamente, siendo heridos y muertos muchos de ellos. Por esta causa el ejército que estaba en orden para dar (como se creía luego que la trinchera fuese ganada) el asalto á la muralla, se desarmó sin haber intentado cosa alguna.

Perdió completamente el Emperador por esta experiencia la esperanza de la victoria, y por esta razón, determinado á partir, luego que hubo conducido la artillería á lugar seguro, se retiró con todo el ejército á la villa de Rímini (que está hacia Treviso), diez y seis días después que se había puesto sobre Padua, y continuamente fué en más alojamientos á Vicenza,

de donde, habiendo recibido el juramento de fidelidad del pueblo vicentino y deshecho casi todo el ejército, fué á Verona, desesperado porque no habían tenido buen suceso sus consejos, pero mucho más, porque en el ejército y en toda Italia blasfemaban grandemente de ello y no menos de las ejecuciones de lo que se había determinado, pues no había duda de que el no haber ganado á Treviso y el haber perdido á Padua procedía de culpa suya, ni tampoco que la tardanza de su venida había hecho difícil la expugnación de Padua; naciendo de esto el tener los venecianos tiempo para prevenirse de soldados, llenar á Padua de vituallas, y hacer aquellos reparos y fortificaciones maravillosas. Y no negaba él que había sido esta la ocasión de que se le hubiese defendido aquella ciudad; pero echando la culpa á otros de su variedad y desórdenes, se quejaba del Pontífice y del rey de Francia que, con haber el uno de ellos concedido á los embajadores venecianos la ida á Roma, y el otro tardado en enviar el socorro de su gente, dieron ocasión de que creyese cada uno que se habían apartado de él, por lo cual tomaron ánimo los villanos de la montaña de Vicenza para rebelarse, y gastando él muchos días en sujetarlos, había después encontrado, por la misma razón, iguales dificultades en lo llano; y que por abrirse el paso, asegurar las vituallas y librarse de muchas molestias, vióse obligado á tomar todas las villas del país, y no solamente le había dañado en esto la dilatada venida de franceses, sino que, de venir á tiempo conveniente, no hubiera sucedido la rebelión de Padua, y que esto, y el haber el rey de Francia y el de Aragón despedido las armadas de mar, había dado disposición á los venecianos (libres de todo otro temor) de poder proveer y fortificar mejor á Padua; querellándose, demás de esto, que al rey de Aragón le eran agradables sus trabajos por poder inducirle más fácil

mente á convenir en que á él le quedase la administración del reino de Castilla.

Estas querellas no mejoraban su partido ni le acrecentaban la autoridad perdida por no haber sabido usar de tan raras ocasiones, antes era agradable al rey de Francia, y no molesto al Pontífice, que comúnmente fuese tenido en esta opinión, porque sospechoso y desconfiado de cada uno, considerando cuán necesitado estaba siempre de dinero é importuno en pedirle, no veían crecer de buena gana su nombre en Italia.

Recibió en Verona el juramento de fidelidad, y en aquella ciudad los embajadores florentinos (entre los cuales fué Pedro Guicciardini, mi padre) acordaron con él, en nombre de su República (inducida á esto, demás de las otras razones, de las persuasiones del rey de Francia), pagarle en breve tiempo cuarenta mil ducados. Por esta promesa obtuvieron de él privilegios amplísimos de la confirmación, así de la libertad de Florencia, como del dominio y jurisdicción de las villas y Estados que tenían, con la satisfacción de todo lo que le debían por el tiempo pasado.

Habiendo el Emperador determinado volver á Alemania para ponerse en disposición (según decía) de poder hacer la guerra en la primavera próxima, llamó á Chaumont para tratar de las materias presentes; al cual, llegado á la villa de Arse en el Veronés, le advirtió el peligro que había de que los venecianos recuperasen á Ciudadela y á Basano, lugares muy importantes, pues ensoberbecidos por la defensa de Padua, se preparaban para acometerlos; que no sucediese lo mismo después con Monselice, Montagnana y Este; que era necesario pensar, demás de la conservación de estas villas, en la recuperación de Lignago, pues no siendo poderoso él solo á hacer las provisiones necesarias para estos efectos, había menester que le ayudase el Rey, cuyas

posesiones, no sustentando las suyas, corrían gran peligro. No pudiendo Chaumont darle resolución cierta á esta demanda, se limitó á notificarlo al Rey, infundiéndole esperanza de que la respuesta sería conforme á su deseo.

Después de esta plática el Emperador (habiendo dejado en guarda de Verona al marqués de Brandemburgo) fué á la Chiusa y poco después á la Paliza, que había quedado con quinientas lanzas en el Veronés, alegando dificultades de los alojamientos y mucha incomodidad, habiendo casi por importunidad obtenido licencia del Emperador, se retiró á los confines del ducado de Milán, porque la intención del Rey era que, para estar su gente ociosa en las guarniciones, estuviese en su Estado; pero que volviese á servir al Emperador y ejecutar cualquier empresa que le agradase, especialmente la de Lignago, que era solicitada y deseada sumamente por él, difiriéndose tanto, por sus acostumbradas dificultades, que habiendo sobrevenido, por razón del tiempo, grandes lluvias, no se podía acampar más en aquel país, sujeto á las aguas por ser tierra baja.

El Emperador, reducido á estos aprietos, deseaba hacer tregua con los venecianos por algunos meses; mas ellos, tomando ánimo de sus desórdenes y viéndole ayudado tan friamente por los coligados, no juzgaron que les estaba bien suspender la guerra.

---

## CAPITULO V.

Discordia entre el rey de Francia y el Papa.—Condiciones que propone el Papa para absolver á los venecianos.—Los venecianos recuperan á Vicenza.—A las órdenes de Trevisano van contra el duque de Ferrara.—Derrota de los ferrareses en Pulisella.—Hércules Cantelmo es decapitado.—Chatillón acude en socorro de Ferrara.—Enojo del Pontífice, que les envía hombres de armas para la defensa.—Derrota de los venecianos en el Pó.—Concordia entre el Rey de Romanos y el Rey Católico.—Derrota de los imperiales en Verona.—Enojo del César contra el Papa.—Muerte del conde de Pitigliano.—Envío del obispo de Sión á los suizos.—Son absueltos los venecianos de la excomunión.—Condiciones.

Al fin se volvió el Emperador á Trento, dejando en gran peligro sus cosas y el Estado de Italia en no pequeña suspensión, porque habían nacido entre el Pontífice y el rey de Francia nuevos disgustos, cuyos principios, aunque pareciese que procedían de ocasiones ligeras, se dudaba de si las habría ocultamente más importantes. La que entonces se demostraba era que, habiendo vacado un obispado de Provenza, por la muerte de su obispo en la corte de Roma, el Papa lo había dado contra la voluntad del rey de Francia, quien pretendía que esto era contrario á la capitulación hecha entre ellos por medio del cardenal de Pavía, en la cual, si bien en la escritura no estaba nominalmente expreso que se guardase, lo mismo en los obispados que vacasen en la corte de Roma, que en los que vacasen en los otros lugares, no obstante esto, el Cardenal se lo había prometido de palabra. El Cardenal negaba ser esto verdad, quizá más por temor que por otra razón, y afirmando el Rey lo contrario, decía el Pontífice no sabía lo que se

hubiese tratado tácitamente, porque, habiéndose, en su ratificación, remitido á lo que pareciese estar en la escritura nombrado capítulo por capítulo, no comprendiendo estos el caso de cuando los obispos morían en la Corte romana, no estaba obligado á más. Crecía por esto la indignación del Rey, y menospreciando, contra su costumbre, el consejo del cardenal de Rohán, que siempre había sido autor de las concordias con el Pontífice, hizo secuestrar los frutos de todos los beneficios que tenían en el Estado de Milán los clérigos residentes en la corte de Roma. El Papa rehusaba por otra parte entregar las insignias del cardenalato al de Albi, que había ido ya á Roma para recibirlas, según la promesa hecha al Rey, y aunque el Pontífice, vencido por los ruegos de muchos, dispusiese al fin del obispado de Provenza según la voluntad del Rey, y tratase de nuevo con él cómo se había de proceder en los beneficios que en lo venidero vacasen en la corte de Roma, y que de la una parte se deshiciesen los secuestros hechos, y de la otra se concediesen las insignias del cardenalato al de Albi, no bastaban estas cosas á ablandar el ánimo del Papa, exasperado por muchas razones, pero especialmente porque, habiendo desde el principio del Pontificado concedido de mala gana al cardenal de Rohán la legación del reino de Francia como dañosa á la corte de Roma y con indignidad suya, le era molestísimo estar obligado, por no irritar tanto el ánimo del rey de Francia, á consentir que continuase en ella; y porque se persuadía que aquel Cardenal atendía con todos sus pensamientos y artificios al Pontificado, se recataba de cada progreso y movimiento de los franceses.

Estas eran las razones aparentes de sus disgustos, pero, por lo que se vió después de sus pensamientos, teniendo en el ánimo más altos fines, deseaba ardientí-

simamente, por codicia de gloria, ó por oculto odio contra el rey de Francia, ó por el deseo de la libertad de los genoveses, que el Rey perdiese lo que poseía en Italia, no dejando de quejarse continuamente de él sin respeto y del Cardenal, mas de manera que parecía que su mala voluntad principalmente procedía de miedo; pero como era de natural invicto y feroz, y acompañaban las demostraciones exteriores las más veces á la disposición del ánimo, aunque se había propuesto en su imaginación fines de tan gran movimiento y tan difíciles de conseguir, confiando en sí solo y en la reverencia y autoridad que conocía tenía entre los Príncipes la Silla Apostólica, no dependiente ni unido con ninguno, antes demostrando con las palabras y con las obras el poco caso que hacía de cada uno, ni se juntaba con el Emperador, ni se unía con el Rey Católico, y extrañándose con todos, no mostraba inclinación sino á los venecianos, confirmándose cada día más en la voluntad de absolverles, porque juzgaba que el no dejarles perder era muy á propósito para el bien de Italia y para su seguridad y grandeza.

Contradecían esto eficazmente los embajadores del Emperador y del rey de Francia, concurriendo con ellos en lo mismo, en público, el embajador del rey de Aragón, aunque temiendo la grandeza del rey de Francia por los intereses del reino de Nápoles, y no confiando en el Emperador por su inestabilidad, procuraba ocultamente lo contrario con el Pontífice. Alegaban no serles conveniente que hiciese tan gran beneficio á los que estaba obligado á perseguir con las armas, según el convenio de Cambray que había entre todos de ayudar al otro hasta que hubiese conquistado enteramente todo lo que se incluía en su parte; de suerte que, no habiendo conquistado el Emperador á Treviso, no estaba todavía ninguno de ellos libre de esta obligación; demás

que con justicia se podía negar la absolución á los venecianos, porque ni voluntariamente ni dentro del tiempo determinado en el Monitorio, habían restituído á la Iglesia las villas de la Romaña, ni hasta ahora habían obedecido enteramente, pues amonestados á restituir, demás de las villas, los frutos gozados, no lo habían cumplido.

Á esto respondía el Pontífice, que pues estaban reducidos á penitencia y pedían con gran humildad la absolución, no era oficio de Vicario de Cristo perseguirles más con las armas espirituales, en perjuicio del bien de tantas almas, después de conseguir las villas, y cesando con esto la ocasión, porque habían estado sujetos á las censuras; que la restitución de los frutos que habían cogido era cosa accesoria é ingerida más para agravar la inobediencia que por otra causa, y que no era conveniente que esto se tuviese por cosa tan importante; que era diferente la causa de perseguirles con las armas temporales, y porque tenía en el ánimo perseverar en la liga de Cambray se ofrecía á ello, dispuesto á concurrir con los otros, aunque de esto se podía apartar justamente cada uno de los confederados, porque culpa era del Emperador no tener á Treviso, habiendo rehusado las primeras ofertas que los venecianos le hicieron (cuando le enviaron como embajador á Antonio Justiniano) de dejarle todo lo que poseían en tierra firme, y porque después le ofrecieron muchas veces darle, en cambio de Treviso, conveniente recompensa.

No deteniéndole las contradicciones de los embajadores, solamente le retardaba la generosidad de su ánimo; que sólo por ella, aunque tenía por útil para sí la absolución de los venecianos y necesaria para los fines propuestos, había determinado no concederla sino con reputación grande de la Sede Apostólica y de manera que las cosas de la Iglesia se librasen totalmente de sus

opresiones. Difería el absolverlos porque rehusaban convenir en dos condiciones que había antepuesto á otras muchas: la una era que dejasen libres á los súbditos de la Iglesia la navegación del mar Adriático que prohibían á todos los que no les pagaban ciertas gabelas por las mercancías que llevaban; la otra que no tuviesen más en Ferrara (ciudad dependiente de la Iglesia) el magistrado del Bisdómino (1). Alegaban los venecianos que lo habían consentido los ferrareses, no repugnándolo Clemente VI, Pontífice romano que en aquel tiempo residía con la Corte en la ciudad de Aviñón, y la superioridad y guarda del golfo se las había concedido con amplísimos privilegios el pontífice Alejandro IV, obligado porque con las armas, poder y mucho gasto la habían defendido de los moros y corsarios, dejando segura aquella navegación á los cristianos.

A esto se replicaba por parte del Pontífice que no habían podido los ferrareses, en perjuicio de la superioridad eclesiástica, consentir que otros tuviesen un magistrado ó ejercitasen jurisdicción en Ferrara, ni lo habían consentido voluntariamente, sino forzados por lar-

(1) Introdújose en Ferrara este magistrado Bisdómino en el tiempo del papa Clemente VI, que fué hecho Pontífice el año de 1342 y vivió diez años en el Pontificado, cuando los ferrareses por huir de la tiranía de Tresco, hijo bastardo de Azón de Este, se entregaron á los venecianos. Hace mención de esta entrega el Savelico en el primer libro de la segunda década, aunque no haga aquí ninguna mención del Bisdominato. Este era un magistrado, según lo ha dicho el autor arriba, que daba cuenta á los venecianos que se hallaban en Ferrara, como lo hacen los cónsules de las naciones en las ciudades ajenas, excepto que tenía lo civil y criminal; pero era odioso este oficio, porque, según yo he oído decir á gentiles hombres venecianos dignos de crédito, estaba obligado el duque de Ferrara el día de San Marcos en los lugares públicos á dejar su lugar al Bisdómino y darle la mano derecha, y débese llamar Bisdómino como Virrey, Vizconde, ó cosa semejante.—(Nota del traductor.)

ga y pesada guerra, y, después que habían buscado en vano la ayuda del Pontífice, cuyas censuras despreciaban los venecianos, aceptado la paz con las condiciones que había parecido á quien podía contra ellos más con las armas que con las razones; que de la concesión de Alejandro no había memoria ó fe alguna en las historias ni en papel alguno, excepto el testimonio de los venecianos que, en causa propia y tan grave, era sospechoso; y cuando en hecho de verdad se hallase algún testimonio era más verosímil que el Papa de quien decían que lo había concedido en Venecia, lo hubiese hecho por amenazas ó por temor, que creer que un Pontífice romano á quien pertenecía más que á nadie el patrocinio de la justicia y el recurso de los oprimidos, hubiese concedido una cosa tan imperiosa y demasiada en detrimento de todo el mundo.

En este estado de las cosas, con tales variaciones en los ánimos de los Príncipes y poco poder y poca reputación del Emperador, los venecianos enviaron el ejército (siendo proveedor en él Andrea Gritti) á Vicenza, donde sabían que el pueblo deseaba volver debajo de su imperio, y habiendo llegado ya de noche y batido con la artillería, ganaron los arrabales de la Posterla. Aunque en la ciudad había pocos soldados, no tenían mucha confianza de ganarla; mas la gente de la tierra, animada (como se decía) por el Fracassa, enviándoles embajadores á media noche los metieron dentro, retirándose al castillo el Príncipe de Analt y el Fracassa, y fué opinión constante que si, ganada Vicenza, se hubiera llegado, sin diferirlo, el ejército veneciano á Verona, hubiese aquella ciudad hecho lo mismo, pero no pareció á los capitanes que debían partir de Vicenza si primero no ganaban el castillo. Al cuarto día lo tomaron por abandonarlo el Príncipe y el Fracassa por su flaqueza.

Entró en este tiempo en Verona nueva gente del Emperador y debajo del gobierno de Obigni trescientas lanzas del rey de Francia, de manera que, habiendo en ella cerca de quinientas lanzas y cinco mil infantes entre españoles y tudescos, no era muy fácil el ocuparla. Llegóse después el ejército veneciano á Verona, dividido en dos partes, en cada una de las cuales había trescientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y tres mil infantes, esperando que, luego que se acercase, se hiciera algún movimiento en la ciudad; pero no habiéndose presentado ante las murallas al mismo tiempo, los que estaban en ellas, encontrándose con la primera parte que venía del otro lado del río Adige y que había entrado ya en todo el Burgo, la obligaron á retirarse, y llegando poco después Lucio Malvezzo por la otra orilla del río con la otra parte, se retiró de la misma manera. Juntas ambas se estuvieron quedos en la villa de San Martín, distante de Verona cinco millas.

Mientras estaban en este lugar, habiendo sabido que dos mil infantes tudescos que habían salido de Barciano iban á robar á Ciudadela, moviéndose hacia aquella parte, los encerraron en Valle Fidata; pero recibiendo los tudescos socorro de Barciano, salieron por fuerza, aunque no sin daño, por la estrechura de los pasos y, habiendo dejado aquella villa, la ocuparon los venecianos.

De Barciano fué una parte del ejército á Feltro y á Civitale, y, después de haber recuperado aquellas villas, al castillo de la Scala, y lo ganó, habiendo plantado primero la artillería.

En el mismo tiempo Antonio y Jerónimo de Savoriano que en el Friul seguían la parte veneciana, tomaron á Castelnuovo, puesto encima de un monte áspero en medio de la Patria (así llaman al Friul de la otra parte, del río Tigliavento). Alarmado el Emperador por

el suceso de Vicenza, había venido con gran prisa á la Pietra, pero no se oía de él más que rumores vanos y moverse muchas veces con presteza de un lugar á otro, aunque sin efecto ninguno.

Fué después el ejército de los venecianos hacia Mon-selice y Montagnana para recuperar el Polesino de Rovigo y para entrar en el Ferrarés, unido con la armada poderosa que había determinado enviar el Senado por el río Pó contra el duque de Ferrara, despreciando el Consejo de los senadores más prudentes, que juzgaban ser cosa temeraria emplearse en nuevas empresas y movidos no tanto de la utilidad de las materias presentes cuanto del odio increíble que habían concebido contra el Duque, porque aunque les parecía que de lo que había hecho por librarse del yugo del Bisdómino no debían lamentarse justamente, no podían tolerar que, no contento de lo que pretendía pertenecerle por derecho, hubiese recibido del Emperador, cuando se levantó con el ejército de Padua, el feudo del castillo de Este, de donde es el origen antiguo y apellido de Este y en empeño para seguridad de dineros prestados, el castillo de Montagnana sin tener ningún derecho á los dos lugares. Juntábase á esto la memoria de que sus gentes, en la recuperación del Polesino, concitadas de gran odio contra el nombre veneciano, habían maltratado excesivamente las haciendas de los gentiles-hombres; embraveciéndose también contra los edificios con incendios y ruinas. Determinóse que la armada, guiada por Angelo Trevisano, donde había diez y siete galeras sútiles con gran número de bajeles menores y bien proveída de soldados aptos para la guerra, fuese hacia Ferrara. Habiendo entrado esta armada en el Pó por la boca de Fornaci y abrasado á Corbola y otras villas junto al Pó, fué robando todo el país hasta Lago Scuro, de donde los caballos ligeros que la acompañaban por tierra

corrían hasta Ficheruolo, antes palacio que fortaleza, famoso por la larga expugnación de Roberto de San Severino, capitán de los venecianos, en la guerra contra Hércules, padre de Alfonso.

La venida de esta armada y la fama de que iba á llegar el ejército de tierra, espantó mucho al duque de Ferrara que, hallándose con pocos soldados y no siendo el pueblo de Ferrara por el número ó por la experiencia de la guerra bastante á oponerse á tan gran peligro, no tenía, hasta que le llegasen las ayudas que esperaba del Papa y del rey de Francia, otra defensa que impedir con frecuentes disparos de la artillería plantada en la orilla del Pó, que los enemigos pasasen más adelante. Por esto el Trevisano, habiendo intentado en vano pasar y conociendo que no podía hacer mayor progreso sin las ayudas de tierra, detuvo la armada en medio del Pó detrás de una isleta que está al encuentro de la Pulisella, lugar distante de Ferrara once millas y muy necesario para incomodarla y atormentarla, con intención de esperar allí el ejército, al cual se le había rendido sin dificultad todo el Polesino, habiendo recuperado primero á Montagnana por acuerdo, conforme el cual quedaron prisioneros los oficiales ferrareses y los capitanes de infantería que estaban dentro.

Porque la armada estuviese más segura hasta que llegase el ejército, comenzó á fabricar con gran presteza el Trevisano en la orilla del Pó dos trincheras, la una de la parte de Ferrara y la otra sobre la orilla contraria, echando de la misma manera un puente sobre las naves para que se pudiese pasar desde la armada á socorrer la trinchera que se fabricaba hacia Ferrara. A fin de impedir el Duque la perfección de esta obra, recogió con consejo más animoso por ventura que prudente, la mayor cantidad que pudo de mozos de la ciudad, y los soldados que continuamente estaban á su sueldo

enviándolos luego á acometerla, mas los que estaban en la trinchera, socorridos por la armada, saliendo á pelear fuera, les hicieron comenzar á huir; y aunque sobreviniendo el Duque con muchos caballos les volviese el ánimo y pusiese en orden, su gente era la mayor parte sin experiencia y desordenada y fué tal el ímpetu de los enemigos, por quien peleaba la seguridad del lugar y mucha artillería pequeña, que finalmente fué obligado á retirarse, quedando muertos ó presos muchos de los suyos, no tanto de la muchedumbre de gente ordinaria y sin experiencia, quanto de los soldados más bravos y de la nobleza ferraresa, entre ellos Hércules Cantelmo, joven de suma esperanza, cuyos antepasados habían sido señores del ducado de Sora en el reino de Nápoles. Siendo llevado éste preso por algunos soldados esclavones en una galera, vinieron á reñir sobre de cuál de ellos había de ser prisionero, y uno le cortó la cabeza miserablemente con inaudito ejemplo de tan bárbara crueldad. Pareciendo por todo esto á cada uno que la ciudad de Ferrara no estaba sin peligro, envió allí Chaumont en socorro á Chatillón con ciento cincuenta lanzas francesas, y el Pontífice, enojado de que los venecianos la hubiesen acometido sin respeto de la superioridad que tenía allí la Iglesia, ordenó que los doscientos hombres de armas suyos que estaban en ayuda del Emperador, volviesen á la defensa de Ferrara; mas acaso fueran tardías estas provisiones si los venecianos no hubieran sido obligados á pensar en la defensa de sus cosas propias.

No habían sido, como he dicho arriba, molestos al rey de Francia los embarazos que tenía el Emperador, parte por el miedo que tuvo siempre á sus prosperidades, parte porque, ardiendo en el deseo de dominar la ciudad de Verona, esperaba que, por sus necesidades, se la hubiese finalmente de conceder en venta ó en em-

peño. Por otra parte, le desplacía que resucitase la grandeza de los venecianos, pues de ella resultaba á sus cosas molestia y continuo peligro; pero siendo muy flacas, por la falta de dinero, las provisiones del Emperador en Verona, fué obligado el Rey á auxiliarle con más ayuda que la de los hombres de armas que habían entrado en aquella ciudad, para que quedase en su poder. A esto dió principio Chaumont (que vino después de la pérdida de Vicenza á los confines del Veronés), porque al comenzar á alborotarse por falta de la paga dos mil infantes españoles que estaban en Verona, los tomó al sueldo del rey de Francia, y envió allí, por mayor seguridad, más infantería. Siguió en esto el consejo del Tribulcio, pues dudando Chaumont si al Rey le sería molesto este gasto, le respondió que era menor mal que el Rey le culpase de haber gastado dinero, que de haber perdido ó puesto en riesgo su Estado. Demás de esto, prestó al Cesar para pagar los soldados que estaban en Verona ocho mil ducados más, recibiendo por empeño de la restitución de estos y de otros, que para beneficio suyo gastase de allí adelante, la villa de Valleggio, que por ser uno de los pasos del río Mincio es dueño de él quien la posee, juntamente con Peschiera, y cercana á Brescia seis millas, era muy estimada del Rey por la seguridad de esta ciudad. La venida de Chaumont, seguido de la mayor parte de las lanzas que alojaban en el Estado de Milán, el meter gente en Verona y el divulgarse que se preparaba para ir á la expugnación de Vicenza, fué ocasión de que el ejército de los venecianos, habiendo dejado para defensa del Polesino y para el socorro de la armada cuatrocientos caballos ligeros y cuatrocientos infantes, partiese del Ferrarés, dividiéndose en Lignago, Soave y Vicenza; y porque el país circunvecino no fuese molestado por la gente que estaba en Verona, lo fortificaron con un foso

de obra memorable, ancho y lleno de agua, rodeado de un reparo, y encima de él distribuidas muchas trincheras. Comenzando esta fábrica desde la falda de la montaña sobre Soave, y extendiéndose por espacio de cinco millas, corría por el llano que va de Rovigo á Monforte, terminando en algunas lagunas contiguas al río Adige. Fortificado Soave y Lonigo, habían asegurado, mientras se guardaba esta fortificación, todo el país, mayormente en el invierno.

Aligeróse el peligro de Ferrara por la partida de la gente veneciana, pero no se aquietó del todo, porque había cesado el terror de ser forzada, mas no la sospecha de que, por los daños gravísimos, se extenuase demasiado ó se redujese el pueblo á la última desesperación, porque la gente de la armada y la que la acompañaba corrían cada día hasta las puertas de la ciudad, y habiendo acometido por otra parte otros bajeles venecianos el Estado del duqué de Ferrara, habían tomado á Comacchio. Juntóseles en este tiempo la gente del Pontífice y del rey de Francia, y por esto el Duque, que advertido por el daño recibido en el asalto de la trinchera, había puesto su gente en fuertes alojamientos junto á Ferrara, comenzó á hacer á menudo salidas con la caballería y correrías para traer á los enemigos á pelear. Estos, esperando que volviese su ejército, rehusaban hacerlo. Acaeció que, habiendo llegado á caballo un día el cardenal de Este hasta cerca de la trinchera, al volverse, una pieza de artillería disparada de un bajel de los enemigos, llevó la cabeza al conde Ludovico de la Mirándola, uno de los cabos de la Iglesia, no habiendo entre tanta multitud aquel ni otro tiro ofendido á ninguno.

Finalmente, el conocimiento del país y de la naturaleza y oportunidad del río, hizo fácil lo que al principio había parecido peligroso y difícil, porque, esperando el

Duque y el Cardenal romper con la artillería la armada con tal que pudiesen seguramente plantarla á la orilla del río, volvió el Cardenal con parte de la gente á acometer la trinchera, y consiguiendo rechazar, con muerte de algunos, á los enemigos que salieron á escaramuzar, ocupó y fortificó la parte más vecina al reparo, de manera que, sin que los enemigos lo supiesen, condujo al principio de la noche la artillería á la ribera opuesta á la armada, plantándola con mucho silencio, y comenzó á batir la armada con gran ímpetu. Aunque todos los bajeles se movieron para huir, estando repartidas por largo espacio muchas y muy gruesas piezas de artillería, que, manejadas por hombres muy peritos, tiraban muy lejos, se mudaban más presto del lugar del peligro que huían de él, hallándose en ello, y ejercitándose maravillosamente la persona del Duque, habilísimo en fabricar y en usar la artillería, por cuya batería todos los bajeles enemigos, aunque no cesaban de tirar de la misma manera, sin hacer efecto, porque los de la orilla estaban cubiertos por el reparo, se consumían con varios y espantosos sucesos. Algunos, no pudiéndose gobernar más, se rendían, otros incendiados por los tiros de la artillería, ardían miserablemente con los hombres que había dentro, otros, por no venir á las manos de los enemigos, se anegaban. El capitán de la armada se escapó huyendo en un esquife donde se había puesto al principio del acometimiento. Su galera huyó por espacio de tres millas tirando continuamente, defendiéndose y aderezando los golpes que recibía, pero al fin, agujereada toda, se fué á fondo. Finalmente, estando todo lleno de sangre, de fuego y de muertos vinieron á poder del Duque quince galeras y algunas naves gruesas, fustas, barquillas y otros innumerables bajeles menores. Murieron por la artillería, por fuego y por el agua cerca de dos mil hombres, tomó sesenta banderas pero

no el estandarte principal, que se salvó con el capitán. Muchos de los que huyeron á tierra recogidos por los caballos ligeros de los venecianos, se salvaron; parte, seguidos por los enemigos, fueron presos, y parte recibieron al huir varios daños de los del país. Fueron llevados á Ferrara los bajeles que tomaron, donde se conservaron muchos años por memoria de la victoria ganada, hasta que Alfonso, deseoso de gratificar al Senado veneciano, se los concedió.

Rota la armada envió luego Alfonso trescientos caballos y quinientos infantes para romper la otra armada que había tomado á Comacchio, y habiendo ellos recuperado á Loreto que estaba fortificado por los venecianos, se cree que hubieran roto la armada, si ésta, conocido el peligro, no se hubiera retirado á las Bebie.

Este fin tuvo en espacio de un mes el acometimiento de Ferrara, en el cual el suceso (que muchas veces es juez no ignorante de las cosas) mostró cuánto más prudente fuese el parecer de pocos que aconsejaban que, dejadas las otras empresas y guardado el dinero para mayor oportunidad, se atendiese solamente á la conservación de Padua y de Treviso y de lo demás que habían recuperado, que el de los más en número, pero inferiores en prudencia quienes, provocados por el odio y el enojo, se metían fácilmente en empresas que, comenzadas temerariamente, producían al fin grandísimos gastos, con no poca ignominia y daño de la República.

Sucedían por la parte de Padua las cosas antes próximamente para los venecianos que de otra manera, porque, hallándose el Emperador en el Vicentino con cuatro mil infantes, una parte no muy grande de los venecianos, con ayuda de la gente del país, tomaron casi á su vista el paso de la Scala y luego el Cocolo y Barciano, lugares importantes para impedir á quien quisiese pasar de Alemania á Italia. Lamentándose el Empera-

dor de que, por la partida de la Paliza, habían sucedido muchos desórdenes, se fué á Bolzano para dirigirse á la Dieta que, por su orden, se había de reunir en Inspruck. Siguiendo este ejemplo Chaumont, omitió los pensamientos bizarros que había tenido de hacer la empresa de Vicenza y de Lignago, y considerando también que los lugares estaban bien proveídos y muy contraria la sazón del tiempo, se retiró á Milán, dejando bien guarnecida á Brescia, Peschiera y Valeggio y en Verona para defensa de aquella ciudad (no siendo poderoso por sí solo el Emperador á defenderla) seiscientas lanzas y cuatro mil infantes que, separados de los soldados del Emperador, alojaban en el burgo de San Zenón, teniendo también en su poder la ciudadela para estar más seguros.

La ciudad de Verona, noble y antigua, está dividida por el Adige, río profundo y grande, nacido en los montes de Alemania, que en bajando al llano se tuerce sobre la mano izquierda á raíz de los montes, entra en Verona, al apartarse de ellos, y se ensancha por llanuras fértiles. La parte de la ciudad situada en la cuesta, tomando algo de lo llano, está del otro lado del Adige, hacia Alemania. Lo demás de ella, puesta en lo llano, está de la parte del Adige acá, hacia Mantua. Encima del monte hacia la puerta de San Jorge está el castillo de San Pedro, y á dos tiros de ballesta distantes de la parte más alta de él, sobre la cumbre, el de San Felice, mucho más fuertes ambos por el sitio, que por las murallas; mas si se perdiesen, por lo que señorean la ciudad, estaría Verona en gran peligro. Estos estaban guardados por tudescos. En la otra parte, separada de esta por el río, está Castelvecchio hacia Peschiera, situado casi en medio de la ciudad y que atraviesa el río con un puente. Tres tiros de ballesta apartada de él, hacia Vicenza, está la ciudadela, y entre

la una y la otra se juntan las murallas de la ciudad por la parte de afuera, que hacen figura de medio círculo, pero del lado de adentro se junta con ellas un muro edificado en medio de dos fosos grandísimos y el espacio entre las dos murallas se llama el burgo de San Zenón que, junto con la guardia de la ciudadela, se señaló á los franceses por alojamiento.

Mientras estaban casi quietas las armas, trataba continuamente el Emperador de hacer tregua con los venecianos, interponiéndose mucho el Pontífice por medio de Aquiles de Grassi, obispo de Pesaro, su Nuncio. Por esto se juntaron en el Hospitalet sobre la Scala á tratar sus embajadores con Juan Cornaro y Luis Mocenigo, embajadores de los venecianos, mas por las demandas grandes del Emperador salía vana esta plática con mucho desplacer del Pontífice, que deseaba librar á los venecianos de todas las molestias, y porque entre ellos y él no hubiese materia de disgustos, había hecho que volviesen al duque de Ferrara la villa de Comacchio, que primero habían abrasado, y que prometiesen no molestar más el Estado del Duque, á quien tenía entonces en singular protección, creyendo que agradecería los beneficios que, por su medio, había conseguido y estaba para conseguir, y esperando que dependería en adelante de él más que del rey de Francia, contra quien (estando en continuos pensamientos de hacer acciones de gran importancia) había enviado un hombre secretamente al rey de Inglaterra y comenzado á tratar con la nación suiza, que empezaba entonces á tener algunas controversias con el rey de Francia. Por esta causa vino á su presencia el obispo de Sión (los latinos le llaman Sedunense) á quien recibió con ánimo muy alegre, porque era enemigo del Rey y aspiraba por estos medios al cardenalato.

Sucedió al fin de este año concordia entre el Empe-

rador y el Rey Católico, discordes por causa del gobierno del reino de Castilla. Tratada largamente en la Corte del rey de Francia, y teniendo muchas dificultades, llegó á perfección por el poco consejo del cardenal de Rohán, que no consideró cuán mala era esta alianza para las cosas de su Rey porque, pareciéndole acaso que el hacerse autor de ella podía ayudarle á llegar al Pontificado, se interpuso con grandísima diligencia y trabajo. Con su autoridad, indujo al Emperador á que consintiese que el Rey Católico, en caso que no tuviese hijos varones, fuese gobernador de aquellos reinos hasta que Carlos, nieto de los dos, llegase á la edad de veinticinco años, ni tomase el nieto título de Rey, viviendo la madre, porque lo tenía de Reina; pues en Castilla no están excluidas las hembras de los mayorazgos; que pagase el Rey Católico cincuenta mil ducados; que le ayudase según los capítulos de Cambray hasta que hubiese conquistado y recuperado lo que le tocaba, y á Carlos pagase cada año cuarenta mil ducados. Establecido por este acuerdo el rey de Aragón en el gobierno del reino de Castilla, y teniendo poder para ganar crédito con el Emperador, por haber cesado ya las diferencias entre ellos y por estar en ambos los mismos intereses de su nieto, pudo con mayor ánimo atender á impedir la grandeza del rey de Francia, que, por los intereses del reino de Nápoles, siempre le era sospechosa.

Tuvo este mismo día sospecha el Pontífice de que el protonotario de los Bentivogli, que estaba en Cremona, trataba de volver á Bolonia escondidamente. Por esta sospecha hizo detener en el palacio de Bolonia á Julián de Médicis y, cargando todos los sucesos á la mala voluntad del rey de Francia, hacía demostración de temer que pasase á Italia para sojuzgarle ó para hacer elegir violentamente al cardenal de Rohán por Pontífice.

Al mismo tiempo hablaba sin respeto al honor del Emperador, como de persona incapaz de tan gran dignidad, y que, por su poco entendimiento, había reducido á gran desprecio el nombre del Imperio.

Murió al fin de este año el conde de Pitigliano, capitán general de los venecianos, hombre muy viejo, y en el arte militar de larga experiencia, en cuya fe se confiaban mucho los venecianos, no temiendo que temerariamente pudiese en peligro su Imperio.

En esta ambigüedad de sucesos, entró el año 1510. En su principio procedían de cada parte friamente las materias de las armas, como también era conforme á la sazón, porque el ejército de los venecianos, alojado en San Bonifacio, en el Veronés, tenía casi como asediada á Verona, de donde, habiendo salido á la descubierta Carlos Baglione, Federico de Bozzole y Sacramoro Visconti, asaltados por los estradiotas, fueron rotos y presos Carlos y Sacramoro, porque Federico se salvó por obra de los franceses que en su socorro salieron de Verona. Poco después rompieron otra compañía de caballos franceses, quedando preso monseñor de Clesí. Doscientas lanzas francesas y tres mil infantes que, por otra parte, habían salido de Verona, forzaron por asalto una trinchera hacia Soave, guardada por seiscientos infantes y, á la vuelta, rompieron gran multitud de villanos.

Afligían los ánimos de los Príncipes graves pensamientos en esta tibieza de las armas, principalmente el del Emperador, pues no entendiendo como podía alcanzar la victoria en la guerra contra los venecianos, y alargando sus cosas de Dieta en Dieta, la había llamado á Augusta. Enojado con el Pontífice, porque los electores del Imperio, movidos por su autoridad, hacían instancia para que primero se tratase en la Dieta de la concordia con los venecianos que de lo necesario para

la guerra, por esta causa había hecho salir de Augusta al obispo de Pésaro, nuncio del Papa.

Consideraba las incertidumbres, dilaciones y dificultades que tenían las deliberaciones de la Dieta, pues las más veces, del fin de la una nace el principio de la otra, y que el rey de Francia se excusaba de las demandas y empresas que se le proponían cada día, ya con alegar la aspereza del tiempo, ya con pedir consignación cierta de lo que había de gastar, ya acordando que no estaba él solo obligado á ayudarle por los capítulos de Cambray, porque también lo estaban el Pontífice y el rey de Aragón, con los cuales era justo que se procediese generalmente, pues eran generales las confederaciones y obligaciones. Persuadióse que ningún remedio era más pronto para sus cosas que inducir al rey de Francia á abrazar la empresa de tomar á Padua, Vicenza y Treviso con sus propias fuerzas, recibiendo la recompensa conveniente. Era aprobada esta petición en el Consejo del Rey por muchos; los cuales, considerando que hasta que los venecianos no estuviesen enteramente excluidos de tierra firme, el Rey estaría siempre en continuo gasto y peligro, le animaban á que se asegurase de una vez con hacer un esfuerzo grande. No estaba el Rey totalmente apartado de este Consejo, movido por las mismas razones, pero aunque inclinando á pasar á Italia con ejército poderoso (así le llamaba él siempre que tenía más de mil seiscientas lanzas, sus pensionados y gentiles-hombres), con todo, moviéndole á diverso parecer otras razones, estaba con el ánimo suspenso y más confuso de lo que solía, porque el cardenal de Rohán, hombre muy eficaz y de grande ánimo, que padecía una larga y grave enfermedad, no trataba de los negocios que antes solían despacharse totalmente con su consejo. Dilataba el Rey, por su naturaleza poco inclinado á gastar, la codicia ardiente de ganar á Vero-

na, y parecíale para conseguirlo el mejor medio que estuviese el Emperador enredado en continuos trabajos; pero con todo, no siendo éste poderoso para pagar la gente tudisca que estaba en la guarda de aquella ciudad, le había prestado el Rey de nuevo diez y ocho mil ducados, y obligádose á prestarle hasta cincuenta mil, con condición que no sólo tuviese por seguridad de la paga la ciudadela, sino que también se le señaló á Castelvecchio y una parte vecina de la ciudad para tener libre entrada y salida, y que, no pagándole dentro de un año, le quedase en gobierno perpetuo la ciudad de Valeggio, con facultad de fortificarla y también la ciudadela á costa del Emperador.

Tenían suspenso el ánimo del Rey estas consideraciones, pero mucho más le retenía el temor de no alterar del todo la intención del Pontífice si condujese ó enviase nuevo ejército á Italia, porque el Papa, lleno de sospechas y malcontento con que él se apoderase de Verona, demás de que perseveraba en querer absolver á los venecianos de las censuras, hacía cuanto podía para unirse con los suizos. Para esto había vuelto á enviar al país al obispo de Sión con dineros para la gente y con promesa para él del cardenalato; y procuraba con gran diligencia apartar del rey de Francia el ánimo del rey de Inglaterra, aunque á éste le había ordenado su padre en la hora de su muerte que, para quietud y seguridad suya, continuase la amistad con el reino de Francia, habiéndosele por esto pagado cincuenta mil ducados que debía darle cada año. Con todo, movido del fervor de la edad y de la grande cantidad de dinero que le había dejado su padre, no parecía que tenía en menos consideración los consejos de los que, deseosos de novedades é impulsados por odio grande que aquella nación tiene comúnmente contra el nombre francés, le incitaban á la guerra, que la prudencia del padre y

su ejemplo, pues éste, no discorde de los franceses, aunque hecho rey de un reino nuevo y muy inquieto, había gobernado y gozado su reino con grande obediencia y quietud.

Estos negocios entristecían grandemente el ánimo del rey de Francia, el cual, por estar más cerca á las cosas de Italia, había pasado á Lyon, y temiendo que su pasada á Italia, que descubiertamente aborrecía el Pontífice, despertase, por su causa, nuevos embarazos, y disuadiéndole de lo mismo el rey de Aragón, aunque mostrando disuadirle como amigo y como amador de la quietud común, entre estas dudas que le oprimían de cada parte, le pareció el más cierto y determinado consejo procurar con gran estudio y diligencia aquietar el ánimo del Pontífice, de tal manera que, por lo menos, se asegurase de no tenerle por opuesto y enemigo. Pero esto parecía que le favorecía mucho la ocasión, porque se creía que la muerte del cardenal de Rohán, cuya enfermedad era tan grande que se podía esperar poco que tuviese larga vida, hubiera de ser causa de quitarle aquella sospecha, por la cual pensaban los hombres que habían nacido sus alteraciones. El Rey tuvo noticia que el cardenal de Aux, sobrino del de Rohán y los otros que trataban sus negocios en la corte de Roma había temerariamente, con palabras y con hechos, atendido, más á irritar el ánimo del Pontífice, que á sosegarlo, como hubiera sido necesario, y por esto, no queriendo usar más de sus medios, envió por la posta á Roma á Alberto Pío, conde de Carpi, persona de grande espíritu y destreza. Diéronsele comisiones amplísimas, no sólo de ofrecerle en todos los casos y deseos suyos las fuerzas y autoridad del Rey y usar con él todos los respetos y consideraciones que fuesen mayores, según su mente y naturaleza, sino, demás de esto, comunicarle sinceramente el estado de todas las cosas que se trata-

ban, de las peticiones que le hacía el Emperador y de dejar finalmente á su arbitrio el pasar ó no á Italia y el ayudar más tibia ó más prontamente las cosas del Emperador.

Encomendósele al mismo que disuadiese la absolución de los venecianos, aunque ya estaba determinada y prometida por el Pontífice cuando él vino, habiendo los venecianos convenido en las condiciones de que nacía la dificultad de la absolución, después que entre los diputados del Pontífice y sus embajadores fueron tratadas durante muchos meses, porque no veían otro remedio para su bien que estar unidos con el Papa.

Leyéronse en el Consistorio, á 24 de Febrero, las condiciones siguientes, con que les debía conceder la absolución, estando presentes los embajadores venecianos, y habiéndolas confirmado por una escritura con el mandamiento auténtico de su república: que no confiriesen ni de manera alguna concediesen beneficios ó dignidades eclesiásticas, ni hiciesen resistencia ó dificultad á las provisiones que procediesen de la Corte romana: que no impidiesen que en la dicha Corte se ventilasen las causas de los beneficios pertenecientes á la jurisdicción eclesiástica: que no pusiesen décimos ó algún modo de gravamen sobre bienes de la Iglesia y de los lugares exentos del dominio temporal: que renunciasen á la apelación interpuesta del Monitorio, á todos los derechos ganados de cualquier manera en las villas de la Iglesia, y especialmente á los derechos que ellos pretendían poder tener al Bisdómino en Ferrara: que los súbditos de la Iglesia y sus bajeles tuviesen libre la navegación por el golfo, y con facultad tan amplia, que asimismo la mercancía de otras naciones, llevada en sus bajeles, no pudiese ser molestada, ni se declarase que está obligada á pagar los impuestos: que no pudiesen de ninguna manera introducirse en Ferrara,

ni en las villas de aquel Estado que tuviesen dependencia de la Iglesia: que fuesen anulados todos los conciertos que en perjuicio eclesiástico hubiesen hecho con algún súbdito ó vasallo de la Iglesia: que no admitiesen en su Estado duques, barones ú otros súbditos ó vasallos de la Iglesia, que fuesen rebeldes ó enemigos de la Sede Apostólica, y que se obligaran á restituir todo el dinero cobrado de bienes eclesiásticos y á indemnizar á las iglesias de todos los daños que hubiesen padecido.

Recibidas en el Consistorio estas obligaciones con las promesas y renunciaciones debidas, fué determinado, siguiendo los ejemplos antiguos, admitir á los embajadores, y conducirlos al pórtico de San Pedro, donde, echándose á los pies del Pontífice, que estaba cerca de las puertas de bronce, sentado en la silla pontifical, asistiéndole todos los cardenales y gran número de preladados, le pidieron humildemente perdón, reconociendo la contumacia y faltas cometidas. Hechas solemnemente las ceremonias acostumbradas, los absolvió el Pontífice, recibiendo en la gracia y dándoles por penitencia que fuesen á visitar las siete Iglesias. Absueltos, entraron en la Iglesia de San Pedro, introducidos por el Sumo Penitenciario, donde, habiendo oído misa, que primero se les había negado, fueron acompañados honradamente por muchos preladados y otros de la Corte hasta sus casas, como buenos cristianos y devotos hijos de la Sede Apostólica. Después de esta absolución, volvieron á Venecia, dejando en Roma á Jerónimo Donato, hombre doctísimo, que por su virtud y la destreza de su ingenio, había llegado á ser muy grato al Pontífice, y fué de gran provecho para su patria en las cosas que se trataron después con él.

# LIBRO NOVENO.

---

## SUMARIO.

Absueltos los venecianos, tuvieron licencia del Pontífice para traer á su sueldo á los feudatarios de la Iglesia, y habiendo dispuesto un buen ejército, se prevenían para defenderse del Emperador.—Descubrió el Papa su mal ánimo contra el duque de Ferrara, haciendo en este tiempo liga con los suizos, y moviéndose gallardamente contra él, aunque tenía la protección del Rey de Francia, hizo muchos progresos en su daño.—También estaba trabajado el Duque por las armas de los venecianos por razón del Polesino; mas casi siempre tuvieron infelices sucesos contra él, y principalmente padecían sus fuerzas por agua, como se vió en diversos sitios del Pó.—Tampoco fueron muy dichosos contra los franceses, porque después que hubieron recuperado á Vicenza y otros muchos lugares, faltó poco para que aquella ciudad fuese miserable ejemplo de la rebelión á las otras. Aunque estaban gallardos en campaña, y se movían para la conquista de Verona, no hicieron allí progreso alguno.—También el Papa tenía apretados á los franceses por razón de Ferrara, y así tomó á la Mirándola y á Concordia, é intentó dos veces asaltar á Génova, aunque ambas sin efecto: finalmente, se retiró á Bolonia, donde fué seguido del ejército francés, y no habiendo podido concluir nada con Francia ni con el Imperio, vió rebelada contra sí la ciudad de Bolonia. En esta rebelión ultrajaron los boloñeses una estatua del Papa. Los príncipes cristianos intimaron el Concilio en Pisa con nombre de reformar la Iglesia, y muchos cardenales vinieron en ello, pero el efecto era para mover el ánimo obstinado del Pontífice á convenir en alguna composición con el rey de Francia.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Los venecianos toman varios capitanes á sueldo.—Nombran general del ejército á Juan Pablo Baglione.—Enojo del rey de Francia contra los suizos.—Liga de los grisonos con los franceses.—Origen de la guerra del Papa contra el duque de Ferrara.—Conjura de los veroneses en favor de los venecianos.—Ejército francés en el Polesino.—Los vicentinos piden misericordia á los franceses.—Respuesta del general francés á los vicentinos, que se entreguan á su arbitrio.—Barbarie de los soldados tudescos.

La absolución de los venecianos, hecha con ánimo tan constante del Papa, perturbó mucho al Emperador, por pertenecerle á él principalmente este caso, y no menos al rey de Francia que, por su propia utilidad, deseaba que no resucitase la grandeza de los venecianos, y no acababa de percibir cuáles eran los últimos fines del Papa; pero sustentándose en las dificultades que se le ofrecían con vanas esperanzas, se persuadió de que el Papa se había movido por la sospecha de su unión con el Emperador y que, contemporizando con él y no dándole causa de mayor temor, contento con la absolución hecha, no pasaría más adelante.

Confirmándose el Papa más cada día en su determinación, dió licencia (aunque lo contradecían mucho los embajadores de los confederados) á los feudatarios y súbditos de la Iglesia para que fuesen á estar al sueldo de los venecianos, y éstos recibieron á Juan Paulo Baglione por gobernador de su gente, que había quedado, por muerte del conde Pitigliano, sin capitán general, y á Juan Luis y Juan Vitelli, hijos de Juan y de Camilo, y á Renzo de Ceri por capitanes de toda la infantería.

Habiendo descubiertamente tomado el Papa el patro-

cinio de los venecianos, procuraba concordarlos con el Emperador, esperando por este medio, no sólo separarle del rey de Francia, sino que, unido con él y con los venecianos, le movería la guerra.

Para que esto sucediese más felizmente por hallarse el Emperador necesitado, interponía su autoridad con los Electores del Imperio y con las villas francas, á fin de que en la Dieta de Augusta no determinasen darle ayudas. Cuanto más se manejaba esta materia, tanto más se hallaba dura y difícil, porque el Emperador no quería paz ninguna si no retenía á Verona, y los venecianos (en quien había esperado el Papa que debía haber mayor facilidad, prometiéndose que en cualquier caso podrían defender á Padua, y que teniendo aquella ciudad, les daría el tiempo muchas ocasiones) pedían obstinadamente la restitución de Verona, ofreciendo pagar en recompensa de ella gran cantidad de dinero.

No cesaba el Papa de avivar ocultamente al rey de Inglaterra para que moviese guerra contra el de Francia, renovando la memoria de las enemistades antiguas entre aquellos reinos, y mostrando las ocasiones de tener sucesos felicísimos, porque si él tomaba las armas contra el Rey, otros muchos, á quien era sospechoso ó aborrecible su poder, las tomarían, y animándole á abrazar con aquel ardimiento (que era propio del rey de Inglaterra) la gloria que se le ofrecía de ser protector y conservador de la Sede Apostólica, pues de otra manera estaba en manifiesto peligro por la ambición del rey de Francia.

También le animaba á esto (mas con gran secreto) el rey de Aragón.

El Pontífice, como cosa que importaba más, continuaba con los suizos las pláticas comenzadas por medio del obispo de Sión, cuya autoridad era grande entre ellos, el cual no cesaba de hacer oraciones en los Con-

sejos para este efecto y de predicar en las iglesias. Había obtenido finalmente que los suizos, aceptando pensión de mil florines del Rhin al año para cada cantón, se obligasen á ampararle á él y al Estado de la Iglesia, permitiéndole que pudiesen tomar á sueldo para defenderse de quien le molestase cierto número de soldados suyos.

Había hecho esto más fácil la discordia que comenzaba á nacer entre los suizos y el rey de Francia, porque aquéllos, ensoberbecidos por la estimación que universalmente se hacía de ellos, y presumiendo que todas las victorias que el Rey presente y el rey Carlos, su antecesor, habían ganado en Italia, procedieron principalmente por el valor y terror de sus armas, y que por esto debían ser galardonados por la corona de Francia, habían pedido (procurando juntamente el Rey renovar la confederación que se acababa) que les acrecentase las pensiones, que eran de sesenta y seis mil francos al año, comenzadas por el rey Luis XI y continuadas hasta entonces, demás de las pensiones que secretamente se daban á muchos hombres particulares. Enojado el Rey por la insolencia y soberbia con que le pedían esto, y que unos villanos nacidos en las montañas (estas eran sus palabras) le impusiesen tan imperiosamente el precio, comenzó, atendiendo más á la dignidad real que á la utilidad presente, con palabras alteradas á rebatirlos y á hacer casi demostración de despreciarlos; dando mayor ánimo á esto el ver que al mismo tiempo, por medio de Jorge Soprasasso, los valesanos, súbditos de Sión (que se rigen en siete comunidades que las llaman las Cortes), corrompidos con donativos y promesas en público y en particular, se habían confederado con él, obligándose á dar paso á su gente y negarlo á sus enemigos é ir á servir á su sueldo con el número de infantería que podían llevar sus fuerzas, y del mismo

modo se habían confederado con ellos los señores de las tres ligas, que se llaman los grisonos; y aunque una parte de los valesanos no habían ratificado todavía el convenio, esperaba el rey inducirlos á la ratificación con los mismos medios, y de tal suerte se persuadía que no le era tan necesaria la amistad de los suizos, habiendo determinado, demás de la infantería que le habían de dar los valesanos y los grisonos, conducir á la guerra infantería tudésca. Demás temía poco los movimientos de los suizos, porque no creía que podían acometer al ducado de Milán, sino por el camino de Belinzona y otros muy estrechos, por los cuales, viniendo muchos, podían fácilmente pocos reducirlos á necesidad de vituallas, y viniendo pocos, bastaba poca gente á hacerlos retirar. Obstinado en no aumentar las pensiones, no se alcanzaba en los consejos de los suizos el renovar con ellos la confederación, aunque aconsejada por muchos que particularmente sacaban grande utilidad de ella, y por esta misma razón vinieron más fácilmente en la confederación pretendida por el Pontífice.

Pareciéndole al Papa que con ella había dado gran fundamento á sus designios, y procediendo por naturaleza en todas las cosas como si fuera superior á todos y como si todos estuvieran necesitados de recibir leyes de él, sembraba principios de nuevo escándalo con el duque de Ferrara, ó movido verdaderamente por razones que produjeron disputas entre ellos, ó por el enojo que había concebido contra él, porque habiendo recibido tantos beneficios y honras por su mano, dependiese más del rey de Francia. Pero fuese uno ú otro el motivo, buscando principio de controversias, mandó imperiosamente á Alfonso que desistiese de hacer labrar sal en Comacchio, porque no era conveniente que lo que no le era lícito hacer cuando los venecianos poseían á Cerchia, le fuese permitido poseyéndola la Silla Apostólica,

de quien era el directo dominio de Ferrara y de Comacchio; cosa de gran utilidad, porque de las salinas de Cervia, cuando no se labraba en Comacchio, se repartía la sal en muchas villas circunvecinas.

Confiaba más Alfonso en la unión que había hecho con el rey de Francia y en su protección de lo que temía las fuerzas del Papa, y lamentándose de haber de estar obligado á no recoger el fruto que le nacía en su casa propia con poquísimo trabajo y haber de comprar á otros para el uso de sus lugares aquello de que podía llenar los países forasteros, y no teniendo por ejemplo lo que los venecianos le habían inducido á consentir, no con justicia, sino con las armas, rehusaba obedecer este mandato; mas el Papa envió á protestarle, debajo de graves penas y censuras, que desistiese de ello.

Estos eran los pensamientos y obras del Papa, ocupado todo su intento en levantar el poder de los venecianos.

Por otra parte, el Emperador y el rey de Francia, deseosos igualmente de abatirlos y malcontentos por las demostraciones que hacía por ellos el Pontífice, habían venido por esto á mayor unión, y acordaron acometer aquel verano los Estados de los venecianos con fuerzas grandes, enviando por una parte el rey de Francia á Chaumont con ejército poderoso (con quien se había de juntar la gente tudesca que estaba en Verona), y que por otra el Emperador, con la que esperaba alcanzar del Imperio en la Dieta de Augusta, entrase en el Friul, y después de tomarlo fuese á otras empresas, según le mostrase el tiempo y las ocasiones. Para esto pedían al Papa que, como estaba obligado por la liga de Cambray, concurriese con sus armas junto con ellos; mas él (á quien era sumamente molesta esta materia) respondió descubiertamente que no estaba obligado á aquella liga, pues había tenido ya perfección; habiendo estado

en manos del Emperador el alcanzar primero á Treviso y después la recompensa de dineros. Acudió por ayuda de la misma manera el Emperador al Rey Católico por las mismas obligaciones de Cambray y por los conciertos que había hecho con él particularmente cuando le consintió el gobierno de Castilla, pero con ruegos de que antes le acomodase de dineros que de gente; mas no disponiéndose á socorrerle con lo que más había menester, le prometió enviarle cuatrocientas lanzas, socorro de poca utilidad para el Emperador porque el ejército francés y el suyo tenían mucha caballería.

Estando en este tiempo la ciudad de Verona muy maltratada por los soldados que la guardaban, á causa de no estar pagados, llamada ocultamente la gente veneciana por algunos capitanes que partieron de San Bonifacio, se llegaron de noche á la ciudad para escalar el castillo de San Pedro, habiendo entrado por la puerta de San Jorge, donde, mientras se detuvieron para atar juntas las escalas, porque apartadas no alcanzaban á lo alto de la muralla, sentidos por algunos que guardaban el castillo de San Felice, ó pareciéndoles vanamente que oían ruido, dejadas las escalas, se apartaron, y el ejército se volvió á San Bonifacio.

Descubierta en Verona la conjuración, fueron castigados muchos.

Inclinóse en este tiempo el ánimo del Papa á unirse con el rey de Francia, movido más por miedo que por voluntad, porque el Emperador le pedía soberbiamente que le prestase doscientos mil ducados, amenazándole que, si no lo hacía, se uniría con el rey de Francia contra él, y se decía que en la Dieta de Augusta determinaron concederle grandes ayudas, y porque de nuevo se había publicado la paz entre el rey de Inglaterra y el de Francia con grandes solemnidades. Por todo esto, comenzó á tratar muy apretadamente con Alberto de

Carpi, con quien había procedido hasta aquel día con esperanzas y palabras generales; mas perseveró poco tiempo en esta determinación, porque la Dieta de Augusta (sin cuyas fuerzas eran de poca estimación las amenazas del Emperador), no correspondiendo á las esperanzas, no le señaló más ayuda que de trescientos mil florines del Rhin, á cuenta de cuya consignación había ya hecho muchos gastos, y respecto al rey de Inglaterra, le fué significado que había un capítulo en la paz en que se declaraba que se entendiese ser nula cualquiera vez que el rey de Francia ofendiese el Estado de la Iglesia.

Tomando nuevamente ánimo de todas estas cosas, y vuelto á los primeros pensamientos, añadió nuevas querellas contra el duque de Ferrara, porque, después que quedó libre el golfo, había puesto muchas gabelas á las haciendas que por el río Pó iban á Venecia. Alegaba el Papa que no se podían imponer por el vasallo, según la disposición de las leyes, sin licencia del señor del feudo, y que eran de gran perjuicio de los boloñeses sus súbditos, y hacía instancia para que las quitase, amenazándole que si no lo hacía, le acometería con armas y, por causarle mayor temor, hizo pasar su gente de armas al país de Bolonia y á la Romana.

Turbaban mucho estas cosas el ánimo del Rey, porque de una parte le era muy molesto no ser amigo del Papa, por otra le movía la infamia de desamparar al duque de Ferrara, de quien había recibido treinta mil ducados por obligarse á tenerle en su protección; y no le molestaba menos el respeto de su propia utilidad, porque dependiendo totalmente de él Alfonso, y aumentándose tanto más en su devoción cuanto más le perseguía el Papa, y siendo muy conveniente su Estado para las cosas de Lombardía, tenía por interés suyo el conservarlo. Por eso se interponía con el Papa, para que

entre ellos se introdujese alguna concordia. Parecía justo al Papa que el Rey se apartase de esta protección, alegando que la había admitido contra los capítulos de Cambray, por los cuales, habiéndose hecho debajo de color de restituir lo que estaba ocupado á la Iglesia, se prohibía que ninguno de los confederados recibiese en su protección á los que fuesen nombrados por los otros; que en la suya había sido nombrado el duque de Ferrara, y demás de esto, que ninguno se introdujese en las cosas que pertenecían á la Iglesia; que se confirmaba lo mismo por la confederación que se había hecho particularmente entre ellos en Biagrassa, en donde expresamente se decía que el Rey no tuviese protección alguna de los Estados dependientes de la Iglesia, ni la aceptase en lo futuro, anulando todas las que había tomado por lo pasado; y aunque á esto se respondía por parte del Rey que se contenía en la misma capitulación el dar á su arbitrio los obispados de esta parte de los montes, y que no lo había guardado el Papa en la primera vacante, contraviniendo de la misma manera, en favor de los venecianos, á los capítulos que se habían hecho en Cambray, como si le fuese lícito no guardarle las cosas que le había prometido, con todo, por no haber de venir á las armas con el Papa por los intereses del duque de Ferrara, proponía condiciones por donde, no contraviniendo total ni derechamente á su honor, pudiese el Papa quedar satisfecho en la mayor parte de los intereses que la Iglesia y él pretendían contra Alfonso. Demás de esto, convenía en obligarse á una petición que el Papa había hecho de que no pasase el Pó la gente francesa sino cuando fuese menester para protección de los florentinos ó para molestar á Pandolfo Petrucci y á Juan Paulo Baglione, debajo de pretexto del dinero que le había prometido el uno y tomado el otro.

Mientras estas cosas se trataban, Chaumont, con mil

novecientas lanzas y con diez mil infantes de varias naciones (entre los cuales había algunos suizos conducidos particularmente, no por concesión de los cantones), siguiéndole gran copia de artillería y tres mil gastadores con puentes prevenidos para pasar los ríos, y habiéndosele juntado el duque de Ferrara con doscientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros y dos mil infantes, después de ocupar sin embarazo el Polesino de Rovigo, porque los venecianos lo dejaron, y tomada la torre Marquesana, puesta en la orilla del Adige, hacia Padua, habiendo venido á Castel-Baldo, tomó al primer aviso las villas de Montañana y Este; la una pertenecía á Alfonso de Este por donación del Emperador, y la otra se la había empeñado por seguridad de dinero prestado. Al recuperar Alfonso los lugares, debajo de pretexto de ciertas galeras de los venecianos que venían por el Pó, volvió á enviar la mayor parte de su gente.

Unióse con Chaumont el príncipe de Analt, lugarteniente del Emperador, saliendo de Verona con trescientas lanzas francesas, doscientos hombres de armas y tres mil infantes tudescos, siguiéndole siempre un alojamiento detrás y, dejándose á la retaguardia á Monselice, que tenían los venecianos, llegaron aquel día á Vicenza. Lunigo y todo el país, sin contradicción, se les rindió, porque el ejército veneciano, que se decía que era de seiscientos hombres de armas, cuatro mil entre caballos ligeros y estradiotas, y ocho mil infantes, debajo del gobierno de Juan Paulo Baglione, gobernador, y Andrea Gritti, proveedor, habiendo partido primero de Soave, y retirándose continuamente á lugares seguros, según los progresos de los enemigos, después de meter suficiente guarda en Treviso y puesto en Mestri mil infantes, se había retirado á Brentelle, lugar á tres millas de Padua y alojamiento muy fuerte, por-

que el país está lleno de ribazos, y aquel lugar rodeado de las aguas de tres ríos, el Brenta, el Brentella y Bacchiglione.

Por esta retirada, los vicentinos, abandonados del todo, y poco poderosos á defenderse por sí mismos, no quedándoles otra esperanza que la misericordia del vencedor y confiando que la podían alcanzar más fácilmente por medio de Chaumont, enviaron á pedirle salvoconducto para enviarle embajadores á él y al príncipe de Analt, y habiéndole alcanzado, se presentaron en traje miserable, llenos de tristeza y de espanto delante de los dós, que estaban en el puente de Barberano, á diez millas de Vicenza, donde, presentes todos los capitanes y personas principales de los ejércitos, la cabeza de la embajada, según se dice, habló de esta manera:

«Si fuese notorio á cada uno lo que la ciudad de Vicenza (que envidian por sus riquezas y felicidad muchas ciudades cercanas) ha padecido después que, más por error y locura de los hombres y acaso más por una fatal disposición que por otra causa, volvió debajo del dominio de los venecianos, y los daños infinitos é intolerables que ha recibido, estamos certísimos (invictísimos capitanes) que en vuestros pechos sería mayor la piedad de nuestras miserias que el enojo y odio por la memoria de la rebelión, si así se puede llamar el error de aquella noche, cuando, espantado nuestro pueblo por haber tomado el ejército enemigo por fuerza el burgo de la Pusterla, no por rebelarse ni por huir del imperio benigno del Emperador, sino por librarse del saco y de los últimos males de la ciudad, salieron fuera los embajadores para ajustarse con los enemigos, obligada sobre todo nuestra gente (no acostumbrada á las armas ni á los peligros de la guerra) por la autoridad del Fracassa, capitán experimentado en tantas guerras y soldado de-

Emperador, quien, por fraude ó por miedo (esto no nos toca averiguarlo), nos aconsejó que, por medio del acuerdo, cuidásemos del bien de nuestras mujeres é hijos y de nuestra afligida patria. De manera que se conoce que sin ninguna malicia, sino sólo el temor, acrecentado por la autoridad del capitán, fué ocasión, no para determinarse, sino antes para que en breve espacio de tiempo, en tan gran tumulto, tanto ruido de armas, tanto estruendo de artillería desacostumbrado á nuestros oídos, se precipitase á rendirse á los venecianos, cuya felicidad y poder no era tal que por sí misma pudiese convidar á esto. Y cuán diferentes sean los yerros nacidos de engaño y miedo, que las culpas que proceden de mala intención, es muy notorio á todos.

»Aun cuando demos caso que el nuestro no haya sido miedo, sino voluntad, consejo y consentimiento universal de rebelarse, y que en tanta confusión haya tenido más parte el movimiento é inquietud de pocos, no impedidos de los demás, que los pecados inexcusables de aquella desdichada ciudad, nuestras calamidades desde aquel tiempo han sido tales, que se podría decir con verdad que fué sin comparación mayor la penitencia que el pecado; porque, dentro de las murallas, hemos sido miserablemente despojados de nuestros bienes por los hurtos de los soldados que están en nuestra guarda. Y ¿quién no sabe lo que hemos padecido fuera con la continua guerra? ¿Qué nos queda ya en este mísero país que esté libre? Abrasadas todas las casas que poseemos, talados los árboles, perdido el ganado, no conducidas al debido fin, dos años ha, las cosechas; impedidas las sementeras en gran parte, sin rentas, sin frutos, sin esperanza de que jamás pueda resucitar este país tan acabado, estamos reducidos á tantos aprietos y miserias que, habiendo consumido para sustentar nuestra vida, para resistir á infinitos gastos que por

necesidad hemos hecho, todo lo que nos sobraba de lo que ocultamente habíamos guardado, no sabemos cómo en lo venidero nos podremos sustentar nosotros y nuestras familias.

»Venga el ánimo más enemigo y cruel (pero que en otro tiempo haya visto nuestra patria) á verla de presente. Estamos ciertos que no podrá contener las lágrimas; considerando que una ciudad que, aunque pequeña de circuito, solía estar muy llena de pueblo, soberbia en la pompa, ilustre por tan magníficas y ricas casas, acogida continua de todos los forasteros, adonde no se atendía á más que á convites, á justas y á placeres, esté ahora casi desolada de habitantes, las mujeres y los hombres vestidos vilísimamente, cerradas las casas, sin que haya hombre que pueda prometerse modo de sustentarse á sí y á su familia tan solamente un mes, y en trueque de magnificencias, fiestas y placeres, no se ven ni se oyen más que miserias, lamentaciones públicas de todos los hombres, llantos y quejas miserables por todas las calles de las mujeres, y éstos serían aún mayores si no nos acordásemos que pende de tu voluntad (gloriosísimo príncipe de Analt) la última desolación de nuestra patria afligida, ó la apariencia de poder, debajo de la sombra del Emperador y del gobierno de tu sabiduría y clemencia, no decimos respirar ó renacer, porque esto es imposible, sino, acabando la vida por el fin, huir por lo menos el último estrago.

»Esperamos en ti porque es notoria tu benignidad y clemencia y muy verosímil que quieras imitar los ejemplos de piedad y mansedumbre del Emperador, de que está llena toda Europa. Están consumidas todas nuestras haciendas, están acabadas todas nuestras esperanzas. No nos queda más que la vida y las personas. ¿Qué fruto será para el Emperador? ¿Qué alabanza para ti ser crueles con ellas? Suplicámoste con ruegos

humildísimos, y puedes pensar que van mezclados con llantos miserables de todo sexo, de toda edad y de todos los estados de nuestra ciudad, que tengas por bien que la desdichada Vicenza sea ejemplo á todos los otros de la mansedumbre del imperio tudesco, y semejante á la clemencia y magnanimidad de vuestros mayores que, hallándose victoriosos en Italia, conservaron las ciudades vencidas, eligiéndolas muchos de ellos por propia habitación; de donde, con gran gloria de la sangre alemana, descienden tantas casas ilustres en Italia, la de Gonzaga, la de Carrara y la de la Scala, antiguos señores nuestros.

»Sea ejemplo en un mismo tiempo á Vicenza que los venecianos, criados y sustentados por nosotros en los menores peligros, la han dejado vituperosamente en los mayores, cuando estaban obligados á defenderla, y que los tudescos, que tenían alguna causa de ofenderla, la han conservado gloriosamente. Toma tú, ¡oh invictísimo Chaumont!, nuestro patrocinio y haz memoria del ejemplo de tu Rey. ¡Cuánto mayor fué la clemencia que usó con los milaneses y genoveses, que sin causa ó necesidad alguna se rebelaron voluntariamente, de lo que fué su yerro! Y habiéndolos perdonado del todo, ellos, rescatados con tantos beneficios, le han sido siempre muy devotos y fieles. Si no le fuese, ¡oh príncipe de Analt!, de comodidad al Emperador que se conserve Vicenza, serále por lo menos de gloria, quedando su conservación ejemplo de su benignidad; destruída, no le podrá ser útil para ninguna cosa, y la severidad que se usase contra nosotros será á toda Italia molesta. La clemencia hará para con todos más agradable el nombre del Emperador, y así como en las materias militares y en el gobierno de sus ejércitos se reconoce en él la semejanza del antiguo César, será reconocida de la misma manera la clemencia con que fué ensalzado hasta el

cielo y tenido su nombre por divino, y más perpetua á la posteridad por esto su memoria que la de sus armas.

»Vicenza, ciudad esclarecida, antigua y llena de tanta nobleza, está en tu mano y de ti espera su conservación ó su destrucción, su vida ó su muerte. Muévate la piedad de tantas personas inocentes, de tantas infelices mujeres, de tantos niños; los cuales, aquella calamitosa noche llena de locura y errores no intervinieron en ellos, y esperan ahora con llantos y lamentos miserables tu determinación. Arroja la voz de misericordia y de clemencia tan deseada, pues, resucitada por ella nuestra patria infelicísima, te llamará siempre su padre y conservador.»

No pudo una oración tan miserable ni la piedad para la infeliz ciudad mitigar el ánimo del príncipe de Analt; de manera que lleno de insolencia bárbara y crueldad tedesca, no pudiendo templar que las palabras fuesen menos feroces que los hechos, les dió una inhumanísima respuesta, que por su orden fué referida por un doctor, auditor suyo, en esta forma: «No creáis, ¡oh rebeldes vicentinos!, que sean bastantes vuestras lisonjeras palabras á borrar la memoria de los delitos cometidos en menosprecio del nombre imperial, á cuya grandeza y á la benignidad con que os había recibido, no teniendo respeto alguno y habiéndolo juntamente comunicado con el consejo de toda la ciudad de Vicenza, metisteis dentro el ejército veneciano; el cual, forzando con grandísima dificultad el burgo y desconfiando de poder ganar la ciudad, quería ya levantar el campo. Le llamasteis contra la voluntad del Príncipe, que representaba el imperio del César, obligándole á retirarse á la fortaleza, y llenos de rabia y de ponzoña saqueasteis la artillería y las municiones del Emperador, y desgarrasteis sus tiendas de campaña, de que se había servido en tantas guerras y gloriosas por tantas victorias. No hi-

cieron esto los soldados venecianos, sino el pueblo de Vicenza, descubriendo demasiada sed de la sangre tudésca. No faltó por vuestra deslealtad otra cosa, sino que el ejército veneciano, si conociendo la ocasión hubiera seguido la victoria, tomase á Verona; ni fueron los consejos ó provocaciones del Fracassa, pues, vencido por vuestras falsas calumnias, ha justificado claramente su inocencia; fué vuestra malignidad, fué el odio que, sin razón, tenéis al nombre tudésco.

Son vuestras culpas inexcusables, tan grandes, que no merecen remisión. Sería no sólo de grandísimo daño, sino asimismo vituperiosa la clemencia que se usase con vosotros, porque se conoce claramente que en cualquier ocasión obraréis peor; ni han sido errores los vuestros, sino maldades; ni los daños que habéis sufrido han sido por penitencia de los delitos, sino porque contumazmente habéis querido perseverar en la rebelión, y ahora pedís la piedad y misericordia del Emperador, á quien habéis sido traidores, cuando, desamparados por los venecianos, no tenéis modo alguno de defenderos.

»Había determinado el Príncipe no oiros, porque así era la orden y voluntad del Emperador, no os lo ha podido negar por haberlo querido Chaumont; mas no por esto se altera la determinación que desde el día que os rebelasteis ha estado siempre fija en la mente del Emperador. No os quiere el Príncipe de otra manera que á discreción de las haciendas, vidas y honor, ni esperéis que se haga esto por tener disposición de mostrar más su clemencia; hácese por poder más libremente presentaros como ejemplo á todo el mundo de la pena que se da contra aquellos que tan infamemente han faltado á la fe que deben á su Príncipe.»

Atónitos los vicentinos con tan atroz respuesta, después que por un rato hubieron estado sin hacer movi-

miento, como privados de todos los sentidos, comenzaron de nuevo con lágrimas y con lamentos á recomendarse á la misericordia del vencedor; pero siendo rebatidos por la misma persona que les respondió con palabras más inhumanas y bárbaras que las primeras, no sabían qué responder ni qué pensar. Chaumont les aconsejó que obedeciesen á la necesidad y que, con ponerse libremente en el albedrío del Príncipe, procurasen aplacar su indignación; que la mansedumbre del Emperador, era grandísima y se debía creer que el Príncipe, tan noble de sangre y excelente capitán, no debía hacer cosa indigna de su nobleza y valor; ni los debía espantar la aspereza de la respuesta, antes era justo desear que los ánimos generosos y nobles se irriten con las palabras, porque muchas veces, habiendo desfogado parte de su enojo, de esta manera ablandan la aspereza de los hechos, ofrecióse por intercesor para mitigar la ira del Príncipe, pero que ellos se anticipasen con remitirse á él libremente. Siguiendo los vicentinos el consejo de Chaumont y la necesidad, echándose en el suelo, pusieron absolutamente sus personas y su ciudad en poder del vencedor, y tomando motivo de sus palabras, Chaumont exhortó al Príncipe para que, en el castigarlos, tuviese más consideración á la grandeza y fama del Emperador que á su delito, y no diese tal ejemplo á los otros que hubiesen caído ó estuviesen para caer en semejantes errores que, desesperando de la misericordia, hubiesen de perseverar hasta la última obstinación; que siempre la clemencia había dado á los Príncipes amor y reputación, y la crueldad, donde no era necesaria, había hecho siempre efectos contrarios y no había desviado (como muchos imprudentemente creían) los embarazos y dificultades, sino acrecentá-dolas y hecho mayores.

Con su autoridad y con los ruegos de otros muchos,

junto con las miserables lamentaciones de los vicentinos, vino finalmente el de Analt en prometerles la vida, quedando libre á su albedrío y voluntad la disposición de todos sus bienes y haciendas, que eran mayores en opinión que en efecto, porque ya la ciudad había quedado casi vacía de personas y haciendas; mas buscándolas la fiereza de los tudescos, habiendo entendido que en cierto monte cerca de Vicenza se habían retirado muchos de los de la ciudad y del país con sus haciendas en dos cuevas llamadas la gruta de Masano donde, por la fortaleza del lugar y dificultad de la entrada se tenían por seguros, fueron á tomarlas. Batida la cueva mayor en vano y no sin algún daño suyo, dirigieronse á la menor, y no pudiendo forzarla de otra manera, hicieron fuego grandísimo, y por la fuerza del humo la ganaron. Decíase que murieron allí más de mil personas.

---

## CAPITULO II.

Los franceses toman á Lignago.—Muerte del cardenal de Rohán.—Los tudescos toman á Monselice.—Propósitos secretos del Pontífice.—No acepta el censo del duque de Ferrara.—Da al rey de España la investidura del reino de Nápoles.—Procura abatir el poder de los franceses en Italia.—Los venecianos contra Génova.—Se retiran con escasa reputación. El Papa toma á Módena.—Los suizos acuden en favor del Pontífice.—Niégales el paso el duque de Savoya.—Su orden de marcha, teniendo enfrente al Tribulcio.—Su retirada.—El ejército veneciano en Verona.—El marqués de Mantua libertado de la prisión.—Causa de este acontecimiento.

Después de tomada Vicenza, se mostraba mayor la dificultad de las demás cosas de lo que al principio se

había pensado, porque el Emperador no se movía contra los venecianos como había prometido, y la gente que tenía en Italia se disminuía continuamente por falta de dinero, de manera que Chaumont se veía necesitado á no pensar en más que en la guarda de Vicenza. Con todo eso, determinó ir á sitiar á Lignago, pues si no se ganaba aquella villa no eran de momento alguno todas las cosas que se habían hecho hasta aquel día.

Pasa por la villa de Lignago el río Adige, quedando hacia Montagnana la parte menor, llamada por ellos el Puerto, donde los venecianos, no confiándose tanto en la fortaleza de la villa ni en el valor de los defensores, cuanto en el impedimento de las aguas, habían cortado el río por una parte. En la orilla del otro lado está la parte mayor, por donde lo habían cortado en dos ramos; habiendo, por estas cortaduras, esparcido el río en los lugares más bajos, cubrió de tal manera el país del contorno que, por estar anegado muchos meses, había quedado casi hecho laguna. Facilitó las dificultades en alguna parte la temeridad y desorden de la gente de los venecianos, porque, viniendo Chaumont con el ejército á alojar en Minerbio, tres millas distante de Lignago, y habiendo enviado delante algunos caballos é infantes suyos, encontraron al pasar el último canal, media milla de Lignago, con los infantes que estaban en la guardia del Puerto, que habían salido para estorbarles el paso; pero la infantería gascona y española, entrando ferozmente en el agua hasta los pechos, los rebatieron y después los siguieron con tal ímpetu que, mezclándose con ellos, entraron en el Puerto, salvándose poca parte de aquellos infantes, porque muchos fueron muertos en el combate, y el mayor número de ellos, procurando retirarse á Lignago, se ahogó al pasar el Adige. Por este suceso, mudando Chaumont el

pensamiento de alojarse en Minerbio, se alojó aquella misma tarde en el Puerto, y habiendo hecho traer la artillería gruesa por debajo del agua, llevándola por el fondo del terreno, hizo la misma noche á los gastadores que cerrasen la cortadura del río, y conociendo que de la parte del puerto estaba Lignago inexpugnable, por ser la anchura del río tan grande que con dificultad se podía batir por aquel lado (aunque entre Lignago y el Puerto, por estar entre cerros, no va tan grande como más abajo), mandó que se echase puente para pasar la artillería y la mayor parte del ejército á la otra parte; mas hallando que las barcas que traía no alcanzaban á lo ancho, detenido el ejército junto á él á la parte opuesta de Lignago, hizo pasar en barcas de la otra parte del Adige al capitán Moraldo con cuatro mil infantes gascones y con seis piezas de artillería. Luego que pasó se comenzó de la una y otra parte del río á batir las trincheras que estaban hechas en los ribazos á la punta de la villa de la banda de arriba, y habiendo derribado una parte (aunque los de adentro no dejaban de repararla con grande solicitud), el proveedor veneciano la noche siguiente, teniendo mayor temor á las ofensas de los enemigos que esperanza en la defensa de los suyos, se retiró de improviso al castillo con algunos gentiles-hombres venecianos.

Luego que entendió el capitán de infantería que estaba en las trincheras su retirada, se rindió á Moraldo, libres las haciendas y las personas, y con todo, al salir, fueron él y sus infantes desvalijados por los del campo. Tomadas las trincheras, saqueó la villa Moraldo, y la infantería que estaba en guarda de un baluarte fabricado en la otra punta de la villa, se huyó por las lagunas, dejando las armas á la entrada del agua, y así por la vileza de los que estaban dentro tuvo más feliz y breve suceso la toma de Lignago de lo que se había creído.

No hizo mayor resistencia el castillo de lo que hizo la villa, porque habiéndole quitado con la artillería las defensas y comenzando á cortar con picos debajo de una esquina de un torreón con intento de pegarle fuego después, se rindieron con condición de que, quedando en poder de Chaumont los gentiles-hombres venecianos, y dejando las armas los soldados, se fuesen libres en jubón.

Mezcló la fortuna en la victoria y alegría de Chaumont un sentimiento grande, porque allí tuvo aviso de la muerte del cardenal de Rohán, su tío, por cuya autoridad, que la tenía muy grande con el rey de Francia, habiendo sido levantado á grandísimas riquezas y honras, esperaba continuamente cosas mayores. Dejó Chaumont en guarda de Lignago, por no estar los tudescos poderosos para meter gente, cien lanzas y mil infantes, y habiendo después licenciado á los infantes grisonos y valesanos, se disponía para volver con el resto del ejército al ducado de Milán por orden del Rey, que estaba inclinado á no continuar más en tan grande gasto, pues de él no resultaba ningún efecto importante por no corresponder á las determinaciones que se habían tomado primero las provisiones de la parte del Emperador. Pero después le mandó el Rey que permaneciese por todo Junio, porque el Emperador, que había venido á Inspruck lleno de dificultades, como solía, y, por otra parte, lleno de designios y esperanzas, hacía instancia para que no se fuese, prometiendo pasar á cada hora á Italia.

Deseando en este tiempo los tudescos recuperar á Marostico, Ciudadela, Basciano y otras villas en el contorno para facilitar más la venida del Emperador por aquella parte, se estuvo quedo Chaumont con el ejército en Lungara, sobre el río Bacchiglione, para impedir á la gente de los venecianos la entrada en Vicenza, que

había quedado con poca guarda, y de la misma manera, que se opusieran á los tudescos; mas entendiendo allí que la gente veneciana se había retirado á Padua, juntando consigo de nuevo los tudescos, vinieron á las Torrecillas, que están en el camino real que va de Vicenza á Padua, de donde, dejando á Padua á mano derecha, fueron á Ciudadela no con poca incomodidad de vituallas, por impedírselas los caballos ligeros que estaban en Padua, y mucho más los que estaban en Monselice.

Rindióse Ciudadela sin pelear, y lo mismo hizo después Marostico, Basciano y las otras villas comarcanas, desamparadas por los venecianos. Acabadas las cosas de aquella parte, se volvieron los ejércitos á las Torrecillas, dejando á Padua á mano derecha, y volviendo á la izquierda hacia la montaña, se estuvieron quedos sobre el Brenta, á la falda de la montaña, á diez millas de Vicenza. Pusiéronse en aquel lugar, porque los tudescos deseaban ocupar la Scala, paso á propósito para la gente que había de venir de Alemania, y el único que quedaba en poder de los venecianos de todas las villas que había desde Treviso á Vicenza.

Partido el príncipe de Analt de este alojamiento con los tudescos y con cien lanzas francesas, se enderezó á la Scala, apartada de allí veinticinco millas; mas no pudiendo pasar porque los del país (llenos de tan increíble afición á los venecianos que, viéndose presos, elegían antes morir que negar ó blasfemar de su nombre), habían ocupado muchos pasos en la montaña, y habiendo obtenido por acuerdo á Castelnuovo (paso igual de la montaña), se volvió al alojamiento del Brenta, enviando nuevos infantes por otra vía hacia la Scala, los cuales, según la orden que les había dado, apartándose del camino de Basciano por huir del

Covolo (1) (paso fuerte en aquellas montañas), volvieron más abajo por el camino de Feltro, y hallando en esta villa poca gente, saqueándola y abrasándola, llegaron al paso de la Scala y le encontraron, juntamente con el del Covolo, desamparado de todos.

No eran en este tiempo menores las ruinas en el país del Friul, porque, acometido, ya por los venecianos, ya por los tudescos, tal vez defendido, tal vez robado por los gentiles-hombres del país, adelantándose ahora éstos, ahora retirándose aquéllos, según las ocasiones, no se oía por todo él otra cosa que muertes, sacos é incendios, acaeciendo muchas veces que saqueado un lugar mismo, primero por una de las partes, era después saqueado y abrasado por la otra, y excepto pocos lugares que eran fuertes, sujeto todo lo demás á aquella miserable ruina, y no habiendo habido en estas cosas suceso alguno memorable, sería superfluo el referir particularmente y fastidioso de entender tan varias revoluciones, que no hacían efecto al fin é importancia de la guerra.

Llegando el tiempo determinado para la partida del ejército francés, se ajustó de nuevo entre el Emperador y el rey de Francia que se detuviese su ejército por todo el mes siguiente, pero que los gastos extraordinarios (que corren demás de la paga de la gente) que había hasta ahora pagado el Rey, se pagasen á la venida del Emperador, y de la misma manera los infantes por

(1) El Covolo es un sitio en las montañas, que está en el camino que va de Padua á Trento, hecho ó del arte ó de la naturaleza, tan fuerte, que bastan muy pocos hombres para sustentarle, y las personas que están en su guarda no pueden bajar ni subir sino por una cuerda gruesa tirada por una cabrilla. A los que van por el camino de Trento les parece este lugar desde lejos, antes nido de águilas ó de semejantes aves, que habitación de hombres.—(Nota del traductor.)

el mes dicho; pero porque el Emperador no tenía dinero, que, hecho el tanteo, le prestase el Rey lo que importasen estos gastos, calculándolos hasta en cincuenta mil ducados, y que si el Emperador no restituía dentro del año próximo éstos y los otros cincuenta mil que le había prestado el Rey primero, hubiese de poseer Verona con todo su territorio hasta que los cobrara.

Habiendo recibido Chaumont la orden del Rey de quedarse, volvió el ánimo á la expugnación de Monselice, y por esta razón, luego que se unieron con los tudescos cuatrocientas lanzas españolas guiadas por el duque de Términi, que las había enviado el Rey Católico en ayuda del Emperador, habiendo caminado muy despacio, según su costumbre, pasando los ejércitos el río Brenta y después junto á Purla el del Bacchiglione, cosa de cinco millas de Padua, llegaron á Monselice, habiendo padecido mucho en este tiempo en las vituallas y en los robos por las correrías que hacía la caballería que estaba en Padua y en Monselice, por la cual fué preso tambien Souzino Benzone de Crema, capitán del rey de Francia que, con pocos caballos, había ido á reconocer las escoltas, y porque había sido éste autor de la revolución de Crema, le mandó ahorcar luego Andrea Gritti, teniendo en más consideración que era súbdito de los venecianos que soldado de los enemigos.

Levántase en la villa de Monselice, que está situada en lo llano, como un monte de pedernal (de donde se deriva el llamarse Monselice) que se empina muy alto. En la cumbre de él está un castillo, y por las espaldas del monte, que todavía se estrecha, hay tres cercas de murallas; la más baja de ellas abraza tanto sitio que para defenderla de un ejército formado, serían necesarios dos mil infantes. Desampararon los enemigos luego la villa, en donde, alojados los franceses, plantaron la

artillería contra la primer muralla. Habiéndose batido mucho contra ella y por muchos lados, los infantes españoles y gascones comenzaron sin orden á llegarse á la muralla, intentando por muchas partes entrar dentro. Estaban en su guarda seiscientos infantes, los cuales, pensando que era batalla formal, no siendo suficientes por el número á resistir cuando les acometiesen por más partes y haciendo ligera defensa, comenzaron á retirarse por determinación hecha primero entre ellos, según se cree; mas haciéndolo tan desordenadamente que los enemigos, que habían comenzado ya á entrar dentro, escaramuzando con ellos y siguiéndolos por la cuesta, entraron mezclados con ellos en los otros dos muros y después hasta el castillo de la fortaleza, donde, habiendo muerto la mayor parte, los otros se retiraron á la torre, y queriendo rendirse libres las personas, no vinieron en ello los tudescos. Al fin pegaron fuego á la torre, de manera que, de seiscientos infantes con cinco capitanes y el principal de todos Martín del Borgo de Santo Sepulcro, de Toscana, se salvaron poquísimos, teniendo todos menos compasión de su trabajo por la vileza que usaron.

No se mostró menor la crueldad tudésca contra los edificios y murallas, porque, no sólo por no haber gente de guarda, arruinaron la fortaleza de Monselice, sino abrasaron la villa.

Después de este día no hicieron los ejércitos alguna cosa importante, excepto una correría de cuatrocientas lanzas francesas hasta las puertas de Padua.

Partió en este tiempo del campo el duque de Ferrara y con él Chatillón, enviado de Chaumont, con doscientas y cincuenta lanzas, para la guarda de Ferrara, adonde no había poca sospecha por la vecindad de la gente del Papa.

Los tudescos provocaban á Chaumont á que, según

lo que primero se había tratado entre ellos, fuese á sitiarse á Treviso, diciendo que eran de poca importancia las cosas que se habían hecho con tantos gastos si no se ganaba aquella ciudad, porque no se tenía esperanza alguna de poder expugnar á Padua. Replicaba Chaumont, en contrario, que no había pasado el Emperador contra los venecianos con las fuerzas que había prometido; que los que estaban con él se habían reducido á corto número; que en Treviso había muchos soldados, la ciudad amunicionada y con grandísimas fortificaciones; que no se hallaban en el país más vituallas y había gran dificultad en conducir las al campo de los lugares apartados, por las continuas molestias de los caballos ligeros y de los estradiotas de los venecianos, los cuales, avisados por la diligencia de los del país de cualquier movimiento pequeño suyo y siendo tantos en número, se aparecían siempre en cualquiera parte que pudiesen ofenderles.

Quitó estas disputas la nueva orden que tuvo Chaumont de Francia para que, dejando cuatrocientas lanzas y mil quinientos infantes españoles, pagados por el Rey, en compañía de los tudescos, demás de los que estaban en la guarda de Lignago, volviese luego con el ejército al ducado de Milán, porque se comenzaban ya á descubrir, por obras del Papa, muchas molestias y peligros. Por esto, dejando Chaumont el gobierno de esta gente á Persi, siguió la orden del Rey. Los tudescos, desconfiando de poder hacer algún efecto importante, se estuvieron quedos en Lignago.

Había el Pontífice propuesto en su ánimo y afirmado obstinadamente todos sus pensamientos, no sólo de aumentar la Iglesia con muchos Estados que pretendía pertenecerle, sino, demás de esto, echar al rey de Francia de todo lo que poseía en Italia; moviéndole ú oculta y antigua enemistad que tenía contra él, ó porque la

sospecha que había tenido tantos años se convirtió en odio poderosísimo, ó por la codicia de gloria de haber sido (como decía después) quien librase á Italia de los bárbaros. Con este fin había absuelto á los venecianos; con este fin había introducido la inteligencia y estrecha unión con los suizos, fingiendo que procedía en estas cosas más para seguridad suya que por deseo de ofender á otros; con este fin, no habiendo podido desviar al duque de Ferrara de la devoción del rey de Francia, había determinado hacer cualquier diligencia para ocupar aquel ducado, dando á entender que solamente se movía por las diferencias de las gabelas y de la sal. Mas por no manifestar solamente sus pensamientos hasta que tuviese mejor dispuestas las cosas, trataba continuamente con Alberto Pío de concertarse con el rey de Francia. Este se persuadía de que no había otra diferencia entre los dos que por causa de la protección del duque de Ferrara, y deseoso sobre manera de excusar su enemistad, venía en hacer con él nuevos concertos, refiriéndose á los capítulos de Cambray, en donde se expresaba que ninguno de los confederados se pudiese introducir en las cosas que pertenecían á la Iglesia, y juntando tales palabras y cláusulas, que le fuese lícito al Pontífice proceder contra el Duque en cuanto perteneciese á los particulares de la sal y de las gabelas. Á estos fines solos pensaba el Rey que se extendían sus pensamientos, interpretando de tal suerte la obligación que tenía á la protección del Duque, que le parecía casi poder convenir en ello lícitamente. Cuanto más se arrimaba el Rey á lo que pedía el Papa, tanto más se apartaba él, sin que le redujese en parte alguna la muerte que había sucedido del cardenal de Rohán; porque á los que, arguyendo que se habían acabado las sospechas, le animaban á la paz, respondía que vivía el mismo Rey, y por esto duraban las mismas sospechas,

alegando en confirmación de estas palabras que se sabía que el acuerdo hecho por el cardenal de Pavía lo había violado el Rey por su propia determinación, contra la voluntad y consejos del cardenal de Rohán. Así, á quien más perspicazmente consideró sus progresos, pareció que se acrecentaría su ánimo y las esperanzas, no sin razón, porque siendo tal la calidad del Rey que necesitaba absolutamente la dirección de otro para gobernar, no había duda de que la muerte de Rohán enflaquecería mucho sus cosas; puesto que en él, demás de larga experiencia, había grande eficacia y valor, y tanta autoridad con el Rey, que casi no se apartaba jamás de su consejo. Pero ahora, confiado el Rey en su grandeza, se atrevería muchas veces á resolver y dar forma á las cosas por sí mismo, pues las condiciones del Cardenal, no militando en alguno de los que habían sucedido en el gobierno, no se atreverían, no sólo á determinar, pero ni tan solamente á hablar al Rey de cosas que le causasen molestia, ni él daría la misma fe á sus consejos. Y siendo más las personas, teniendo respeto el uno al otro y no confiándose todavía en la autoridad nueva que ejercían, procederían más tibiamente de lo que pedía la importancia de las cosas presentes y de lo que era necesario contra el calor y furia del Pontífice; el cual, no aceptando ningún partido propuesto por el Rey, le pidió descubiertamente que renunciase, no con limitación ó condiciones, sino simple y absolutamente, la protección que había tomado del duque de Ferrara. Procurando el Rey persuadirle que le era de gran infamia hacer tal renuncia, respondió últimamente, que pues el Rey rehusaba hacerla simplemente, no quería convenirse con él ni tampoco serle contrario, sino que, conservándose libre de toda obligación con cada uno, atendería á guardar quietamente el Estado de la Iglesia, lamentándose mucho más que nunca del duque de

Ferrara, porque, animado por amigos suyos á dejar de hacer la sal, había respondido que no podía seguir este consejo por no perjudicar á los derechos del Imperio, á quien pertenecía el directo dominio de Comacchio.

Demás de esto, hubo duda y opinión en muchos (que se aumentó después con el tiempo) de que Alberto Pío, embajador del rey de Francia, no procediendo sencillamente en su embajada, atendía á provocar al Papa contra el duque de Ferrara, moviéndole el ardiente deseo (con que continuó hasta la muerte) de que fuese despojado Alfonso del ducado de Ferrara, porque habiendo Hércules, padre de Alfonso, recibido no muchos años hacía de Alberto Pío la mitad del dominio de Carpi, dándole en recompensa el castillo de Sassuolo con otras villas, dudaba Alberto (como muchas veces acontece que el vecino menos poderoso se rinde á la codicia del que más puede) que le cediera al fin la otra mitad que le pertenecía. Pero, como quiera que esto fuese, mostraba el Papa señales más implacables contra Alfonso, y estando ya resuelto á mover las armas, se disponía para proceder contra él con censuras, atendiendo á justificar los fundamentos, y especialmente habiendo hallado (según decía) en los papeles de la Cámara apostólica la investidura que habían dado los Papas á la casa de Este de la villa de Comacchio.

Estos eran en lo público los procederés del Papa, y ocultamente trataba de comenzar movimientos mucho mayores, pareciéndole que había fundado sus cosas con la amistad de los suizos, con estar en pie los venecianos y obedientes á su voluntad, con ver inclinado á los mismos fines al rey de Aragón, ó á lo menos no unido sencillamente con el rey de Francia, flacas de manera las fuerzas y la autoridad del Emperador, que no le daba causa de temerlo, y no estando sin esperanza de poder incitar al rey de Inglaterra. Mas sobre todo le acrecen-

taba el ánimo lo que debiera mitigárselo, que era el conocer que el rey de Francia, aborreciendo el hacer guerra contra la Iglesia, deseaba sumamente la paz, de manera que le parecía que estaba siempre en su mano el hacer concordia aun después que le hubiese movido la guerra. Mostrándose más insolente cada día por estas cosas, y multiplicando descubiertamente las querellas y amenazas contra el rey de Francia y el duque de Ferrara, rehusó el día de la solemnidad de San Pedro (en el cual, según la antigua costumbre, se ofrecen los censos debidos á la Iglesia) aceptar el censo del duque de Ferrara, alegando que la concesión de Alejandro VI, cuando el matrimonio de su hija con el duque, que de cuatro mil ducados, se los había reducido á ciento, no era válida en perjuicio de la Sede Apostólica, y habiendo negado el mismo día la licencia para volver á Francia al cardenal de Aux y á los otros cardenales franceses, y entendiendo que el de Aux había salido al campo con redes y perros, teniendo vana sospecha de que se iría ocultamente, envió por él con gran prisa y le prendió en el castillo de Sant Angelo, declarándose ya en manifiestas contiendas con el rey de Francia. Obligado por esto á hacer fundamentos mayores, concedió al Rey Católico la investidura del reino de Nápoles, con los mismos censos que la habían tenido los reyes de Aragón, habiéndole primero negado el concedérsela, si no fuese con tributo de cuarenta y ocho mil ducados con que lo habían tenido los reyes franceses. Procuraba el Papa en esta concesión, no tanto la obligación que, según la costumbre antigua de las investiduras, le hizo aquel Rey de tener cada año para defensa del Estado de la Iglesia, cada vez que se los pidiesen, trescientos hombres de armas, cuanto ganarle la voluntad, y con la esperanza de que estas ayudas pudiesen en alguna ocasión ser causa de conducirle á declarada enemistad

con el rey de Francia, de la cual ya se habían esparcido las semillas, porque el Rey Católico, sospechoso de la grandeza del rey de Francia, teniendo celos de su ambición, pues no contento con los plazos de la liga de Cambray, procuraba poner debajo de su dominio la ciudad de Verona, y movido también por la antigua emulación, deseaba mucho que se opusiese algún impedimento á sus cosas, y por esto no cesaba de avivar la concordia entre el Emperador y los venecianos, muy deseada del Papa.

Aunque procedía en estas cosas con gran secreto, no era imposible que se encubriesen del todo sus pensamientos, y levantándose en Sicilia su armada, destinada para acometer la isla de los Gelbes (que llaman los latinos Sirte mayor), daba sospecha al Rey y ponía diversas dudas en los ánimos de los hombres que sabían sus astucias.

Pero comenzaron las molestias al rey de Francia donde menos pensaba, y en tiempo que parecía que ningún movimiento de armas podía estar dispuesto contra él, porque, procediendo el Pontífice con gran secreto, trataba que á un mismo tiempo se acometiese á Génova por tierra y por mar; que bajasen al ducado de Milán doce mil suizos; que los venecianos, unidas todas sus fuerzas, se moviesen para recuperar las villas que estaban por el Emperador, y que su ejército entrase en el territorio de Ferrara con intención de hacerle pasar después al ducado de Milán si comenzasen á suceder las cosas felizmente á los suizos, esperando que Génova, acometida de improviso, hiciese fácilmente mudanza, por ser las voluntades de muchos contrarias al imperio de franceses, y porque se sublevaría el partido de Fregoso si se procediese debajo de nombre de hacer dux á Octaviano, cuyo padre y tío habían tenido la misma dignidad; que los franceses, espantados por el

movimiento de Génova, y acometidos de los suizos, volverían á llamar al ducado de Milán toda la gente que tenían en ayuda del Emperador y del duque de Ferrara, con lo cual recuperarían más fácilmente los venecianos á Verona, y, habiéndola recuperado, procederían contra el ducado de Milán, y que lo mismo haría su gente, habiendo obtenido con facilidad á Ferrara, desamparada de tal manera de las ayudas de los franceses, que no podrían defender contra tantos enemigos, ni de una guerra tan repentina, el estado de Milán.

Comenzó á un mismo tiempo la guerra contra Ferrara y contra Génova porque, aunque el duque de Ferrara, contra quien procedía para acelerar la ejecución como contra notorio delincuente, le ofreciese darle hecha la sal en Comacchio, obligándose á que no se labraría allí en lo venidero, despidiendo de la Corte sus embajadores, movió el ejército contra él. Este ejército, con sola la señal de un trompeta, ganó, sin defenderlos Alfonso, los castillos de Cento y la Pieve, pertenecientes primero al obispado de Bolonia, y que los había aplicado el papa Alejandro al ducado de Ferrara cuando el casamiento de la hija, dando por recompensa á aquel obispado otras rentas.

Fueron contra Génova once galeras sutiles de los venecianos, cuyo capitán era Grillo Contareno, una de las cuales era del Papa, é iba en ella Octaviano Fregoso, Jerónimo Doria y otros muchos desterrados, y al mismo tiempo por tierra Marco Antonio Colonna con cien hombres de armas y seiscientos infantes, el cual, habiéndose apartado del sueldo de los florentinos y entrando al servicio del Papa, se estuvo quedo en el territorio de Luca con pretexto de rehacer la compañía, esparciendo voz que había de pasar después á Bolonia, aunque su estancia allí había dado á Chaumont algunas sospechas en las cosas de Génova. No sabiendo

este que venía la armada, por haberse divulgado astutamente por orden del Papa que las preparaciones que ya hacían los suizos para moverse y el dejar á Marco Antonio había sido para acometer de improviso á Ferrara, no había hecho más provisión en Génova que enviar algunos infantes.

Marco Antonio llegó con su gente á Val de Bisagna, á una milla de las murallas de Génova, mas no fué recibido, como el Papa había pensado, en Serezana ni en la villa de la Spezia. Al mismo tiempo la armada de mar que había ocupado á Sestri y Chiaverì fué desde Rapalle á la boca del río Entello, que entra en la mar junto al puerto de Génova.

Había entrado en Génova al primer rumor de acercarse los enemigos, y en favor del rey de Francia, con ochocientos hombres del país, el hijo de Juan Luis del Fiesco y con no menor número un sobrino del cardenal de Finale. Habiéndose asegurado la ciudad con estos presidios no se hizo dentro de ella ningún movimiento, cesando por esto la esperanza principal de los emigrados y del Papa; y sobreviniendo todavía gente de Lombardía y de la ribera de Poniente, y habiendo entrado en el puerto con seis galeras gruesas Preianni, parecía sin fruto y no sin peligro el estarse más allí, de modo que la armada de mar y Colonna por tierra, se retiraron á Rapalle, intentando á la vuelta ocupar á Portofino, donde fué muerto Francisco Bollano, patrón de una galera de los venecianos. Partiendo después la armada para retirarse á Civitavecchia, no confiando Marco Antonio en poder volverse libre por tierra, porque se había sublevado todo el país, irritado (según el uso de los villanos) contra los soldados que se retiran deslucidamente, se embarcó en las galeras con sesenta caballos de los mejores y volvió á enviar los otros por tierra á la Spezia. De estos fueron la mayor parte des-

valijados en el térmido de Génova, después en el de Luca y en los confines de los florentinos.

Sucedió este acometimiento con poca alabanza de Grillo y de Octaviano, que, por temor, se abstuvieron de embestir á la armada de Preianni, pues siendo superiores á ella, se creyó que, antes que entrara en el puerto, la hubieran acometido con gran ventaja. Salió del puerto de Génova, después de la partida de los venecianos, el Preianni con siete galeras y cuatro naves, siguiendo la armada veneciana, que aunque era superior en galeras, era inferior en el número de naves; tocaron ambas en las islas de Elba, la veneciana en Puerto Lungone y la francesa en Puerto Ferrato, y después la armada francesa, siguiendo á la enemiga hasta el monte Argentaro, volvió á Génova.

Había entrado en este tiempo la gente del Papa, conducida por el duque de Urbino contra el duque de Ferrara, en la Romaña, donde, habiendo tomado la villa de Lugo, Bagnacavallo y todo lo que el Duque tenía de esta parte del Pó, fueron á sitiar el castillo de Lugo. Mientras estaban allí con poca diligencia y orden, llegó aviso que el duque de Ferrara con la gente francesa, ciento cincuenta lanzas de los suyos y muchos caballos ligeros venía á socorrerlo. El duque de Urbino, levantando luego el campo y dejando en poder de los enemigos tres piezas de artillería, se retiró á Imola, y con esta ocasión, recuperó Alfonso todo lo que le habían ocupado en la Romaña. Mas volviéndose á poner en orden y acrecentado de nuevo el campo eclesiástico, volvió á tomar fácilmente las mismas villas, y poco después el castillo de Lugo, habiéndolo batido muchos días. Esta expugnación les fué causa de mayores sucesos, porque no habiendo en Módena presidio alguno, ni pudiendo el Duque (por hallarse ocupado en la defensa de otras cosas, donde estaba más cerca el peligro) probar á aquello

por sí mismo ni alcanzar de Chaumont que enviase allí doscientas lanzas, pasó el cardenal de Pavía con el ejército á Castelfranco y ganó luego por acuerdo aquella ciudad, invitado para este efecto por Gerardo y Francisco María Rangoni, gentiles-hombres modeneses de tal autoridad, que podían (mayormente Gerardo) disponer de todo á su albedrío. Moviéronse á esto, según se creía, más por ambición y deseo de cosas nuevas que por otra causa.

Perdida Módena y temiendo el Duque que hiciese Reggio lo mismo, metió allí luego gente, y haciendo Chaumont, después del daño recibido, lo que más provechosamente hubiera hecho al principio, envió doscientas lanzas, aunque ya estaba ocupado por el movimiento de los suizos.

Habiase acabado muchos meses antes, sin ningún acuerdo, la plática entre los suizos y el rey de Francia. habiendo perseverado el Rey en la determinación de no acrecentarles las pensiones, aunque contra el consejo de todos los suyos, que le acordaban considerase de cuánta importancia era no tener por enemigas aquellas armas, con las que primero había espantado á todos. Por esto ellos, inquietos á causa de la autoridad y promesa del Papa, instigados por el obispo de Sión y encendiéndoles sobre todo el enojo contra el Rey, por las demandas negadas, en una Dieta que se celebró en Lucerna determinaron, con gran consentimiento de toda la multitud, moverse contra él. Habiendo previsto Chaumont este movimiento, puso guarda en las barcas, retiró las vituallas á lugares seguros y quitó las herramientas á los molinos; é incierto de si los suizos querían bajar al Estado de Milán, ó, pasado el monte de San Bernardo, entrar en el Piamonte por el valle de Augusta para ir á Saona, con intención de molestar las cosas de Génova y desde allí, pasando el Apenino ir con-

tra el duque de Ferrara, indujo al duque de Saboya á que les negase el paso, y para poderlo impedir, envió, con su consentimiento, á Ivrea quinientas lanzas; no cesando en tanto de hacer todas las diligencias para corromper con dones y con promesas á los principales de la nación, á fin de distraerles de este movimiento. Mas esto se intentaba vanamente; tan grande odio tenían y tan incitados estaban (mayormente la multitud) contra el nombre del rey de Francia que, teniendo la causa casi por propia, no obstante las dificultades con que tropezaba el Papa para enviarles dinero (porque los Fraccheri, mercaderes tudescos que habían prometido primero pagarlo, lo rehusaron después por no ofender el ánimo del Rey de Romanos), se movieron al principio de Septiembre seis mil soldados pagados por el Papa (entre los cuales había cuatrocientos caballos), la mitad arcabuceros, dos mil y quinientos infantes con mosquetes y cincuenta con arcabuces, sin artillería, sin provisión de puentes ó naves. Dirigiéndose al camino de Bellinzona y tomando el puente de la Tresa, desamparado por seiscientos infantes franceses que estaban allí de guarda, se estuvieron quedos en Varese para esperar (según publicaban) al obispo de Sión con nueva gente.

Turbaba esto mucho el ánimo de los franceses por el terror ordinario que tenían á los suizos y particularmente porque entonces había poco número de gente de armas en Milán, habiéndose distribuído una parte en la guarda de Brescia, Lignago, Valeggio y Peschiera; trescientas lanzas habían ido en ayuda del duque de Ferrara y quinientas, unidas con el ejército tudesco, contra los venecianos. Estrechando Chaumont sus fuerzas, vino con quinientas lanzas y cuatro mil infantes al llano de Castiglione, distante de Varese dos millas, habiendo enviado al monte de Brianza á Juan Jacobo Tri-

bulcio para que, no tanto con la gente que llevó consigo (que fué en poca cantidad), cuanto con el favor de la gente del país, se esforzase para impedir que los suizos tomaran aquel camino.

Luego que éstos llegaron á Varese, enviaron á pedir el paso á Chaumont, diciendo que querían ir al servicio de la Iglesia. Por esto se dudaba de si querían pasar por el ducado de Milán á Ferrara, por cuyo camino, demás de las oposiciones de la gente francesa, habrían tenido dificultad en pasar los ríos Pó y Oglio, ó si, volviéndose sobre la mano izquierda, rodearían por las colinas debajo de Como y después por debajo de Lecco, para pasar á Adda por los sitios en que está estrecho y con poca corriente, y después, por las colinas del Bergamasco y del Bresciano, pasado el río Oglio, bajarían ó por el Bresciano ó por la Ghiaradadda al Mantuano, país ancho y donde no se hallaban villas ó fuerzas que les pudiesen contrarrestar. En cualquiera de estos casos era la intención de Chaumont, aunque bajasen á lo llano (tan grande era la reputación de la valentía y buen orden de aquella nación), no acometerles, sino, junta la caballería é infantería y con mucha artillería de campaña, ir siempre á su lado para impedirles las vituallas y dificultarles cuanto pudiese ser (sin probar la fortuna) los pasos de los ríos. En este medio, teniendo bien proveídos de caballería é infantería los lugares cerca de Varese, con hacer muchas veces de noche rumores vanos y obligarles á estar con las armas, les tenía molestados todas las noches.

En Varese, donde ya se padecía mucho por la falta de vituallas, se unieron de nuevo á los otros cuatro mil suizos. Al cuarto día después de su venida, se movieron todos hacia Castiglione y se volvieron á la mano izquierda por las colinas, caminando siempre apretados y en orden con paso lento, siendo cada hilera de

ochenta ó ciento, y en las últimas todos los mosqueteros y arcabuceros. Procediendo de este modo, se defendían con gran valor del ejército francés, que los andaba continuamente costeano y escaramuzando por el frente y por las espaldas. Salían muchas veces ciento ó ciento y cincuenta de los suizos del escuadrón á escaramuzar, andando, estándose quedos ó retirándose sin que hubiese algún desorden en el buen concierto que traían. Llegaron con este orden el primer día al paso del puente de Vedán, guardado por el capitán Molardo con la infantería gascona; mas habiéndole hecho retirar con los arcabuces, alojaron aquella noche en Appiano, distante ocho millas de Varese. Chaumont se estuvo quedo en Assarón, villa grande hacia el monte de Brianza, apartada seis millas de Appiano.

Al día siguiente se enderezaron por las colinas al camino de Cantú, costeándoles todavía Chaumont con doscientas lanzas, porque, por la aspereza de aquellos sitios, la artillería y la infantería que estaba en su guarda, se habían quedado más abajo; mas con todo eso, á la mitad del camino ó por las molestias (como se glorificaba Chaumont) que habían recibido aquel día de los franceses, ó porque hubiera sido así su intención, dejando el camino de Cantú y volviendo más á la mano izquierda, se fueron por lugares altos, retirándose hacia Como. Alojaron aquella noche en un burgo de dicha ciudad y en las villas vecinas del burgo de Como; hicieron el otro alojamiento en Chiasso, tres millas más adelante, teniendo suspensos á los franceses si se retirarían á Bellinzona por el valle de Lugara, ó si, por ventura, irían al Adda; aunque, no habiendo puente allí, era opinión de muchos que se esforzarían á pasar todos el río á un mismo tiempo en maderadas; pero, quitando esta duda, al siguiente día se fueron á alojar á Puente de Tresa y de allí todos á sus casas, estando ya re-

ducidos á la mayor extremidad por falta de pan y de dinero.

Esta retirada tan breve, se creyó que procedía por la falta de dinero, por la dificultad de pasar los ríos y mucho más por la necesidad de vituallas.

Así se libraron por entonces los franceses de aquel peligro que tenían por grande, aunque el Rey, engrandeciéndolo aun fuera de la verdad sus cosas, había afirmado que estaba dudoso si había sido útil para éstas el dejarles pasar y cuál era lo que enflaquecía más al Papa, ó estar sin armas ó tener consigo las que le ofendieran, como es cierto lo hubieran hecho las de los suizos, á quien él, con tantas fuerzas y dinero, había tenido tan grande dificultad en poder manejar.

Mayor hubiera sido el peligro de los franceses si al mismo tiempo se hubieran concordado contra ellos las ofensas que había trazado el Papa, mas como fué primero el acometimiento de Génova que el movimiento de los suizos, tardó en adelantarse más de lo que se había determinado el ejército de los venecianos, aunque había tenido ocasiones muy oportunas, por haberse disminuído mucho la gente tudésca que había quedado en Vicenza cuando partió Chaumont, con quien estaban los infantes españoles y las quinientas lanzas francesas. Saliendo de Padua el ejército veneciano, recuperó sin trabajo á Este, Monselice, Montagnana, Marostico y Basciano, y habiéndose adelantado, retirándose continuamente los tudescos, de vuelta de Verona, entró en Vicenza, desamparada por ellos. Recuperado con esto (fuera de Lignago) todo lo que habían perdido de sus Estados, con tanto gasto y trabajo de los franceses, llegaron á San Martino, cinco millas de Verona, adonde se habían retirado los enemigos. Esta retirada no fuera sin peligro si (como afirman los venecianos) hubiera tenido más atrevimiento Lucio Malvezzo (que entonces,

por haberse ido Juan Paulo Baglione del sueldo de los venecianos, gobernaba su gente), porque habiendo llegado los venecianos á la villa de la Torre, los enemigos, dejando en el alojamiento muchas vituallas, se enderezaron hacia Verona, siguiéndolos todo el ejército veneciano y escaramuzando continuamente la caballería ligera; mas sustentando los franceses principalmente con la artillería y con gran valor la retaguardia, pasado el río Arpano, llegaron sin daño á Villanuova, alojándose los venecianos cerca de ellos media milla. Al día siguiente se retiraron libres á Verona por no haberlos seguido con solicitud los venecianos, disculpándose la infantería con no poder igualar la presteza de los caballos.

Después que hubieron estado en San Martín algunos días, llegaron á Verona, no sin vituperio de que el diferirlo había sido inútil, y comenzaron á batirla con la artillería que estaba plantada en el monte opuesto al castillo de San Felice y cerca de la muralla, habiendo elegido aquel lugar por no poderse hacer fácilmente reparos en él ni usar de la cañallería sin mucha incomodidad. Había en el ejército veneciano ochocientos hombres de armas, tres mil caballos ligeros, la mayor parte estradiotas, diez mil infantes y gran cantidad de villanos. En Verona había trescientas lanzas españolas, ciento entre tudescas é italianas y más de cuatrocientas francesas, quinientos infantes pagados por el Rey y sólo cuatro mil tudescos, no ya debajo del gobierno del príncipe de Analt, porque había muerto pocos días antes. El pueblo veronés estaba de mala disposición contra los tudescos y tenía las armas en la mano, cosa en que habían esperado mucho los venecianos, cuya caballería ligera al mismo tiempo, vadeando el Adige por debajo de Verona, corría todo el país. Batía con gran ímpetu la muralla la artillería de los venecianos, aun-

que la que tenían plantada dentro los franceses y cubierta con sus reparos hacia á los de fuera, que no los tenían, grandísimo daño, un tiro de éstos llevó las asentaderas á Lactancio de Bérghamo, uno de los más estimados coroneles de la infantería veneciana, que murió á los pocos días. Finalmente, habiendo hecho maravillosos efectos la artillería de fuera y arruinado una gran parte de la muralla hasta el principio de la Scarpa y batido todas las cañoneras, de manera que la artillería de dentro no podía hacer algún efecto, estaban los tudescos temerosos de perder el castillo, aunque se hallaba bien reparado, y porque con su pérdida no fuese juntamente la de la ciudad, trazaron en caso de necesidad retirarse á ciertos reparos que habían hecho en sitio vecino para batir luego con sus cañones, que ya tenían plantados, la parte interior del castillo, esperando hacer tal efecto que los enemigos no pudiesen afirmarse allí.

Era muy superior el valor de la gente que estaba en Verona, porque en el ejército veneciano no había más infantería que italianos y pagada de ordinario cada cuarenta días, sirviendo allí más por la poca comodidad que hallaban en otros lugares que por otra ocasión, demás de que, por no estar la infantería italiana acostumbrada á la ordenanza ultramontana, ni ser perseverante en la campaña, rehusaban servirse de ella aquellos que tenían poder para conducir infantes forasteros, principalmente suizos, tudescos y españoles. Habiéndose sustentado con mayor valor la defensa que la ofensa, saliendo una noche á acometer la artillería cerca de mil y ochocientos infantes con algunos caballos franceses y poniendo fácilmente en fuga á los infantes que estaban en su guarda, clavaron dos piezas, procurando llevarlas adentro; mas habiéndose sentido ya el rumor por todo el campo, acudió con mucha infantería el Zi-

tolo de Perusa que, peleando valerosamente, acabó la vida con mucha gloria; y sobreviniendo Dionisio de Naldo y la mayor parte del ejército, obligaron á los de adentro á retirarse, dejando la artillería, pero no con pequeña alabanza, pues habían roto al principio los infantes que la guardaban, muerto parte de los primeros que vinieron al socorro y entre otros al Zitolo, coronel muy estimado de infantería, preso á Maldonado, capitán español, y retirándose libres casi todos. Envilecidos los venecianos por este accidente, reconociendo que el pueblo no hacía movimiento ninguno, juzgando que, no solamente era sin fruto, sino peligroso el estar-se allí, porque el alojamiento era mal seguro, pues estaba alojada la infantería sobre el monte y la caballería en el valle muy lejos de ella, determinaron retirarse al alojamiento viejo de San Martino, é hizo acelerar esta determinación el saber que Chaumont, por haberse ido ya los suizos, y sabedor del peligro de Verona, la venía á socorrer. Al levantarse el ejército, entraron los Sacomanos de Verona, acompañados de gran escolta, en el valle Polienta, contiguo al monte de San Felice; mas acudiendo al socorro muchos caballos ligeros de los venecianos, que tomaron la boca del valle, fueron todos los que salieron de Verona muertos ó presos. Desde San Martino se retiró el ejército veneciano, por la fama de la venida de Chaumont, á San Bonifacio.

En este tiempo tomó por acuerdo la gente que estaba en la guarda de Treviso la villa de Assilio, junto al río Musone, donde había ochocientos infantes tudescos, y después el castillo.

En el Friul se procedía con la misma variación y crueldad acostumbrada, no guerreando con los enemigos, sino atendiendo sólo de cada parte á la última destrucción de los edificios y del país, y en la misma forma iban acabando estos males á la Istria.

Sucedió en este tiempo por modo muy notable el librarse de la prisión el marqués de Mantua, de cuya libertad trataba el Papa, movido de la afición que le tenía primero y de la intención de usar de sus medios y servirse de la comodidad de su Estado en la guerra contra el rey de Francia, y se creyó por toda Italia que él había sido causa de su libertad; mas yo entendí de autores dignos de fe, y por cuyas manos pasaba entonces el gobierno del Estado de Mantua, que había sido muy diferente la ocasión porque, dudándose (como era verdad) que los venecianos, por el odio que le tenían ó por sospechar de él, se inclinasen á tenerle preso perpetuamente, y habiéndose intentado en vano muchos remedios, se determinó en el Consejo de Mantua recurrir á Bayaceto, príncipe de los turcos, cuya amistad había entretenido el Marqués muchos años, enviándole muchas veces mensajeros y varios presentes; el cual, al saber sus calamidades, llamó al bailío de los mercaderes venecianos que negociaban en Pera y procuró le prometiese que librarían al marqués de Mantua; mas rehusando el bailío prometer lo que no estaba en su mano y ofreciendo escribir á Venecia, donde no dudaba se tomaría la determinación que deseaba, y replicándole Bayaceto, con soberbia, que era su voluntad que absolutamente se lo prometiese, fué obligado á ofrecerlo. Dió cuenta de esto el bailío á Venecia, y considerando el Senado que no era tiempo de irritar á un Príncipe tan poderoso, determinó librarle; mas por ocultar su deshonor y alcanzar algún fruto de su libertad, dió oídos al deseo del Papa, por cuyo medio se había concluído, aunque con secreto, que para asegurar á los venecianos de que el Marqués no se movería contra ellos, quedase su hijo primogénito guardado en manos del Papa. Llegó el Marqués á Bolonia, donde entregó á su hijo á los agentes del Papa, y se fué libre á Mantua, excusándose con

el Emperador y con el rey de Francia que, por necesidad de acudir á las cosas de su Estado, no iba á servirles en sus ejércitos como feudatorio del uno y soldado del otro, porque el rey de Francia siempre le había conservado el mando y provisión acostumbrada, pero el Marqués tenía resuelto en su ánimo ser neutral.

---

### CAPITULO III.

El Pontífice proyecta asaltar á Génova.—Naufragio de los venecianos en el Faro de Mesina.—El rey de Francia determina declarar la guerra al Papa.—El Papa en Bolonia.—Derrota de los franceses en Montagnana.—El Papa excomulga á Alfonso, duque de Ferrara y á Chaumont.—Concilio de la Iglesia galicana en Lyon.—Algunos cardenales desobedecen al Papa.—El ejército francés en camino de Bolonia.—Discurso del Papa á los boloñeses.—Condiciones que los franceses ofrecen al Papa.—Chaumont se retira.—Los venecianos sospechan del marqués de Mantua.—El duque de Urbino en defensa de Módena.—El papa Julio II ataca la Mirandola.—Nueva alianza del Emperador con el rey de Francia.—El papa Julio en Concordia.—El Papa bate la Mirandola.

Estas cosas infelizmente intentadas, no habían disminuído nada las esperanzas del Papa; pues, prometiéndose más que nunca la mudanza del Estado de Génova, determinó acometerla de nuevo. Pero habiendo los venecianos (que seguían más por necesidad que por aprobación estos movimientos impetuosos) acrecentado su armada, que estaba en Civitavecchia, con cuatro naves gruesas, persuadiéndose de que su nombre había de inducir con más facilidad á los genoveses á rebelarse y jun-

tando también una galeaza suya con otros bajeles, bendijo el Papa públicamente, con solemnidad pontifical, su bandera; maravillándose cada uno de que descubriese sus pensamientos cuando había en Génova muchos soldados y en el puerto una armada poderosa, y que esperase obtener lo que no había podido conseguir cuando el puerto estaba desarmado, la ciudad con poca guarda y sin ninguna sospecha de él. A las armadas marítimas, á quien seguían los mismos desterrados y el obispo de Génova, hijo de Obietto del Fiesco, se habían de juntar las fuerzas de tierra; porque Federico, arzobispo de Salerno, hermano de Octaviano Fregoso, tomaba á sueldo, con dinero del Papa, en las villas de la Lunigiana, caballería é infantería, y Juan de Sassatello y Reniero de la Sassetta, capitanes suyos recibieron orden de estar-se quedos con sus compañías en el Bagno de la Porretta, para poder llegarse á Génova cuando fuese menester.

En esta ciudad se habían hecho por mar y por tierra muy poderosas provisiones, y por tanto, con la voz de que se acercaba la armada de los enemigos, en que había quince galeras sutiles, tres grandes, una galeaza y tres naves vizcaínas, salió la armada francesa del puerto de Génova con veintidós galeras sutiles y se estuvo queda en Porto Venere, asegurada con la diferencia de los bajeles, porque aunque inferior á los enemigos unidos, siendo superior ó á lo menos igual de fuerzas á las galeras, podía siempre salvarse de las naves gruesas con la presteza en el apartarse. Llegó la una armada á la otra á tiro de cañón, y después que se hubieron batido algún rato, la armada del Papa fué á Sestri de Levante, donde se presentó delante del puerto de Génova entrando hasta él en un bergantín Juan Fregoso, pero estando la ciudad de tal manera defendida que, aun quien fuese de ánimo contrario, no podía hacer en ella

sublevación, y tirando á la armada gallardamente la torre de Codifá, fué obligada á apartarse.

Dirigióse después á Porto Venere, y habiéndolo bati-do algunas horas sin fruto, desesperados del suceso de toda la empresa, volvieron á Civitavecchia, de donde, partiendo la armada veneciana para volverse á sus mares con licencia del Papa, tuvo una grandísima tormenta en el faro de Mesina, dieron al través cinco galeras; las otras corrieron la costa de Berbería y volvieron al fin muy destrozadas á los puertos venecianos.

No concurrieron en este acontecimiento las fuerzas que se habían determinado por tierra, porque la gente que se levantaba en Lunigiana, juzgando (por la fama de las provisiones que habían hecho los franceses) peligrosa la entrada en la ribera de Levante, no se movió, y los que estaban en el Baño de la Porreta, excusándose con que los florentinos les habían negado el paso, no se adelantaron más; pero entrando en la montaña de Módena, que también obedecía al duque de Ferrara, acometieron la villa de Fanano que, aunque no la ocuparon al principio, con todo al fin se les rindió toda la montaña, no esperando ser socorrida por el Duque.

No había sucedido hasta aquel día ninguna cosa en favor del Papa contra el rey de Francia, porque ni las de Génova hicieron mudanza, como él se había prometido por muy cierto; ni los venecianos, habiendo tentado á Verona, esperaban hacer algún progreso por aquella parte; ni los suizos, después de hacer con sus armas más demostración que movimiento, habían pasado adelante, ni Ferrara, ayudada por franceses prontamente y sobreviniendo la sazón del invierno, se juzgaba que estuviese en algún peligro. Solamente había tenido efecto la toma de Módena por sorpresa, premio que no correspondía á tan grandes movimientos, y con todo eso, se juzgaba que le sucedía al Papa lo que de

Anteo han dejado á la memoria de la posteridad los escritores fabulosos, que cuantas veces, domado por las fuerzas de Hércules, tocaba en la tierra, tantas se mostraba con mayor fortaleza. Lo mismo obraban las adversidades en el Papa, que cuando parecía más derribado, se levantaba con ánimo más constante y pertinaz, prometiendo en lo venidero más que nunca, no teniendo para esto casi ningún otro fundamento sino á sí mismo, y el persuadirse, como decía públicamente, que por no ser sus empresas movidas de intereses particulares, sino de único deseo de la libertad de Italia, había de tener, con la ayuda de Dios, prósperos fines. Pero hallándose él despojado de armas valerosas y fieles, no tenía otros amigos ciertos, sino los venecianos, que corrían por necesidad la misma fortuna. y, de éstos, por hallarse exhaustos de dinero y oprimidos de muchas dificultades y aprietos, no podía esperar mucho. Del Rey Católico recibía antes ocultos consejos que descubiertas ayudas, porque, según su astucia acostumbrada, se entretenía por otra parte con el Emperador y con el rey de Francia, haciéndole á él varias promesas, pero sospechosas de condiciones varias y dilaciones prolijas. La diligencia y trabajo usado con el Emperador para enajenarle de la amistad del rey de Francia é inducirle á concordia con los venecianos, parecía cada día más inútil, porque el Emperador, cuando el ejército del Papa se movió contra el duque de Ferrara, había enviado un rey de armas á protestarle que no le molestase, y habiendo ido, en nombre del Papa, Constantino de Macedonia para tratar entre él y los venecianos, rehusó oírle y en demostración de querer unirse más con el rey de Francia, trataba de enviarle al obispo Gurgense para ajustarse con él en la suma de las cosas.

Los electores del imperio no eran de momento en estos trabajos, aunque inclinados al nombre del Papa y á

la devoción de la Silla Apostólica, por no tener intento de gastar y por reducir sus pensamientos sólo á las cosas de Alemania. Tan poco parecía que se podía esperar más del rey de Inglaterra, aunque mozo deseoso de cosas nuevas y que hacía profesión de amar la grandeza de la Iglesia y había oído sus embajadas con inclinación de ánimo, porque, estando separado de Italia por tanto espacio de tierra y de mar, no podía por sí sólo derribar al rey de Francia, demás que había reanudado la paz hecha con él y, por una embajada solemne que le envió á este efecto, recibido su ratificación. Cualquiera verdaderamente, teniendo tan flacos fundamentos y tantos embarazos, hubiera templado su ánimo, sobre todo pudiendo el Pontífice alcanzar del rey de Francia la paz con aquellas condiciones que ningún vencedor parece pudiera desearlas más aventajadas, porque el Rey consentía en desamparar la protección del duque de Ferrara, y si no derechamente, por no faltar al honor de su palabra, remitiéndola á justicia y á jueces que hubiesen de votar según la voluntad del Pontífice; mas como estaba seguro de que podía alcanzar esto, quería añadir que, demás de ello, dejase libre á Génova, procediendo en estas cosas con una pertinacia tal, que ninguno, aun de sus mismos allegados, se atrevía á hablarle en contrario, antes intentándolo por orden del Rey el embajador de los florentinos, se alteró grandemente; y habiendo venido un gentil-hombre del duque de Saboya á tratar de otros negocios y ofreciéndole que su Príncipe, siempre que le agradase, se introduciría en cualquier plática de paz, se alteró con tanta indignación, dando veces, diciendo que le habían enviado por espía y no para negociar, que le hizo prender por esto y examinar con tormentos.

Finalmente, saliendo cada día más feroz de las dificultades y no conociendo ni los impedimentos ni los

peligros, resuelto á hacer cuanto fuese posible para tomar á Ferrara y omitir por entonces todos los otros pensamientos, determinó pasar personalmente á Bolognia para apretar más con su presencia, dar mayor autoridad á las cosas y acrecentar el ardor de los capitanes (inferior á su ímpetu), afirmando que le bastaban sus fuerzas y las de los venecianos para expugnar á Ferrara; y temiendo los venecianos que al fin, desesperado de buen suceso, se concertase con el rey de Francia, se esforzaban por persuadirle de esto mismo.

Por otra parte el rey de Francia, asegurado ya por tantas experiencias del mal ánimo del Pontífice contra él, y conociendo que era necesario disponer las cosas de modo que no sobreviniesen á su Estado muchos peligros, determinó defender al duque de Ferrara, establecer cuanto pudiese la unión con el Emperador, con su consentimiento, perseguir con las armas espirituales al Papa y, sustentando las cosas hasta la primavera, pasar entonces personalmente á Italia con ejército muy poderoso para ir contra los venecianos y contra el Papa, según el estado de las cosas. Así, pues, proponiendo al Emperador, no sólo que se movería contra los venecianos diferentemente que lo había hecho la vez pasada, sino también que le ayudaría (como se sabía que era su deseo antiguo) á tomar á Roma y todo el Estado de la Iglesia, como perteneciente á él por razón del Imperio y de la misma manera toda Italia, excepto al Estado de Milán, Génova, el Estado de los florentinos y el del duque de Ferrara, le indujo fácilmente á su opinión y especialmente á que se convocase, con la autoridad de ambos y de las naciones alemana y francesa, un Concilio general; no estando sin esperanza que, por no atreverse á desviarse de su voluntad y de la del Emperador el rey de Aragón, concurriría en lo mismo la nación española.

A esto se juntaba el fundamento muy grande, de que muchos cardenales italianos y ultramontanos de ánimo inquieto y ambicioso prometían hacerse autores de este Concilio descubiertamente. Para ordenar estas cosas esperaba el Rey con sumo deseo la venida del obispo Gurgense que el Emperador le enviaba; pero, por dar principio en este medio á la intención del Concilio y de presente quitar al Papa la obediencia de su reino, había hecho convocar á todos los prelados de Francia para que, á mediados de Septiembre, se juntasen en la ciudad de Orleans.

Estos eran las determinaciones y aparatos del rey de Francia, no aprobados en todo por su Consejo ni por su Corte; pues, considerando cuán inútil podía ser dar lugar al enemigo, le animaban á que no difriese el mover las armas hasta la primavera. Si se hubiera seguido este consejo, pusiera luego al Pontífice en tantos aprietos y se perturbaran de manera sus cosas, que no le hubiera sido fácil (como le fué después) concitar tantos príncipes contra él. Perseveró en otra opinión el Rey, ó vencido por la avaricia ó refrenado por el temor de que, haciendo él solo la guerra al Pontífice, se resintiesen los otros príncipes, ó acaso porque le causara horror, por ser cosa contraria al nombre de Cristianísimo y á la profesión de defender la Iglesia, lo cual siempre en los tiempos antiguos lo habían hecho sus predecesores.

Entró el Papa en Bolonia al fin de Septiembre dispuesto á acometer á Ferrara con todas sus fuerzas y las de los venecianos por tierra y por agua. Los venecianos, habiéndolo solicitado él, enviaron dos armadas contra Ferrara que, entrando en el río Pó, la una por Fornaci y la otra por el puerto de Primaro, hacían en el Ferrarés grandísimos daños, no dejando al mismo tiempo la gente del Papa de hacer correrías y robos por

todo el país; pero sin llegarse á Ferrara, donde había, demás de la gente del Duque, doscientas y cincuenta lanzas francesas, porque si bien á los eclesiásticos se les pagaba creyendo que el número de la gente era ochocientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes, con todo eso, demás de ser la mayor parte de la gente colecticia (como los Papas comúnmente son mal servidos en las cosas de la guerra), era también el número menor de lo que se decía. Juntabase á esto que, habiendo Chaumont, después de la pérdida de Módena, enviado entre Reggio y Ruviera doscientas y cincuenta lanzas y dos mil infantes, habían ido del ejército del Papa para la guarda de Módena Marco Antonio Colonna y Juan Vitello con doscientos hombres de armas y trescientos infantes. Por esto el Pontífice hacía instancia para que del ejército veneciano (el cual, por hallarse muy disminuídas en Verona y por todo aquel sitio las fuerzas del Emperador, había casi sin dificultad recuperado casi todo el Friul) pasase una parte al Ferrarés, donde había recuperado de nuevo al Polesino de Rovigo, desamparado por las molestias que el Duque padecía en los contornos de Ferrara. Esperaba de la misma manera el Papa trescientas lanzas españolas que, habiéndolas pedido al Rey Católico por la obligación de la investidura, se las había enviado conducidas por Fabricio Colonna, y disponía que, unidas con su ejército, acometiesen por una parte á Ferrara y por otra la gente de los venecianos, persuadiéndose que el pueblo de Ferrara, luego que el ejército se arrimase á los muros, tomaría las armas contra el Duque, aunque sus capitanes le demostraban que el presidio que estaba dentro era tal, que fácilmente podría defender la ciudad de los enemigos y enfrenar al pueblo aunque tuviese inclinación á alborotarse. Por esta razón tomaba el Pontífice á su sueldo con increí-

ble solicitud en muchos lugares gran cantidad de infantería. Pero tardaba en venir más de lo que él deseaba la gente veneciana, porque, habiendo conducido por el Pó en el Mantuano muchas barcas para echar el Puente, acometiéndolas el duque de Ferrara, de improviso con la gente francesa, se las quitó; tomó también en algunos canales del Polesino muchas barcas y otros bajeles, juntamente con el proveedor veneciano. Descubriéndose en este tiempo un trato que los venecianos tenían en Brescia para hacerla rebelar contra el rey de Francia, fué degollado allí el conde Juan María de Martinengo.

Tardaban mucho más en venir las lanzas españolas, y, aunque habían llegado á los confines del reino de Nápoles, rehusaban, por orden de su Rey, pasar el río Tronto, si primero no se daba á su embajador la Bula de la investidura que le había concedido el Papa. Dificultaba éste concedérsela, sospechando que, en recibéndola, no vendría la gente que había prometido, si primero no llegaba á Bolonia. Pero, ni por las razones alegadas por los capitanes ni por estas dificultades, tenía menos esperanzas de ganar á Ferrara con sola su gente, atendiendo con maravilloso ánimo á todas las expediciones de la guerra, no obstante que al mismo tiempo le había sobrevenido una grave enfermedad, la cual, rigiéndose contra el consejo de los médicos, despreciaba no menos que las otras cosas, prometiéndose la victoria de la enfermedad como de la guerra, porque afirmaba que era voluntad divina que, por su medio, se redujese Italia á libertad.

Procuró de la misma manera que el marqués de Mantua, á quien había llamado á Bolonia y le había honrado con el título de alférez mayor de la Iglesia, fuese á servir á los venecianos con título de capitán general, acudiendo el Papa en esta empresa con cien hombres

de armas y mil y doscientos infantes; mas con condición de que esto estuviese secreto, procurándolo así el marqués de Mantua debajo de color de ser necesario que primero volviese á poner en orden y proveer su país, para que los franceses tuviesen menos facilidad de ofenderse, pero, á la verdad porque, sujetándose á este peso, no por voluntad, sino por necesidad de las promesas que había hecho, deseaba interponer tiempo en la ejecución para que, con cualquier ocasión que sobreviniese, se pudiese librar de lo que había ofrecido.

El ardimiento que tenía el Pontífice en ofender á otros, se convirtió en necesidad de defender las cosas propias; y hubiera sido mayor y más urgente si no obligaran nuevos accidentes á Chaumont á diferir sus determinaciones, porque, después que el ejército veneciano se había levantado de los contornos de Verona, Chaumont, que fué á Peschiera para socorrer aquella ciudad, determinó volverse luego con el ejército á la recuperación de Módena, donde la gente que estaba en Ruviera había tomado por asalto la villa de Formigine. Si esto lo hubiera hecho, la ganara (como se cree) fácilmente, porque dentro había pocas fuerzas, la villa no fortificada, ni todos amadores del dominio de la Iglesia. Mas sucedió que, cuando iban á moverse, los infantes tudescos que estaban en Verona, se alborotaron á causa de estar mal pagados por el Emperador, y por esto se vió obligado Chaumont, para que no quedase desamparada aquella ciudad, á detenerse hasta haber aquietado sus ánimos. Pagó por esta causa nueve mil ducados para los salarios presentes y prometió pagarles el mes siguiente de la misma manera; pero por no haberse remediado primero este desorden, sobrevino luego un accidente, porque habiéndose retirado la gente veneciana hacia Padua, la Grotta (que era gobernador de Lignago), pareciéndole que tenía ocasión de

saquear la villa de Montagnana, envió allí todas las lanzas y cuatrocientos infantes, y mientras que los de la villa, temerosos del saco, se defendían, sobrevinieron muchos caballos ligeros de los venecianos, y hallándolos desordenados, los rompieron con facilidad y grandísimo daño; pues por haber roto un puente que habían hecho los enemigos, tenían impedida la huída. Quedó por este suceso despojada casi de gente Lignago, y no hay duda que la tomara la gente veneciana si hubiera vuelto allí luego. Esta buena sazón pasó pronto, porque, habiendo entendido Chaumont el caso, envió con gran presteza nueva gente.

Quitáronle estos impedimentos la ocasión de recuperar á Módena, donde había entrado en este medio mucha infantería y hecho solícitamente muchos reparos; mas por su venida á Ruviera fué obligado el Papa á enviar á Módena el ejército que tenía destinado para ir contra Ferrara, y habiendo unido todas sus fuerzas debajo del gobierno del duque de Urbino, capitán general, el cardenal de Pavía, su legado, y capitanes de autoridad Juan Paulo Baglione, Marco Antonio Colonna y Juan Vitello, hacía instancia que se pelease con los enemigos, cosa muy aborrecida de los capitanes, por ser sin duda mayores las fuerzas de aquellos, en número y valor; porque la infantería eclesiástica se había juntado con celeridad; porque en el ejército no había la obediencia ni el orden conveniente, y porque entre el duque de Urbino y el cardenal de Pavía, se conocía discordia manifiesta, la cual pasó tan adelante, que el Duque, acusándole de infidelidad contra el Pontífice, ó por propia autoridad ó por orden que tenía de éste, le llevó como preso á Bolonia; mas purgadas, con su presencia, todas las calumnias, quedó en su gracia en mayor grado y autoridad que antes lo estaba.

Mientras se hallaba esta gente enfrente de la otra,

alojado Chaumont con la caballería en Ruviera y la infantería en Marzala, los eclesiásticos en el burgo de Módena hacia Ruviera, haciéndose entre ellos muchas correrías y escaramuzas, el duque de Ferrara, que había recuperado primero sin ninguna resistencia el Polesino de Robigo, con Chatillón y las lanzas francesas, volvió á tomar sin embarazo á Finale y entrando después en la villa de Cento, que primero había ocupado el Pontífice, por el castillo, que aún estaba por él, la saqueó y abrasó y se disponía para ir á juntarse con Chaumont. Por este temor se retiró á Módena la gente de la Iglesia, habiendo metido una parte de la infantería en el burgo que mira hacia la montaña.

Pero apenas se hubo movido el Duque, se vió obligado á detenerse para defender las cosas propias, porque la gente veneciana en número de trescientos hombres de armas, muchos caballos ligeros y cuatro mil infantes, había venido para ganar el paso del Pó y después unirse con la gente del Papa en el campo en Ficheruolo, castillo sobre el Pó, pequeño y flaco, pero muy celebrado en la guerra que tuvieron los venecianos contra Hércules, duque de Ferrara, por la larga expugnación de Roberto de San Severino y por la defensa de Federico, duque de Urbino, capitanes famosos de aquella edad. Ganáronle los venecianos por acuerdo, habiéndole batido primero con la artillería, después tomaron la villa de la Stellata que estaba sobre la orilla contraria, y teniendo libre el paso del Pó, no faltaba más que echar el puente; pero Alfonso (habiéndose retirado con el ejército al Bondino, después de la pérdida de la Stellata) impedía que se echase con la artillería que estaba plantada en una punta, de donde fácilmente se batía aquel sitio. Demás de esto, hacía correrías por el río con dos galeras que con brevedad se retiraron, porque no pudiendo entrar la armada veneciana, impidiéndose-

lo desde el principio la guarda que por orden del Duque estaba en las bocas del río, entró al fin viniendo por el Adige, agua arriba, de modo que por las dos armadas de los venecianos estaba invadido gravemente el país de Ferrara. Cesó presto esta molestia, porque saliendo de Ferrara el Duque, acometió á la que, habiendo entrado por Primaro, estaba en Adria con dos galeras, dos fustas y muchas barcas menores, y, rompiéndola sin dificultad, se volvió á la otra que, no teniendo sino fustas y bajeles menores, entrando por el Fornaci, había venido á la Pulisella, y queriendo salir al Adige por un arroyo cercano, no pudo entrar en él por la bajeza del agua, donde acometida y batida por la artillería de los enemigos, no pudiendo defenderla la gente que estaba dentro, la desampararon, atendiendo sólo á salvar personas y artillería.

En estos movimientos de las armas temporales comenzaron á sentirse por todas partes las espirituales, porque el Pontífice había sujetado á las censuras públicamente á Alfonso de Este y con él á todos aquellos que se habían movido ó movían en su ayuda, nombrando á Chaumont y á todos los principales del ejército francés.

En Francia la congregación de prelados que de Orleans había pasado á Tours, convino en todos los artículos propuestos contra el Papa, aunque más por no oponerse á la voluntad del Rey que muchas veces intervino con ellos, que por propia voluntad y dictamen, moderando solamente el de que, antes de quitarle la obediencia, se le enviasen embajadores á hacerle notorios los artículos que había determinado el clero galicano, y á amonestarle que, en lo venidero, los observase, y que, en caso que después contraviniese á esto, fuese citado al Concilio, para el cual se hiciese instancia con los otros príncipes, y que concurriesen todas las nacio-

nes de cristianos. También concedieron al Rey facultad para echar grandes imposiciones de dineros sobre las iglesias de Francia, y poco después, en otra sesión que se tuvo á 27 de Septiembre, convocaron el Concilio para el principio de Marzo próximo en Lyón. Este día entró en Tours el obispo de Gursia, y fué recibido con tan grande y excesivo honor, que mostraba bien cuán deseada y esperada había sido su venida. Descubríase también ya la división de los cardenales contra el Papa, porque los de Santa Cruz y de Cosenza, españoles; los de Bayeux y de Saint-Malo, franceses, y Federico de San Severino, dejando al Papa, que por el camino de la Romaña fué á Bolonia, visitando el templo de Nuestra Señora de Loreto, famoso por infinitos milagros, se fueron, con su licencia, por la Toscana; mas llegados á Florencia, y obtenido salvoconducto de los florentinos para detenerse allí, no por tiempo señalado, sino hasta que le revocasen y quince días después que se les hubiese intimado la revocación, dejaban de pasar adelante con varias excusas. Sospechoso el Papa de su detención, después de haber hecho muchas instancias para que fuesen á Bolonia, escribió un Breve á los cardenales de Saint-Malo, de Bayeux y de San Severino, para que, so pena de su indignación, fuesen luego á la Corte, y procediendo con más mansedumbre con los cardenales de Cosenza y de Santa Cruz, esclarcidos por nobleza, letras y costumbres, y por las legacías que habían ejercitado en nombre de la Sede Apostólica, les aconsejó por un Breve que hiciesen lo mismo; mas ellos, dispuestos á no obedecer, habiendo intentado en vano que los florentinos les concediesen, no sólo á ellos, sino á todos los cardenales que quisiesen venir allí, salvoconducto para detenerse largo tiempo, se fueron por la vía de Lunigiana á Milán.

Entretanto Chaumont, para recuperar á Carpi, que

primero había estado ocupado por la gente de la Iglesia, envió á Alberto Pío y á la Paliza con cuatrocientas lanzas y cuatro mil infantes, y habiendo enviado delante de ellos á Alberto con un trompeta y con pocos caballos, la villa, que le amaba mucho, al saber su venida, comenzó á alborotarse. Por este temor, los eclesiásticos, que en número de cuarenta caballos ligeros y quinientos infantes estaban allí de guarda, se fueron, dirigiéndose á Módena; pero siguiéndolos la gente francesa que había sobrevenido poco después, fueron puestos en fuga en el prado del Cortile, que está casi en medio de Carpi y de Módena, salvándose los caballos y perdiéndose la mayor parte de la infantería.

Pareció útil á Chaumont el pelear con los enemigos antes que llegasen las lanzas españolas (el Papa para solicitarlas había depositado la Bula de la investidura del reino de Nápoles en manos del cardenal Regino), y antes que la gente veneciana se uniese con ellas, la cual, habiendo hecho ciertos reparos contra la artillería de Alfonso, esperaba echar pronto puente. Por esto llegó á Módena, donde, habiéndose escaramuzado mucho entre los caballos ligeros de ambas partes, nunca quisieron los eclesiásticos (reconociéndose inferiores) salir con todas sus fuerzas al campo.

Perdida esta esperanza, determinó poner en ejecución lo que muchos, y principalmente los Bentivogli, con varias ofertas le persuadían, aconsejándole que no consumiese inútilmente el tiempo en cosas pequeñas que tenían mayor dificultad que provecho, sino que acometiese de improviso á Bolonia, base de la guerra y cabeza principal de que procedían tantas molestias y peligros; que era para esto muy oportuna la ocasión, porque en Bolonia había pocos soldados forasteros, en el pueblo muchos fautores de los Bentivogli, la mayor parte de los otros, inclinada antes á esperar el fin de

las cosas que á tomar las armas para sujetarse á los peligros y contraer nuevas enemistades, y que si ahora no se intentaba, pasada la ocasión presente, sería en vano, porque sobreviniendo la gente que esperaban ó de los venecianos ó de los españoles no se podría alcanzar, aunque se fuese con ejército poderosísimo, lo que ahora con fuerzas mucho menores era fácil conseguir.

Recogido luego todo el ejército, y siguiéndole los Bentivogli con algunos caballos y con mil infantes pagados por ellos, tomando el camino de entre el monte y la vía real, acometió á Spilimberto, castillo de los condes de Rangoni, en donde había cuatrocientos infantes enviados por el Papa, y después que lo hubo batido por algún rato, lo tomó el mismo día por concierto. Rindiéndose el día siguiente Castelfranco, alojó en Crespolano, castillo distante diez millas de Bolonia, con intención de presentarse al otro día á las puertas de aquella ciudad. Divulgada en ella su venida, y que estaban con él los Bentivogli, se hallaba toda la ciudad llena de confusión y tumulto, gran sublevación en la nobleza y en el pueblo, temiendo unos y deseando otros la vuelta de los Bentivogli.

Pero mayor confusión y terror ocupaba los ánimos de los prelados y de los cortesanos, acostumbrados, no á los peligros de la guerra, sino al ocio y delicias de Roma. Iban los cardenales muy afligidos al Papa, lamentándose de que hubiese puesto su persona, á la Sede Apostólica y á ellos en tan gran peligro, y pidiéndole con suma instancia, ó que hiciese provisiones bastantes para defenderse (aunque lo tenían por imposible en tanta brevedad de tiempo), ó que intentase componer con condiciones menos pesadas las cosas con los enemigos que se juzgaba que no estaban ajenos de este propósito, ó que, junto con ellos, partiese de Bolonia,

considerando por lo menos (aunque el peligro propio no le moviese) cuánto se deslustraba el honor de la Sede Apostólica y de toda la religión cristiana si en su persona acaeciese algún suceso siniestro. Lo mismo le suplicaban todos los más íntimos y más gratos ministros y criados suyos; él solo, en tanta confusión y desorden de cosas, incierto del ánimo del pueblo, y mal satisfecho de la tardanza de los venecianos, resistía pertinazmente estas pesadumbres, no pudiendo todavía la enfermedad que atormentaba el cuerpo doblar la fuerza del ánimo. Había desde el principio hecho venir á Marco Antonio Colonna con una parte de los soldados que estaban en Módena, y llamando á su presencia á Jerónimo Donato, embajador de los venecianos, se lamentaba con ardentísimas exclamaciones de que, por la tardanza de las ayudas que le habían prometido tantas veces, estaba su estado y persona puesta en tan gran peligro, no solamente con ingratitud abominable en cuanto á él, que principalmente por salvarlos había tomado la guerra sobre sí, y que con grandísimos gastos y peligros, y con haber provocado por enemigo al Emperador y al rey de Francia, había sido ocasión de que su libertad se hubiese conservado hasta aquel día, sino demás de esto, con imprudencia increíble en cuanto á sí mismos; porque, después que él fuese vencido ó necesitado á convenir en cualquiera composición, ¿en qué esperanza de salud y estimación quedaría aquella república? Protestando á lo último con ardentísimas palabras que haría acuerdos con los franceses si por todo el siguiente día no entraba en Bolonia el socorro de su gente que estaba en la Stellata, habiendo pasado el Pó, por la dificultad de echar el puente, en diferentes barcas y bajeles. Convocó también el regimiento y consejos de Bolonia, y con grandes palabras los animó á que, acordándose de los males de la tiranía

pasada y cuánto más dañosos volverían los tiranos después de haber sido echados, quisiesen conservar el dominio de la Iglesia, en donde habían hallado tanta benignidad, concediendo para que estuviesen más resueltos, demás de la concesión primera, exenciones de la mitad de las gabelas de las cosas que entraban dentro para el sustento humano, y prometiendo concederles en lo venidero otras mayores; notificando lo mismo por público bando, en el cual convidó al pueblo á tomar las armas para defensa del Estado eclesiástico, mas sin fruto, porque ninguno se movía ni hacía señal en su favor.

Conociendo finalmente por esto á cuán grande peligro estaba reducido, rendido á la importunidad y aflicciones de tantos, y demás de esto, haciéndole instancia los embajadores del Emperador, del Rey Católico y del de Inglaterra y rogado por los cardenales, consintió en que se enviase á pedir á Chaumont que concediese licencia para que el Papa le enviase en su nombre con seguridad á Juan Francisco Pico, conde de la Mirándola y pocas horas después envió á uno de sus camareros á pedir á Chaumont que enviase por su parte á Alberto de Carpi, ignorando que no estaba en el ejército. Al mismo tiempo, para que en cualquier caso se librasen las cosas más preciosas del Pontificado, envió á Lorenzo Pucci, su datario, con el Reino (llamábase así la mitra principal, que estaba llena de joyas riquísimas), para que se guardase en el monasterio famoso de la Murata de Florencia.

Esperó Chaumont, por las demandas que le habían hecho, que el Papa se inclinaria á la concordia y él la deseaba mucho porque sabía que era así la intención del Rey y, por no perturbar esta disposición, detuvo al día siguiente el ejército en el mismo alojamiento, aunque permitió que los Bentivogli con muchos caballos

de sus amigos y secuaces, siguiéndoles algo lejos ciento y cincuenta lanzas francesas, corriesen hasta cerca de las murallas de Bolonia y, por su venida, aunque, Hermes, el menor de los hermanos pero el más valiente, se presentó junto á la puerta, no se hizo movimiento alguno.

Oyó Chaumont benignamente á Juan Francisco de la Mirándola y le volvió á enviar el mismo día á Bolonia á significar las condiciones con que estaba contento de convenirse, y eran que absolviese el Papa á Alfonso de Este de las censuras y á todos aquellos que por cualquiera ocasión habían intervenido en su defensa ó en la ofensa del Estado eclesiástico; que librase de la misma manera á los Bentivogli de las censuras y de los impuestos, restituyendo los bienes que manifiestamente les pertenecían, y que de los otros que poseían antes del destierro se conociese en juicio; que tuviesen licencia de habitar en cualquier lugar que les agradase como no llegasen á ocho millas de Bolonia; que no alterase en las cosas de los venecianos lo que disponía la confederación hecha en Cambray; que entre el Papa y Alfonso de Este se suspendiesen las armas por lo menos por seis meses, reteniendo cada uno lo que poseía; que se decidiesen en este tiempo sus diferencias por jueces que para este fin fuesen por las partes señalados concordemente, reservando al Emperador el conocimiento de las cosas de Módena, y esta ciudad se pusiese luego en su mano; que Contignuola se restituyese al Rey Cristianísimo; que diese libertad al cardenal de Aux y perdonase á los ausentes y que las colaciones y beneficios de todo el dominio del rey de Francia se hiciesen según su nombramiento.

Volvió con esta respuesta el de la Mirándola, mas no sin esperanza de que Chaumont no persistiría rigurosamente en estas condiciones. Escuchaba el Pontífice

con paciencia, contra su costumbre, la relación y juntamente los ruegos de los cardenales, quienes con grande eficacia le suplicaban que, cuando no pudiese alcanzar mejor composición, la aceptase de esta manera. Mas, por otra parte, lamentándose de que le habían propuesto cosas muy exorbitantes, y mezclando en cada palabra grandes quejas de los venecianos, mostrando que estaba suspenso, consumía el día sin declarar cuál era su determinación. Aumentó su esperanza la venida de Chiappino Vitello que, al fin del día, entró en Bolo-  
nia con seiscientos caballos ligeros de los venecianos y una escuadra de turcos que estaban á su sueldo, el cual, partiendo la noche antes de la Stellata, había venido galopando todo el camino por la grande prisa que le daba el gobernador veneciano.

La mañana siguiente alojó Chaumont con todo el ejército en el Puente de Reno, tres millas cerca de Bolo-  
nia, donde fueron luego á él los secretarios de los emba-  
jadores del Emperador, del rey de Aragón y del de In-  
glaterra y poco después los mismos embajadores, los  
cuales aquel día, y con ellos Alberto Pio, que había ve-  
nido de Carpi, volvieron á ver muchas veces al Papa y  
á Chaumont.

Pero en el uno y en el otro era ya muy diferente la  
disposición de las cosas, porque Chaumont, faltándole,  
por la experiencia del día antes, la esperanza de suble-  
var al pueblo boloñés por medio de los Bentivogli, y  
comenzando á tener falta de vituallas y miedo de que  
continuamente la tendría mayor, desconfiaba de la vic-  
toria; el Papa animado porque, descubriéndose el pue-  
blo en favor de la Iglesia, había tomado el mismo día  
las armas y porque esperaba que antes de anochecer  
entrarían en Bolonia, demás de doscientos estradiotas  
venecianos, Fabricio Colonna con doscientos caballos  
ligeros y una parte de los hombres de armas españoles,

no sólo conocía que estaba libre del peligro, sino que, volviendo á sus altos pensamientos, amenazaba que había de acometer á los enemigos luego que tuviese junta toda la gente española que estaba cerca. Por esta confianza respondió siempre aquel día que no había medio ninguno de concordia si el rey de Francia no se obligaba á desamparar totalmente la defensa de Ferrara.

Propusieronse el día siguiente nuevas condiciones con las cuales volvieron á Chaumont los mismos embajadores, pero por varias dificultades, se estorbaron de manera que Chaumont, desesperado de poder hacer, ó con las armas ó por los tratos de la paz, fruto alguno, y que le era dificultoso estar allí, disminuyéndose las vituallas y comenzando á serle los tiempos contrarios por la venida del invierno, volvió el mismo día á Castelfranco y el siguiente á Rubbiera, dando á entender que lo hacía movido de los ruegos de los embajadores y por dar lugar al Pontífice de pensar sobre las cosas propuestas y tomarle él para entender la voluntad del Rey.

Acusaron muchos en este tiempo de imprudente la determinación de Chaumont y la ejecución de negligencia, como si, no teniendo fuerzas suficientes para expugnar á Bolonia (puesto que en su ejército no había más que tres mil infantes) hubiera sido acuerdo inconsiderado el moverse por consejo de los emigrados cuyas esperanzas, medidas más con el deseo que con las razones, salen vanas casi siempre: decían que, por los menos, debiera, si acaso determinaba intentar esta empresa, restaurar con la presteza lo flaco de las fuerzas, mas que, por el contrario, había echado á perder la oportunidad con la tardanza, porque, demás de la dilación que tuvo en moverse de Peschiera, había perdido inútilmente tres ó cuatro días, mientras, consul-

tando el poco poder de su ejército, estuvo dudoso en intentar por sí mismo la empresa ó en esperar la gente del duque de Ferrara y á Chatillón con las lanzas francesas: que contra estas acusaciones podría por ventura Chaumont tener alguna razón en su defensa, pero ¿cómo se disculpaba de que, habiendo tomado á Castelfranco, no hubiese llegado luego á las puertas de Bolonia sin dar tiempo para respirar á una ciudad donde no había entrado socorro, estaba el pueblo indeciso y era grandísima (como sucede en las cosas súbitas) la confusión y el terror, medio solo, si alguno había, para hacer ganar la victoria ó conseguir honestas composiciones?

Pero por ventura sería menor muchas veces la autoridad de los que reprenden las cosas que suceden infelizmente, si al mismo tiempo se pudiera saber el suceso que hubiera resultado de haber procedido de diferente modo.

Partido Chaumont, y encendido el Papa sobre manera contra el Rey, se lamentó con todos los príncipes cristianos de que el rey de Francia, usando injustamente y contra la verdad de las cosas, del título y nombre de Cristianísimo, despreciando también la confederación que con tantas solemnidades se hizo en Cambray, movido de la ambición de ocupar á Italia, y de la perniciosa sed de la sangre del Pontífice romano, había enviado á sitiarse con su ejército en Bolonia con todo el Colegio de los cardenales y todos los preladados; y volviendo á los pensamientos de la guerra con ánimo mucho mayor, negó á los embajadores (que siguiendo los tratos con Chaumont le hablaban de la concordia) el oírles más, si primero no se le daba á Ferrara; y aunque por las fatigas que había sufrido en tantos accidentes en el cuerpo y en el ánimo se le había agravado mucho la enfermedad, comenzó de nuevo á tomar gente á su

sueldo y á provocar á los venecianos (que últimamente habían echado el puente entre Ficheruolo y la Stellata), para que enviasen, gobernada por el marqués de Mantua, parte de su gente á Módena á unirse con la suya, y con la otra molestasen á Ferrara, afirmando que en muy pocos días ganaría á Reggio, Rubbiera y Ferrara.

Tardó la gente veneciana en pasar el río, por el peligro á que se exponía si, como era de temer, hubiera sobrevenido la muerte del Papa; pero obligados últimamente á venir en sus antojos, dejando la otra gente en la opuesta orilla del Pó, enviaron hacia Módena quinientos hombres de armas, mil y quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, pero sin el marqués de Mantua, que, detenido en Sermidi para levantar caballería é infantería á su sueldo, é ir después, como decía, al ejército; aunque ya era sospechosa á los venecianos su tardanza, fué á San Felice (castillo del Modenés), donde, teniendo aviso de que los franceses que estaban en Verona habían entrado á robar el país de Mantua, alegando la necesidad de defender su Estado, se volvió á Mantua con licencia del Papa, pero con grandes quejas de los venecianos, porque aunque había prometido volver pronto, sospechoso de su fe, creían (y lo mismo se juzgó en toda Italia) que Chaumont, por darle alguna excusa para no ir con el ejército, había, con su consentimiento, hecho con los soldados franceses correrías en el Mantuano. Acrecentáronse estas sospechas porque escribió al Papa desde Mantua que por una enfermedad que le había sobrevenido no podía partir.

Luego que llegó á los contornos de Módena la gente del Papa, la de los venecianos y las lanzas españolas, no se dudaba que si llega á moverse sin tardanza, Chaumont (por haber, cuando partió del Boloñés, li-

cenciado la infantería italiana por disminuir el gasto), hubiera desamparado la ciudad de Reggio, quedándose con la ciudadela; pero cobrando ánimo, por la tardanza que habían tenido en moverse, comenzó de nuevo á tomar á sueldo infantería con determinación de atender solamente á la guarda de Sassuolo, Rubbiera, Reggio y Parma.

Mientras aquel ejército se detenía en los contornos de Módena, incierto todavía de si había de pasar adelante ó volverse á Ferrara, corriendo hacia Reggio algunas escuadras de la gente de la Iglesia, fueron puestas en huída por los franceses, perdiendo cien caballos y quedó preso el conde de Matelica.

Estaba en este tiempo el duque de Ferrara y Chatillon con la gente francesa alojados sobre el río Pó, entre el Hospitalet y el Bóndino, opuesto á la gente veneciana que se hallaba al otro lado del Pó, y queriendo su armada retirarse por la aspereza del tiempo y porque estaba mal proveída de Venecia, acometida por muchas barcas de Ferrara que echaron á fondo con la artillería ocho bajeles, llegó con grande dificultad desde Castelnuovo del Pó á la fosa que pasa por el Tanaro y por el Adige y después se consume.

Mandó después el Papa que el ejército que gobernaba Fabricio Colonna, por no haber venido el Marqués de Mantua, dejando en guarda de Módena al duque de Urbino, fuese derecho á Ferrara, dando á los capitanes (que conformes condenaban este consejo) esperanzas ciertas que el pueblo se inquietaría; pero el día mismo que se habían movido volvieron atrás por su orden, aunque sin noticia de la causa que le había obligado á tan súbita mudanza, y, dejando los primeros designios, fueron á sitiar la villa de Sassuolo, donde había puesto Chaumont quinientos infantes gascones, y habiéndola batido dos días con gran alegría del Papa, porque oía

los tiros de su artillería desde el mismo aposento que había oído pocos días antes con grandísimo desplacer el estruendo de los enemigos en las murallas de Spilimberto, la dieron el asalto, que sucedió felizmente con poquísima dificultad, porque se desordenaron los infantes que estaban dentro, y plantando después con presteza la artillería contra la fortaleza donde se habían retirado, y comenzándola á batir se rindieron luego sin ninguna condición, con la misma infamia é infidelidad de Juan de Casale, que era su capitán, que se había oído de él cuando el Valentino ocupó el castillo de Forli; hombre de origen vilísimo, pero que había llegado á algún grado de honra porque en la flor de su edad había sido grato á Ludovico Sforza.

Después de la expugnación de Sassuolo tomó el ejército á Formigine, y queriendó el Papa que fuesen á tomar á Montecchio, villa fuerte é importante situada entre el camino real y la montaña sobre los confines de Parma y Reggio que tenía el duque de Ferrara, aunque era parte del territorio de Parma, rehusó esto Fabricio Colonna, diciendo que le estaba prohibido por su Rey molestar las jurisdicciones del Imperio.

No acudía Chaumont á estos desórdenes, y alojando en Reggio á Obigni con quinientas lanzas y dos mil infantes gascones, guiados por el capitán Molardo, se estaba quedo en Parma, habiendo recibido nuevas comisiones del Rey de abstenerse de los gastos; porque el Rey, perseverando en el propósito de temporizar hasta la primavera, no hacía entonces provisión alguna para las cosas de esta parte de los montes, declinando por esto en Italia su reputación, y recobrando mayor ánimo los enemigos.

Impaciente el Papa de que su gente no pasase más adelante, y no admitiendo las excusas que le daban sus capitanes de la sazón del tiempo y de otras dificulta-

des, llamándolos á todos á Bolonia, propuso que se fuese á sitiar á Ferrara, aprobando su parecer sólo los embajadores venecianos, ó por no enojarle con la contradicción, ó porque sus soldados volviesen más cerca de sus confines; todos los otros le contradecían, pero en vano, porque no pedía parecer, sino mandaba. Fué determinado ir con el ejército á sitiar á Ferrara; pero que primero, para impedir á los franceses socorrerla, se intentase, en caso que no pareciese muy dificultoso, acometer á La Mirándola, villa de quien, juntamente con la Concordia, eran señores los hijos del conde Ludovico Pico y de Francisca, madre y tutora suya, y se conservaba debajo de la devoción del rey de Francia, siguiendo la autoridad de Juan Jacobo Tribulcio, su padre natural, por cuya diligencia sus hijos menores habían alcanzado la investidura del Emperador.

Habíalos recibido el Papa en su protección mucho antes, como se veía por un Breve, pero excusábase con que las condiciones de los tiempos presentes le obligaban á procurar no poseyesen aquella villa personas que le eran sospechosas, ofreciendo, si voluntariamente se la concedían, restituírsela, tan pronto como tomara á Ferrara. Dudóse entonces, y esta duda aún se acrecentó después más, si el cardenal de Pavía, de quien se sospechaba que tenía ocultos tratos con el rey de Francia, había sido artificiosamente autor de este consejo por interrumpir, con la empresa de La Mirándola, el ir á sitiar á Ferrara, que no estaba entonces muy fortificada ni tenía presidio grande, los soldados franceses se veían cansados en el cuerpo y ánimo por los trabajos, el Duque poco poderoso y el Rey ajeno de hacer allí mayores provisiones.

Mientras el Papa atendía con tanto calor á las expediciones de la guerra, el rey de Francia, atento más á las pláticas que á las armas, continuaba tratando con

el obispo de Gurgia las cosas comenzadas. Mas aunque al principio se mostraban muy fáciles, procedieron á mayor dilación por la tardanza de la respuesta del Emperador y porque, dudando del rey de Aragón, pues, demás de las otras acciones, había de nuevo, debajo de color de que hacia Otranto se había descubierto la armada de los turcos, vuelto á llamar al reino de Nápoles la gente que estaba en Verona, juzgaron el Emperador y el rey de Francia que era necesario asegurarse de su intención, así en lo tocante á la continuación de la liga de Cambray, como en lo que se había de hacer con el Papa; perseverando éste en la unión con los venecianos y en el deseo de adquirir inmediatamente para la Iglesia el dominio de Ferrara.

A estas demandas respondió, después de algunos días, el Rey Católico, tomando al mismo tiempo ocasión de purgarse de muchas querellas que el Emperador y el rey de Francia tenían de él; que había concedido las trescientas lanzas al Papa por la obligación de la investidura y solamente á efecto de defender el Estado de la Iglesia y restaurar las cosas que eran feudo antiguo de ella; que había hecho llamar la gente de armas de Verona porque había pasado el término que prometió al Emperador, pero que no la hubiera vuelto á llamar si no fuera por la sospecha de los turcos; que se interpuso su embajador en Bolonia con Chaumont, junto con los otros embajadores, para el acuerdo, no por dar tiempo á los socorros del Papa, sino por desviar tan gran incendio de la cristiandad, mayormente sabiendo que le era al Rey molestísima la guerra con la Iglesia; que había estado siempre en el mismo propósito de cumplir lo que se había prometido en Cambray, y lo quería hacer en lo venidero mucho más, ayudando al Emperador con quinientas lanzas y dos mil infantes contra los venecianos; que no era ya su intención li-

garse á nuevas obligaciones ni capitulaciones, porque no veía ocasión alguna urgente, y porque deseoso de conservarse libre para poder hacer la guerra contra los infieles de Africa, no quería acrecentar los peligros y los afanes de la cristiandad, que tanto había menester reposo; que le agradaba el Concilio y la reformación de la Iglesia, cuando fuese universal y los tiempos no lo repugnasen, y que de esta disposición suya ninguno era mejor testigo que el rey de Francia, por lo que habían tratado juntos en Savona; pero que los tiempos eran muy contrarios, porque el fundamento del Concilio era la paz y la concordia entre los cristianos, no pudiendo ajustarse alguna cosa en beneficio común sin la unión de las voluntades, y que no era digno de alabanza comenzar el Concilio en tiempo y de manera que pareciese que se comenzaba más por enojo y venganza que por celo de la honra de Dios y por el saludable estado de la república cristiana. Demás de esto, decía separadamente á los embajadores del Emperador que le parecía pesado ayudarle á conservar las villas para que después, por dinero, se las diese al rey de Francia, significando expresamente á Verona. Entendida después, por esta respuesta, la intención del Rey Católico, no tardaron más el Gurgense por una parte, en nombre del Emperador y el rey de Francia de la otra, en hacer nueva confederación, reservando poder al Papa para entrar en ella dentro de dos meses, y al Rey Católico y al de Hungría, dentro de cuatro. Obligóse el Rey á pagar al Emperador (fundamento necesario para los acuerdos que se hacían con él) cien mil ducados, parte de presente y parte en plazos. Prometía el Emperador pasar en la primanera á Italia con tres mil caballos y diez mil infantes contra los venecianos; que en este caso estuviese el Rey obligado á enviarle á su costa propia mil y doscientas lanzas y ocho mil infantes, con la ar-

tillería necesaria, y por mar dos galeras sutiles y cuatro bastardas; que observasen la liga de Cambray y solicitasen en nombre común á la misma observancia al Papa y al Rey Católico, y si el Papa lo dificultase por las cosas de Ferrara, estuviese obligado el Rey á quedar contento con aquello que fuese conforme á razón; pero que, en caso que negase las demandas que le pedían, se prosiguiese el Concilio, para el cual el Emperador debiese congregar á los prelados de Alemania, como el rey de Francia había hecho con los suyos, para proceder más adelante según lo que ellos determinasen.

Publicados estos conciertos volvió el Gurgense, muy honrado y habiendo recibido grandísimos dones, adonde estaba su Príncipe y el Rey, con quien nuevamente los cinco cardenales que procuraban el Concilio habían concertado que ni él, sin su consentimiento, ni ellos, sin el del Rey, se ajustarían con el Papa, se mostró en las palabras muy encendido para pasar personalmente á Italia con tal poder que asegurase sus cosas por mucho tiempo, y para que no cayesen en mayor declinación, encargó á Chaumont que no dejase perecer al duque de Ferrara, el cual juntó ochocientos infantes tudescos á las doscientas lanzas que primero estaban con Chatillón.

Por la otra parte el ejército del Papa, después que se hubieron hecho las provisiones necesarias (aunque lentamente), dejando en la guarda de Módena á Marco Antonio Colonna con cien hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y dos mil y quinientos infantes, fué á sitiar á Concordia y la tomó el mismo día que plantaron la artillería y, después de ganada por concierto la fortaleza, se arrimó á la Mirándola.

Llegábase ya el fin del mes de Diciembre, y el invierno aquel año acertó á ser aún más áspero que otras veces; por esto y por ser la villa fuerte y juzgarse que los

franceses no deberían dejar perder un lugar tan necesario, los capitanes principalmente desconfiaban de ganarla; mas el Papa se prometía tan segura la victoria de toda la guerra, que envió, por la discordia que había entre el duque de Urbino y el cardenal de Pavía, por nuevo legado al ejército al cardenal de Sinigaglia y le cometi6 en presencia de muchos que procurase, sobre todo cuando el ejército entrase en Ferrara, que se conservase cuanto se pudiera aquella ciudad. Comenzó á tirar la artillería contra la Mirándola el cuarto día que el ejército se le arrimó; mas padeciendo muy contrario y desacomodado tiempo y mucha falta de vituallas por venir al campo muy escasamente del Modenés, á causa de que metiéndose en Guastala cincuenta lanzas francesas, otras tantas en Corregio y doscientas y cincuenta en Carpi, y habiendo roto por todo el país los puentes y ocupado los pasos por donde podían venir del Mantuano, hacían imposible el conducir las por otra vía; pero acabóse pronto alguna parte de esta estrechez, porque los que estaban en Carpi, habiendo oído un rumor falso de que el ejército enemigo iba á acometerles, espantados, porque no tenían artillería, desampararon la villa.

Padeció al fin de este año alguna infamia la persona del Pontífice, como si hubiera sido sabedor y factor de que, por medio del cardenal de Médicis, se tratase con Marco Antonio Colonna y algunos mozos florentinos para que matasen en Florencia á Pedro Soderini, alférez mayor, á cuya influencia se atribuía la coalición de los florentinos con los franceses. Pues habiendo el Papa procurado con muchas persuasiones unirse con aquella República, jamás lo pudo conseguir, antes había, á petición del rey de Francia, contradicho la tregua á los sieneses, con grandísima molestia del Papa, aunque rehusaron los florentinos mover las armas hasta seis

meses después de la contradicción, como deseaba e Rey, para poner en sospecha al pueblo. Demás de esto, habían enviado al Rey doscientos hombres de armas para que estuviesen en la guarda del ducado de Milán, cosa que había pedido el Rey en virtud de su confederación, no tanto por la importancia de la ayuda, cuanto por el deseo de enemistarlos con el Papa.

---

## CAPITULO IV.

Chaumont ofrece nuevas condiciones al Pontífice.—Alejandro Tribulcio defiende la Mirándola.—El papa Julio la toma y de allí se retira á Bolonia.—Discurso del Tribulcio disuadiendo de ir á atacar á los pontificios en sus alojamientos.—Artificio del marqués de Mantua para mantenerse neutral.—Módona es restituida al Emperador.—Chaumont muere.

Feneció en este estado de las cosas el año de 1510 é hizo muy memorable el principio del siguiente una cosa no esperada é inaudita en todos los siglos, porque, pareciéndole al Papa que la opugnación de la Mirándola procedía tibiamente, y atribuyendo á la ignorancia y poca lealtad de los capitanes, especialmente de su sobrino, la dilación que principalmente procedía de muchas dificultades, determinó acelerar las cosas con su presencia, anteponiendo el ímpetu de su ánimo á todos los otros respetos. No le detenía el considerar cuán indigno era de la majestad de tan gran puesto que el Pontífice romano anduviese personalmente en los ejércitos contra tierras de cristianos, ni cuán peligroso, despreciando la fama y el juicio que en todo el mundo se haría, el dar aparente color y casi justificación á los

que, debajo de título de ser tan pernicioso á la Iglesia su gobierno y escandalosos é incorregibles sus defectos, procuraban convocar el Concilio y alterar los Príncipes contra él. Oíanse estas palabras por toda la Corte; cada uno se maravillaba y todos blasfemaban de ello grandemente, y nó menos que los otros los embajadores de los venecianos, suplicándole los cardenales con suma instancia que no fuese; mas eran vanos los ruegos y persuasiones.

Partió á dos de Enero de Bolonia acompañado de tres cardenales, y junto al campo alojó en una casilla de un villano sujeta á la artillería de los enemigos, porque no estaba más apartada de la Mirándola que dos tiros de ballesta ordinaria. Fatigándose y ejercitándose allí no menos el cuerpo que el entendimiento y el poder, andaba á caballo casi continuamente por el campo, solicitando que se diese perfección á plantar la artillería, pues hasta aquel día se había puesto la menor parte, habiendo impedido el tiempo (por ser asperísimo y la nieve casi continua) todas las obras militares, y porque no bastaba diligencia alguna á detener que huyesen los gastadores, muy ofendidos, demás del rigor del tiempo, por la artillería de los de adentro. Pero siendo necesario hacer en los lugares donde se había de plantar la artillería, para seguridad de los que trabajaban, nuevos reparos y venir al campo nuevos gastadores, mientras que se proveían estas cosas, el Papa, por no padecer en este tiempo las calamidades del ejército, se fué á la Concordia.

En este lugar vino á él, por comisión de Chaumont, Alberto Pío, proponiendo varios partidos de composición, y aunque muchas veces fué del uno al otro sobre ellas, se intentaron vanamente, ó por su acostumbrada dureza ó porque Alberto (de quien siempre crecían las sospechas) no negociaba con la sinceridad conveniente.

Estuvo en la Concordia pocos días, volviéndole al ejército la misma impaciencia y ardor; mas no le enfrió nada el brío la mucha nieve que todavía caía del cielo, ni los fríos tan excesivos que apenas los podían tolerar los soldados, y alojado en una ermita junto á su artillería y más vecina á los muros de lo que estaba el primer alojamiento, no satisfaciéndole nada de lo que se había hecho ni de lo que se hacía, se lamentaba con palabras impetuosas de todos los capitanes, excepto de Marco Antonio Colonna, á quien había hecho venir de nuevo de Módena; y discurrendo por el ejército no con menos ímpetu, ora reprendiendo á éstos, ora animando á los otros y haciendo con las palabras y los hechos oficios de capitán, prometía que si los soldados procedían varonilmente, no aceptaría á la Mirándola con pacto alguno, sino que dejaría en su mano el saquearla. Era verdaderamente cosa notable y muy nueva á los ojos de los hombres que el rey de Francia, Príncipe seglar, mozo y entonces de muy buena disposición, criado desde la juventud en las armas, al presente reposando en los aposentos, gobernase por capitanes una guerra hecha principalmente contra él, y por otra parte ver que el Sumo Pontífice, vicario de Cristo en la tierra, viejo, enfermo y criado en las comodidades y pasatiempos, hubiese ido en persona á una guerra que él había levantado contra cristianos y estuviese en el campo contra una villa de poco nombre, donde, sujetándose como capitán del ejército á los trabajos y peligros, no retenía de Pontífice más que el traje y el nombre.

Procedían las cosas del Papa, por su grande solicitud, por sus querellas, promesas y amenazas, con mayor celeridad que de otra manera hubiera sido; mas, haciendo resistencia muchas dificultades, sucedían lentamente por el corto número de gastadores, por haber pocas piezas de artillería en el ejército y no ser las de los vene-

cianos muy gruesas, y porque, por la variedad del tiempo, la pólvora no obraba como solía.

Defendíanse atrevidamente los de adentro, los cuales tenían por cabo á Alejandro Tribulcio, con cuatrocientos infantes forasteros, portándose con mayor valor en los peligros por la esperanza del socorro que les había prometido Chaumont, pues habiendo tenido orden del Rey de no dejar ocupar al Papa aquella villa, había llamado los infantes españoles que estaban en Verona, y recogiendo de todas partes su gente y tomando á su sueldo continuamente infantería y haciendo hacer lo mismo al duque de Ferrara, prometía acometer el campo enemigo antes del 20 de Enero.

Muchas cosas hacían difícil y peligroso este propósito, la estrechez del breve tiempo para hacer tantas provisiones, el dar lugar á los enemigos de fortificar los alojamientos, el trabajo de conducir en sazón tan fría por malos caminos, y por la nieve mucho peores que estaban en los años anteriores, la artillería, las municiones y las vituallas. Aumentó las dificultades quien debía disminuirlas, recompensando con la presteza el tiempo perdido, porque Chaumont fué luego por la posta á Milán, afirmando que iba para proveer más solícitamente dinero y otras cosas que habían menester; mas se divulgó y creyó que le había inducido á esto el amor de una dama milanese. Enfrió mucho los ánimos de los soldados y la esperanza de los que defendían á la Mirandola su jornada, aunque volvió pronto, y decían muchos que por ventura había dañado no menos que la negligencia ó vileza de Chaumont, el odio que tenía á Juan Jacobo Tribulcio, y que por esto, anteponiendo (como muchas veces se hace) la pasión propia á la utilidad del Rey, le era agradable que los sobrinos del Tribulcio fuesen privados de aquel Estado.

No perdonaba el Pontífice por otra parte cosa alguna

para alcanzar la victoria, encendido en mayor furor porque una pieza de artillería de las de adentro mató dos hombres en su cocina. Por este peligro se quitó de aquel alojamiento, y después, porque no podía templarse á sí mismo, volvió allí al día siguiente y le obligaron nuevos peligros á irse al alojamiento del cardenal Regino, donde, sabiendo por acaso los de adentro que se había pasado, enderezaban una pieza de artillería gruesa, no sin peligro de su vida.

Finalmente, la gente de la villa, perdida enteramente la esperanza de ser socorrida y habiendo hecho la artillería progresos grandes y helándose tan profundamente el agua de los fosos que sustentaba los soldados, temiendo no poder resistir al primer asalto, que se ordenaba dar dentro de dos días, enviaron en aquel mismo en que había Chaumont prometido arrimarse, embajadores al Papa para rendirse, con capitulación de que fuesen libres ~~las~~ personas y haciendas de todos, y aunque él respondió al principio que no quería obligarse á salvar la vida á los soldados, vencido al fin por los ruegos de todos los suyos, los aceptó con las condiciones dichas, exceptuando que Alejandro Tribulcio, con algunos capitanes de infantería, quedasen prisioneros suyos, y que la villa, por rescatarse del saco que había prometido á los soldados, pagase cierta cantidad de dinero. Mas pareciendo á éstos que se les debía lo que se les había prometido, le fué al Papa de gran trabajo impedir que la saqueasen, y haciéndose subir sobre la muralla, porque las puertas estaban terraplenadas, bajo de allí á la villa.

Rindióse juntamente el castillo, dando licencia á la condesa para que se fuese con toda su hacienda. Restituyó el Papa la Mirándola al Conde Juan Francisco y le cedió los derechos del conde Ludovico, como ganados por él con guerra justa; recibiendo de él obligación

(y para la seguridad de la observancia, la persona del hijo) de pagarle dentro de cierto tiempo, por la restitución de los gastos que había hecho, veinte mil ducados. Dejó allí para que, luego que se fuese el ejército no la recuperasen los franceses, quinientos infantes españoles y trescientos italianos.

Desde la Mirándola fué á Sermidi, en el Mantuano, castillo situado en la orilla del Pó, con grandísima esperanza de ganar sin dilacion alguna á Ferrara, y por esto el mismo día que ganaron á la Mirándola, había respondido muy resueltamente á Alberto Pío que no quería dar más oídos á ninguna plática de concordia si antes que se tratase de las otras condiciones de la paz no se le diese á Ferrara.

Variaron sus pensamientos por una determinación nueva de los franceses, porque, considerando el Rey cuánto se menoscababa la reputación de sus cosas por la pérdida de la Mirándola, y desesperando de que el ánimo del Papa se pudiese reducir voluntariamente á consejos quietos, mandó á Chaumont que no solamente atendiese á defender á Ferrara, pero que demás de esto no se abstuviese (teniendo ocasiones oportunas) de ofender el Estado de la Iglesia, y así, recogiendo Chaumont gente de todas partes, se retiró el Papa á Bolonia por consejo de sus capitanes. Estuvo allí pocos días. O por temor, ó por solicitar, como decía, de lugar más cerca la opugnación de la Bastia del Genivolo, contra la cual pensaba enviar algunos soldados que tenía en la Romaña, vino á Lugo, y últimamente á Ravena, por no parecerle quizá digna de su presencia tan pequeña expedición.

Estaba la gente veneciana (no permitiendo la vecindad de los enemigos que acometiese á Ferrara) recogida en el Bondino, y entre Cento y Finale la eclesiástica española que, aunque había pasado el término de

tres meses, se había detenido allí á ruegos del Papa.

Por otra parte Chaumont, reunido el ejército, superior á los enemigos en infantería y en valor, mas inferior en número, consultaba lo que se había de hacer. Proponían los capitanes franceses que juntase con el ejército la gente del duque de Ferrara y se fuese á buscar á los enemigos que, aunque estaban alojados en sitios fuertes, se debía esperar, con el valor de las armas y con el ímpetu de la artillería, que les obligarían fácilmente á retirarse; y sucedido esto, no sólo quedaba Ferrara libre de todo peligro, sino se cobraba enteramente la reputación perdida hasta aquel día. Alegábase por la misma opinión que, al pasar por el Mantuano con el ejército, se quitarían al Marqués las excusas é impedimentos que afirmaba le detenían para tomar las armas como feudatario del Emperador y soldado del Rey; que su declaración era muy útil para la seguridad de Ferrara y muy contraria en esta guerra á los enemigos, perdiendo los ejércitos de los venecianos comodidad no pequeña de vituallas, de puentes y de pasos de ríos, y porque el Marqués revocaría luego los soldados que tenía en el campo de la Iglesia. Aconsejaba en contrario el Trivulcio, que había vuelto de Francia el día mismo que se perdió la Mirándola, diciendo que era peligroso procurar acometer en la fortaleza de sus alojamientos al ejército de los enemigos y pernicioso el sujetarse á necesidad de proceder día por día, según lo que ellos hiciesen; que era más útil y seguro volver hacia Módena ó hacia Bolonia, porque si los enemigos, con temor de no perder alguna de aquellas ciudades, se moviesen, se conseguiría el fin que se buscaba de librar á Ferrara de la guerra y, si no se movían, se podía ganar con facilidad la una ó la otra; que sucediendo esto así, mayor necesidad los sacaría á defender las cosas propias; y por ventura, saliendo de sitio tan fuerte, se tendría

ocasión de alcanzar alguna esclarecida victoria. Este era el parecer del Trivulcio; mas por la inclinación de Chaumont y de los otros capitanes franceses á murmurar de su autoridad, se aprobó el otro consejo. Alfonso de Este, porque esperaba que los enemigos se verían necesitados á apartarse de su Estado decía afligido, que era imposible sustentar más largamente tan grave peso; porque temía que, si los franceses se alejaban, entrase la gente de los enemigos en el Polesino de Ferrara, donde la enfermedad de aquella ciudad, privada de todo el valor que le quedaba, irremediablemente se agravaría.

Fué el ejército francés por el camino de Lucera y de Gonzaga á alojar en Razzuolo y la Moia, donde se entretuvo, por la aspereza del tiempo, tres días, rehusando el consejo de quien proponía que se acometiese á la Mirándola porque era imposible alojar en campaña y, cuando se fué el Papa, quedaron abrasados los arrabales y las casas del contorno. No agradó de la misma manera la opinión de acometer á la Concordia, apartada cinco millas, por no perder tiempo en cosa de poca importancia. Vino á Quisteli, y pasando el río Secchia por un puente de barcas, alojó el día próximo en Rovera sobre el Pó.

Este alojamiento dió ocasión para que Andrea Gritti, que habiendo recuperado primero el Polesino de Rovigo y dejado una parte de los soldados venecianos debajo del gobierno de Bernardino del Montone, en Montagnana, para resistir á la gente que guardaba á Verona, se había llegado al Pó con trescientos hombres de armas, mil caballos ligeros y mil infantes, se retirase á Montagnana, para ir á unirse con el ejército de la Iglesia, habiendo saqueado primero la villa de Guastalla.

De Rovere, fueron los franceses á Sermidi, exten-

diéndose, aunque ordenadamente, por las villas circunvecinas. Luego que se alojaron fué Chaumont con algunos, capitanes (mas sin el Trivulcio) á la villa de la Stellata, donde esperaba Alfonso de Este para determinar de qué modo se había de proceder contra los enemigos, pues todos se habían juntado á alojarse en Finale. Acordaron que, unida la gente de Alfonso con los franceses junto á Bondino, fueran todas á alojarse á algunas villas á tres millas de Finale, para proceder después según la naturaleza de los lugares y según lo que hiciesen los enemigos. Dijeron á Chaumont al volver á Sermidi que era muy difícil ir á aquel alojamiento, porque, por el impedimento de las aguas de que estaba lleno el país en contorno del Finale, no se podía ir sino por el camino y diques del canal, habiéndolo cortado los enemigos por diferentes partes y puesto guarda para impedir que se pasase, lo cual parecía también que había de ser muy difícil por la oposición de los tiempos tan contrarios. Estando Chaumont muy dudoso, Alfonso, que había traído consigo algunos ingenieros y hombres peritos del país y mostrando el sitio y disposición de los lugares, se daba maña á persuadir lo contrario, afirmando que, con la fuerza de la artillería, obligarían á los que guardaban los pasos cortados á desampararlos, y que por esto sería muy fácil echar donde fuese necesario los puentes para pasar.

Refiriendo esto Chaumont y disputándolo en el Consejo, se aprobó el parecer de Alfonso. El Trivulcio ni lo contradijo ni lo consintió, y por ventura el silencio movió más á los hombres de lo que lo hubiera hecho la contradicción, porque consideraban más de cerca que las dificultades se mostraban mayores; que aquel capitán viejo y de larga experiencia había reprobado siempre aquella resolución y que, si ocurriese algún suceso siniestro, sería imputado por el Rey á quien, contra su

parecer, hubiese sido autor de ella. Volviendo Chaumont á llamar al otro día al Consejo sobre la misma determinación, rogó eficazmente al Trivulcio que, no con el silencio, como había hecho el día antes, sino hablando descubiertamente dijese su parecer. Incitado por esta instancia y mucho más por ser determinación de tan gran peso, estando todos con gran atención para oírle, habló así:

«Yo callé ayer porque he visto por experiencia muchas veces que se hace poco caso de mi consejo; pues si se hubiera seguido desde el principio, no estuviéramos al presente en estos lugares, ni hubiéramos perdido en vano tantos días que se pudieran gastar con más provecho; y estuviera hoy en el mismo pensamiento de callar si no me obligase la importancia de la materia, porque estamos á punto de poner á la suerte inciertísima de un dado este ejército, el Estado del duque de Ferrara y el ducado de Milán (cosas muy grandes), sin quedarnos con nada en la mano. Demás de esto, me convida á hablar el parecerme que alcanzo á entender que Chaumont desea que sea yo el primero en aconsejar aquello de que él comienza ya á tener intención en su ánimo, cosa que en mí no es nueva, porque otras veces he comprendido que son menos despreciados mis consejos cuando se trata de deshacer alguna cosa por ventura determinada, menos maduramente que cuando se toman las primeras determinaciones.

»Nosotros tratamos de ir á pelear con los enemigos, y yo he visto siempre que es fundamento firme de grandes capitanes, y que yo, de la misma manera, he aprendido con la experiencia que nunca debe tentar la fortuna de la batalla quien no cuente con grande ventaja ó esté obligado por urgente necesidad; demás que, según la razón de la guerra, á los enemigos que son los actores (pues que se mueven para conquistar á Fe-

rrara) toca el procurar acometerlos; pero á nosotros, á quien basta el defendernos, no toca, contra todas las reglas de la disciplina militar, esforzarnos para acometerlos.

»Pero veamos cuál es la ventaja ó la necesidad que nos induce. Me parece y es (si no me engaño del todo) cosa muy evidente, que no se puede intentar lo que propone el duque de Ferrara, sino con grandísima desventaja nuestra, porque no podremos ir á aquel alojamiento sino por un dique y camino malísimo y estrecho, donde no se pueden extender todas nuestras fuerzas, y ellos pueden con pocas resistir á número mucho mayor. Será menester que por el dique caminemos caballo por caballo; que por su estrechez llevemos la artillería, el bagaje, los carros y los puentes, y ¿quién no sabe que en el camino estrecho y trabajoso cualquier pieza de artillería ó carro que se embarace hará detener por lo menos una hora todo el ejército, y estando enredado en tantas incomodidades, cualquier mediano accidente podrá desordenarnos con facilidad?

»Alojan los enemigos cubiertos, proveídos de vituallas y de forraje, y nosotros alojaremos casi todos descubiertos, necesitaremos traer detrás el forraje y no podremos sino con grandísimo trabajo conducir la mitad de lo que es necesario. No hemos menester volver á referir lo que dicen los ingenieros y villanos prácticos del país, porque las guerras se hacen con las armas de los soldados y con el consejo de los capitanes, hácese peleando en la campaña, no con diseños que de los hombres no prácticos en la guerra se notan sobre las cartas ó se pintan con el dedo ó con una vara en el polvo. No presupongo yo que están los enemigos tan flacos, ni sus cosas en tal desorden, ni que hayan sabido valerse tan poco de la oportunidad de las aguas y de los sitios en alojarse y en fortificarse, que me pro-

meta que luego que nos juntemos en el alojamiento que se traza, aunque llegásemos allí fácilmente, haya de estar en nuestra mano el acometerlos. Podrán muchas dificultades forzarnos á estar allí dos ó tres días, aun cuando no hubiese otra vez las nieves y lluvias propias de tan contraria sazón. ¿Cómo nos hallaremos de vituallas y de forrajes si acaece detenernos allí? Y cuando, por ventura, estuviese en nuestra mano el acometerles, ¿quién es aquel que se promete tan fácil la victoria que no considere cuán peligroso sea ir á buscar á los enemigos alojados en sitio fuerte y haber de pelear á un mismo tiempo con ellos y con las incomodidades del sitio del país? Si no les obligamos á levantarse luego de aquel alojamiento, seremos necesitados á retirarnos, y esto, ¿con cuánta dificultad se hará por país que todo nos es contrario, donde vendrá á ser muy grande cualquier pequeño disfabor de la fortuna? Menos veo la necesidad de poner todo el Estado del Rey en este despeñadero, moviéndonos principalmente, no por otra cosa que por socorrer la ciudad de Ferrara, en donde, aun poniendo de guarda más gente, podemos estar segurísimos de que, si deshacemos el ejército en la creencia de que está bien guardada, quedándole encima el ejército de los enemigos, es imposible que en breve tiempo no caiga en sus manos. ¿No tenemos nosotros el remedio de la diversión, poderosísimo en la guerra, con el cual, sin poner á peligro un caballo, les obligaremos á que se alarguen de Ferrara?

»Yo he aconsejado y aconsejo ahora más que nunca que nos volvamos hacia Módena ó hacia Bolonia, tomando el camino ancho y dejando á Ferrara bien proveída para estos pocos días (que para más no será necesario). Agrádame ahora más el ir á Módena, y para esto nos incita el cardenal de Este, persona de consideración y que afirma que hay dentro inteligencia, propo-

niendo el tomarla por muy fácil y, tomado un lugar tan importante, los enemigos se verán obligados á retirarse luego hacia Bolonia. Aunque no se tomase á Módena, el temor de aquel suceso y de las cosas de Bolonia les obligaría á hacer lo mismo, como indubitablemente lo hubieran hecho muchos días ha, si desde el principio se siguiera este parecer.»

Conocieron todos por las razones eficaces del sabio capitán cuando las ocasiones estaban ya presentes, lo que él había conocido tan de lejos. Aprobado su parecer por todos, dejando Chaumont, para la seguridad del duque de Ferrara, más gente, se movió con el ejército por el mismo camino hacia Carpi, no habiendo aún conseguido que se declarase el marqués de Mantua, que era una de las ocasiones alegadas principalmente por los que habían aconsejado contra la opinión del Tribulcio, porque deseando el Marqués conservarse neutral en estas turbulencias, como llegaba el tiempo en que había dado esperanza de declararse, rogaba con varias excusas que se le permitiese el diferirlo algún día; mostrando al Papa el peligro evidente que le sobrevenía del ejército francés y suplicando á Chaumont que no interrumpiese las esperanzas que tenía de que el Papa en breve tiempo le volviera el hijo.

Pero ni aun el designio de ocupar á Módena procedió felizmente, haciendo mayor impedimento la astucia y consejos secretos del rey de Aragón que las armas del Papa. Había sido molesto al Emperador que el Papa hubiese ocupado á Módena, ciudad que largo tiempo había estado tenuta por jurisdicción del Imperio y poseída muchos años por la familia de Este, con privilegio é investidura de los Emperadores, y aunque con muchas querellas había hecho instancia para que se la concediese el Papa (quien de los derechos de aquella ciudad sentía ó pretendía diferentemente), lo resistió desde

el principio, mayormente mientras esperó que le fuese fácil ocupar á Ferrara; pero descubriéndose después manifiestamente en favor del de Este las armas francesas, y no pudiendo sustentar á Módena sino con grandes gastos, había comenzado á aprobar el consejo del rey de Aragón, que le propuso, para huir de tantas molestias, mitigar el ánimo del Emperador é intentar que naciese alguna alteración entre el rey de Francia y él, consintiese en cedérsela, atendiendo principalmente á que cuando en tiempo más cómodo determinase volver á tomarla, le sería siempre fácil, dando al Emperador mediana cantidad de dinero. Este razonamiento se alargó muchos días porque, según la variación de las esperanzas se variaba la determinación del Papa, mas siempre había estado en pie la dificultad de que el Emperador rehusaba recibirla si en la escritura de la consignación no se explicaba claramente que aquella ciudad pertenecía al Imperio, lo cual al Papa se le hacía muy duro de consentir. Mas como después que hubo ocupado á la Mirándola vió que Chaumont había salido poderoso á campaña y que volvían á él las mismas dificultades y gastos de la defensa de Módena, omitida la disputa de las palabras, consintió que en la escritura se dijese que se restituía Módena al Emperador de cuya jurisdicción era. Luego que Vitfrust, embajador del Emperador al Papa, tomó posesión de ella, persuadiéndose el Pontífice de que estaba por la autoridad del Emperador, licenció á Marco Antonio Colonna y la gente con que la había guardado primero en nombre de la Iglesia, y á Chaumont significó que Módena no pertenecía ya al Papa, sino que había vuelto justamente debajo del dominio del Emperador.

No creyó Chaumont que esto era verdad, y por ello incitaba al cardenal de Este para la ejecución de los tratos que decía tenía en aquella ciudad, por cuya or-

den los soldados franceses que Chaumont había dejado en guarda de Rubbiera, habiéndose llegado una noche lo más calladamente que pudieron una milla cerca de Módena, se retiraron la misma noche á Rubbiera, no correspondiendo á las órdenes dadas los de adentro, ó por alguna dificultad que había sobrevenido ó porque los franceses se movieron antes de tiempo.

Salieron después otra noche de Rubbiera para llegar-se todavía á Módena; pero por la mucha agua y furia de la corriente no pudieron pasar el río de la Secchia, que corre por delante de Rubbiera.

Sospechoso de estas cosas Vitfrust, habiendo hecho prender algunos modenesees culpados de que maquinaban con el cardenal de Este, alcanzó del Papa que Marco Antonio Colonna volviese allí con el mismo presidio, lo cual no hubiera consentido Chaumont, que ya había venido á Carpi, después de haber acampado, si la calidad del tiempo no le impidiese conducir la artillería por aquel camino que está entre Ruolo y Carpi, que aunque no más largo que diez millas, es el peor de todos los de Lombardía, porque en el invierno está lleno de agua y lodo. Certificóse demás de esto cada día Chaumont de que Módena se había dado verdaderamente al Emperador, y por esto convino con Vitfrust no ofender á Módena ni á su territorio, recibiendo por su parte promesa de él que, en los movimientos entre el Papa y el Rey Cristianísimo, no favoreciese á la una ni la otra parte.

Sobrevino pocos días después á Chaumont una enfermedad grave y, llevándole á Corregio, acabó después de quince días, habiendo hecho antes de morir demostraciones con devoción grande de arrepentirse sumamente de las ofensas que había hecho á la Iglesia, suplicando por escritura pública al Papa que le concediese la absolución. Concediósele antes que muriese, mas no pudo llegar á su noticia antes de acabar.

Fué capitán de gran autoridad en Italia mientras vivió, por el poder grande del cardenal de Rohán y porque administraba casi absolutamente el ducado de Milán y todos los ejércitos del Rey; pero de valor inferior á tan gran peso, porque, constituído en tan gran puesto, no sabía por sí mismo el arte de la guerra ni paba crédito á los que lo sabían; de manera que no sustentándose, después de la muerte del tío, la insuficiencia con el favor, había venido en los últimos tiempos casi á desprecio de los soldados; y porque no dijese faltas suyas al Rey, les permitía grandes licencias; de modo que el Trivulcio, capitán criado en la disciplina antigua, afirmaba muchas veces que no quería jamás andar en los ejércitos franceses sino es estando en ellos el Rey ó siendo él superior á todos.

Había el Rey determinado primero darle por sucesor á monseñor de Longueville, de la sangre real (bien que ilegítimo), no siguiendo tanto el valor, cuanto la nobleza, la riqueza, autoridad y estimación de su persona.

Por la muerte de Chaumont recayó, según los instintos de Francia, hasta nueva orden del Rey, el gobierno del ejército en Juan Jacobo Trivulcio, uno de los cuatro mariscales del reino, el cual, no sabiendo si había de continuar en él, no se atrevía á intentar ninguna cosa de momento; con todo eso, volvió á Sermidi con el ejército para ir á socorrer la Bastia del Genivolo, que el Papa molestaba con la gente que estaba en la Romana, habiendo procurado también que al mismo tiempo se acercase allí la armada de los venecianos de trece galeras sutiles y muchos bajeles menores; mas no hubo menester pasar más adelante porque, mientras la gente de tierra estaba en el contorno con poca obediencia y orden, sobrevinieron de improviso el duque de Ferrara y Chatillón con los soldados franceses que sa-

lieron de Ferrara con mayor número de gente de la que tenían los enemigos. Los infantes por el Pó tras la corriente y los capitanes con los caballos caminando por tierra, siguiendo la orilla llegaron al río Santerno, en donde, echando un puente que habían traído consigo, dieron de pronto sobre los enemigos. Estos, desordenados, sin hacer alguna resistencia más que trescientos infantes españoles que estaban destinados á guardar la artillería, se pusieron en fuga, salvándose con dificultad Guido Vaina, Brunoro de Forli y Meleagro su hermano, capitanes de caballos, con pérdida de los estandartes y artillería, y por esto la armada veneciana, apartándose, por huir el peligro, se alargó en el Pó.

---

## CAPITULO V.

Negociaciones entre los príncipes cristianos para la paz.—Gastón de Foix llega á Italia.—El obispo Gurgense en Bolonia con el Pontífice.—Altanería del obispo con el Papa.—Dificultades para que se pongan de acuerdo.—El Gurgense parte de Bolonia.—El Trivulcio toma la Concordia.—El ejército francés en camino de Bolonia.—Discurso del papa Julio á los boloñeses y respuesta de éstos al Papa.—Incertidumbre de los boloñeses.—El cardenal de Pavia, legado pontificio, huye de Bolonia.—El duque de Urbino le sigue en la fuga.—El obispo Vitello entrega el castillo de Bolonia al pueblo.—El duque de Urbino mata al cardenal de Pavia.—Sentimiento del Papa.—Parte de Ravena.—Es invitado por Cédula á comparecer ante el Concilio, trasladado á Pisa.

Variaban de esta manera las cosas de las armas sin descubrirse todavía indicio por donde con fundamento se pudiese juzgar cuál hubiese de ser el fin de la gue-

rra: mas no menos ni con menor incertidumbre variaban los pensamientos de los príncipes, principalmente el del Emperador, pues, fuera de toda expectación, determinó enviar al obispo Gurgense á Mantua á tratar de la paz. Habíase establecido, como he referido arriba, por medio del dicho obispo, entre el rey de Francia y el Emperador, mover poderosamente á la primavera la guerra contra los venecianos, y que, en caso que el Papa no accediese á observar la liga de Cambray, se convocase el Concilio, á que el Emperador estaba muy inclinado. Había, después de la vuelta de Gurgense, llamado á los prelados de sus Estados patrimoniales para que tratasen en qué forma y sitio se debía celebrar; pero como naturalmente era vario, inconstante y enemigo del nombre francés, dió después oídos al rey de Aragón, el cual, considerando que la amistad del Emperador y del rey de Francia, el abatimiento (con las armas de ambos) de los venecianos y la ruina del Papa por medio del Concilio, acrecentarían mucho la grandeza del rey de Francia, había procurado con artificio persuadirle que era más conveniente la paz universal, que quizá con ella conseguiría ó en todo ó en la mayor parte lo que le ocupaban los venecianos, exhortándole á que para este efecto enviase á Mantua una persona de consideración, con autoridad grande; que procurase que el rey de Francia hiciese lo mismo y que él también enviaría persona, de donde resultaría no poder el Pontífice negar el hacer lo mismo ni desviarse de la voluntad de tan grandes Príncipes, de cuya determinación, dependiendo la de los venecianos, pues por no quedarse solos estaban necesitados á seguir su autoridad, se podía esperar verosíblemente que el Emperador, sin dificultad, sin armas, sin acrecentar la reputación ó el poder del rey de Francia, alcanzaría con suma alabanza, juntamente con la paz universal, su Estado.

Y que si no sucediese aquello que conforme á razón se debía esperar, no por esto quedaba privado de la disposición de mover la guerra al tiempo determinado con la misma oportunidad, antes siendo él la cabeza de todos los Príncipes cristianos y defensor de la Iglesia, se aumentaban mucho por este consejo las justificaciones y gloria de su nombre, porque en todo el mundo claramente se conocería que había deseado en primer lugar la paz y unión de los cristianos, pero que le habían obligado á la guerra la obstinación y dañosos consejos de los otros.

Influyeron en el Emperador las razones que daba el Rey Católico y escribió al mismo tiempo al Papa y al rey de Francia; al Papa que había deliberado enviar al obispo Gurgense á Italia, porque como Príncipe, que por la dignidad imperial era defensor de la Iglesia y cabeza de todos los Príncipes cristianos, había determinado procurar cuanto pudiese la tranquilidad de la Sede Apostólica y la paz de la cristiandad y aconsejarle que, como pertenecía al Vicario verdadero de Cristo, procediese con la misma intención, porque si no hacía lo que era oficio del Papa, no se viese él obligado á pensar remedios necesarios para la quietud de los cristianos; que no aprobaba que tratase de privar á los cardenales ausentes de la dignidad del cardenalato porque, no habiéndose ausentado por malos pensamientos ni por odio contra él, no merecían tal pena, ni pertenecía al Papa sólo la privación de los cardenales; que se acordase, demás de esto, que era cosa muy indigna é inútil crear cardenales nuevos en tantas turbaciones, pues le estaba prohibido por los capítulos hechos en Cambray, en el tiempo de su elección al Pontificado, exhortándole á que reservase el hacer la creación para tiempo pacífico, en el cual no tendría necesidad ú ocasión para promover á tan gran dignidad sino personas

aprobadísimas de prudencia, doctrina y costumbres.

Al rey de Francia escribió que, sabiendo la inclinación que siempre había tenido á la paz honesta y segura, había deliberado enviar á Mantua al obispo Gurgense á tratar de la paz universal, pues creía con fundamentos, no muy ligeros, que el Papa (cuya autoridad veíanse obligados á seguir los venecianos) estaba inclinado á ella; que lo mismo prometerían los embajadores del rey de Aragón, y por esto procuraba que él, de la misma manera, enviase allí embajadores con poder amplísimo; que luego que estuviesen juntos, el Gurgense requeriría al Papa que hiciese lo mismo, y en caso que lo negase se le denunciaría en nombre de todos el Concilio, añadiendo que, para proceder con mayor justificación y poner fin á las controversias universales, el Gurgense oiría las razones de todos, pero que en cualquier caso tuviese por cierto que no haría jamás con los venecianos alguna concordia si al mismo tiempo no se terminasen con el Papa sus diferencias.

Fué agradable al Papa esta proposición, no por ser de paz ó de concordia, sino por persuadirse de que podía disponer al Senado veneciano á componerse con el Emperador, y esperaba que, libre el Emperador, por este medio, de la necesidad de estar unido con el rey de Francia, se apartaría de él, de donde fácilmente podría nacer contra el Rey unión de muchos Príncipes.

Esta determinación improvisada fué muy molesta al rey de Francia, porque, no teniendo esperanza de que hubiese de resultar la paz universal, juzgaba que el menor mal que podría suceder sería dar mayor dilación al cumplimiento de lo que había concertado con el Emperador. Temió que, prometiendo el Papa al Emperador ayudarle á conquistar el ducado de Milán y al Gurgense la dignidad del cardenalato y otras gracias eclesiásticas, le apartaría de él, ó que á lo menos que, por su

medio, la composición con los venecianos le pusiese en necesidad de aceptar la paz con condiciones poco decentes. Acrecentábale la sospecha el haberse confederado el Emperador de nuevo con los suizos, bien que solamente para defensa, persuadiéndose que el Rey Católico había sido autor con el Emperador de este nuevo consejo, de cuya intención tenía gran sospecha por muchas razones. Sabía que su embajador en Alemania había procurado y procuraba descubiertamente la concordia entre el Emperador y los venecianos; creía que secretamente daba ánimo al Papa, en cuyo ejército había estado su gente mucho más tiempo del que estaba obligada por los conciertos de la investidura del reino de Nápoles; sabía que, para impedir sus acciones, se oponía eficazmente á la convocación del Concilio y, debajo de color honesto, condenaba descubiertamente que abrasándose Italia en guerras con las armas en las manos, se tratase de hacer una obra que, sin la unión de todos los Príncipes, no podía producir más que efectos dañosísimos. Tenía noticia de que prevenía de nuevo en el mar una armada muy poderosa y aunque publicaba que quería pasar personalmente á Africa, no se podía saber si la prevenía para otros fines. Dábale mayor sospecha al rey de Francia la blandura de palabras con que casi fraternalmente le pedía que hiciese la paz con el Papa, aunque fuese perdiendo de su derecho, si de otra manera no se podía, por no mostrarse perseguidor de la Iglesia, contra la piedad antigua de la casa de Francia, y porque no le interrumpiese á él la guerra determinada para la exaltación del nombre de Cristo contra los moros de Africa, el estar al mismo tiempo turbada toda la cristiandad; añadiendo que siempre había sido costumbre de los Príncipes cristianos, cuando preparaban las armas contra los infieles, pedir, en causa tan pía, ayuda de los otros; mas que á él le bas-

taba que no le estorbasen, y que no le pedía otra ayuda sino que consintiese que Italia estuviese en paz.

Estas palabras, aunque referidas al Rey por el embajador del Rey Católico, residente en su Corte, con mucha destreza y significación de amor, parecía, por esto, que contenían una tácita protesta de tomar las armas en favor del Papa, y no le parecía al Rey verosímil que se atreviese á hacer esto sin tener esperanza de inducir al Emperador á lo mismo.

Afligían estas cosas el ánimo del Rey y le llenaban de sospechas de que, el tratar de paz por medio del obispo Gurgense, sería obra vana ó dañosa para sí. Por no dar causa de indignación al Emperador resolvió enviar á Mantua al obispo de París, prelado de gran autoridad y gran jurista. En este mismo tiempo significó á Juan Jacobo Trivulcio (el cual, habiéndose estado firme en Sermidi, había distribuído en unas villas circunvecinas el ejército para más comodidad de alojamiento y vituallas), que era su voluntad que él administrase la guerra, con limitación de que, por la esperanza de la venida del Gurgense, no acometiese el Estado eclesiástico; pues para esto repugnaba también la aspereza no acostumbrada del tiempo, que era tan grande que, aun habiendo comenzado el mes de Marzo, no era posible alojar al descubierto.

El Trivulcio, no hallando ocasión de intentar otra cosa y estando en lugares tan vecinos, determinó intentar si se podía ofender al ejército enemigo que, habiéndose extendido cuando Chaumont volvió de Sermidi á Carpi, alojaba en el Bondino casi toda la infantería y la caballería en Finale y por las villas cercanas. Pero habiendo recibido la comisión del Rey, fué el día siguiente á la Stellata y el otro algo más adelante, donde distribuyó debajo de cubierto, por las villas del contorno, el ejército, haciendo echar el puente con las barcas, entre la

Stellata y Ficheruolo, sobre el río Pó, y ordenado que el duque de Ferrara echase otro una milla abajo, donde se llama la Punta, sobre un brazo del Pó que va á Ferrara, y que con la artillería viniese al Hospitalete, lugar sobre el Polesino de Ferrara, que está enfrente del Bondino.

Tuvo en este medio noticia el Trivulcio por sus espías de que muchos caballos ligeros del ejército de los venecianos que estaba de la parte del Pó habían de venir la noche próxima cerca de la Mirándola á disponer ciertas emboscadas, y por esto envió allí secretamente muchos caballos que, habiendo llegado á Bellaere, palacio del condado de la Mirándola, hallaron en aquel sitio á Fray Leonardo, napolitano, capitán de caballos ligeros de los venecianos, hombre esclarecido en aquel ejército, quien, no temiendo que habían de venir los enemigos, estaba á pie con ciento cincuenta caballos y esperaba otros muchos que le habían de seguir; mas oprimido de improviso, queriéndose defender, fué muerto con muchos de los suyos.

Vino Alfonso de Este, como estaba ordenado, al Hospitalete y la noche siguiente comenzó á tirar con la artillería al Bondino. Al mismo tiempo envió el Trivulcio á Gastón, señor de Foix (hijo de una hermana del Rey que, siendo muchacho, había venido el año antes al ejército), á correr con cien hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y quinientos infantes hasta las inmediaciones de los alojamientos de los enemigos y puso en fuga á quinientos infantes señalados para la guarda de aquel frente, por lo cual todos los otros, dejando guardado el Bondino, se retiraron al otro lado del canal en sitio fuerte. No sucedieron bien al Trivulcio ninguna de las cosas que se determinaron, porque la artillería que estaba plantada contra el Bondino (estando en medio del Pó) hacía, por la distancia del sitio, poco

efecto, y mucho más porque creció el río y, cortados los diques por los que estaba en el Bondino, anegó de tal manera el país, que del frente de los alojamientos franceses al Bondino no se podía ir sino con barcas; de manera que el capitán, desesperado de poder llegarse más por aquel camino al alojamiento de los enemigos, llamó de Verona dos mil infantes tudescos y ordenó se tomasen á sueldo tres mil gascones para arrimárseles por el camino de San Felice, en caso que, por medio del obispo Gurgense, no se introdujese la paz.

La venida de éste se retardó porque en Saló, sobre el lago de Garda, había esperado muchos días en vano la respuesta del Papa, el cual le pidió por cartas que enviase embajadores á tratarla. Vino finalmente á Mantua, acompañado de D. Pedro de Urrea, que residía ordinariamente, por parte del rey de Aragón, cerca de la persona del César, y pocos días después llegó el obispo de París, persuadiéndose el rey de Francia (que por estar más cerca á las pláticas de la paz y de las provisiones de la guerra, había venido á Lyon) que de la misma manera el Papa debía enviar persona, el cual por otra parte hacía instancia para que el Gurgense fuese á su presencia, movido no tanto por parecerle que esto era más conforme á la dignidad pontificia, cuanto porque esperaba que honrándole, cargándole de promesas y con la eficacia y autoridad de su presencia le, había de atraer á su voluntad, mucho más ajena que nunca de la concordia y de la paz; y para persuadirle á esto más fácilmente, procuró que fuera á verse con él Jerónimo de Vich, valenciano, embajador del Rey Católico junto á su persona.

No rehusaba el Gurgense ir á verse con el Papa, pero decía que tenía orden precisa de hacer primero lo que era conveniente hacer después, afirmando que más fácilmente se quitarían las dificultades si se tratase pri-

mero en Mantua, con intención de ir después al Papa con las materias digeridas y casi acabadas; que le obligaba á esto la necesidad, porque no le era conveniente dejar solo al obispo de París, enviado por el rey de Francia á Mantua á instancia del Emperador. Decía que, en este caso, ¿con qué esperanza podía él tratar las cosas de su Rey, ni cómo era conveniente pedirle que fuese al Papa? Porque, ni según la comisión ni según la dignidad del Rey, podía ir á casa del enemigo si primero no estuviesen compuestas ó casi ajustadas sus diferencias. Argumentaban en contrario los dos embajadores aragoneses, mostrando que toda la esperanza de la paz dependía de componer las cosas de Ferrara, porque, compuestas, no quedándole al Papa causa ninguna para sustentar á los venecianos, se verían ellos necesitados del todo á convenir en la paz con las leyes que quisiese el Emperador mismo; que pretendía el Papa que la Sede Apostólica tenía sobre la ciudad de Ferrara muy gran derecho, y consideraba, fuera de esto, que Alfonso de Este había usado con él grande ingratitud, que le había hecho grandes injurias, y que para aplacar su ánimo ofendido con razón, era más conveniente y á propósito que el vasallo pidiese antes clemencia al superior, que disputase con él de la justicia; que, pues, se había de impetrar clemencia, era, no solamente honesto, pero casi necesario el ponerse en sus manos, y haciendo esto, no dudaban de que, muy mitigado, disminuiría el rigor, y que ellos no debían juzgar por útil que aquella diligencia, industria y autoridad que se había de usar para disponer al Papa á la paz, se gastase en persuadirle á que enviase persona. Añadían con buenas palabras que no se podían disputar ni terminar las diferencias si no intervenían todas las partes, pero que en Mantua no había más que la una, porque el Emperador, el Rey Cristianísimo y el Católico estaban en tan gran

unión de ligas, de parentescos y de amor, que se debían reputar por hermanos y que los intereses de cada uno de ellos eran comunes á todos. Finalmente, el Gurgense vino en ello con intención de que el obispo de París esperase en Parma lo que procediese de su jornada.

No había el Papa en este tiempo, por las cosas que se trataban pertenecientes á la paz, depuesto los pensamientos de la guerra, porque de nuevo intentaba la expugnación de Bastia de Genivolo, habiendo hecho cabo de esta empresa á Juan Vitello; pero siendo, por la estrechez de las pagas, el número de los infantes mucho menor de lo que había dispuesto, y habiéndose inundado el país circunvecino por las grandes lluvias y porque los que estaban en Bastia habían roto los diques del Pó, no se hacía progreso alguno, y por agua estaban allí superiores las cosas de Alfonso de Este; porque, habiendo con una armada de galeras y de bergantines, acometido junto á San Alberto á la armada de los venecianos, ésta, espantada por haberse descubierto mientras peleaban una armada de bajeles menores que venía de Comacchio, se retiró al Puerto de Ravena, perdiendo dos fustas, tres barvotas y más de cuarenta bajeles menores, por lo cual perdió la esperanza el Papa de tomar la Bastia y envió aquella gente al campo que se alojaba en Finale, muy disminuído de infantería, porque estaba ésta muy mal pagada.

Creó en este mismo tiempo el Papa ocho cardenales, parte por ganar las voluntades de los Príncipes, parte por armarse contra las amenazas del Concilio de preladados doctos, experimentados y de autoridad en la Corte romana y de personas confidentes, entre los cuales fué el arzobispo de Yorck (llámanle los latinos Eboracense), embajador del rey de Inglaterra, y el obispo de Sión; éste como hombre importante para mover la nación de los suizos, aquél porque lo pidió su Rey, al cual tenia

ya no poca esperanza de poder incitar contra los franceses; y por dar señal casi cierta de la misma dignidad al Gurgense y ganar más fácilmente su voluntad, decidió con consentimiento del Consistorio poder nombrar otro reservado en su pecho.

Mas luego que entendió que el Gurgense había consentido en venir á su presencia, dispuesto á honrarle sumamente y pareciéndole que ninguna honra podía ser mayor que salir á recibirle el Pontífice romano y que ésta sería mayor haciéndolo en una ciudad magnífica, fué de Ravena á Bolonia, donde, el día después de su llegada, entró el obispo Gurgense, acogido con tan gran honra que casi á ningún Rey se hubiera recibido con mayor. No se mostró por él menor pompa y magnificencia porque, viniendo con título de lugarteniente del Emperador en Italia, traía consigo gran compañía de señores y de gentiles-hombres, todos con sus familias, vestidas muy lucidamente.

A la puerta de la ciudad le salió á recibir con señales de grandísima sumisión el embajador que el Senado veneciano tenía cerca del Papa, contra el cual, lleno de gran vanidad, se volvió con palabras y movimientos soberbios, enojándose de que un hombre que representaba á los enemigos del Emperador, hubiese tenido osadía para ponerse en su presencia. Acompañado con esta pompa hasta el Consistorio público, donde con todos los cardenales le esperaba el Papa, expuso en breve pero soberbio parlamento que el Emperador le había enviado á Italia por el deseo que tenía de conseguir las cosas antes por el camino de la paz que por el de la guerra, y que no podía tener lugar esta paz si los venecianos no le restituían todo lo que en cualquier manera le pertenecía.

Habló, después de la audiencia pública, privadamente con el Papa en la misma conformidad y con la misma

arrogancia, y estas palabras y demostraciones las acompañó, el día siguiente, con obras no menos arrogantes; porque había el Papa, con su consentimiento, señalado para tratar con él á tres cardenales, los de San Jorge, Regino y el de Médicis, y esperándole á la hora que estaban convenidos para juntarse, él, como si fuera cosa indigna tratar con otros que con el Papa, envió para tratar con ellos tres de sus gentiles-hombres, excusándose con decir que estaba ocupado en otros negocios. Esta indignidad la sufrió, juntamente con otras muchas, el Papa, venciendo á su naturaleza el odio increíble que tenía contra los franceses.

En la concordia entre el Emperador y los venecianos, que fué lo que se comenzó á tratar primero, había muchas dificultades, porque si bien el Gurgense, que primero había pedido todas las villas, vino, en fin, en que les quedase á ellos Padua y Treviso con todos sus territorios y lo que les pertenecía, quería que, en recompensa, diesen al Emperador cantidad grande de dinero, que se reconociesen en feudo de él y le concediesen los derechos de las demás tierras.

Rehusaba esto el Senado, donde todos unidamente concluían que era más útil á la República, pues que habían fortificado de tal manera á Padua y á Treviso, que no temían perderlas, conservar el dinero, porque si algún día pasaba esta tempestad, podría ofrecerse ocasión con que fácilmente recuperasen su dominio.

Por otra parte el Papa se abrasaba en deseo de que se conviniesen con el Emperador, esperando que resultara de esto el apartarse el Emperador del rey de Francia; por esto les apretaba, parte con ruegos, parte con amenazas, á que aceptasen las condiciones propuestas. Pero era menor para con ellos su autoridad, no solamente porque conocían de qué fines procedía tanto calor, sino también porque, sabiendo cuán necesaria le

fuese su compañía en caso que no se reconciliase con el rey de Francia, tenían por cierto que nunca los desampararía.

Finalmente, después de haber tratado muchos días, dejando el obispo Gurgense alguna parte de su dureza y cediendo los venecianos más de lo que habían determinado, á la instancia ardientísima del Papa, interponiéndose de la misma suerte los embajadores del rey de Aragón, que intervenían en todas las pláticas, parecía que últimamente estaban para ajustarse, pagando los venecianos, por retener con la licencia del Emperador á Padua y á Treviso, gran suma de dinero, pero á largos plazos.

Estaba por ajustar la causa de la reconciliación entre el Papa y el rey de Francia, entre los cuales no se veía otra controversia que por las cosas del duque de Ferrara. El Gurgense, para resolverlas, porque el Emperador, sin componer esto, había determinado no ajustarse, fué á hablar al Papa, á quien había acudido raras veces, persuadiéndose, por las esperanzas en que estaba del cardenal de Pavía y de los embajadores del Rey Católico, que no era difícil materia. Por otra parte sabía que el rey de Francia, teniendo menor respeto á la dignidad que á la quietud, estaba dispuesto á venir en muchas cosas que no causaban pequeño perjuicio al Duque; pero el Papa, interrumpiéndole el razonamiento casi al principio, comenzó, tomando la contraria, á animarle á que, haciendo concordia con los venecianos, dejase pendientes las cosas de Ferrara, lamentándose de que el Emperador no conociese la ocasión tan á propósito para vengarse con las fuerzas y dineros de los otros de tantas injurias recibidas de los franceses, y que esperase que le rogara quien tan justamente debía suplicarle con suma instancia. Después que con muchas razones hubo replicado el Gurgense á estas cosas, no pu-

diendo apartarle de su parecer, le significó que se quería ir sin dar de otra manera perfección á la paz con los venecianos, y besándole, según la costumbre, el pie, el mismo día, que fué el 15 de su venida á Bolonia, se fué á Módena, habiendo el Papa en vano vuelto á enviarle á llamar. Luego que salió de la ciudad, de donde se enderezó hacia Milán, lamentóse en muchas cosas del Papa y especialmente de que, estando por su venida á Italia casi suspendidas las armas, hubiese enviado secretamente para turbar el Estado de Génova al obispo de Ventimiglia, hijo de Paulo, cardenal Fregoso. Pero habiendo tenido noticia de su ida los franceses, le hicieron prender en el Monferrato disfrazado como iba, de donde, llevado á Milán, manifestó enteramente las razones y los consejos de su jornada.

Pidió el Gurgense, cuando partió de Bolonia, á los embajadores aragoneses (los cuales, habiéndose fatigado mucho, según parecía, por la paz común, se mostraban sentidos de la dureza del Papa) que hiciesen volver al reino de Nápoles las trescientas lanzas españolas, lo cual ellos fácilmente consintieron y todos se maravillaban que en el tiempo que se trataba del Concilio y que se creía que estarían poderosas en Italia con la presencia de ambos Reyes las armas francesas y tudescas, el Papa, demás de la enemistad del rey de Francia, dejase al Emperador y se privase de las ayudas del Rey Católico.

Dudaban algunos si en esto, como en otras muchas cosas, eran diferentes los consejos del Rey de las demostraciones, y que sus embajadores hubiesen obrado diferentemente en público con el Papa que en secreto, porque, habiendo provocado al rey de Francia nuevas ofensas y por ellas resucitado la memoria de las antiguas, parecía que debía temer que la paz de todos los otros produjese contra sí gravísimos peligros, quedan-

do flacos de estado, de dineros y de reputación los venecianos, poco poderoso en Italia el Emperador y vario, instable y pródigo más que nunca.

Otros, discurriendo más sutilmente, interpretaban que podría quizá ser que el Papa, aunque el Rey Católico le protestase que le desampararía y volviese á llamar su gente, confiaba al mismo tiempo en que, considerando cuánto dañaría á sí propio el abatimiento del Pontífice, había de ayudarle siempre en las necesidades mayores.

Perturbadas las esperanzas de la paz por la partida del Gurgense, aunque el Papa había enviado en su seguimiento cuatro días después al obispo de Moravia, embajador del rey de Escocia cerca de su persona, para tratar de la paz con el rey de Francia, cesaron los impedimentos que habían detenido á Juan Jacobo Trivulcio, deseoso, con ambición honrada, de hacer alguna obra digna de su valor y antigua gloria, y por donde entendiase el Rey con cuánto daño propio se comete el gobierno de las guerras (cosa entre las acciones humanas la más ardua y difícil y que ha menester mayor prudencia y experiencia), no á capitanes viejos, sino á mozos poco experimentados, de cuyo valor no hay más testimonio sino la merced que les hacen. Pero continuando en las primeras determinaciones, aunque no habían llegado los infantes grisonos, porque el general de Normandía, de quien dependían las empresas, con la esperanza que tenía de la paz y procurando hacerse más grato al Rey con la limitación en los gastos, había diferido enviar á tomarlos á su sueldo, puso al principio del mes de Mayo con mil y doscientas lanzas y siete mil infantes sitió á la Concordia. Tomóla el mismo día, porque los hombres de la villa, temerosos, por haber comenzado ya á tirar la artillería, enviaron embajadores para rendirse, y descuidándose por esto en

la diligencia de la guarda, la saquearon los infantes del ejército, saltando dentro.

Tomada la Concordia, por no dar ocasión á sus émulos de calumniarle de que atendía más á la propia utilidad que á la del Rey, dejando atrás á la Mirándola se enderezó hacia Buomporto, villa situada sobre el río Panaro, para arrimarse tanto á los enemigos que, con impedirles las vituallas, les obligase á desalojar ó á pelear fuera de la fortaleza de su alojamiento.

Entrando en el territorio de Módena y alojado en la villa de Cavezzo, entendió que en Massa, cerca de Finale, alojaba Juan Paulo Manfrone con trescientos caballos ligeros de los venecianos, y envió allí á Gastón de Foix con trescientos infantes y quinientos caballos. Al sentir Juan Paulo el ruido, se puso en batalla contra ellos sobre un puente, mas por no corresponder el valor de los suyos á su ánimo y osadía, desamparado de ellos, quedó preso con pocos compañeros.

Llegóse después el ejército á Buomporto, teniendo resuelto el Trivulcio echar el puente, donde el canal que nace del río Panaro sobre Módena se junta con él. Mas ya el ejército enemigo, para impedirles el paso del río, había venido á alojar en sitio tan cerca, que se ofendían con la artillería y mató un tiro al capitán Peralta, español, soldado del ejército eclesiástico, que se paseaba por el dique del río.

Están en aquel sitio las orillas muy altas, y por esto les era fácil á los enemigos impedir el paso al Trivulcio. Por esta causa, tomado nuevo consejo, echó el puente una milla solamente más arriba, sobre el canal. Pasado el canal, se enderezó hacia Módena, caminando por el dique del Panaro, buscando sitio donde fuese más fácil echar el puente y teniendo siempre á la vista caballería é infantería de los enemigos que estaban alojados cerca de Castelfranco sobre el camino Romea,

mas en un alojamiento ceñido de ribazos y de aguas. Entró por el mismo camino al puente de Fossalta á dos millas de Módena, y volviéndose á mano derecha hacia la montaña, pasó sin oposición el Panaro por un vado, que en aquel sitio la madre del río va ancha y sin orillas. En pasando alojó en un sitio que se llama la Ghiara de Panaro, distante tres millas del ejército eclesiástico. El día siguiente caminó hacia Piumaccio, acomodado de vituallas, con consentimiento de Vitsfurt, en el Modenés, y el día mismo el ejército eclesiástico, no teniendo atrevimiento de oponerse en la campaña y juzgando ser necesario allegarse á Bolonia, porque no hubiese algún movimiento en aquella ciudad, atendiendo á que los Bentivogli seguían al ejército francés, fué á alojar al puente de Casalecchio, tres millas sobre Bolonia, en el mismo lugar donde, en tiempo de nuestros bisabuelos, Juan Galeazo Visconti, poderosísimo duque de Milán, muy superior de fuerzas á los enemigos, alcanzó contra los florentinos, boloñeses y otros confederados una gran victoria; alojamiento de sitio muy seguro entre el río Reno y el canal, y que tiene la montaña á las espaldas, por el cual se impide que no se prive á Bolonia del canal que, nacido del río, pasa por aquella ciudad.

Rindióse el siguiente día Castelfranco al Trivulcio, el cual se detuvo tres días en el alojamiento de Piumaccio por las lluvias y para componerse de vituallas, por no tener de ellas mucha cantidad, y vino á alojar sobre el camino real entre Samoggia y Castelfranco.

Estuvo suspenso en este sitio sobre lo que había de hacer, por muchas dificultades que se le representaban en cualquiera determinación; porque conocía que era en vano acometer á Bolonia si no se alborotaba el pueblo de dentro, y arrimándose, fundado en esperanzas de movimientos populares, dudaba si le obligarían á reti-

rarse presto, como había hecho Chaumont con poca reputación.

Mas imprudente y peligroso era ir á pelear con los enemigos que estaban firmes en tan fuerte alojamiento.

El arrimarse á Bolonia por la parte de abajo no tenía otra esperanza sino que los enemigos, de temor que acometiese la Romana, quizá se moverían; de donde se podría dar ocasión, ó á él para pelear, ó á los boloñeses para formar tumulto. Decidido al fin á intentar si producía algo la disposición universal de la ciudad ó las inteligencias particulares de los Bentivogli, condujo el ejército (cuya vanguardia guiaba Teodoro Trivulcio, él la batalla y la retaguardia Gastón de Foix) á alojar en el puente de Laino, sitio en el camino real distante cinco millas de Bolonia y famoso por la memoria de la reunión de Lépido, Marco Antonio y Octavio, los cuales allí (así lo afirman los escritores), debajo de nombre de triunvirato, establecieron la tiranía en Roma y aquella proscripción nunca demasadamente aborrecida.

Ya no estaba en este tiempo el Papa en Bolonia, el cual, después de la partida del Gurgense, mostraba unas veces sobrado atrevimiento, y otras temor. Habiendo entendido el movimiento del Trivulcio, aunque no estaban allí las lanzas españolas, partió de Bolonia para ir al ejército á acabar de inducir con su presencia á los capitanes á pelear con los enemigos, pues no los había podido disponer á esto ni con cartas ni con embajadores. Partió con intención de alojar el primer día en Cento, pero fué obligado á alojar en la villa de Pieve, porque mil infantes de los suyos que habían entrado en Cento no querían irse, si primero no recibían su sueldo, é indignado por esto, ó considerando más de cerca el peligro, mudando resolución, volvió á Bolonia el día siguiente, donde, creciendo su temor por acercársele el Trivulcio, determinó irse á Ravena. Llamado

el Consejo de los Cuarenta, le recordó que, por beneficio de la Sede Apostólica, por medio y trabajo suyo, saliendo del yugo de una cruelísima tiranía, habían conseguido la libertad, obtenido muchas exenciones, recibido de su persona en público y en secreto grandísimas gracias, y estaban para conseguirlas cada día mayores, y que por estas causas, los que antes se habían visto oprimidos por una dura servidumbre, menospreciados y hollados por los tiranos, y sin reputación entre los demás lugares de Italia, estaban ahora engrandecidos con honras y riquezas, llena la ciudad de artificios y mercancías, levantados algunos de ellos á grandísimas dignidades y con estimación en todas partes, libres de sí mismos, señores enteramente de Bolonia y de todo su condado, porque de ellos eran los magistrados, de ellos los honores, entre ellos y su ciudad se distribuían las rentas públicas; no teniendo la Iglesia casi ninguna otra cosa que el nombre, y teniendo allí sólo por señal de la superioridad un Legado ó gobernador que, sin ellos, no podía deliberar en las materias importantes; y de aquellas que se remitían á su albedrío, se referían hartas al parecer y voluntad del Consejo; que si por estos beneficios, y por el feliz estado que tenían, estaban dispuestos á defender la propia libertad, les ayudaría y defendería de la manera que sería ayudada y defendida Roma en caso semejante; que le obligaba la gravedad de las cosas ocurrentes á ir á Ravena, pero no por esto se había olvidado ni olvidaría del bien de Bolonia, para cuyo efecto había ordenado que la gente veneciana que estaba de la otra parte del Pó con Andrea Gritti, y para esto echaban el puente en Sermidi, fuese á unirse con su ejército; que eran sufficientísimas estas provisiones para defenderlos, pero que no se aquietaba su ánimo si también no los libraba de la molestia de la guerra, para cuyo efecto, y

para obligar á los franceses á volver á defender las cosas propias, estaban ya prevenidos diez mil suizos para bajar al Estado de Milán, y porque se moviesen con presteza habia enviado á Venecia veinte mil ducados, y otros veinte mil tenían á punto los venecianos; que tras todo esto, si les era más grato volver debajo de la servidumbre de los Bentivogli, que gozar la blandura de la libertad eclesiástica, les rogaba que le declarasen libremente su intención, porque él la seguiría; pero que se acordasen bien que, si se resolvían á defenderse, había llegado el tiempo oportuno para mostrar su generosidad y poner en obligación perpetua á la Sede Apostólica y á todos los Papas venideros.

A esta propuesta, echa según su costumbre con mayor eficacia que elocuencia, después que hubieron consultado entre ellos mismos, respondió en nombre de todos con la gran elocuencia boloñesa el prior del regimiento engrandeciendo su fe, el agradecimiento de los beneficios recibidos, la infinita devoción á su nombre, el conocimiento del estado feliz que tenían y cuánto se habían engrandecido las riquezas y lustre de aquella ciudad por haber echado de ella á los tiranos, y que en donde tenían primero sujetas la vida y hacienda al albedrío de otros, ahora seguros gozaban quietamente la patria, partícipes del gobierno y de las rentas, y que no había alguno de ellos que, privadamente, no hubiese recibido de él muchas gracias y honras; que veían renovada en su ciudad la dignidad del cardenalato, y en las personas de sus ciudadanos muchas prelacías y oficios de los principales de la Corte romana, y que, por estas gracias y singulares beneficios, estaban dispuestos á consumir todo su poder, poner en peligro la honra y el bien de sus mujeres y de los hijos, y perder la propia vida, antes que apartarse de su devoción y de la Sede Apostólica. Que partiese con esta se-

guridad dichosa y alegre sin temor ó escrúpulo alguno de las cosas de Bolonia, porque primero llegaría á su noticia que el canal corría todo lleno de sangre del pueblo boloñés, que aquella ciudad llamase otro nombre ú obedeciese á otro señor que al papa Julio.

Dieron mayor esperanza estas palabras al Papa de lo que convenía, el cual, dejando allí al cardenal de Pavía se fué á Ravena, no por el camino derecho, aunque iba acompañado de las lanzas españolas que se volvían á Nápoles, sino tomando, por miedo del duque de Ferrara, el camino más largo de Forli.

Por la venida del Trivulcio al puente de Laino se descubría grande sublevación en la ciudad de Bolonia, llenándose los ánimos de los hombres de muchos y varios pensamientos, porque muchos, acostumbrados al vivir licencioso de la tiranía, y á sustentarse con la hacienda y dineros de otros, teniendo odio el gobierno eclesiástico, deseaban con gran calor la vuelta de los Bentivogli; otros, por los daños recibidos y por los que temían recibir, viendo conducidos á sus posesiones y en el tiempo vecino á la cosecha dos ejércitos tales, reducidos á grave desesperación, deseaban todo lo que les pudiese librar de aquellos males; otros, sospechando que, por algún tumulto que naciese en la ciudad ó por los sucesos prósperos de los franceses (cuya memoria, cuando vinieron conducidos por Chaumont la primera vez á Bolonia, estaba todavía delante de sus ojos), fuese saqueada la ciudad, anteponian el librarse de este peligro á cualquier gobierno ó dominio que pudiesen tener. Algunos, mostrándose primero enemigos de los Bentivogli, favorecían más con la voluntad que con las obras el dominio de la Iglesia, y habiendo todo el pueblo, unos por deseo de cosas nuevas, y otros por seguridad y bien suyo, tomado las armas, estaba todo lleno de temor y asombro.

En el cardenal de Pavía, legado de Bolonia, no había ánimo ni consejo bastante para tan gran peligro.

Porque no habiendo en esta ciudad tan grande y populosa más de doscientos caballos ligeros y mil infantes, y perseverando más que nunca en la discordia con el duque de Urbino, que estaba con el ejército en Casalecchio, había sacado, ó casualmente ó por mal hado suyo, del número de los ciudadanos quince capitanes, á los cuales, unidos con sus compañías y con el pueblo, había dado el cuidado de la guarda de la villa y de las puertas. Mas no habiendo tenido prudencia en elegirlos, era la mayor parte de ellos de los aficionados á los Bentivogli (entre ellos Lorenzo de los Ariosti, que primero había estado preso y atormentado en Roma por sospecha de que se había conjurado con los Bentivogli, y después detenido mucho tiempo en el castillo de Sant Angelo), los cuales, al tener las armas en las manos, comenzando á hacer ocultos razonamientos y juntas, y sembrando en el pueblo mentiras escandalosas, empezó el Legado á echar de ver, aunque tarde, su propia imprudencia, y por huir el peligro en que él mismo se había puesto, fingiendo que así lo quería el duque de Urbino y los otros capitanes, quiso que fuesen con sus compañías al ejército; mas respondiendo ellos que no querían dejar la guarda del lugar, intentó meter dentro con mil infantes á Ramazzotto. El pueblo impidió que entrase, y temeroso por esto sobre manera el cardenal, y acordándose que su gobierno era muy odiado por el pueblo, y que tenía en la nobleza muchos enemigos, porque poco antes había hecho (aunque, según dijo, por orden del Papa) degollar á tres vecinos honrados, al anochecer salió ocultamente en traje desconocido por una salida secreta de palacio, y se retiró á la ciudadela con tan gran precipitación, que se olvidó de llevar sus joyas y dinero; mas enviando luego por ello,

al recibirlo se fué por la puerta del Socorro hacia Imola, acompañado de cien caballos de Guido Vaina, marido de su hermana, capitán de los caballos señalados para su guarda, y poco después de él salió de la ciudadela Octaviano Fregoso, sin más compañía que la de un hombre que le guiaba.

Al saberse la fuga del Legado se comenzó por toda la ciudad á apellidar el nombre del pueblo con muy grandes alborotos, y no queriendo perder esta ocasión Lorenzo Ariosto y Francisco Rinucci (que también era del número de los quince capitanes y secuaz de los Bentivogli), siguiéndoles muchos de la misma facción, corrieron á las puertas que se llaman de San Felice y de la Lame, más acomodadas para la entrada de los franceses, y las rompieron con hachas. Al ocuparlas enviaron sin tardanza á llamar á los Bentivogli, los cuales, teniendo del Trivulcio muchos caballos franceses, por huir del camino derecho del puente del Reno, en cuya guarda estaba Rafael de Pazzi, uno de los capitanes eclesiásticos, pasando el río más abajo y arriándose á la puerta de la Lame, se introdujeron luego en Bolonia.

Juntóse á la rebelión de esta ciudad la huída del ejército, porque á la tercera hora de la noche el duque de Urbino (cuya gente estaba desde el puente de Casalechio hasta la puerta nombrada de Zaragoza) habiendo entendido, como se cree, la huída del Legado y el movimiento del pueblo, se levantó alborotadamente (dejando la mayor parte de las tiendas puestas) con todo el ejército, excepto aquellos que, señalados para la guarda del campo, estaban de la parte del río hacia los franceses, á los cuales no dió aviso alguno de la partida; mas oyendo su movimiento los Bentivogli, que ya estaban dentro, avisando luego al Trivulcio, enviaron fuera de la plaza parte del pueblo para ofenderles, de los

cuales y de los villanos que ya acudían de todas partes con grandes voces y rumor, acometido el campo que pasaba junto á la muralla, les quitaron la artillería y las municiones con gran cantidad de bagaje; aunque sobreviniendo los franceses, quitaron al pueblo y á los villanos la mayor parte de lo que habían tomado.

Ya había llegado con la vanguardia al puente del Reno Teodoro Trivulcio, donde Rafael de Pazzi, peleando valerosamente, la sustentó por algún rato; pero no pudiendo al fin resistir á número tanto mayor, quedó preso, habiendo dado (como confesaban ellos) con su resistencia no pequeña comodidad á los soldados de la Iglesia para salvarse. Pero la gente veneciana y con ella Ramazzotto, que alojaba sobre el monte más eminente de San Lucas, no habiendo tenido noticia sino tarde de la fuga del duque de Urbino, tomó para salvarse el camino de los montes por donde, aunque recibían grandísimo daño, llegaron á la Romana.

Tomáronse en esta victoria, sin pelear, quince piezas de artillería gruesa y muchas menores del Papa y de los venecianos, el estandarte del propio Duque con otras banderas, gran parte del bagaje de los eclesiásticos y casi todo el de los venecianos; desvalijados todos los hombres de armas de la Iglesia y de los venecianos más de ciento y cincuenta, y del uno y otro ejército desbaratada casi toda la infantería, presos Orsino de Mugnano y Julio Manfrone y muchos capitanes de menor calidad.

En Bolonia no se cometieron homicidios ni se hizo violencia á ninguno de la nobleza ni al pueblo; solamente prendieron al obispo de Chiusi y á otros muchos prelados secretarios y oficiales que asistían al cardenal y que quedaron en el palacio de la residencia del Legado, porque á todos había encubierto su partida.

Perdió el respeto el pueblo boloñés la misma noche

y el día siguiente á una estatua de bronce del Papa, sacándola por la plaza con muchas afrentas y escarnios, ó porque fuesen autores los soldados de los Bentivogli, ó porque el pueblo, cansado de los trabajos y daños de la guerra, como por su naturaleza es ingrato y deseoso de cosas nuevas, tenía odio al nombre y á la memoria de quien había sido ocasión de la libertad y felicidad de su patria.

Estuvo otro día, que fué á 22 de Mayo, el Trivulcio en el mismo alojamiento, y al siguiente, dejándose atrás á Bolonia, fué sobre el río Lidice y después se detuvo en Castillo de San Pedro, villa situada en el fin del territorio de Bolonia, esperando saber, antes de ir más allá, cuál fuese la intención del rey de Francia, ó proceder adelante contra el Estado del Papa, ó si por ventura, contentándose con haber asegurado á Ferrara y quitado á la Iglesia Bolonia, que por su medio había conquistado, quisiese detener el curso de la victoria.

Pero habiéndole ofrecido ocultamente Juan de Sassatello, capitán del Papa, quien, después de echada de Imola la parte gibelina casi señoreaba aquella ciudad como cabeza de los güelfos, entregarle á Imola, no la quiso aceptar hasta tener respuesta del Rey.

Restaba por ganar la ciudadela de Bolonia, donde estaba el obispo Vitello; ciudadela grande y fuerte, pero mal proveída, según la costumbre de las fortalezas de la Iglesia, porque tenía pocos infantes, pocas vituallas y casi ningunas municiones.

Oído el caso de Bolonia, mientras que la ciudadela estaba asediada, vino aquella noche de Módena Vitfrust á persuadir al Obispo con grandes promesas que la diese al Emperador; mas el obispo, habiendo hecho pactos al quinto día con los boloñeses de que quedasen libres las personas y las haciendas de los que estaban dentro, y recibiendo obligación de que en cierto tiempo

se le pagarían tres mil ducados, se la entregó y, en teniéndola, corrieron luego popularmente con gran presteza á arruinarla, incitándoles á lo mismo los Bentivogli, no tanto por hacerse bienquistos con los ciudadanos, cuanto por sospecha de que el rey de Francia quisiese tenerla en su poder, como había sido ya parecer de alguno de los capitanes que la pidiese; pero el Trivulcio lo contradijo, juzgando que era contra la utilidad del Rey creer que quisiese apoderarse de Bolonia.

Recuperó con ocasión de esta victoria el duque de Ferrara, demás de Cento y la Pieve á Cutignuola, Lugo y las otras villas de la Romana. Al mismo tiempo echó de Carpi á Alberto Pío, el cual lo poseía juntamente con él.

Recibió por la pérdida de Bolonia, como era justo, grandísimo pesar el Papa, afligiéndole no solamente el estar enajenada de sí la principal y más importante ciudad (excepto Roma) de todo el Estado eclesiástico, y el parecerle que estaba privado de aquella gloria que, según su concepto, había granjeado, al conquistarla, con todo el mundo, sino de más de esto, por el miedo de que el ejército vencedor siguiese la victoria, conociendo que no lo podía resistir. Deseoso de apartar las ocasiones que le convidasen á pasar más adelante solicitaba que las reliquias de los soldados venecianos, vueltos á llamar ya por el Senado, se embarcasen en el puerto de Cesena; y por la misma ocasión ordenó le restituyesen los veinte mil ducados que había enviado primero á Venecia para mover á los suizos, que todavía se hallaban en aquella ciudad. Ordenó también que el cardenal de Nantes, de nación bretona, invitase como cosa suya al Trivulcio á la paz; mostrando que el presente era el mejor tiempo para tratarla. Pero respondió éste que no convenía proceder con tanta generalidad, sino que era necesario venir expresamente á lo

párticular; que el Rey había propuesto las condiciones cuando deseaba la paz; que ahora debía el Papa hacer lo mismo; porque era tal el estado de las cosas, que le pertenecía el desearla.

Procedía de esta manera el Papa, más por huir del peligro presente que por tener dispuesto el ánimo á la paz, combatiendo juntamente en su pecho el miedo, la pertinacia, el odio y la ira.

En este mismo tiempo sucedió otro accidente que le dobló el dolor. Acusaban muchos al cardenal de Pavía, unos de infidelidad, otros de temor y otros de imprudencia. Él, por excusarse, al llegar á Ravena inmediatamente envió á anunciar al Papa su venida y á pedirle audiencia. Muy alegre por esto el Papa, que le amaba grandemente, le respondió que fuese á comer con él, y yendo acompañado de Diego Vaina y de la guarda de sus caballos, el duque de Urbino, por la antigua enemistad que tenía con él, y encendido del enojo que por culpa suya (así decía él) había procedido la rebelión de Bolonia y por ella la huída del ejército, saliéndole al encuentro acompañado de pocos y entrando entre los caballos de su guarda, que por cortesía le daban lugar, mató al cardenal por su propia mano con un puñal. Merecedor quizá por tan gran dignidad de no ser ofendido, pero dignísimo por sus vicios enormes é infinitos de cualquier cruelísimo suplicio. Llegó luego al Papa el rumor de su muerte, y comenzó con voces hasta el cielo y miserables quejas á lamentarse, moviéndole sobre manera la pérdida de un cardenal que era tan su amigo y mucho más el ser delante de sus ojos y por su mismo sobrino, con ejemplo no acostumbrado, violada la dignidad del cardenalato; cosa tanto más pesada para él cuanto más hacía profesión de conservar y ensalzar la autoridad eclesiástica. No pudiendo tolerar este dolor ni templar la furia, partió el mismo día de

Ravena para volver á Roma, y habiendo apenas llegado á Rímíni, para que de todas partes á un mismo tiempo le rodeasen infinitas y gravísimas calamidades, tuvo noticia de que en Bolonia, Módena y otras muchas ciudades, se habían puesto en lugares públicos cédulas por donde se le noticiaba la convocatoria del Concilio, con citación de que fuese á él personalmente. Porque el obispo Gurgense, aunque había partido de Módena, caminando algunos días despacio y esperando respuesta del embajador del rey de Escocia, enviado á Bolonia, sobre las proposiciones que el mismo Papa le había hecho, habiendo venido éste con respuestas muy inciertas, envió luego á Milán tres procuradores en nombre del Emperador, los cuales, juntos con los cardenales y con los procuradores del rey de Francia, publicaron el Concilio para el primer día de Septiembre próximo en la ciudad de Pisa.

Inclináronse más los cardenales á esta ciudad como lugar acomodado por la vecindad de la mar para muchos que habían de venir al Concilio, y seguro, por la confianza que el rey de Francia tenía en los florentinos, y porque otros muchos lugares, que hubieran sido capaces, eran desacomodados ó sospechosos para ellos y podían ser, con justo color, reprobados por el Papa. En Francia no parecía justo convocarle, ni en algún lugar sujeto al Rey; Constanza, una de las villas francas de Alemania, propuesta por el Emperador, aunque ilustre por la memoria de aquel famoso Concilio, en donde, privados tres que procedían como Papas, se extirpó el cisma, continuado en la Iglesia cerca de cuarenta años, parecía muy incómodo y sospechoso á la una y otra parte, y Turín, por la vecindad de los suizos y de los Estados del rey de Francia; Bolonia, antes que se enajenase de la Iglesia, no era segura para los cardenales, y después era lo mismo para el Papa.

Siguióse en alguna parte para la elección de Pisa la felicidad del agüero por la memoria de los Concilios que se celebraron allí, prósperamente el uno, cuando casi todos los cardenales, desamparado Gregorio XII y Benedicto XIII, que contendían sobre el Pontificado, celebrando el Concilio en esta ciudad, eligieron por Papa á Alejandro V; y el otro, más antiguamente, fué celebrado allí, cerca del año 1136, por Inocencio II cuando fué condenado Pedro León Romano, antipapa, el cual, haciéndose llamar Anacleto II, había, con el cisma, dado mucho trabajo no sólo á Inocencio, sino á toda la cristiandad.

Dieron primero los florentinos su consentimiento al rey de Francia, habiéndolo deseado él, proponiendo que era autor de la convocatoria del Concilio, no menos el Emperador que él, y que también lo quería el rey de Aragón. Dignos fueron los florentinos de ser alabados, acaso más por el silencio que por la prudencia ó fortaleza de ánimo, porque ó no teniendo atrevimiento para negar al Rey lo que les era molesto, ó no considerando cuántas dificultades y peligros podía producir un Concilio que se celebraba contra la voluntad del Papa, tuvieron tan secreta esta determinación, hecha en un Consejo de más de ciento y cincuenta ciudadanos, que fué incierto á los cardenales, á quien el rey de Francia daba esperanza, mas no certidumbre, de que se lo habían concedido, y al Papa no llegó alguna noticia de él.

Pretendían los cardenales poder ellos jurídicamente convocar el Concilio sin autoridad del Papa, por la necesidad evidentísima que tenía la Iglesia de ser reformada (como decían), no solamente en los miembros, sino asimismo en la cabeza, que es la persona del Papa, el cual, según afirmaban, envejecido en la simonía y en las costumbres infames y perdidas, no siendo apto para regir el Pontificado y sí autor de tantas guerras, era

notoriamente incorregible con universal escándalo de la cristiandad, para cuya salud no bastaba otra ninguna medicina que la convocatoria del Concilio. Siendo el Papa negligente en hacerla, les había venido legítimamente la potestad de convocarlo, mayormente juntándose la autoridad del electo Emperador y el consentimiento del Rey Cristianísimo, con el concurso del clero de Alemania y de Francia. Añadían que el usar frecuentemente de estas medicinas era, no solamente útil, sino necesario para el cuerpo enfermísimo de la Iglesia, para extirpar los errores viejos, para proveer á los que nuevamente brotaban, para declarar é interpretar las dudas que nacían cada día y para enmendar las materias que, habiéndose ordenado desde el principio por bien, se demostraba tal vez con la experiencia ser dañosas. Para esto habian instituído los padres antiguos en el Concilio de Constanza que perpetuamente en lo venidero se celebrase Concilio de diez en diez años; que no tenían otro freno sino éste los Papas para no salir del camino derecho, y que, ¿cómo se podría de otra manera estar seguros en tan gran fragilidad de los hombres, en tantos estímulos que tiene nuestra vida para el mal, si quien tiene suma licencia supiese que nunca había de dar cuenta de sí mismo?

Por otra parte, impugnando muchos estas razones y arrimándose más á la doctrina de los teólogos que á la de los canonistas, decían que la autoridad de convocar el Concilio estaba solamente en la persona del Papa, aun cuando estuviese manchado por todos los vicios, como no fuese sospechoso de herejía, y que, interpretándolo de otra manera, estaría en manos de pocos (lo que no se podía consentir de ninguna suerte) ó por ambición ó por odios particulares, encubriendo la intención dañada con colores falsos, alterar cada día el estado quieto de la Iglesia; que las medicinas todas por su

naturaleza son saludables; pero no aplicadas con la proporción debida y á tiempos convenientes, serían antes veneno que medicinas; y por esto, condenando á aquellos que opinaban diferentemente, llamaban á esta congregación, no Concilio, sino materias de división de la unidad de la Sede Apostólica, principio de cisma en la Iglesia de Dios y diabólico conciliábulo.

# LIBRO DÉCIMO.

---

## SUMARIO.

Estando el rey de Francia en tan feliz progreso de victoria, volvió á llamar al ejército á Milán, y ensoberbecido el Papa con su retirada, no como vencido, sino como vencedor, ofrecía al rey de Francia la paz; mas, habiendo sido impedida por muchas ocasiones, sucedió la enemistad entre ellos.—Estaba el Papa muy deseoso de hacer guerra á Francia, y aunque no tenía ayuda de Inglaterra, con todo eso, entrando en liga con los venecianos, con el Rey Católico y con el Emperador, no dudó proseguir contra el Rey la empresa comenzada de la guerra, y no le espantó el Concilio del clero galicano, que le negó casi la obediencia, ni la rebelión de muchos cardenales que le llamaron á Pisa á un Concilio que ellos habían convocado; por lo cual, convocando otro en Roma, hizo con las descomuniones que publicó contra Pisa, Florencia y Luca, y contra los cardenales cómplices del conciliábulo, que el de Pisa y el de Milán (que era uno mismo), pasándose de un lugar á otro, se disolviese; por lo cual, siguiéndose todavía la empresa de la guerra, se vino al fin á la memorable batalla de Ravena, donde, quedando los franceses superiores con victoria sangrienta, fué principio de que la reputación francesa comenzase del todo á declinar en Italia.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Condiciones de la paz ofrecida al rey de Francia por el Pontífice.—Proyectos del emperador Maximiliano.—El Papa convoca en Roma un Concilio.—Montepulciano es restituído á los florentinos.—Combates en el Friul.—Accidente que sufre el Papa, á quien se juzga muerto.—Colonna y Savello intentan sublevar al pueblo romano.—Restablécese el Papa del accidente, y absuelve á su sobrino del homicidio del cardenal de Pavia.—Pedro Navarro en Italia.

Esperábase con gran suspensión de los ánimos en toda Italia y en la mayor parte de las provincias de la cristiandad lo que el rey de Francia determinaría hacer después de alcanzada la victoria, porque todos veían manifestamente que estaba en su mano ocupar á Roma y todo el estado de la Iglesia, por encontrarse la gente del Papa casi toda esparcida y deshecha, y mucho más la de los venecianos; no habiendo en Italia otras armas que pudiesen detener la furia del vencedor, y pareciendo que el Papa, defendido solamente por la majestad del Pontificado, quedaba por otro cualquier respeto á la discreción de la fortuna. Con todo eso, el rey de Francia, ó refrenándole la reverencia de la religión, ó temiendo, si pasase más adelante, irritar contra sí el ánimo de todos los Príncipes, determinado á no usar de la ocasión de la victoria, ordenó á Juan Jacobo Trivulcio, con consejo por ventura más piadoso que útil, que, dejando á Bolonia en manos de los Bentivogli, y restituyendo á la Iglesia lo demás que hubiese ocupado, llevase luego el ejército al ducado de Milán. Añadió á los hechos mansos palabras y demostraciones corteses; estorbó que se hiciese en su reino señal alguna de

pública alegría, y afirmó hartas veces en la presencia de muchos, que si bien no había errado ni contra la Sede Apostólica ni contra el Papa, ni hecho cosa alguna sino provocado y necesitado, con todo eso, por reverencia á aquella Sede quería humillarse y pedirle perdón, persuadiéndose, de que el Papa, certificado por la experiencia de las dificultades que tenían sus conceptos y asegurado de los recelos que vanamente tenía de él, había de desear la paz con todo el ánimo, cuyo trato nunca se había dejado totalmente, porque el Papa, desde antes de partir de Bolonia, había enviado al Rey por esta causa al embajador del rey de Escocia, continuando el tratar lo que por él mismo se había comenzado con el obispo Gurgense.

Siguiendo los Bentivogli la autoridad del Rey, significaban al Papa que no querían ser contumaces ó rebeldes á la Iglesia, sino perseverar en la sujeción en que tantos años habían continuado sus padres, en cuya señal habían restituído en su libertad al obispo de Chiusi, y, según el uso antiguo, le habían puesto en el palacio como lugarteniente apostólico.

Partió, pues, el Trivulcio con el ejército, y se arrimó á la Mirándola para recuperarla, aunque por los ruegos de Juan Francisco Pico había entrado en aquel lugar Vitfrust debajo de color de tenerla en nombre del Emperador, y protestando al Trivulcio que, siendo jurisdicción del Imperio, se abstuviese de ofenderla. Conociendo al fin que no bastaba la vana autoridad, se fué, recibiendo de él algunas promesas, más aparentes por la honra del Emperador que sustanciales. Lo mismo hizo Juan Francisco, habiendo sacado salvoconducto para las haciendas y personas, y el Trivulcio, no teniendo otra empresa que hacer, enviando para guarda de Verona quinientas lanzas y tres mil infantes tudescos, debajo del gobierno del capitán Jacobo, y despi-

diendo la otra infantería, excepto dos mil quinientos gascones, gobernados por Molardo y Mongirone, distribuyó la gente de armas por el ducado de Milán.

No correspondía la disposición del Papa al deseo ni á la esperanza del Rey, porque volviendo á cobrar ánimo Su Santidad por la disolución del ejército, endureciéndole más lo que parecía más verosímil que le había de ablandar, estando todavía en Rímini oprimido de la gota y en medio de tantas congojas, proponía, más como vencedor que vencido, por medio del mismo escocés, que en lo venidero se pagase por el duque de Ferrara el censo acostumbrado antes de la disminución hecha por el papa Alejandro; que la Iglesia tuviese en Ferrara un bisdómino como antes tenían los venecianos, y le cediesen Lugo y los otros lugares que Alfonso de Este poseía en la Romaña. Aunque parecían al Rey estas condiciones muy graves, con todo eso, era tan grande su deseo de la paz con el Papa, que hizo responder que venía casi en todas estas peticiones como interviniese en ellas el consentimiento del Emperador; pero el Papa, de vuelta ya en Roma, había mudado de parecer, dándole atrevimiento, además del que se tomaba por sí mismo, los consejos del rey de Aragón, el cual, habiendo entrado en mayores recelos por la victoria del rey de Francia, dejó luego todos los aparatos que había hecho para pasar personalmente á África, donde continuamente tenía guerra con los moros, y volviendo á llamar á Pedro Navarro con tres mil infantes españoles, le envió al reino de Nápoles, asegurando á un mismo tiempo sus cosas propias y dando ánimo al Papa para apartarse más de la concordia. Respondió que no quería la paz si juntamente no se componía el Emperador con los venecianos; si Alfonso de Este, demás de las primeras demandas, no le restituía los gastos hechos en la guerra, y si el Rey no se obli-

gaba á no impedirle la recuperación de Bolonia; pues esta ciudad, como rebelada de la Iglesia, estaba ya sujeta al entredicho eclesiástico, y para talar las mieses de su comarca había enviado á Marco Antonio Colonna y á Ramazzotto, si bien éstos, entrando con trabajo en el Boloñés, fueron echados fácilmente por el pueblo. Con todo, el Papa, vencido por los ruegos de los cardenales, consintió en la libertad del cardenal de Aux, que había estado hasta aquel día preso en el castillo de Sant Angelo, pero con condición de que no saliese del palacio Vaticano hasta que fuesen libres todos los prelados y oficiales que habían sido presos en Bolonia, y que después no pudiese salir de Roma, so pena de cuarenta mil ducados, de lo cual diese seguridad á propósito; aunque poco después le consintió volverse á Francia, prohibiéndole, bajo de la misma pena, entrar en el Concilio.

Conmovió tanto más la respuesta del Papa el ánimo del Rey, cuanto más se había persuadido que debía aceptar las condiciones que él mismo había propuesto; por lo cual, determinando impedir que recuperase á Bolonia, envió á aquella ciudad cuatrocientas lanzas, y pocos días después la tomó en su protección á ella y á los Bentivogli, sin recibir de ellos ninguna obligación de darle gente ó dinero; y conociendo que le era más necesario que nunca la unión con el Emperador, si bien primero tenía alguna inclinación á no darle la gente prometida en la capitulación hecha con el Gurgense, si no pasaba personalmente á Italia, porque debajo de esta condición había concertado dársela, ordenó que del Estado de Milán fuese el número de la gente prometida debajo del gobierno de la Paliza, porque el Trivulcio, que era la persona que el Emperador había pedido, rehusaba ir.

Había venido el Emperador á Inspruck, por una par-

te ardiente para la guerra contra los venecianos y por otra combatido en su mismo ánimo por diversos pensamientos, porque, considerando que todos los progresos que hiciesen serían al fin de poca consideración, si no se tomaba á Padua, y que para esto se necesitaban tantas fuerzas y aparatos que era casi imposible juntarlos, unas veces se volvía al deseo de concordarse con los venecianos (á lo cual le aconsejaba mucho el Rey Católico), y otras, llevado de sus designios vanos, pensaba ir personalmente á Roma con el ejército para ocupar todo el Estado de la Iglesia, como deseaba mucho tiempo hacía; prometiéndose que, demás de la gente francesa, conduciría consigo poderoso ejército de Alemania. Pero no correspondiendo después, por sus cortas fuerzas y desórdenes las ejecuciones á los pensamientos, prometiendo unas veces que vendría en persona y otras que enviaría gente, gastaba el tiempo sin poner en ejecución alguna empresa. Parecía por esto muy pesado al rey de Francia el haber de sustentar solo todo el peso, y esta sola razón, muy conforme á su tenacidad, influía repetidas veces más en él, que lo que muchas en contrario le persuadían de que el Emperador, si no fuese ayudado poderosamente por él, se uniría al fin con sus enemigos, por lo cual, demás de sustentar por necesidad mucho mayor gasto, caerían sus Estados de Italia en gravísimos peligros.

Entibiábanse en esta duda y dificultad los alborotos de las armas temporales, pero andaban muy encendidos los de las espirituales, así de la parte de los cardenales autores del Concilio, como de la parte del Papa, atento todo á oprimir este mal antes que hiciese mayor progreso. Habíase (como he dicho arriba) convocado el Concilio con la autoridad del Rey de Romanos y del de Francia, interviniendo en la convocatoria los cardenales de Santa Cruz, de Saint-Malo, de Bayeux y de Cosen-

za, y conviniendo con ellos manifestamente el cardenal de San Severino. Sucesivamente intervenían en las consultas y deliberaciones que se tomaban los procuradores de ambos reyes; mas los cinco cardenales, autores de esta peste, habían añadido á la intención, para darle mayor autoridad, el nombre de otros cardenales. Albret, cardenal francés, aunque accedía de mala gana, no podía desobedecer las órdenes de su Rey y de los otros nombrados por ellos; el cardenal Adriano y el cardenal de Finale afirmaban públicamente que no se había hecho la convocatoria por su orden ni con su consentimiento; por lo cual, no declarándose en esta materia más de seis cardenales, esperando el Papa que fácilmente les podría hacer desistir de esta locura, trataba continuamente con ellos, ofreciéndoles perdón por lo que habían cometido, y con tal seguridad, que no pudiesen temer ser ofendidos; cosas que los cardenales oían fingidamente. Mas no por esto cesaba en aplicar remedios más poderosos; así, por consejo (según se dijo) de Antonio del Monte de San Sovino, uno de los cardenales creados últimamente en Ravena, queriendo purgar la negligencia, convocó el Concilio universal para el primer día de Mayo próximo, en la ciudad de Roma, en la iglesia de San Juan Laterano.

Pretendió que, por esta convocatoria, había disuelto el Concilio convocado por sus contrarios, y que al que estaba señalado por él, pasaba jurídicamente el poder y la autoridad de todos, no obstante que alegasen los cardenales que, si bien esto era verdad en principio, con todo eso, puesto que ellos se habían adelantado á convocar el Concilio, debía tener lugar el convocado é intimado por ellos.

Convocado el Concilio, teniendo ya más confianza en sus derechos y esperando poder atraer á su amistad al cardenal de Santa Cruz, el cual, por ambición de ser

Papa, había sido en mucha parte autor de este movimiento, y lo mismo al de Saint-Malo y al de Cosenza, porque de los otros no había perdido todavía la esperanza de reducirlos á su obediencia, publicó contra aquellos tres un Monitorio para que, dentro de sesenta y cinco días, se presentasen en su presencia, so pena de privación de la dignidad del cardenalato y de todos los bienes eclesiásticos; y porque se dispusiesen más fácilmente á esto envió el Colegio de los Cardenales un auditor de la Rota á rogarles é intimarles que, depuestas las diferencias privadas, volbiesen á la unión de la Iglesia; ofreciéndoles que les haría conceder cualquier seguridad que desearan.

En este mismo tiempo, estando irresoluto su ánimo ó moviéndole otra razón, oía continuamente la plática de la paz con el rey de Francia, la cual trataban los embajadores del Rey con él y con el Rey el mismo embajador del de Escocia y el obispo de Tívoli, nuncio apostólico; y por otra parte trataba de hacer con el rey de Aragón y con los venecianos nueva confederación contra los franceses.

Procuró en este mismo tiempo que fuese restituído á los florentinos Montepulciano, no por amor que les tuviese, sino por recelos de que, estando acabada la tregua que tenían con los sieneses, llamasen á la Toscana para estar más poderosos, y recuperar aquel lugar á la gente francesa; y aunque causaba disgusto al Papa que recuperasen los florentinos á Montepulciano y hubiese enviado ya á Siena para impedirlo á Juan Vitello con cien hombres de armas por cuenta de él y de los sieneses, y á Julio Vaina con cien caballos ligeros, con todo eso, considerando después mejor que, cuando se mostrase mayor la dificultad, tanto más se incitarían los florentinos á llamar á los franceses, determinó (para que el Rey no tuviese ocasión de enviar gente á lugar cerca

de Roma) acudir á este peligro de otra suerte, en lo cual consentía Pandolfo Petrucci.

Habiéndole mantenido en esto artificiosamente los florentinos, tratóse la materia muchos días, porque como muchas veces las cosas pequeñas no tienen menores dificultades ni son más fáciles de desenredar que las muy grandes, quería Pandolfo, por no incurrir en el odio del pueblo sienés, que se procediese de manera que pareciese que no había algún otro medio para asegurarse de la guerra y no perder el ánimo del Papa. Querían, demás de esto, el Papa y él que al mismo tiempo se hiciese confederación entre los florentinos y los sieneses para defensa de sus Estados. Por otra parte temían que los de Montepulciano, recatándose de lo que se trataba, rindiéndose por sí mismos á los florentinos volviesen á ganar su gracia, y los florentinos, conseguido su intento, estuviesen después resistentes en hacer la confederación, por lo cual fué enviado á alojar á Montepulciano Juan Vitello, y el Papa envió á Jacobo Simonetta, auditor de la Rota (el cual, pocos años después, fué promovido al cardenalato), para que, por su medio, se acomodasen las cosas de Montepulciano, de suerte que al fin en un mismo tiempo se hizo confederación por veinticinco años entre los florentinos y los sieneses, y Montepulciano volvió al poder de los florentinos, interponiéndose Simonetta para el perdón y la confirmación de las exenciones antiguas.

Habían estado por algunos meses más quietas de lo que solían las cosas entre el Rey de Romanos y los venecianos, porque los tudescos, faltos de gente y de dinero, no juzgaban que harían poco si conservaban á Verona, y el ejército veneciano, no estando poderoso para expugnar aquella ciudad, estaba alojado entre Soave y Lunigo, y desde allí una noche abrasaron del uno y otro lado del Adige gran parte de las mieses de los

veroneses, si bien siendo acometidos á la retirada, perdieron trescientos infantes.

A la fama de acercarse á Verona la Paliza con mil y doscientas lanzas y ocho mil infantes, se retiró su ejército hacia Vicenza y Lignago en lugar fuerte y casi como en isla por unas aguas y algunas cortaduras que habían hecho, si bien no estuvo firme muchos días en este alojamiento, porque, habiendo llegado á Verona la Paliza con parte de la gente y saliendo luego sin esperar á todos, juntamente con los tudescos, á la campaña, se retiró como huyendo á Lunigo y después con el mismo terror, desamparando á Vicenza y á todos los otros lugares y al Polesino de Rovigo (despojos unas veces de los venecianos y otras del duque de Ferrara), se distribuyeron los venecianos en Padua y en Treviso. Vinieron de Venecia á la defensa de estas ciudades, de la misma suerte que antes lo habían hecho á Padua, muchos mozos de la nobleza veneciana. Saqueó el ejército francés y tudesco á Lunigo y se les rindió Vicenza, quedando por presa miserable de los más poderosos en la campaña.

Pero cualquier esfuerzo y conquista era de poca consideración para el fin de las cosas, mientras conservaban los venecianos á Padua y Treviso, porque, con la oportunidad de aquellas ciudades, luego que los tudescos no tuviesen las ayudas de Francia, recuperarían sin dificultad lo perdido; por lo cual el ejército, después de estos progresos, se detuvo muchos días en el puente Barberano, esperando ó la venida ó la determinación del Emperador; el cual habiendo venido entre Trento y Rovere, atento al mismo tiempo á entretenerse en la caza de las fieras (como lo solía hacer) y á enviar infantes á Italia, prometía venir á Montagnana, ofreciendo unas veces que haría la empresa de Padua, otras la de Treviso y otras que iría á ocupar á Roma; variando en

todas por su inestabilidad, hallando por su gran pobreza no menos dificultad que en las otras cosas, en la ida á Roma; porque ir á aquella ciudad con tantas fuerzas de franceses, parecía cosa muy ajena de su seguridad y dignidad, y el peligro de que, en ausentándose aquel ejército, acometiesen los venecianos á Verona, le obligaba á dejarla guardada con poderoso presidio.

También el rey de Francia dificultaba que se apartase tanto espacio de país su gente del Estado de Milán, porque le quedaba muy poca esperanza de la paz con los suizos; los cuales, demás de mostrarse inclinados á los deseos del Papa, decían públicamente al embajador del rey de Francia que era muy molesta á aquella nación la ruina de los venecianos por las conveniencias que tienen juntas las Repúblicas.

Resolviéronse finalmente los conceptos y discursos grandes del Emperador (según su antigua costumbre) en efectos indignos de su nombre porque, acrecentando al ejército con trescientos hombres de armas tudescos, y por otra parte, oyendo á los embajadores de los venecianos (con los cuales trataba continuamente) y habiendo hecho venir á la Paliza, primero á Lungara, cerca de Vicenza, y después á Santa Cruz, le pidió que fuese á tomar á Castelnuovo, pasó debajo de la Scala, hacia el Friul á veinte millas de Feltro, para facilitarle la bajada por aquella parte. Fué la Paliza por esta causa á Montebellona, distante diez millas de Treviso, y enviando de allí quinientos caballos y dos mil infantes para abrir el paso de Castelnuovo se fueron, en abriéndole, á la Scala.

En este tiempo los caballos ligeros de los venecianos, que corrían sin ningún estorbo por todo el país, rompieron junto á Marostico cerca de setecientos infantes y muchos caballos franceses é italianos que iban de Verona á Soave á juntarse con trescientas lanzas fran-

cesas para pasar seguramente al ejército, las cuales habiendo venido en seguimiento de la Paliza, esperaban en aquel lugar su orden. Aunque al principio, sucediendo con prosperidad las cosas para los franceses y tudescos, fuese preso el conde Guidò Rangone, capitán de los venecianos, con todo eso, acudiendo muchos villanos en favor de los venecianos, quedaron victoriosos, muertos cerca de cuatrocientos infantes franceses y presos Mongirone y Riccimar, sus capitanes.

Continuamente se entibiaba ya lo que estaba ordenado, porque viendo el rey de Francia que no correspondían los aparatos del Emperador con sus ofertas, apartándose de Italia, se volvió del Delfinado (donde se había detenido muchos días) á Blois, y el Emperador se había retirado á Trento con determinación de no ir más personalmente al ejército, y en lugar de ocupar todo aquello que poseían los venecianos en tierra firme ó verdaderamente á Roma con todo el Estado eclesiástico, proponía que los tudescos entrasen en el Friul y en el Trevisano, no tanto por hacer vejaciones á los venecianos, cuanto por obligar á las villas del país á pagar dinero para librarse de los robos y sacos; y que los franceses, para que los suyos no fuesen impedidos, se adelantasen metiendo en Verona (donde había gran peste) doscientas lanzas. Consintió en todo esto la Paliza, y habiéndose juntado con él Obigni, capitán de las trescientas lanzas que estaban en Soave, hizo alto sobre el río de la Piave. Demás de esto, dejaron los tudescos, para mayor seguridad de Verona, doscientos caballos en Soave, los cuales estando con gran descuido, sin avanzada ni guardas, fueron casi todos una noche muertos ó presos por cuatrocientos caballos ligeros y cuatrocientos infantes de los venecianos.

Habíase trabajado diferentemente todo este año en el Friul, en Istria y en las partes del Trieste y de Fiume,

según lo acostumbrado, por tierra y por mar con pequeños bajeles; viéndose robados aquellos infelices países unas veces por la una parte y otras por la contraria. Entró después en el Friul el ejército tudesco, y habiéndose presentado en Udina, lugar principal de aquella provincia y donde residen los oficiales de los venecianos, huyendo estos vilmente, serindió luego el lugar, y después, con el mismo curso de la victoria, hizo lo mismo todo el Friul, pagando cada lugar la cantidad de dinero que su posibilidad sufría. Quedaba Gradisca, que está situada sobre el río Lisonzio, donde estaba Luis Mocenigo, proveedor del Friul, con trescientos caballos y mucha infantería. Este lugar, batido con la artillería y habiéndose defendido del primer asalto, se rindió por la instancia de los soldados, quedando preso el proveedor del Friul. Volvieron los tudescos á juntarse con la Paliza que estaba alojado á cinco millas de Treviso, y se arrimaron á esta ciudad unidamente porque el Emperador hacía gran instancia para que se intentase expugnarla; mas habiéndola hallado muy fortificada por todas partes y teniendo falta de gastadores, de municiones y de otras provisiones necesarias, perdiendo enteramente la esperanza de ganar la victoria, se apartaron de ella.

Partió pocos días después la Paliza para volverse al ducado de Milán por orden del Rey, porque continuamente crecía el temor de nuevas confederaciones y movimientos de los suizos. Fueron siempre en su seguimiento, cuando se retiraba, los estradiotas de los venecianos, esperando que le podrían ofender, á lo menos cuando pasase los ríos Brenta y Adige; pero pasó seguramente por todas partes, habiendo desvalijado antes de pasar el Brenta doscientos caballos de los venecianos que estaban alojados fuera de Padua, y preso á Pedro de Lunghera, su capitán.

Dejó su partida muy confusos á los tudescos, porque, no habiendo podido alcanzar que quedasen en guarda de Verona otras trescientas lanzas francesas, se vieron obligados á retirarse, dejando por despojo á los enemigos todo lo que habían ganado aquel verano, por lo cual la gente de los venecianos (cuyo gobernador era, por la muerte de Lucio Malvezzo, Juan Paulo Baglione) recobró luego á Vicenza, y después, entrando en el Friul, asolada Cremona, tomó todo el país, excepto Gradisca, aunque la combatieron vanamente; si bien pocos días después unos infantes enviados del condado de Tirol, ganaron á Cadoro y saquearon á Belona. De esta manera, con efectos ligeros y poco durables, se acabaron en el verano presente los movimientos de las armas, sin provecho, mas no sin ignominia del nombre del Emperador, y con aumento de la reputación de los venecianos que, acometidos dos años por los ejércitos imperiales y franceses, retuvieron al fin las mismas fuerzas y dominio. Estas cosas, si bien miraban derechamente contra el Emperador, dañaban mucho más al rey de Francia porque, mientras temiendo quizá las prosperidades y aumento del Emperador, ó aconsejándose con fundamentos falsos, ó no conociendo los peligros cercanos, ó ahogada la prudencia por la avaricia, no daba al Emperador tales ayudas que pudiese afianzar la victoria deseada, le puso en ocasión y casi en necesidad de inclinar los oídos á aquellos que jamás acababan de persuadirle que se apartase de él, conservando al mismo tiempo en tal estado á los venecianos que pudiesen con mayores fuerzas unirse con aquellos que deseaban abatir su poder, y ya comenzaba á verse algún indicio de que en la mente del Emperador, y especialmente respecto á la causa del Concilio, se levantaban nuevos pensamientos, pareciendo que se había entibiado su ánimo, mayormente después de la convo-

catoria del Concilio Lateranense, pues no envió al de Pisa, según lo que había prometido muchas veces, ningún prelado tudesco en nombre de Alemania, ni procuradores que asistiesen en su nombre, no pudiendo obligarle á esto el ejemplo del rey de Francia, el cual había ordenado que en nombre de toda la Iglesia galicana, fuesen veinticuatro obispos, y que todos los otros prelados de su reino, ó fuesen personalmente, ó enviasen procuradores. Con todo eso, ó por excusar esta dilación, ó porque verdaderamente fuese así su deseo, comenzó en este mismo tiempo á hacer instancia para que por mayor comodidad de los prelados de la Germania, y porque afirmaba que quería intervenir personalmente, se pasase á Mantua ó á Verona ó á Trento el Concilio convocado para Pisa. Esta proposición (molesta por varias causas á todos los otros) era solamente de gusto para el cardenal de Santa Cruz, el cual, con gran codicia del Pontificado (á cuyo fin había sembrado estas discordias), esperaba, con el favor del Emperador, en cuya amistad fiaba grandemente su deseo, que podría con facilidad lograrlo. Pero quedando débil y casi nula la causa del Concilio sin la autoridad del Emperador, le enviaron de común consentimiento á suplicar con el cardenal de San Severino que hiciese caminar á los prelados y procuradores que tantas veces había prometido, y á darle la palabra de que, en empezando el Concilio en Pisa, lo pasarían al mismo lugar que determinase, mostrándole que el pasarle primero sería muy perjudicial para la causa común, y especialmente porque era de suma importancia cumplir lo que se había intimado al Pontífice. Fué á hacer la misma instancia con el cardenal, de parte del rey de Francia, Galeazzo su hermano, al cual con felicidad no semejante á la desventura de Luis Sforza, su primer señor, le había honrado con el oficio de su caballero mayor.

Pero principalmente le envió el Rey para confirmar con varias ofertas y partidos nuevos el ánimo del Emperador, por cuya inestabilidad estaba en gran suspensión y recelos, aunque al mismo tiempo no estaba sin esperanza de concluir la paz con el Papa, la cual, tratada en Roma por los cardenales de Nantes y de Strigonia, y en Francia por el obispo escocés y el de Tívoli, estaba reducida á tales términos, que, ajustadas casi todas las condiciones, había enviado el Papa al obispo de Tívoli autoridad para darla perfección; aunque insertas en el mandato algunas limitaciones que daban grandes indicios de que su voluntad no era lo que decían sus palabras, y mayormente sabiéndose que al mismo tiempo trataba con muchos potentados cosas enteramente contrarias á ésta.

Faltó poco en esta duda para que detuviese todas las pláticas y los principios de los males que se prevenían el accidente imprevisto del Papa, el cual cayendo malo á 17 de Agosto, al cuarto día de su enfermedad le apretó de manera un grande paroxismo, que algunas horas creyeron los presentes que estaba muerto. Corriendo la fama por todas partes de que había acabado, se movieron para venir á Roma muchos cardenales ausentes, y entre otros aquellos que habían convocado el Concilio. No hubo en Roma menor alboroto del que suele haber en la muerte de los Papas, antes se vieron semillas de mayores inquietudes, porque Pompeyo Colonna, obispo de Rieti, y Antimo Savello, mozos sediciosos de la nobleza romana, llamando al Campidoglio al pueblo de Roma, procuraron encenderle con palabras sediciosas á ponerse en libertad (1).

(1) El Rey, al llegar á este punto, deja sin traducir algunos párrafos del texto de Guicciardini, que, compendiando las arengas de los que excitaban á la rebelión, dicen así:

Volvió el Papa de aquel accidente tan peligroso, y estando ya algo aliviado de él, siendo todavía mucho mayor el miedo que la esperanza de su vida, absolvió el día siguiente, presentes los cardenales congregados en forma de Consistorio, á su sobrino de la muerte del cardenal de Pavía, no por vía de justicia, como antes se había tratado, repugnando á esto la brevedad del tiempo, sino, como á penitente, por gracia é indulgencia apostólica. Solicitó que en el mismo Consistorio se hiciese canónicamente la elección de su sucesor; y queriendo prohibir á los otros el ascender á tan gran dignidad por el medio con que él había subido, hizo publicar una bula llena de penas horribles contra aquellos

“Sobrado tiempo ha estado oprimida la hidalguía romana; sobrado tiempo es siervo aquel espíritu dominador del mundo entero. Puede acaso excusarse que en siglos anteriores, por la reverencia de la religión, cuyo nombre iba acompañado de santísimas costumbres y de grandes milagros, no por la fuerza de las armas, ni por violencia alguna, los antepasados cediesen al imperio de los clérigos, sometiendo voluntariamente el cuello al suave yugo de la piedad cristiana. Pero ahora ¿qué necesidad, qué virtud, qué dignidad puede excusar en modo alguno la infamia de la servidumbre? ¿Acaso la integridad de vida? ¿Acaso los santos ejemplos del sacerdocio? ¿Los milagros que realizan? ¿Qué generación puede haber en el mundo más corrompida, más envilecida y de costumbres más indignas y relajadas? ¿Generación en la cual, lo único milagroso es, que Dios, fuente de la justicia, por tanto tiempo sufra tan gran maldad!

„Podría acaso mantenerse esta tiranía por la fuerza de las armas, ó por el ingenio de los hombres, ó por la idea constante de la conservación de la majestad del Pontificado. Pero ¿qué generación hay más ajena á los estudios y á las fatigas de la milicia, más entregada al ocio y á los placeres, más desdeñosa de la dignidad y bienestar de sus sucesores?

„Dos Principados hay iguales en el mundo: el del Pontífice romano y el del Sultán del Cairo, porque ni la dignidad del Sultán ni los grados de los mamelucos son hereditarios, sino que, pasando de gente en gente, se conceden hasta á los extranjeros. Es, sin embargo, más vituperable la servidumbre

que procurasen, ó con dinero ó con otros premios, ser elegidos Pontífices, anulando la elección que se hiciese por simonía, y dando el camino muy fácil á cualquier cardenal para contradecirla. Había pronunciado esta constitución desde cuando estuvo en Bolonia, enojado entonces contra algunos cardenales que procuraban públicamente alcanzar promesas de otros para ser elegidos Pontífices después de su muerte.

Desde este día mejoró evidentemente, procediendo, ó de su complexión muy robusta, ó por reservarle los hados como autor y ocasión principal de más largas y mayores calamidades de Italia, porque no se podía atribuir su salud ni á su virtud ni á los remedios de los médicos, á quienes no obedecía en nada, comiendo en el ardor de la enfermedad manzanas crudas y cosas contrarias á sus órdenes.

Aliviado del peligro de la muerte, volvió á sus trabajos y pensamientos acostumbrados, continuando á un mismo tiempo el tratar la paz con el rey de Francia, y con el de Aragón y el Senado veneciano confederación en ofensa de los franceses; y aunque tenía la vo-

los romanos que la de los pueblos de Egipto y de Siria, porque la infamia de estos pueblos la excusa en parte ser los mamelucos hombres belicosos y feroces, avezados á las fatigas y á una vida ajena á todo género de comodidades. Pero ¿á quién sirven los romanos? A gente ociosa y cobarde; á extranjeros, con frecuencia tan innobles de sangre como de costumbres.

„Hora es ya de despertar para siempre de somnolencia tan grave; de recordar que el nombre de romano es gloriosísimo cuando le acompaña la virtud, pero que cubre de vituperio é infamia á quien procura olvidar la honrada gloria de sus mayores.

„La ocasión presente es oportuna, porque júntase á la muerte del Pontífice la discordia entre los eclesiásticos, la desunión de voluntades de los reyes poderosos; Italia llena de soldados y alborotos, y odiosa á todos los Principes, más que en tiempo alguno, la tiranía sacerdotal.

luntad más inclinada á la guerra que á la paz, todavía alguna vez le removían muchas razones, ora en este, ora en aquel parecer; inclinándole á la guerra, demás del odio antiguo contra el rey de Francia, y de la dificultad de alcanzar en la paz todas las condiciones que deseaba, las persuasiones contrarias del rey de Aragón, sospechoso más que nunca de que, habiendo hecho paz el rey de Francia con el Papa, acometiese lo antes que le fuera posible al reino de Nápoles. Y para que estos consejos tuviesen mayor autoridad, demás de la primera armada que había pasado gobernada por Pedro Navarro de África á Sicilia, envió de nuevo otra de España, en la cual se decía que había quinientos hombres de armas, setecientos jinetes y tres mil infantes; fuerzas que, añadidas á las otras, no eran de poca consideración, por el número y valor de la gente. Pero con todo eso, el mismo Rey, con sus artificios acostumbrados, mostraba que deseaba más la guerra contra los moros, y que no le apartaría de aquel provecho y comodidad propia otra cosa sino la devoción que siempre había tenido á la Sede Apostólica; pero que, no pudiendo sustentar solo sus soldados, era necesaria la ayuda del Papa y del Senado veneciano. Para que conviniesen con más facilidad en estas cosas, su gente, que ya había desembarcado toda en la isla de Capri, junto á Nápoles, mostraba aprestarse para pasar á África.

Espantaban al Papa estas demandas desproporcionadas, enfadábanle estos artificios y obligábale á estar receloso el saber que aquel Rey no cesaba de dar esperanzas contrarias al rey de Francia. Sabía que los venecianos no se apartarían de su voluntad, pero asimismo sabía que, por la larga guerra, se les había enflaquecido el poder y disposición de gastar, y que el Senado por sí mismo deseaba más atener por entonces á

defender lo que era suyo que á entrar de nuevo en una guerra que no se podría sustentar sin grandes gastos y casi intolerables. Esperaba que los suizos, por la inclinación más común del pueblo, se declararían contra el rey de Francia, y no teniendo certeza de ello, no se debía sujetar á tantos peligros. Por esta esperanza incierta, siéndole notorio que jamás habían roto las pláticas con el rey de Francia, y que muchos de los principales á los cuales resultaba muy gran provecho de la amistad de Francia, hacían todo lo que podían para que en la Dieta que próximamente se había de juntar se renovase la confederación con el Rey.

Del ánimo del Emperador (aunque provocado continuamente por el Rey Católico, y natural enemigo del nombre francés) tenía menos esperanza que miedo, sabiendo las grandes ofertas que le habían hecho de nuevo contra los venecianos y contra sí; que el rey de Francia tenía posibilidad para hacerlas, con efecto, mayores de lo que ninguno las pudiese haber hecho; que cuando el Emperador se juntase con aquel Rey, se hacía por su autoridad muy formidable el Concilio, y que juntas con buena correspondencia sus armas con las fuerzas y con el dinero del rey de Francia, y con la oportunidad de los Estados de ambos, no podía tener alguna esperanza el Papa de la victoria, la cual era muy dificultoso alcanzar contra el rey de Francia solo.

Alteraba su ánimo la esperanza de que el rey de Inglaterra hubiese de mover la guerra contra el reino de Francia, inducido por los consejos y persuasiones del Rey Católico, su suegro, y por la autoridad de la Sede Apostólica (grande entonces en aquella isla de Inglaterra), en cuyo nombre con ardientes ruegos había pedido su ayuda contra el rey de Francia como contra opresor y usurpador de la Iglesia; pero mucho más movían á aquel Rey y á los pueblos de Inglaterra el odio natu-

ral contra el pueblo francés, la edad juvenil y la gran cantidad de dinero que le dejó su padre, la cual se decía por graves autores que subía á cantidad inestimable. Estas cosas encendían en el ánimo del mozo (nuevo en el reino y que nunca había visto en su casa otra cosa que próspera fortuna), el deseo de renovar las glorias de sus antecesores, los cuales, intitulándose reyes de Francia, y habiendo en diferentes tiempos, siempre victoriosos, oprimido con grandes guerras aquel reino, no sólo habían poseído por largos años en Guyena y la Normandía ricas y poderosas provincias, y preso en una batalla dada junto á Poitiers al rey de Francia con dos hijos y con muchos de los principales señores, sino asimismo ocupado, juntamente con la mayor parte del reino, la ciudad de París, metrópoli de toda la Francia; y con tal suceso y terror, que es opinión constante que si Enrique V, su rey, no hubiera muerto naturalmente en la flor y curso de las victorias, hubiera conquistado todo el reino de Francia.

Removiendo el nuevo Rey en su ánimo la memoria de estas victorias, se conmovió increíblemente, aunque su padre, cuando se moría, le recordó expresamente que conservase sobre todas las cosas la paz con el rey de Francia, pues sólo con ella podían reinar los reyes de Inglaterra segura y felizmente.

La guerra hecha por los ingleses al rey de Francia, mayormente si al mismo tiempo se viese acometido por otras partes, no había duda alguna de que era de gran consideración, porque hería en las entrañas de su Reino y porque, por la memoria de los sucesos pasados, era sumamente temido de los franceses el nombre inglés. Con todo eso, el Papa, por la incertidumbre de la fe bárbara y por estar tan remotos los países no podía fundar seguramente sus propósitos en este favor.

Estas eran las esperanzas del Papa. Por otra parte el

rey de Francia aborrecía la guerra con la Iglesia y deseaba la paz, mediante la cual, demás de desviarse la enemistad del Papa, se libraba de las demandas impertunas y de la necesidad de servir al Emperador. No dificultaba la anulación del Concilio de Pisa, introducido solamente por él por inclinar con este medio el ánimo del Papa á la paz, con tal que perdonase á los cardenales y á los otros que habían consentido y venido en él; más por el contrario, le tenía suspenso la demanda de la restitución de Bolonia, siendo aquella ciudad, por su sitio, muy á propósito para molestarle, porque temía que el Papa no aceptaría la paz sinceramente ni con el ánimo dispuesto á guardarla si volviese á tener ocasiones, sino por librarse al presente del peligro del Concilio y de las armas. Esperaba todavía que había de confirmar el ánimo del Emperador con la grandeza de las ofertas, y porque hasta ahora trataba con él los negocios comunes, no como su enemigo, sino como su confederado, aconsejándole, entre otras cosas, que no conviniese en que Bolonia, ciudad tan importante, volviese al poder del Papa. De los reyes de Aragón y de Inglaterra no desconfiaba enteramente, no obstante el proceder ya casi manifiesto del uno y los rumores que se esparcían de la intención del otro, y aunque sus embajadores juntos le habían aconsejado primero con modestas palabras y debajo de color de amigables oficios y después con palabras más eficaces hiciese que los cardenales y los prelados de su reino concurriesen al Concilio Lateranense y que prometiese volver al poder de la Iglesia la ciudad la Bolonia, porque, por otra parte, fingiendo el inglés que quería perseverar en la confederación que tenía con él y diciendo muchos de los suyos que esto era verdad, creía que no intentaría ofenderle, y los artificios y fingimientos de los aragoneses eran tales, que, dando menos crédito el Rey á los

hechos que á las palabras con que afirmaba que jamás tomaría las armas contra él, se dejaba persuadir en algún modo que aquel Rey no estaría tan unido con sus enemigos con las armas declaradas como lo estaba con los consejos ocultos.

Engañábase tanto con estas vanas opiniones que, habiéndole dado esperanza aquellos que seguían su parte cerca de los suizos de poderse reconciliar con la nación si convenía en lo que pedían de aumentar las pensiones, lo negó de nuevo pertinazmente, alegando que no quería que le pusiesen precio, antes usando de los remedios ásperos, donde eran necesarios los blandos, estorbó que pudiesen sacar vituallas del Estado de Milán, y padeciendo grande incomodidad de ellos por la esterilidad del país, esperaba que se habían de reducir á renovar la confederación con las condiciones antiguas.

---

## CAPÍTULO II.

Florenzia y Pisa son excomulgadas.—Discordia en Florenzia.  
—Fingimientos del cardenal Médicis con los florentinos.—  
Confederación del Pontífice con el Rey Católico y con los venecianos.—Los cardenales del Concilio pisano son privados del capelo.—Discursos del alférez mayor Sonderini.—  
Luca es excomulgada por haber recibido á los cardenales franceses.—El Concilio es trasladado á Milán.—Los milaneses insultan á los cardenales del Concilio.

Llegó en este medio el primer día de Septiembre, que era el que estaba señalado para dar principio al Concilio pisano, en el cual celebraron los procuradores de los cardenales que habían venido á Pisa en sus nombres

los actos pertenecientes á comenzarle. Enojado por esto grandemente el Papa con los florentinos porque hubiesen consentido que en su dominio comenzase el conciliábulo (al cual llamaba siempre con este nombre) declaró que las ciudades de Florencia y de Pisa estaban sujetas al entredicho eclesiástico por la fuerza de la Bula del Concilio convocado por él, en la cual se contenía que cualquiera que favoreciese el conciliábulo pisano fuese excomulgado y entredicho y sujeto á todas las penas ordenadas severamente por las leyes contra los cismáticos y herejes, amenazando acometerles con las armas, y eligió al cardenal de Médicis por legado en Perusa. Habiendo muerto pocos días después el cardenal Regino, legado en Bolonia, le pasó á aquella legación, para que, estando con tal autoridad cerca de sus confines el émulo de aquel Estado, entrasen entre sí mismos en recelos y en confusión, dándole esperanza de que esto pudiese suceder fácilmente por el estado en que entonces se hallaba aquella ciudad.

Porque además de tener algunos deseos de la vuelta de la familia de los Médicis, reinaban entre los otros ciudadanos de mayor consideración las discordias y divisiones (antigua enfermedad de aquella ciudad), causadas en este tiempo por la grandeza y autoridad del Alférez mayor, la cual no podían sufrir algunos por ambición y emulación. Otros estaban malcontentos de que, tomándose en la determinación de las materias quizá más mano de la que tocaba á su puesto, no dejase á los otros aquella parte que sus calidades merecían, doliéndose de que el gobierno de la ciudad, ordenado en dos extremos, que son el poder público en una persona y el Consejo popular, tuviese falta (según la recta institución de las Repúblicas) de un Senado ordenado justamente, por el cual, además de ser como temperamento entre el un extremo y el otro, alcanzasen los ciudada-

nos principales y más calificados puesto honroso en la República, y que el Alférez mayor, elegido principalmente para ordenar esto, por ambición ó por sospecha vana, hiciese lo contrario.

Este deseo (que si bien era justo, no tenía tanta importancia que debiese volver los ánimos á las divisiones, porque también, sin esto, alcanzaban honesto lugar, y al fin no se disponían las cosas públicas sin ellos), fué origen y causa principal de gravísimos males en aquella ciudad.

Nació de estos fundamentos la división entre los ciudadanos, pareciendo á los émulos del Alférez mayor que éste y el cardenal de Volterra, su hermano, tenían dependencia del rey de Francia, y, confiados en esta amistad, se oponían cuanto podían á las determinaciones que se habían de tomar en favor de aquel Rey, deseosos de que el Papa prevaleciese. De esto había nacido también que comenzase á ser menos odioso en la ciudad el nombre de la familia de los Médicis, porque aquellos ciudadanos grandes que no deseaban su vuelta, por la emulación del Alférez mayor, no concurrían ya en perseguirlos ni en impedir (como otras veces se había hecho) el trato de los otros ciudadanos contra ellos; antes mostrando, por picar al Alférez mayor, que no estaban ajenos de su amistad, hacían sombra á los otros para desear su grandeza. De esto nació que, no sólo en aquellos que con seguridad eran sus amigos (que no eran de mucha consideración), se introducían esperanzas de cosas nuevas, sino también muchos mozos nobles provocados, ó por los muchos gastos ó por los enojos particulares ó por codicia de abatir á los otros, apetecían la mudanza del Estado por el medio de la vuelta de los Médicis. El cardenal de Médicis había con grande astucia sustentado y aumentado muchos años esta disposición porque, después de la muerte de Pe-

dro, su hermano, cuyo nombre era temido y odioso, fingiendo que no se quería introducir en las cosas de Florencia y que no aspiraba á la antigua grandeza de los suyos, había recibido siempre con grandes caricias á todos los florentinos que iban á Roma y trabajado con presteza en los negocios de todos y no menos en los de aquellos que se habían descubierto contra su hermano, pasando de todo punto la culpa en él, como si el odio y las ofensas se hubieran acabado con su muerte; y habiendo continuado muchos años en este modo de proceder, acompañado de la fama en la corte de Roma de que naturalmente era liberal, fácil en obedecer y apacible con todos, se había hecho en Florencia grato á muchos, por lo cual, el papa Julio, deseoso de alterar aquel gobierno, le puso en aquella legacía prudentemente.

Apelaron los florentinos del entredicho, no nombrando por ofender menos con la apelación, al Concilio pisano, sino solamente al Sacro Concilio de la Iglesia universal, y como si por la apelación se hubiera suspendido el efecto del entredicho, fueron obligados por orden del Supremo Magistrado los sacerdotes de las cuatro iglesias principales á celebrar públicamente en ellas los divinos oficios, por lo cual se descubría más la división de los ciudadanos, estando remitido al arbitrio de cualquiera guardar ó despreciar el entredicho. Por esto hicieron de nuevo instancia los embajadores de los reyes de Aragón y de Inglaterra al rey de Francia, ofreciéndole la paz con el Papa, en caso que se restituyese Bolonia á la Iglesia y que los cardenales viniesen al Concilio lateranense, á los cuales ofrecían que les perdonaría el Papa. Pero, deteniéndole á venir en ello el respeto de Bolonia, respondió que no defendía á una ciudad contumaz y rebelde de la Iglesia, debajo de cuyo dominio y obediencia se regía como muchos años lo

había hecho antes del pontificado de Julio; quien no debería pedir más autoridad que aquella con la que la habían poseído sus antecesores; que asimismo el Concilio pisano se había instituido con justísimo y santo propósito de reformar los desórdenes notorios é intolerables que había en la Iglesia, á la cual, sin peligro de cisma ó de división, se restituiría fácilmente su antiguo lustre, si el Papa, como era justo y conveniente, viniera á aquel Concilio; añadiendo que su inquietud de ánimo, encendido para las guerras y para los alborotos, le había forzado á obligarse á la protección de Bolonia y que por esto no quería faltar, por su honra, á defenderla, de la misma suerte que defendía la ciudad de París.

El Papa, pues, apartados todos los pensamientos de la paz por los odios y apetitos antiguos que le causaba la codicia de Bolonia y el enojo y temor del Concilio, y, finalmente, por los recelos que tenía, si difriese más el tomar resolución, de que le desampararían todos, porque ya los soldados españoles, mostrando que habían de pasar á África, comenzaban á embarcarse en Capri, determinó hacer la confederación tratada con el Rey Católico y con el Senado veneciano, la cual se publicó solemnemente á cinco de Octubre, presente el Papa y todos los cardenales en la iglesia de Santa María del Pópolo.

Contenía que se confederaban principalmente para conservar la unión de la Iglesia; para extirpación, por defenderla, del cisma que amenazaba del conciliábulo pisano y para la recuperación de la ciudad de Bolonia perteneciente inmediatamente á la Sede Apostólica y de todas las otras villas y lugares que mediata ó inmediatamente le perteneciesen; debajo del cual sentido se comprendía Ferrara, y que se procediese contra aquellos que se opusiesen á alguna de estas cosas ó inten-

tase impedir las (significaban estas palabras al rey de Francia), para echarlos totalmente de Italia con ejército poderoso, en el cual tuviese el Papa cuatrocientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y seis mil infantes; el Senado veneciano ochocientos hombres de armas, mil caballos ligeros y ocho mil infantes, y el rey de Aragón mil doscientos hombres de armas, mil caballos ligeros y diez mil infantes españoles; para el sustento de los cuales pagase el Papa cada mes durante la guerra veinte mil ducados, y otros tantos el Senado veneciano, contando al presente el sueldo de dos meses, dentro de los cuales debiesen los confederados venir á la Romaña ó adonde concertasen; que armase el rey de Aragón doce galeras sutiles y catorce los venecianos, los cuales al mismo tiempo moviesen la guerra por Lombardía al rey de Francia; que fuese capitán general de todo el ejército D. Ramón de Cardona, natural de Cataluña, que entonces era virrey en el reino de Nápoles; que tomándose algún lugar en Lombardía que hubiese sido de los venecianos, se observase la declaración del Papa, el cual luego, por escritura hecha separadamente, declaró que se restituyese á los venecianos. Al Emperador se reservó poder para entrar en la confederación y asimismo al rey de Inglaterra; á aquél con esperanza incierta de que al fin se hubiese de separar del rey de Francia, y á éste con expreso consentimiento del cardenal Eboracense, que había intervenido continuamente en los tratados de la liga. Cuando estuvo ajustada, murió Jerónimo Donato, embajador de Venecia, que por su prudencia y destreza era muy agradable al Papa, y por esto había sido muy provechoso para su patria en su embajada. Despertó esta confederación, hecha por el Papa con nombre de librar á Italia de los bárbaros, diversas interpretaciones en los ánimos de la gente, según la diferencia de las pa-

siones y de los ingenios; porque muchos, llevados de la magnificencia y gusto del nombre, ensalzaban hasta el cielo con grandes alabanzas tan alto propósito, llamándola profesión verdaderamente digna de la majestad pontificia y que no podía la grandeza del ánimo de Julio haber tomado empresa más generosa ni más llena de prudencia y magnanimidad, habiendo con su industria conmovido las armas de los bárbaros contra los mismos bárbaros, por lo cual, derramándose contra los franceses más sangre de los extranjeros que de los italianos, no solamente se ahorraría nuestra sangre, sino que echada una de las partes, sería muy fácil echar con las armas de los italianos la otra, que estaría ya flaca y sin fuerzas. Otros, considerando quizás más interiormente la sustancia de las cosas, no dejándose deslumbrar los ojos con el esplendor del nombre, temían que las guerras que se comenzaban con intención de librar á Italia de los bárbaros, dañarían mucho más á los espíritus vitales de este cuerpo, que las que habían comenzado con manifiesta profesión é intención certísima de sojuzgarla; y que era cosa más temeraria que prudente esperar que las armas italianas, privadas de valor, de disciplina, de reputación, de capitanes y de autoridad y no conformes las voluntades de sus príncipes, fuesen bastantes para echar de Italia al vencedor, al cual, cuando le faltasen todos los otros remedios, nunca le faltaría la disposición de juntarse con los vencidos, para ruina común de todos los italianos; que se debía temer mucho más que estos nuevos movimientos diesen ocasión á nuevas naciones de robar á Italia, que esperar que, por la unión del Papa y de los venecianos, se hubiesen de domar los franceses y los españoles; que Italia debía desear que la discordia y consejos malsanos de nuestros príncipes no abriesen el camino para que entrasen las armas forasteras; pero

que, estando dos partes de las más nobles, por su infelicidad, ocupadas por los reyes de Francia y España, se debía tener por menor calamidad que los dos quedasen allí, hasta que la piedad divina ó la benignidad de la fortuna trajesen ocasiones más fundadas, porque haciendo contrapeso el un Rey al otro, se defendía más la libertad de aquellos que aún no estaban sujetos, que con venir entre ellos mismos á las armas, por las cuales, mientras duraba la guerra, se destruirían con robos, con incendios, con sangre y con miserables accidentes las partes que todavía están enteras; y, finalmente, el que de ellos quedase vencedor, la afligiría toda con más cruel y atroz servidumbre.

Mas el Papa, que tenía otro dictamen, habiéndose hecho mayores y más ardientes sus bríos por la nueva confederación, luego que pasó el término señalado primero en el Monitorio á los cardenales autores del Concilio, convocando con grande solemnidad el Consistorio público, sentado con el traje pontifical, en la sala llamada de los reyes, declaró que los cardenales de Santa Cruz, de Saint-Malo, de Cosenza y el de Bayeux habían caído de la dignidad del cardenalato é incurrido en todas las penas á que están sujetos los herejes y cismáticos. Publicó demás, de esto, un Monitorio en la misma forma contra el cardenal de San Severino, al cual, hasta aquel día, no había molestado.

Procediendo con el mismo ardor en los pensamientos de las armas, solicitaba continuamente la venida de los españoles, teniendo intención de mover la guerra contra los florentinos antes de ninguna otra cosa, por inducir á los votos de los confederados aquella república, volviendo á poner en el gobierno la familia de los Médicis; y no menos por satisfacer el gran odio que había concebido contra Pedro Soderini, Alférez mayor, como si de su autoridad hubiera procedido que nunca

quisieran apartarse del rey de Francia los florentinos y que después hubiesen permitido que se celebrase en Pisa el Concilio.

Llegando muchos indicios á Florencia de esta determinación y haciéndose diversas prevenciones para poder sustentar la guerra, fué propuesto, entre otras cosas, que era muy conveniente que resistiese á la guerra que movía la Iglesia con sus mismas rentas; que para esto se obligase á los eclesiásticos á dar gran cantidad de dinero, mas con condición de que, depositándose en lugar seguro, no se gastase sino en caso que se moviese la guerra, y que, cesando el temor de que se movería, se restituyese á quien lo hubiera pagado. Contradecían esto muchos ciudadanos, temiendo algunos incurrir en las censuras y en las penas impuestas por las leyes canónicas contra los violadores de la libertad eclesiástica, pero la mayor parte de ellos, por contradecir lo que había propuesto el Alférez mayor, de cuya autoridad era manifiesto que principalmente procedía este consejo. Pero habiéndose determinado ya (por la diligencia del Alférez mayor y por la inclinación de otros muchos) en los Consejos más estrechos la nueva ley ordenada sobre esto, y no faltando más que la aprobación del Consejo mayor, el cual estaba junto para este efecto, habló el Alférez mayor en favor de la ley en esta manera:

«Nadie hay que pueda dudar justamente, excelentísimos ciudadanos, cuál ha sido siempre contra nuestra libertad la intención del Papa, no sólo por lo que al presente se ve de habernos sujetado con tanta ira al entredicho sin oír muchas verdaderas justificaciones vuestras y por la esperanza que se le daba de obrar de manera que, después de pocos días, se quitase el Concilio de Pisa, sino mucho más por el discurso de sus acciones continuadas en todo el tiempo de su Pontifi-

cado, de las cuales referiré brevemente una parte, porque traerlas todas á la memoria sería cosa muy larga. ¿Quién hay que no sepa que en la guerra contra los pisanos no se pudo alcanzar de él, aunque se lo suplicamos muchas veces, ninguna ayuda, ni pública ni secreta, aunque lo mereciese la justicia de la causa, y que el apagar aquel fuego que pocos años antes había sido materia de gravísimas perturbaciones, tocase á la seguridad del Estado de la Iglesia y á la quietud de toda Italia? Antes, como desde entonces se sospechó, y desde nuestra victoria, fué siempre más cierto que, cuantas veces acudía á él la gente de Pisa, la oía benignamente y la sustentaba con varias esperanzas en su pertinacia; inclinación no nueva en él, sino comenzada desde que era cardenal, porque, como es notorio á cualquiera de vosotros, al levantarse de Pisa el ejército de los franceses, procuró cuanto pudo con el rey de Francia y con el cardenal de Rohán que, excluyéndonos á nosotros, tomase en su protección á los pisanos.

»Este Papa no concedió nunca á nuestra República alguna de aquellas gracias de que muchas veces solía ser liberal la Sede Apostólica, porque en tantas dificultades y necesidades como teníamos, no consintió jamás que una vez sola nos ayudásemos con las rentas de los eclesiásticos, como muchas veces lo consintió Alejandro VI, aunque era tan grande enemigo de esta República; y mostrando en las cosas pequeñas el mismo ánimo que tenía en las mayores, nos negó también sacar del clero el dinero para sustentar el estudio público, aunque era poca la cuantía, continuada con la licencia de tantos Papas y que se convertía en causa piadosa de la doctrina y de las letras.

»Lo que por Bartolomé de Alviano se trató con el cardenal Ascanio en Roma no fué sin consentimiento del Papa, como entonces se mostraron muchos indicios y

presto se hubieran descubierto efectos manifiestos si los otros de mayor poder que intervenían en la plática no se hubieran retirado por la breve muerte del cardenal; pero aunque cesaron los fundamentos primeros, no quiso jamás acceder á nuestros justos ruegos para prohibir al Alviano que se juntase ó entretuviese soldados en el territorio de Roma, sino prohibió á los Colonnas y á los Savellos, por cuyo medio hubiéramos con poco gasto alejado nuestros peligros, que acometiesen los lugares de aquellos que se disponían para ofendernos.

»En las cosas de Siena, defendiendo siempre á Pandolfo Petrucci contra nosotros, nos obligó con amenazas á prorrogar la tregua, y no se interpuso después para impedirnos recuperar á Montepulciano (para cuya defensa había enviado gente á Siena), sino por miedo de que el ejército del rey de Francia fuese llamado por nosotros á la Toscana.

»Nosotros, por el contrario, no le hemos hecho jamás ofensa alguna, sino procedido siempre con la devoción justa con la Iglesia. Conviniendo particularmente en todas las demandas que estaban en nuestro poder, concedímosle sin ninguna obligación, antes contra nuestro propio provecho, la gente de armas para la empresa de Bolonia. Pero ningún servicio, ningún rendimiento ha bastado para aplazar su intención, de la cual hay otras muchas señales, pero la más poderosa es aquella que, por no parecer que me lleva el enojo y porque sé que está en la memoria de todos, quiero pasar en silencio, de haber dado oídos (quiero que sean las palabras moderadas) á los que le ofrecieron mi muerte, no por odio que me tuviese, pues nunca había recibido de mí alguna injuria, y cuando era cardenal me había distinguido siempre honrosamente, sino por el ardiente deseo que tiene de privaros de vuestra libertad. Porque habiendo procurado siempre que esta

República siguiese su voluntad inmoderada é injusta, fuese partícipe de sus gastos y de sus peligros, y no esperando de la moderación y madurez de vuestros consejos que pudiesen nacer imprudentes y arrojadas determinaciones, ha enderezado su fin á procurar introducir en esta ciudad una tiranía que dependa de él, que no se aconseje ni gobierne según vuestro provecho, sino conforme á la furia de sus deseos, de los cuales, llevado á fines desmedidos, no piensa en otra cosa sino en sembrar guerras con guerras y en sustentar continuamente el fuego en la cristiandad. ¿Quién hay que pueda dudar que ahora que se muestran juntas con él tan poderosas armas, ahora que domina la Romaña, que le obedecen los sieneses, por donde tiene la entrada hasta penetrar en vuestras entrañas, no tenga intención de acometernos, que no ha de procurar claramente alcanzar con las fuerzas lo que ya ha intentado ocultamente con las asechanzas y que con tanto ardor ha deseado tanto tiempo ha y tanto más cuanto hemos estado menos dispuestos para defendernos? Pero aun cuando no se viese ninguna otra cosa, ¿no muestra bastante sus pensamientos con haber señalado nuevamente por Legado de Bolonia al cardenal de Médicis, con intención de hacerle gobernador del ejército, persona á quien nunca había honrado ni beneficiado y en quien jamás mostró confiarse? ¿Qué otra cosa significa esto sino que, dando autoridad y arrimando á nuestros confines, ó antes poniendo casi sobre nuestro cuello con tan gran dignidad con reputación y con armas á aquel que aspira á ser nuestro tirano, dar ánimo á los ciudadanos (si hay algunos tan malos) para que amen más la tiranía que la libertad y á sublevar vuestros vasallos con este nombre? Por estas razones, éstos mis honrados compañeros y otros buenos y sabios ciudadanos han juzgado que es necesario que, para defender esta

libertad, se hagan las mismas provisiones que se hubieran de hacer si fuera cierta la guerra; y si bien es verosímil que el rey de Francia (á lo menos por sus intereses propios) nos ayudará prontamente, no debemos por esta esperanza omitir los remedios que están en nuestra mano, ni olvidarnos de que podrán sobrevenir fácilmente muchos impedimentos que nos privarían en alguna parte de sus ayudas.

»No creemos que haya quien niegue que es este saludable y necesario consejo, y si todavía lo negase alguno, podría ser que le moviese otro fin que el celo del bien común. Hay algunos que alegan que, estando inciertos nosotros de que el Papa tenga resolución de movernos guerra, es inútil determinación, ofendiendo su autoridad y gravando los bienes eclesiásticos, darle justa causa para enojarse y provocarle á que nos haga la guerra casi necesariamente; como si no se alcanzase manifiestamente por tantas y tan evidentes señales y argumentos cuál es su intención; ó como si tocase á prudentes gobernadores de las Repúblicas dilatar la prevención después del principio del acometimiento, y querer recibir primero del enemigo el golpe mortal, que vestirse con las armas necesarias para defenderse.

»Otros dicen que, por no añadir á la ira del Papa la divina, se debe tratar de vuestro bien por otro camino, porque no tenemos aquella necesidad sin la cual está prohibido siempre con gravísimas penas de las leyes canónicas á los seglares imponer gravámenes á los bienes ó á las personas eclesiásticas.

»Hase considerado esta razón asimismo por nosotros y por los demás que han aconsejado que se haga esta ley; mas no bastando, como sabéis, las rentas públicas para los gastos que serán necesarios, habiendo estado tanto tiempo nuestras haciendas trabajadas tan gra-

vemente, y siendo manifiesto que se enflaquecerán cada hora de nuevo en la guerra, ¿quién hay que no vea que es muy conveniente y necesario que los gastos que se han de hacer para defendernos de la guerra que nos mueven las personas eclesiásticas, se sustenten en alguna parte con el dinero de los eclesiásticos, cosa usada en nuestra ciudad otras muchas veces, y mucho más por todos los otros Príncipes y Repúblicas?

»Pero jamás, ni aquí ni en otra parte, con mayormoderación y medida, pues no se ha de gastar en otra cosa, antes se ha de depositar en lugar seguro para restituirlo á los mismos religiosos si nuestro miedo saliese vano; de suerte que si el Papa no nos moviese la guerra, no gastaríamos el dinero de los eclesiásticos, ni en cuanto al efecto les habremos impuesto carga alguna. Si nos la moviese, ¿quién se podrá quejar de que nos defendamos con todos los medios que nos son posibles de una guerra tan injusta? ¿Qué ocasión le da esta República, que por necesidad, y no por gusto, como á él le es notorio, ha sufrido que se llame á Pisa el Concilio, para que se pueda decir que le hemos provocado ó incitado, á no ser que se diga que provoca el que no ofrece el cuello y el pecho abierto á quien le acomete? No se puede decir que le irrita quien se prepara para defenderse, ni quien se pone en orden para resistir su injusta violencia. Bien le provocaríamos é irritaríamos si no nos dispusiésemos, porque, por la esperanza de la facilidad de la empresa se aumentarían la furia y ardor que tiene de destruir nuestra libertad desde su fundamento.

»No os detenga el temor de ofender el nombre divino, porque el peligro es tan grave y tan evidente, son tales nuestras necesidades y lo que hemos menester (ni se puede tratar en nuestro perjuicio cosa de mayor peso), que es permitido, no sólo el ayudarse con aquella parte

de estas rentas que no se convierte en efectos píos, sino que sería lícito echar mano de las cosas sagradas; porque la defensa, según la ley natural, es común á todos los hombres y aprobada por Dios, nuestro Señor, y por consentimiento de todas las naciones; nacida juntamente con el mundo y permanente como él, la cual no la pueden derogar ni las leyes civiles ni las criminales fundadas en la voluntad de la gente, porque lo escrito en papel no deroga una ley que no está hecha por los hombres, sino escrita, esculpida y grabada en el pecho y en el entendimiento de la generación humana por la misma naturaleza. Ni se ha de esperar á que estemos reducidos á extrema necesidad, porque, llegados á tal estado y cercados y casi oprimidos por los enemigos, tarde recurriremos á los remedios y llegaremos al antídoto, habiéndose apoderado de nuestros cuerpos el veneno.

»Pero demás de esto, ¿cómo se puede negar que en los particulares no haya grandísima necesidad, cuando las cargas que se ponen obligan á una gran parte á disminuir los gastos sin los cuales no pueden vivir sino con grande descomodidad y limitación de las cosas necesarias para su dignidad? Esta es la necesidad que consideran las leyes, las cuales no quieren que se espere á que nuestros ciudadanos se vean reducidos al peligro del hambre, ni en términos que no se puedan sustentar á sí mismos ni á sus familias. Por otra parte, con esta imposición no se causa incomodidad alguna á los eclesiásticos, antes se desembarazan de aquella parte de sus rentas, que, ó conservarían inútilmente en sus casas ó consumirían en gastos superfluos ó quizá muchos de ellos (perdóneseme esta palabra) lo gastarían en placeres no convenientes ni honestos.

»Y es conclusión común de todos los sabios que agradan grandemente á Dios las libertades de las ciu-

dades, porque en ellas más que en otro género de gobierno se conserva el bien común, administrándose más sin distinción la justicia, enciéñense más los ánimos de los ciudadanos para las obras virtuosas y honradas, y se tiene más respeto y observancia á la religión. ¿Creéis que le haya de desagradar á Dios que, para defender cosa tan preciosa que quien derrama su sangre por ella es sumamente alabado, os valgáis de una pequeña parte de los frutos y rentas temporales, las cuales, aunque están dedicadas á la Iglesia, entraron todas en ella por las limosnas, donativos y por lo que dejaron nuestros mayores? Y no se gastarán menos bien en la conservación y bien de las iglesias, sujetas en la guerra, de la misma manera que las cosas seglares, á la crueldad y avaricia de los soldados, siendo así que no se mirará más por el respeto de ellas en una guerra movida por el Papa, que lo serían en una hecha por los turcos ó por cualquier impío tirano.

»Ayudad, ciudadanos, mientras podéis, á vuestra libertad, y persuadíos que no se puede hacer cosa más grata ni más acepta á Dios, nuestro Señor, y que para desviar la guerra de vuestras casas, haciendas, templos y monasterios no hay mejor remedio que dar á conocer á quien piensa ofenderos que estáis determinados á no dejar de hacer cosa alguna que toque á vuestra defensa.»

Oído lo que dijo el Alférez mayor, no hubo dificultad alguna en que aprobase la ley propuesta el Consejo mayor, de lo cual, aunque creció sobre manera la indignación del Papa y se irritó tanto más para disponer los confederados á romper la guerra con los florentinos, con todo eso, le apartaron de este parecer á él y á los que trataban en Italia por el rey de Aragón las persuasiones de Pandolfo Petrucci, el cual, aconsejando que se acometiese á Bolonia, contradecía el mover la

guerra en la Toscana, alegando que, por tener Bolonia pocas fuerzas para defenderse por sí misma, se defendería solamente con las fuerzas del rey de Francia, pero que por los florentinos harían resistencia, no sólo las fuerzas de ellos, sino las del mismo Rey, que por su utilidad propia las aplicaría en su defensa, no con menos calor que por Bolonia; que los florentinos, si bien estaban inclinados con el ánimo al rey de Francia, sin embargo, prudentes y celosos de la conservación de su Estado, no habían ofendido á nadie con las armas por propio impulso en tantos movimientos, ni le habían sido útiles en otra cosa que en servirle para defensa del Estado de Milán con doscientos hombres de armas, por las obligaciones de la capitulación hecha comúnmente con el Rey Católico y con él; que no se podía hacer cosa más agradable ni más útil para el rey de Francia que obligar á los florentinos á dejar la neutralidad y hacer que su causa se hiciese común con la del Rey; que era grande imprudencia, habiéndoles apretado en vano el Rey con muchos ruegos y promesas para que se declarasen por él, que los enemigos del Rey fuesen causa para hacerle conseguir aquello que con su autoridad no había podido obtener; que conocian todos por muchas señales, pero que él tenía más cierta noticia de ello, que era muy molesto á los florentinos que se celebrase el Concilio en Pisa, y que no habían convenido en ello por otra cosa que por no haberse atrevido á resistir á las demandas del rey de Francia, hechas cuando sucedió la rebelión de Bolonia y cuando no se veían armas que se le opusiesen en Italia; que era cierto que concurriría al Concilio la autoridad del Emperador, y se creía que también habría consentimiento del Rey Católico; que asimismo sabía que los florentinos no sufrirían que en su dominio se detuviesen soldados franceses, y que era cosa muy dañosa

amenazarles ó exasperarles, antes por el contrario, sería utilísimo el tratarles con mansedumbre y admitirles sus excusas porque, procediendo así, ó se alcanzaría de ellos con el tiempo ó con alguna ocasión lo que ahora no se podía esperar, ó que á lo menos, no obligándoles á tomar, por miedo, nuevas determinaciones, descuidarían de manera que, en los tiempos peligrosos, no ofendiesen, y alcanzándose la victoria, estaría en poder de los confederados dar aquella forma al gobierno de los florentinos que juzgasen por más á propósito.

Disminuía en esta causa la autoridad de Pandolfo al conocerse que deseaba, por su propio provecho, que no se comenzase en la Toscana una guerra tan grave, en la cual, ó por los ejércitos amigos ó por los enemigos serían destruídos igualmente los países de todos; mas parecieron tan eficaces sus razones, que se determinó fácilmente el no acometer á los florentinos. Obligó á juzgar por mejor este consejo la diferencia que pocos días después comenzó entre los florentinos y los cardenales. No habían intervenido (como he dicho arriba), los cardenales en los primeros actos del Concilio, porque se habían detenido en el Burgo de San Donnino, ó por esperar á los prelados que venían de Francia ó á los que había prometido enviar el Rey de Romanos, ó por otras causas, por lo cual, habiendo partido por diferentes caminos, corrió voz de que los dos españoles, que habían tomado el de Bolonia, se reconciliarían con el Papa. Acrecentaba esta opinión el saberse que continuamente trataban con el embajador del rey de Aragón, que residía cerca del Papa, y porque habían pedido y alcanzado de los florentinos la fe pública de poderse detener seguramente en Florencia.

Al llegar al país de Mugello se volvieron de improviso hacia Luca para juntarse verdaderamente con los otros, ó porque hubiesen tenido siempre en su ánimo

esta intención ó porque pudiese más en el cardenal de Santa Cruz la antigua ambición que el nuevo miedo, ó porque, habiendo recibido en aquel lugar el aviso de haber sido privados del Capelo, perdiesen las esperanzas de poderse concordar ya con el Papa.

Pasaban al mismo tiempo el Apenino los tres cardenales franceses de Saint-Malo, Albret y Bayeux por el camino de Pontremoli, y con ellos los prelados de Francia, tras los cuales partían de Lombardía, á petición suya, trescientas lanzas francesas gobernadas por Odetto de Foix, señor de Lautrech, señalado por los cardenales para guarda del Concilio, porque juzgaban peligroso estar en Pisa sin tal presidio, ó para que procediese con mayor autoridad el Concilio acompañado de las armas del Rey de Francia, ó verdaderamente (como decían) para tener fuerzas con que resistir á cualquiera que se atreviese á falsear ó no obedecer sus decretos.

Al saber los florentinos esta determinación, que se les había encubierto hasta que la gente se comenzó á mover, determinaron no recibir en aquella ciudad tan importante tan grande número de soldados, considerando la mala disposición de los pisanos, acordándose que la rebelión pasada había procedido por la presencia y con la aprobación del rey Carlos y de la inclinación que al nombre pisano habían tenido los soldados franceses, y sabiendo demás de esto que, por la insolencia militar, podía nacer algún accidente peligroso. Pero mucho más temían que si las armas del rey de Francia venían á Pisa, sucediese (y quizá según el deseo oculto del Rey) que la Toscana quedase hecha campo de la guerra; por lo cual significaron en el mismo tiempo al Rey que era dificultoso el alojar tanta gente por la estrechez y esterilidad del país, que de suyo era desacomodado, cuanto más para sustentar la multitud que se juntaba para el Concilio; que no era

necesaria, porque Pisa estaba gobernada y defendida de tal manera por ellos, que los cardenales podían, sin peligro de insultos de los forasteros ni de oposición de sus habitantes, vivir en ella seguramente, y al cardenal de Saint-Malo (por cuya voluntad se regían en estas cosas los franceses) dijeron que habían determinado no admitir en Pisa soldados, el cual, mostrando con las palabras que convenía en ello, ordenaba por otra parte que, separada la gente y con la menor demostración que se pudiese, pasase adelante, persuadiéndose que, en arrimándose á Pisa, entrarían en ella con violencia ó con maña, porque los florentinos no se atreverían á prohibirlo con tan grande injuria del Rey.

Pero habiendo respondido el Rey claramente que convenía en que no fuesen á aquella ciudad, enviaron los florentinos al cardenal de Saint-Malo con embajada igual á su soberbia, á Francisco Vettori, para significarle que si entraban los cardenales con armas en su dominio, no sólo no los admitirían en Pisa, pero los perseguirían como enemigos, y lo mismo harían si la gente de armas pasaba el Apenino hacia Toscana, porque presumirían que no pasaban por otra cosa sino para entrar después ocultamente ó con algún engaño en Pisa. Conmovero el cardenal por esta adventencia, ordenó que la gente se volviese de la otra parte del Apenino, consintiendo los florentinos en que quedasen con él, demás de las personas de Lautrech y de Chatillón, ciento cincuenta arqueros.

Juntáronse todos los cardenales en Luca (ciudad que, por esta causa, declaró el Papa que había incurrido en el entredicho), donde, dejando enfermo al Cosentino, que pocos días después vió el último de su vida, fueron los otros cuatro á Pisa, no siendo recibidos, ni con ánimos alegres por los magistrados, ni con reverencia ó devoción por la multitud, porque á los florentinos les era muy mo-

lesta su venida, y en los pueblos cristianos no era aceptada ni de alguna estimación la causa del Concilio; pues si bien el título de reformar la Iglesia era muy honesto y de gran provecho, y aun para toda la cristiandad no menos necesario que agradable, no obstante, parecía á todos que los autores se movían por ambiciosos fines envueltos en la codicia de las cosas temporales; que se disputaba, debajo de color del bien universal, sobre los intereses particulares; que cualquiera de ellos que llegase á ser Pontífice no tendría menos necesidad de ser reformado que la que tenían aquellos que se trataba de reformar, y que, demás de la ambición de los sacerdotes, habían levantado y sustentaban el Concilio las diferencias de los Príncipes y de los Estados; que éstas habían movido al rey de Francia á procurarlo, al de Romanos á convenir en él y al de Aragón á desearle, de suerte que, comprendiéndose claramente que con la causa del Concilio estaba junta principalmente la de las armas y de los Imperios, tenían los pueblos horror á que, debajo de títulos piadosos, de materias espirituales, se procurasen por medio de guerras y escándalos las cosas temporales.

Por esto, no sólo en la entrada de los cardenales en Pisa se vió manifiestamente el odio y el desprecio común, sino más claro en los actos del Concilio, porque habiendo convocado al clero para que interviniese en la iglesia catedral á la primera sesión, ningún religioso lo quiso hacer, y los propios sacerdotes de aquella iglesia, queriendo los conciliares, según el rito de los Concilios, celebrar la misa en que se pide la luz al Espíritu Santo (1), rehusaron darles los ornamentos, y pro-

(1) Entre los religiosos llamados para estos actos conciliares, había uno, nombrado Fray Bartolomé de Faenza, de la orden de Santo Domingo, vicario de la Congregación de San Marcos, de la cual había sido autor Fray Jerónimo Savonarola.

cediendo después á mayor osadía, cerradas las puertas del templo, se opusieron á que entrasen en él.

Habiéndose quejado de esto los cardenales á Florencia, fué ordenado que no se les negasen ni las iglesias ni los instrumentos ordinarios para celebrar los Oficios divinos, pero que no se obligase al clero á intervenir en el Concilio. Procedían estas deliberaciones, casi repugnantés á sí mismas, de las divisiones de los ciudadanos, por las cuales, recogiendo por una parte en sus lugares el Concilio, y por otra dejándole vituperar, se menospreciaba á un mismo tiempo al Papa y se desagradaba al rey de Francia. Por tanto, juzgando los cardenales que estar en Pisa sin armas no sería sin peligro, y conociendo que se disminuía la autoridad del Concilio en una ciudad que no obedecía sus decretos, se inclinaban á irse tan pronto como hubiesen enderezado las materias. Obligóles á acelerar esto un accidente que, si bien fué casual, tuvo su fundamento en la mala disposición de la gente, porque, habiendo hecho un soldado cierta insolencia á una mujer de mala vida en la casa pública, y comenzando los circunstantes á dar voces, concurrieron al ruido con las armas muchos franceses, así soldados como criados de los cardenales y de los otros preladós; de la otra parte concurrieron también muchos del pueblo pisano y de los soldados de los florentinos, y aclamándose por los unos el nombre de Francia, y por los otros el de Marzocco (señal de la república de Florencia), comenzó entre ellos una ardiente pendencia; pero concurriendo allí los capitanes

Prometiéndole los cardenales que si con sus frailes (á los cuales estaban vueltos los ojos de todo el clero de Pisa) venia al dicho Concilio, canonizarían al Savonarola, él les respondió con ánimo intrépido, que no había de faltar nunca á la obediencia del Sumo Pontífice, y les hizo dar con las puertas de la iglesia en los ojos.—(*Nota del Traductor.*)

franceses y los florentinos, al fin se quietó el alboroto habiéndose herido ya muchos de ambas partes, y entre los otros Chatillón, que había acudido al principio sin armas para obviar el escándalo, y asimismo Lautrech, que también había acudido por la misma causa, si bien las heridas de ambos fueron ligeras; pero llenó este accidente de tanto espanto á los cardenales, que por acaso estaban en aquella hora juntos en la iglesia de San Miguel, cerca de donde sucedió, que haciendo el día siguiente la segunda sesión, en que establecieron que pasase el Concilio á Milán, se fueron con gran brevedad, antes de quince días de su venida, con mucha alegría de los florentinos y de los pisanos; mas no iban menos alegres los prelados que seguían el Concilio, á los cuales era molesto haber venido á lugar que, por la mala calidad de los edificios y por otras muchas incomodidades procedidas de la larga guerra, no era á propósito para la vida delicada y abundante de los sacerdotes y de los franceses, y mucho más porque, habiendo venido contra su propia voluntad por orden del Rey, deseaban mudanza de lugar y cualquier accidente para dificultar, alargar ó disolver el Concilio. Mas en Milán los cardenales, por seguirles por todas partes el desprecio y odio de los pueblos, tuvieron las mismas ó mayores dificultades, porque el clero milanés, como si los que habían entrado en aquella ciudad no fuesen cardenales de la Iglesia romana, acostumbrados á ser honrados y casi adorados por todas partes, sino personas profanas y abominables, se abstuvo luego por sí mismo de celebrar los oficios divinos; y la plebe, cuando salían en público, los maldecía y escarnecía públicamente con palabras y acciones de oprobio, y sobre todos al cardenal de Santa Cruz, tenido por autor de esta materia, y que estaba más en los ojos del mundo, porque en la última sesión de Pisa le habían elegido por

presidente del Concilio. Oíanse por todos los caminos las murmuraciones de la gente, diciendo que los Concilios solían traer bendiciones, paz y concordia; pero que éste producía maldiciones, guerras y discordias; que los otros se solían congregarse para unir la Iglesia apartada, y éste se había juntado para desunirla cuando estaba junta; que se pegaba el contagio de esta peste á todos los que los recibían, obedecían y daban favor, y á los que en cualquier modo trataban con ellos ó les oían ó miraban, y que no se podía esperar otra cosa de su venida sino muerte, hambre y pestilencia, y finalmente, perdición de cuerpos y de almas.

Refrenó estas voces, que ya casi eran alboroto, Gastón de Foix, el cual, pocos meses antes de la partida de Longueville, había sido señalado para el gobierno de Milán y para gobernar el ejército, porque obligó al clero con gravísimas órdenes á volver á celebrar los oficios y al pueblo á hablar en lo venidero modestamente.

Procedieron con estas dificultades poco felizmente los principios del Concilio, y turbaba mucho más la esperanza de los cardenales, el que el Emperador, difiriéndolo de día en día, no enviaba ni los prelados ni los procuradores; aunque, demás de tantas promesas que había hecho antes, hubiese afirmado al cardenal San Severino y continuamente afirmaba al rey de Francia que quería enviarlos. Pero al mismo tiempo, alegando por excusa ó habiéndoselo advertido otros que no era conforme á su dignidad enviar al Concilio pisano los prelados de sus Estados propios si no se hacía lo mismo en nombre de la nación alemana, había convocado en Augusta á todos los prelados de aquella provincia para determinar la forma en que se había de proceder comúnmente en las cosas de aquel Concilio; pero afirmando á los franceses que, con este medio, los

juntaría á todos para enviarlos. A tormentaba también el ánimo del rey de Francia con la variedad de su proceder porque, demás de la tibieza que mostraba en las cosas del Concilio, daba oídos públicamente á la paz con los venecianos, tratada con muchas ofertas por el Papa y el rey de Aragón. Por otra parte, quejándose de que el Rey Católico no se hubiese avergonzado de contravenir tan descubiertamente la liga de Cambray, y que en esta nueva traición, y no confederación, le hubiese nombrado como accesorio, proponía á Galeazzo de San Severino que fuese á Roma personalmente, como enemigo del Papa, dándole el Rey parte de su ejército y gran cantidad de dinero. Mas no proponiendo estas cosas con tal firmeza que no se dudase, si era satisfecho de todas sus demandas, de lo que finalmente hubiese de determinar.

Combatían, pues, en el pecho del Rey sus sospechas acostumbradas de que el Emperador, si se veía desamparado de él, se juntaría con sus enemigos; y compraba su unión á gran precio, la cual no sabía qué fruto había de producir, conociéndose, por la experiencia de lo pasado, que muchas veces le dañaban más sus propios desórdenes de lo que le ayudaban sus fuerzas; no sabiendo el Rey determinarse por sí mismo sobre cuál era lo que le había de dañar más en esto, si los sucesos prósperos ó los contrarios del Emperador.

Ayudaba cuanto podía su suspensión el Rey Católico dándole esperanza, para hacerle proceder más despacio en las prevenciones, de que no se moverían las armas. Estos mismos oficios y por causas semejantes hacía el rey de Inglaterra, el cual había respondido al embajador del rey de Francia que no era verdad que él hubiese convenido en la liga hecha en Roma y que estaba dispuesto á conservar la confederación hecha con él.

Al mismo tiempo proponía el obispo de Tivoli en nombre del Papa la paz á condición de que no favore-

ciese más el Rey al Concilio y se apartase de la protección de Bolonia, ofreciendo asegurarle que el Papa no intentaría después cosas nuevas contra él. Agradaba más la paz al Rey (aun con malas condiciones) que el sujetarse á los peligros de la guerra y á los gastos que eran casi infinitos, si se había de resistir á los enemigos y sustentar al Emperador. No obstante le movía el enojo de ser casi forzado á hacer esto por el terror de las armas del rey de Aragón, el poderse asegurar muy dificultosamente de que el Papa, recuperando á Bolonia y libre del temor del Concilio, no guardase la paz, y la duda de que, cuando todavía se mostrase dispuesto á aceptar las condiciones propuestas, se retirase el Papa, como lo había hecho otras veces; con lo cual, ofendida su dignidad y disminuída su reputación, se tendría el Emperador por injuriado de que, dejándole á él en la guerra con los venecianos, hubiese querido por si solo concluir la paz. Por todo ello respondió precisamente al obispo de Tívoli que no quería convenir en que Bolonia estuviese debajo del dominio de la Iglesia, sino de la manera que antiguamente, y al mismo tiempo, por tomar firme determinación con el Emperador, que estaba en Brunech, villa no muy distante de Trento, le envió con grandes ofrecimientos y brevedad á Andrés del Burgo, de Cremona, embajador cesáreo cerca de su persona.

En este tiempo algunos vasallos suyos del condado del Tirol ocuparon á Batisten, castillo muy fuerte en la entrada de Valdicaldora.

---

## CAPITULO III.

Prepáranse los suizos para pasar á Italia en favor del Papa. — Desafian á Foix á librar batalla. — Inesperadamente vuelven á sus casas. — Solicita el rey de Francia la ayuda de los florentinos contra el Papa. — El ejército de la liga frente á Bolonia. — Consejo de Pedro Navarro para expugnarla. — Efecto de una mina. — El ejército levanta el sitio de esta ciudad.

Rotas de todo punto las pláticas de la paz, fueron los primeros pensamientos del Rey que, en habiendo la Paliza (el cual había dejado en Verona tres mil infantes para mitigar al Emperador, por estar enojado de su ida) vuelto á conducir el resto de la gente al ducado de Milán, levantado mucha infantería y recogido todo el ejército, se acometiese la Romana, esperando ocuparla ó toda ó alguna parte, antes que los españoles se hubiesen acercado á ella, y después pasar más adelante, según las ocasiones, ó sustentar la guerra en la tierra de otros hasta la primavera, y á este tiempo, pasando personalmente á Italia con todas las fuerzas de su reino, esperaba que sería superior á sus enemigos por todas partes.

Mientras trazaba estas cosas, procediendo más lentamente en lo que se determinaba de lo que por ventura pedían las ocasiones, y retirando al Rey de muchas provisiones, especialmente de levantar soldados de nuevo, el ser de su natural poco gastador, sobrevinieron recelos de que se movían los suizos, y porque se ha hecho en muchos lugares diferentes memoria de esta nación, parece muy á propósito y casi necesario tratar de ella con particularidad.

Son los suizos aquellos mismos que los antiguos lla-

maban helvecios, gente que habita en las montañas más altas del Jura, llamadas de San Claudio, las de Briga y de San Gotardo, hombres por naturaleza feroces y rústicos, y por la esterilidad del país, antes pastores que labradores. Fueron en tiempos pasados dominados por los duques de Austria, y habiéndose rebelado de ellos mucho tiempo ha, se rigen por sí mismos, no haciendo señal alguna de reconocimiento ni á los Emperadores ni á otros Príncipes; estando divididos en trece poblaciones, que llaman ellos Cantones. Cada uno de éstos se rige con magistrados, leyes y órdenes propias; hacen cada año y más á menudo si es menester, consulta de las cosas universales, juntándose en el lugar que eligen los diputados de cada Cantón, unas veces en uno y otras en otro, y llaman, según el uso de Alemania, Dietas á estas congregaciones, en las cuales se toma resolución sobre las guerras, las paces y las confederaciones, sobre las demandas de quien hace instancia para que, por decreto público, le concedan soldados ó les permitan que vayan voluntariamente y sobre las cosas que tocan á los intereses de todos.

Cuando por decreto público conceden soldados, eligen los Cantones entre ellos mismos un capitán general de todos, al cual se da la bandera con las insignias y nombre público.

Ha hecho grande el nombre de esta gente tan terrible y rústica la unión y gloria de las armas, con las cuales, por su ferocidad natural y por la disciplina de la ordenaza, no sólo han defendido siempre valerosamente su país, sino ejercitado fuera de él la milicia con suma alabanza, la cual, sin comparación, hubiera sido mayor si la hubieran ejercitado por su Imperio propio y no en servicio de otros para extender su dominio, y si hubieran tenido delante de los ojos más generosos fines que el cuidado del dinero, por cuyo amor corrom-

pidos, han perdido la ocasión de ser formidables á toda Italia, porque no saliendo de su país sino como soldados jornaleros, no han sacado fruto público de las victorias, acostumbrados, por la codicia de la ganancia, á ser en los ejércitos, con exigencias demasiadas y con nuevas demandas, casi insufribles, y, demás de esto, en el trato y en la obediencia de quien les paga muy fastidiosos y contumaces.

En su casa los principales no se abstienen de recibir dádivas y pensiones de los Príncipes para favorecer y seguir, en las consultas, sus partes; por lo cual, refiriéndose las cosas públicas al provecho particular y haciéndose vendibles y sujetas á sobornos, se sustentan entre ellos mismos las discordias, y, comenzándose por esta razón á no seguirse por todos lo que en las Dietas se aprobaba, la mayor parte de los Cantones han venido últimamente á manifiesta guerra, pocos años antes de este tiempo, con suma disminución de la autoridad que tenían en todo el mundo.

Más abajo de éstos están algunas villas y aldeas donde habitan los pueblos llamados valesanos, porque tienen su morada en los valles; muy inferiores en número, en autoridad pública y en valor, porque, á juicio de todos, no son feroces como los suizos.

Hay otra generación más baja que estas dos, que se llaman grisonos y se rigen por tres Cantones, por lo cual se llaman los señores de las tres ligas, y el lugar principal del país se llama Coira. Están muy confederados con los suizos y junto con ellos van á la guerra y se rigen casi con las mismas órdenes y costumbres; mejores en las armas que los valesanos, mas no iguales á los suizos ni en número ni en valor.

Los suizos, pues, no habiendo degenerado ni corrompídose tanto en este tiempo como después lo hicieron, siendo provocados por el Papa, se prevenían para bajar

al ducado de Milán, disimulando que procedía este movimiento de la universidad de los cantones, pero echando voz de que eran autores el cantón de Suit y el de Friburgo: el primero porque se quejaba de que, pasando un correo suyo por el Estado de Milán, había sido muerto por los soldados franceses; y el otro porque pretendía que había recibido otras injurias; cuyos consejos y públicamente los de toda la nación, aunque habían llegado antes á la noticia del Rey, no le habían movido á concertarse con ellos, como los suyos continuamente le aconsejaban y como los amigos que tenía entre ellos le daban esperanza de que lo podría alcanzar; deteniéndole la acostumbrada dificultad de no acrecentar veinte mil francos, que hacen el valor de diez mil ducados, poco más ó menos, á las pensiones antiguas, y rehusando así, por tan corto precio, aquella amistad, la cual después muchas veces hubiera comprado con un tesoro inestimable, persuadiéndose ó que no se moverían ó que, si lo hiciesen, le podrían ofender poco porque, acostumbrados á ejercitar la milicia á pie, no tenían caballos ni tampoco artillería. Demás de esto, en esta sazón que ya había entrado el mes de Noviembre, estarían los ríos crecidos y les faltarían los puentes y los bajeles y las vituallas del ducado de Milán, que se habían reducido por orden de Gastón de Foix á los lugares fuertes. Las villas vecinas estaban bien guardadas y se les podría oponer en lo llano la gente de armas; por cuyos impedimentos era necesario que, si se movían, se vieses necesitados en muy pocos días á volverse.

Pero los suizos, no espantándose de estas dificultades, habían comenzado á bajar á Varese, donde se aumentaban continuamente, teniendo consigo siete piezas de artillería de campaña, muchos arcabuces grandes, tirados por los caballos, y asimismo no estaban de todo punto sin prevención de vituallas.

Hacía mucho más temerosa su venida ver que, habiéndose hecho los soldados franceses más licenciosos que solían, comenzaba en los pueblos á ser muy odioso su imperio; porque, oprimido el Rey por su avaricia, no había consentido que se hiciese alguna prevención de infantería, ni la gente que entonces estaba en Italia, que según su número verdadero era mil trescientas lanzas y doscientos gentiles hombres, podía oponerse toda á los suizos, estando una parte en la guarda de Verona y de Brescia, y habiendo Foix enviado de nuevo á Bolonia doscientas lanzas, por la venida del cardenal de Médicis y de Marco Antonio Colonna á Faenza, donde, si bien no tenían infantería pagada, con todo eso, por las divisiones de las ciudades y porque en aquellos días el castellano de la fortaleza de Sassiglione, castillo de la montaña de Bolonia, le había entregado voluntariamente al Legado, había parecido necesario enviar este presidio.

De Varese enviaron los suizos un trompeta á desafiar al lugarteniente del Rey, el cual, teniendo consigo poca gente de armas, porque no había tenido tiempo para recogerla, ni más que dos mil infantes, y no resolviéndose tampoco, por no disgustar al Rey, á levantar nueva infantería, había venido á Assarón, villa distante trece millas de Milán, sin intención de pelear, pero de ir siempre á su lado para impedirles las vituallas, en lo cual sólo estaba la esperanza de detenerles, no habiendo entre Varese y Milán ni ríos dificultosos de pasar, ni villas á propósito para defenderse.

Vinieron los suizos de Varese á Galera, habiéndose aumentado ya hasta diez mil, y Gastón, á quien seguía Juan Jacobo Trivulcio, pasó á Lignago, distante cuatro millas de Galera.

Temerosos de estas cosas los milaneses, levantaban infantería á su propia costa para guarda de la ciudad,

y Teodoro Trivulcio trabajaba en fortificar los bastiones, y como si el ejército se hubiera de retirar á Milán, en hacer las explanadas por la parte de adentro alrededor de los reparos que ciñen los burgos, para que los caballos pudiesen obrar. Presentóse con todo esto Gastón de Foix, con quien estaban quinientas lanzas y doscientos gentiles hombres del Rey y con mucha artillería delante de la villa de Galera, y al descubrirse, los suizos salieron ordenados en batalla; pero no queriendo, hasta tener mayor número, pelear en lugar abierto, se volvieron luego á la villa.

Acrescentábase entre tanto continuamente el número de ellos, por lo cual, determinados á no rehusar más la batalla, vinieron á Busti, lugar en que estaban alojadas cien lanzas que se salvaron con trabajo, habiendo perdido los carros con parte de los caballos.

Al fin, retirándose los franceses siempre que ellos se adelantaban, se metieron en los burgos de Milán; estando inciertos todos de si querían detenerse á defenderlos, porque sus palabras decían una cosa y demostraba otra el abastecer de vituallas con solicitud el castillo.

Acercáronse después los suizos á dos millas de los burgos, mas ya se había disminuído mucho el temor, porque continuamente llegaba á Milán la gente de armas que se había vuelto á llamar, y asimismo mucha infantería que se levantaba; y cada día esperaban á Molaro con los infantes gascones y á Jacobo con los tudescos; habiendo enviado á llamar al uno á Verona y al otro á Carpi.

En este tiempo se tomaron unas cartas de los suizos para sus señores, en que les significaban que era flaca la oposición de franceses. Maravillábanse de no haber recibido del Papa ninguna persona, ni sabían lo que hacía el ejército veneciano, pero que procedían en la conformidad que se había determinado.

Eran ya en número diez y seis mil, y se volvieron hacia Monza sin intentar ocuparla; pero por estar más cerca del río Adda, causaban temor á los franceses de que querían pasarle, por lo cual echaron el puente en Casciano para impedirles el paso. Con la oportunidad de esta villa y del puente mientras se detenían allí vino á Milán (habiendo pedido primero salvoconducto) un capitán de los suizos, el cual pidió el sueldo de un mes para toda la infantería, ofreciendo que se volvería á su país; mas partiéndose sin la conclusión por haberle ofrecido mucho menor suma, volvió al día siguiente con demandas más altas, y aunque le hicieron mayores ofertas que el día antes, con todo eso, se volvió con los suyos y envió luego un trompeta á significar que ya no querían el arreglo.

Al día siguiente, moviéndose, contra la esperanza de todos, hacia Como, se volvieron á su patria, dejando libres los juicios de los hombres sobre si habían bajado para acometer el Estado de Milán ó para pasar á otro lugar, ó por qué causa, sin haber tenido ninguna dificultad evidente, se volvían hacia atrás, y, si querían volverse, por qué no habían aceptado el dinero, mayormente habiéndole pedido. Sea lo que fuere la causa, lo cierto es que, mientras se retiraban, llegaron dos mensajeros del Papa y de los venecianos, y se divulgó que, de llegar antes, no se hubieran ido los suizos.

Tampoco se dudaba que si al mismo tiempo que entraron en el ducado de Milán hubieran estado los españoles cerca de Bolonia, las cosas de los franceses, no pudiendo éstos resistir en tantas partes, hubieran ido sin tardanza á manifiesta perdición.

Viendo el Rey este peligro por la experiencia, no habiéndole antes previsto con la razón, encomendó á Foix antes que supiese la retirada de los suizos, que no perdonase, para concordarlos, ninguna cantidad de di-

nero; y no dudando de que aunque se compusiesen los suizos no dejaría de ser acometido poderosamente, mandó á toda la gente de armas que tenía en Francia que pasase los montes, excepto doscientas lanzas que reservó en Picardía. Demás de esto, envió nuevo refuerzo de infantes gascones, y ordenó á Foix que reforzase el ejército de infantería italiana y tudesca.

Pidió también con gran instancia á los florentinos (cuyas ayudas eran de mucha consideración para hacer la guerra en lugares vecinos, y por la oportunidad de turbar desde sus confines el Estado eclesiástico, é interrumpir las vituallas y las otras comodidades al ejército de los enemigos si se arrimaban á Bolonia), que descubiertamente y con todas sus fuerzas concurriesen con él en la guerra; pidiendo la necesidad de las cosas presentes, no ayudas pequeñas ó limitadas, ni atenerse á los términos de las confederaciones; que no podían tener mayor ocasión para obligarle ni hacer nunca beneficio más ilustre, del cual se extendería eternamente la memoria á sus sucesores. Fuera de esto, decía que, si bien lo consideraban, con defenderle y ayudarle á él defendían y ayudaban su causa propia, porque podían estar ciertos de cuán grande era el odio que les tenía el Papa, y cuánto el deseo del Rey Católico de afirmar en aquella ciudad un Estado que dependiese enteramente de él.

En Florencia tenían muchos diferente dictamen, ciegos con la codicia de excusar los gastos presentes, no considerando lo que podría traer consigo el tiempo futuro. En otros podía más la memoria de que nunca el rey de Francia ni Carlos su antecesor habían reconocido la fe y las obras de aquella República y de haberles vendido á gran precio el no impedir que recuperasen á Pisa, pues con este ejemplo no podían confiar en sus promesas y ofertas, ni que, por cualquier beneficio

que le hiciesen, se hallaría en él algún agradecimiento; que por esto era grande temeridad resolverse á entrar en una guerra que, si sucedía en contrario, participarían más que por igual parte de todos los males; y si prósperamente, no tendrían parte alguna (aunque fuese muy pequeña) en los bienes.

Pero eran de mayor consideración aquellos que por odio, ambición ó deseo de otra forma de gobierno se oponían al Alférez mayor, engrandeciendo las razones ya dichas y añadiendo otras de nuevo, y especialmente que, estando neutrales, no irritarían contra sí el odio de ninguna de las partes, ni darían á ninguno de los dos Reyes justa causa de sentimiento, porque no estaban obligados á dar al de Francia más ayuda que trescientos hombres de armas, que ya le habían dado para la defensa de sus propios Estados, y que esto no podía causar disgusto al rey de Aragón, el cual tendría por no pequeña ganancia que no entrasen en esta guerra; de otra suerte, antes serían siempre alabados y tenidos en más los que guardaban la palabra, y especialmente porque, por este ejemplo, esperaría que también á él, cuando lo hubiese menester, se le guardaría lo que por la capitulación hecha con el rey de Francia y con él se había prometido; que si se procedía de esta manera y hubiese paz entre los dos Príncipes, la ciudad sería nombrada y confirmada por ambos; si el uno alcanzase la victoria, no teniéndose por ofendido ni teniendo causa de odio particular, no sería dificultoso comprar su amistad con el mismo dinero y quizá con menor cantidad de la que gastarían en la guerra. Por este camino, más que con las armas, habían muchas veces librado la libertad sus antepasados. Si se procedía de otra manera, sustentarían mientras durase la guerra, por otros y sin necesidad, grandes gastos, y alcanzando la victoria la parte enemiga, quedaría en peligro muy manifes-

to la libertad y el bien de la patria. Era contrario á éstos el parecer del Alférez mayor, juzgando más saludable para la República que se tomasen las armas por el rey de Francia, por lo cual había favorecido primero el Concilio y dado materia de enojo al Papa para que la ciudad, provocada por él ó comenzando á estar recelosa, estuviese casi necesitada á tomar esta resolución. Al mismo tiempo mostraba que no podía ser sino consejo muy dañoso el estar ociosos esperando el resultado de la guerra, la cual se hacía en lugares cercanos y entre Príncipes mucho más poderosos que ellos; porque la neutralidad en la guerra de los otros, es cosa loable y por donde se excusan muchas molestias y gastos, cuando no son tan flacas las fuerzas que hayan de temer la victoria de ambas partes, pues entonces se consigue seguridad y aun muchas veces el cansancio de los otros da disposición para acrecentar el Estado. Ni era seguro fundamento el no haber ofendido á ninguno ni haberles dado justa causa de sentimiento, porque rarisimas veces ó casi nunca se enfrena con la justicia ó con las discretas consideraciones la insolencia del vencedor, ni por estas razones se pueden tener por menos injuriados los grandes Príncipes cuando se les niega lo que desean, antes se enojan contra cualquiera que no sigue su voluntad y acompaña con ellos su propia fortuna; que se creía neciamente que el rey de Francia no se hubiese de tener por ofendido cuando se viese desamparado en tantos peligros, y que no correspondían los efectos del crédito que tenía de los florentinos á lo que sin duda se prometía de ellos y á lo que tantas veces le habían afirmado ellos mismos; que más necia cosa era creer que, quedando vencedores el Papa y el rey de Aragón, no ejercitasen contra aquella República la victoria con poca moderación, el uno por el odio insaciable y ambos por el deseo de afirmar un gobierno que

se rigiese á su albedrío; persuadidos de que, viéndose la ciudad en libertad, tendría siempre mayor inclinación á los franceses que á ellos, y que esto se veía claramente, habiendo el Papa, con aprobación del Rey Católico, señalado por Legado en el ejército al cardenal de Médicis; de forma que la neutralidad no venía á producir otro fruto que el quedar por despojo de cada uno, y que juntándose á uno de ellos, resultaría por lo menos de la victoria de cualquiera su seguridad y conservación, premio muy considerable estando reducidas las cosas á tanto peligro, y que, en caso de hacerse la paz, podían esperarse mejores condiciones; que era superfluo disputar sobre á cuál parte se debía seguir, porque nadie dudaría que debía anteponerse aquella antigua amistad, por la cual si la República no había sido remunerada ó premiada, había por lo menos estado muchas veces conservada y defendida y que amistades nuevas siempre serían infieles y recelosas.

Decía en vano estas palabras el Alférez mayor, impidiendo su voto toda la oposición de aquellos á quienes era molesto que el rey de Francia reconociese á su diligencia la unión de los florentinos. Ni se determinaba el declararse, ni totalmente estar neutrales; de lo cual nacían muy á menudo consejos inciertos y deliberaciones repugnantes á sí mismas, sin sacar gracia ni mérito de nada; antes procediendo con estas incertidumbres, enviaron con grande gusto del rey de Francia al rey de Aragón por embajador á Francisco Guicciardini, el que escribe esta historia, doctor en leyes y tan mozo todavía, que por su edad, según las leyes de la patria, estaba inhábil para ejercer cualquier cargo; mas, con todo eso, no le dieron tales comisiones que aliviasen en algo la mala voluntad de los confederados. Poco después que los suizos se volvieron á sus casas comenzaron los soldados españoles y los del Papa á en-

trar en la Romanía, á cuya venida todas las villas que tenía el duque de Ferrara de esta parte del Pó, excepto la Bastia del foso del Genivolo, se rindieron á la simple petición de un trompeta; mas porque no se había conducido todavía á la Romaña toda la gente y la artillería, la cual, esperando el Virrey, había hecho alto en Imola, pareció que, por no gastar ociosamente aquel tiempo, fuese Pedro Navarro, capitán general de la infantería española, á expugnar el castillo de la Bastia, y habiendo comenzado á batirle con tres piezas, hallando mayor dificultad de lo que había creído en su expugnación, porque estaba bien amunicionado y defendido valerosamente por ciento y cincuenta infantes que había dentro, atendió á hacer fabricar dos puentes de madera para dar mayor comodidad á los soldados á pasar los fosos que estaban llenos de agua. Acabados estos dos puentes, dió el asalto con gran ferocidad al tercer día de como se había arrimado á él, que fué el último del año 1512; de manera que después de largo y bravo combate, subiendo los infantes por las escalas sobre la muralla lo ganaron, matando casi toda la infantería y á Vestitello, su capitán.

Dejó Pedro Navarro en la Bastia doscientos infantes, contradiciéndolo Juan Vitello, el cual afirmaba que estaba tan débil con los cañonazos de la artillería, que sin repararla de nuevo, no se podía defender. Pero apenas se había vuelto á apartar con el Virrey cuando el duque de Ferrara, yendo con nueve piezas gruesas de artillería, la acometió con tan grande furia, que haciendo pedazos aquel lugar, entró en él por fuerza el mismo día, matando al capitán con todos los infantes. parte mientras se peleaba y parte por vengar la muerte de los suyos, y él salió herido de una pedrada en la cabeza, si bien, por la defensa de la celada, le hizo poco daño.

Habíase entre tanto juntado en Imola toda la gente, así eclesiástica como española, poderosa en número y en valor de los soldados y de los capitanes; porque de parte del rey de Aragón había (según se divulgaba) mil hombres de armas, ochocientos jinetes y ocho mil infantes españoles y, demás de la persona del Virrey, muchos barones del reino de Nápoles, de los cuales, el más esclarecido por fama y experiencia de las armas, era Fabricio Colonna, que tenía título de gobernador general, porque enojándose Próspero Colonna por haber de estar sujeto en la guerra á las órdenes del Virrey, había rehusado ir á ella. Del Papa había ochocientos caballos ligeros y ocho mil infantes italianos, debajo del gobierno de Marco Antonio Colonna, Juan Vitello, Malatesta, Baglione, hijo de Juan Paulo, Rafael de Pazzi y otros capitanes, sujetos todos á la obediencia del Legado cardenal de Médicis. No tenían capitán general, porque el duque de Términi, elegido por el Papa (como confidente del rey de Aragón), se había muerto en Civita Castellana, viniendo al ejército, y el duque de Urbino, acostumbrado á tener este puesto, no venía, ó porque había sido gusto del Papa, ó porque no juzgaba por cosa digna de su persona obedecer (mayormente en las villas de la Iglesia) al Virrey, capitán general de todo el ejército de los confederados.

Con esta gente bien proveída de artillería, que se había traído del reino de Nápoles, se determinó sitiar á Bolonia, no porque no se tuviese por empresa muy difícil por la disposición que tenían los franceses para socorrerla, sino porque no se podía hacer otra empresa alguna que no tuviese mayores estorbos y dificultades. Estarse ociosos con tan grande ejército argüía muy manifiesto temor, y la instancia del Papa era tal que cualquiera que le hiciese conocer las dificultades le hubiera dado ocasión para creer y quejarse que comen-

zaban ya á mostrarse los artificios y engaños de los españoles; por lo cual el Virrey, moviendo el ejército, hizo alto entre el río Lidice y Bolonia, donde poniendo en orden las cosas necesarias para la expugnación de la ciudad y derivando los canales que de los ríos Reno y Savana entran en Bolonia, se arrimó después á las murallas, extendiendo la mayor parte del ejército entre el monte y el camino que va de Bolonia á la Romana, porque por aquella parte tenía la comodidad de las vituallas.

Fué Fabricio Colonna con la vanguardia en que había setecientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y seis mil infantes, á alojar entre el puente del Reno, que está sobre el camino Romea, que va á Lombardía, y la puerta de San Felice, que está en el mismo camino, para poder estorbar más fácilmente el socorro que enviasen los franceses; y porque los montes estuviesen en su poder metieron una parte de la gente en el monasterio de San Miguel del Bosque, que está muy cerca de la ciudad, puesto en lugar eminente y que la sojuzga, y asimismo ocuparon la iglesia más alta, que se llama Santa María del Monte.

En Bolonia, además del pueblo belicoso (aunque quizá más por costumbre que por valor) y de algunos caballos é infantes, soldados de los Bentivogli, había enviado Foix dos mil infantes tudescos y doscientas lanzas debajo del gobierno de Odetto de Foix y de Ibo de Allegri, excelentes capitanes, éste por la larga experiencia de la guerra, y aquél por la nobleza de su familia y porque se veían en él manifiestas señales de valor y de ferocidad. También había otros dos capitanes, Faietta y Vincenzo, apodado Gran Diablo. Pero, con todo eso, ponían más la esperanza de defenderse en el socorro prometido por Foix que en las propias fuerzas, por ser grande el circuito de la ciudad y el sitio por la parte

del monte muy desacomodado, sin haber más fortificaciones que las que se habían hecho de rebato por el peligro presente; por ser muchos de la nobleza y del pueblo sospechosos á los Bentivogli, y haberse confirmado nuevamente en el sitio de la Bastia del Genivolo la antigua alabanza de la infantería española de que, en la expugnación de las villas, era de gran valor por su agilidad y destreza.

Confirmó mucho sus ánimos el tardo proceder de los enemigos, los cuales estuvieron nueve días ociosos alrededor de las murallas antes de intentar nada, excepto que comenzaron con dos sacres y dos culebrinas, plantadas en el Monasterio de San Miguel, á tirar al acaso y sin puntería cierta á la ciudad para ofender la gente y las casas; pero con brevedad se abstuvieron de ello, conociendo con la experiencia que no se ofendía á los enemigos, ni con esto se hacía otro efecto que gastar las municiones inútilmente.

Ocasionó tan grande tardanza el haber tenido noticia el día que pusieron el sitio de que Foix, habiendo venido á Finale, recogía por todas partes la gente, y parecía verosímil lo que divulgaba la fama que, por considerar cuánto dañaba á las cosas del Rey y cuánta reputación perdía dejando tomar una ciudad tan oportuna, se expondría á cualquier peligro por conservarla, por lo cual se debía considerar, no sólo por qué parte se podría plantar la artillería más fácilmente y con mayor esperanza de expugnarla, sino también cómo se podría estorbar que entrase el socorro de los franceses. Por esta razón se determinó en la primera consulta que Fabricio Colonna, dándole antes provisión de vituallas, pasando de la otra parte de la ciudad, alojase sobre la cumbre que está debajo de Santa María del Monte, pues de este lugar podría oponerse fácilmente á los que vienesen á entrar en Bolonia, que no

estaba tan distante del resto del ejército que, sobreviniéndole algún peligro, no pudiese ser socorrido á tiempo; que en la misma sazón se comenzase por la parte donde estaban alojados ó desde lugar poco apartado á batir la ciudad, alegando los autores de este parecer que no se debía creer que, dependiendo la conservación de todo lo que los franceses tenían en Italia de la de su ejército, hubiese de intentar Foix cosa en cuya ejecución pudiera ser obligado á pelear, ni que tampoco tuviese en su ánimo (aunque conociera que lo podía hacer seguramente) emplear todo el ejército en Bolonia, y con esto privarse de poder socorrer, si fuese necesario, al Estado de Milán, que no estaba enteramente seguro de los movimientos de los suizos y con mayores recelos de ser acometido del ejército veneciano, el cual, habiendo venido á los confines del Veronés comenzaba á acometer á Brescia.

Mas el día siguiente, casi todos los mismos que habían convenido en esto, reprobaron este parecer, considerando que no era cierto que el ejército francés no hubiese de venir, y si al fin venía, que no era poderosa sola la vanguardia para resistirle, y que no se podía alabar aquella determinación sustentada con un fundamento que estaba en poder de los enemigos variarle ó mudarle, por lo cual aprobó el Virrey el parecer de Pedro Navarro, que no le había comunicado á nadie sino á él.

Era el consejo que, echa provisión de vituallas para cinco días, y dejando guarda solamente en la iglesia de San Miguel, pasase todo el ejército á la parte contraria de la ciudad, de donde podría impedir que el ejército enemigo entrase en ella, y no estando reparado el lugar por aquella parte (porque jamás temieron ser acometidos por allí), le tomarían sin duda dentro de cinco días.

Al llegar á noticia de los otros esta resolución, no hubo nadie que no contradijese el ir con el ejército á alojar en sitio falto de las vituallas que se traían de la Romaña, con solas las cuales se sustentaría de manera que sin duda se deshiciera ó destruyera, si dentro de cinco días no ganaban la victoria; y ¿quién es aquel, decía Fabricio Colonna, que absolutamente se la pueda prometer en tiempo tan corto, ni deba (debajo de una esperanza engañosísima por su naturaleza, y sujeta á tantos accidentes) exponerse á tan gran peligro? ¿Quién no ve que faltándonos las horas medidas, teniendo por el frente á Bolonia, donde hay gran pueblo y muchos soldados, y á las espaldas los franceses y el país enemigo, no podremos retirarnos sin deshacernos con la gente hambrienta, desordenada y temerosa?

Proponían algunos otros que, añadiendo á la vanguardia mayor número de infantes, se detuviese de la otra parte de Bolonia, casi en las faldas del monte, entre las puertas de Zaragoza y de San Felice, fortificando el alojamiento con cortaduras y otros reparos, y que la ciudad se batiese por aquella parte, por donde, no sólo estaba muy flaca de murallas y de reparos, sino que, plantando también alguna pieza de artillería sobre el monte, se ofendían por el costado mientras se daba el asalto, á los que de adentro defendiesen la parte batida.

También este consejo se había reprobado como no bastante para impedir la venida de franceses y como peligroso porque, si fuesen acometidos, no podía el ejército, aunque estuviesen en su poder los montes, llegar á socorrer en menos tiempo que tres horas.

Siendo en estas dudas más fácil reprobar justamente los consejos propuestos por otros, que proponer aquellos que mereciesen ser aprobados, se inclinaron al fin los capitanes á que la ciudad se acometiese por aque-

lla parte por donde alojaba el ejército, movidos, entre otras causas, de ver que se disminuía ya la opinión de que Foix, pues tardaba tanto, hubiese de pasar más adelante, por lo cual comenzaron á hacer las explanadas para arrimar á las murallas la artillería, y volvieron á llamar la vanguardia para que alojase junta con los otros; mas poco después, habiendo venido muchos avisos de que la gente francesa se multiplicaba continuamente en Finale, y volviendo por esto á los recelos primeros de su venida, comenzó de nuevo á brotar la variedad de las opiniones, porque, conviniendo todos en que, si Foix se acercaba, se debía procurar acometerle antes que entrase en Bolonia, acordaban muchos que el haber en tal caso de retirar la artillería que estaba plantada en las murallas causaría mucha dificultad y embarazo al ejército, lo cual, cuando sus cosas estaban reducidas á términos tan estrechos, no podía ser ni de mayor peligro ni más dañoso.

Otros traían á la memoria que era cosa no menos de deshonra que de daño estar ociosamente tantos días alrededor de aquellos muros, confirmando á un mismo tiempo los ánimos de los enemigos que había dentro, y dando lugar para socorrerlos á los que estaban fuera, por lo cual no se debía diferir más el plantar la artillería, pero en lugar de donde se pudiese retirar acomodadamente, haciendo, para ir á oponerse á los franceses, las explanadas tan largas, que juntamente se pudiese mover la artillería y el ejército.

Seguía con gran deseo el Legado la opinión de aquellos que aconsejaban dar principio al combatir, cansado de tantas dilaciones y no sin sospecha de que fuese esto un proceder artificioso de los españoles por orden de su Rey, doliéndose de que si hubieran, luego que se arrimaron, comenzado á batir la ciudad, quizá á aquella hora la hubiesen ganado; que no se debían multipli-

car los yerros ni estar como enemigos alrededor de una ciudad, y por otra parte dar muestras de no tener atrevimiento para acometerla; que el Papa lo estimulaba cada día con correos y mensajeros, y no sabía ya qué responder ni qué alegar, ni podía sustentarle más con promesas y esperanzas vanas.

Conmovido el Virrey por estas palabras, se quejó grandemente de que, no habiéndose criado él en las armas ni en los ejercicios de la guerra, quisiese ser causa, con solicitarlo tanto, de determinaciones arrojadas; que en este consejo se trataba de los intereses de todo el mundo, ni se podía proceder con tanta madurez que no conviniese usarla mayor; que era costumbre de los Papas y de las Repúblicas tomar voluntariamente las guerras y, en entrando en ellas, comenzar luego á pesarles del gasto y de los disgustos, y así deseaban acabarlas muy pronto; que dejase determinar á los capitanes que tenían la misma intención que él y mayor experiencia en la guerra.

Finalmente, Pedro Navarro (á quien seguía mucho el Virrey), acordó que, en una deliberación de tanto momento, no debían hacer caso de la dilación de dos ó tres días, por lo cual se continuasen las prevenciones necesarias para la expugnación de Bolonia, para pelear con los enemigos y para seguir aquello que aconsejase el proceder de los franceses.

No se vió en el espacio de dos días ninguna luz de mejor resolución, porque Foix, á quien se habían rendido Cento, la Pieve y muchos castillos del Boloñés, se detenía todavía en Finale, atendiendo á recoger la gente que, por estar dividida en varios lugares, y no viniendo tan presto la infantería que había tomado á sueldo, se reunía con grande tardanza, por lo cual, no viendo ninguna causa para diferirlo, se plantó finalmente la artillería contra las murallas, distantes cerca

de treinta brazas de la puerta llamada de San Esteban, por donde se va á Florencia, donde la muralla, volviendo hacia la puerta llamada de Castiglione, que mira á la montaña, hace un ángulo, y al mismo tiempo se trabajaba por Pedro Navarro en hacer una mina por debajo de tierra hacia la puerta del camino de Castiglione, en aquella parte de la muralla donde estaba fabricada por la parte de adentro una capilla pequeña, llamada del Baracane, para que, cuando se diese el asalto por todos, pudiesen resistir más dificultosamente estando divididos que, si estuviesen juntos, defender un solo lugar; y demás de esto, no desamparando los pensamientos de oponerse á los franceses, quisieron que la vanguardia volviese al alojamiento donde estaba primero.

Arruináronse en un día poco menos de cien brazas de muralla con la artillería, y se maltrató de tal suerte la torre de la puerta que, no pudiendo defenderse más, la desampararon, de manera que por aquella parte se podía cómodamente dar el asalto; pero esperábase que estuviese antes en perfección la mina comenzada, aunque, por la temeridad de la multitud, faltó poco para que el mismo día se diese el asalto desordenadamente, porque los soldados, subiendo por una escala á un agujero hecho en la torre, bajaron desde allí á una casilla que estaba junta con las murallas por la parte de adentro, donde no había guarda; y viendo esto los otros infantes, casi todos alborotadamente se volvían hacia aquella parte, si los capitanes, corriendo al rumor, no los hubieran detenido; pero habiendo los de dentro, con un cañón que volvieron hacia la casilla, muerto una parte de la gente que estaba en ella, huyeron los demás de aquel lugar donde habían entrado inconsideradamente.

Mientras se trabajaba en la mina, atendía el ejército á hacer puentes de madera y á llenar los fosos de fa-

gina para poder arrimarse los infantes á la muralla rota, yendo casi á pie llano y haciendo sobre la ruina algún disparo de artillería para que los de adentro, cuando se les diese el asalto, no pudiesen detenerse en la defensa.

Viendo los capitanes franceses estas prevenciones y entendiendo que ya el pueblo comenzaba á sujetarse al miedo, enviaron luego á pedir socorro á Foix, el cual envió el mismo día mil infantes y el siguiente ochenta lanzas con que engendró firme crédito en los enemigos de que había determinado no pasar más adelante, porque no parecía verosímil que, si tuviera otra intención en su ánimo, separase de sí una parte de la gente.

Esta era sin duda su intención porque, creyendo que estas ayudas eran bastantes para defender á Bolonia, no quería, sin necesidad, tentar la fortuna de combatir.

Acabada de todo punto la mina y estando el ejército en armas para dar luego el asalto (y para que se diese con mayores fuerzas había sido llamada la vanguardia), hizo Navarro pegar fuego á la mina, la cual con gran furia y ruido echó por alto de tal manera la capilla que, por el espacio que quedó entre el terreno y la muralla que se había echado por el aire, se veía claramente por los que estaban fuera la ciudad por adentro y los soldados que estaban dispuestos para defenderla; pero luego, cayendo hacia abajo, se volvió la muralla entera al mismo lugar de donde la violencia del fuego la había arrebatado, y se juntó como si nunca se hubiera movido; por lo cual, no pudiéndose dar el asalto por aquella parte, juzgaron los capitanes que no se debía dar solamente por la otra. Atribuyeron á milagro este caso los boloñeses, teniendo por imposible que, sin la ayuda divina, hubiese podido juntarse tan ajustadamente en los mismos cimientos, por lo cual se engrandeció aquella capilla y la frecuentó el pueblo con gran devoción.

Inclinóse Foix por este suceso (como si ya no hubiera que temer de Bolonia) á ir hacia Brescia, porque tenía noticia de que el ejército veneciano se movía hacia aquella ciudad, de la cual temía mucho, por haber dejado en ella flacas provisiones por el peligro de Bolonia y porque sospechaba que había dentro fraudes ocultos. Pero los ruegos de los capitanes que estaban en Bolonia, mostrando unas veces que continuaba el peligro mayor que primero si se iba de allí, otras dándole esperanza de que, si entraba dentro, romperían el ejército enemigo, le apartaron de este propósito; por lo cual, aunque en el consejo lo contradijeron casi todos los capitanes, se movió al poner del sol de Finale y en la mañana siguiente á dos horas del día, caminando con todo el ejército ordenado en batalla, con nieves y vientos muy ásperos, entró en Bolonia por la puerta de San Felice, llevando consigo mil y trescientas lanzas y seis mil infantes tudescos, que todos los había puesto en la vanguardia, y ocho mil entre franceses é italianos.

Dentro Foix de Bolonia, trató de acometer en la mañana siguiente al ejército enemigo, saliendo fuera los soldados por tres puertas y el pueblo por el camino de los montes, y los hubiera hallado sin ningún pensamiento de su venida, de la cual es manifiesto que no tuvieron noticia los capitanes, ni aquel día, ni la mayor parte del siguiente; pero aconsejó Ibo de Allegri que descansase la gente por un día, por venir cansada de la dificultad del camino, no pensando él ni otro alguno que pudiese ser que, sin sabiduría de los enemigos, entrara de día y por el camino romano un ejército tan grande en una ciudad que tenían sitiada. Esta ignorancia se continuara asimismo hasta el otro día, si acaso no hubiera sido preso un estradiota griego que había salido á escaramucear juntamente con los otros caballos, y preguntándole lo que se hacía en Bolonia, respondió

que de ello podía tener poca luz porque había venido el día antes con el ejército francés.

Fué preguntado sobre estas palabras con diligencia y gran maravilla de los capitanes, y hallándole constante en las respuestas, le dieron crédito y determinaron levantar el sitio, juzgando, por estar maltratados los soldados por la aspereza del tiempo y por la vecindad de la ciudad en que había entrado un ejército tal, que era peligroso detenerse allí.

Por ello la noche siguiente, á los diez y nueve días de haber puesto el sitio, haciendo retirar con secreto la artillería, se movió el ejército hacia Imola ya tarde, caminando por las explanadas por donde habían venido, entre las cuales estaba el camino real por el cual iba la artillería, y habiendo puesto en la retaguardia la flor del ejército, se apartaron seguramente, porque de Bolognia no salieron más que algunos caballos de los franceses, los cuales, habiendo saqueado parte de las municiones y vituallas y habiéndose comenzado á desordenar, fueron vueltos á encerrar con daño suyo por Malatesta Baglione, que iba en la última parte del ejército.

FIN DEL TOMO III.



# ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

---

## LIBRO VII.

(Continuación.)

### CAPÍTULO III.

Quejas del Pontífice contra el rey de Francia por los asuntos de Génova.—Dieta de los Príncipes de Alemania en Constanza.—Discurso del Emperador induciéndoles á declarar la guerra á Francia.—Fernando de Aragón parte de Nápoles para volver á España.—Gonzalo de Córdoba le acompaña.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Francia en Savona. —Últimos honores tributados al genio del Gran Capitán.— Conferencia de ambos reyes.—Sospechas y malcontento del Pontífice.—Determinación de la Dieta de Constanza.—Próxima venida del Emperador á Italia.—Los venecianos en duda de confederarse con el Emperador ó con el rey de Francia.—Discurso del Foscareno y de Andrea Gritti en el Senado veneciano..... **Pág. 5.**

### CAPÍTULO IV.

Respuesta de los venecianos á Maximiliano.—El Papa se opone á que pase á Italia.—Intrigas del rey de Francia para que dilate su venida.—Conjuración en Bolonia en favor de los Bentivogli.—Bajada del Emperador al Friul.—Combate entre venecianos é imperiales en Cadoro.—Tregua que entre ellos convienen.—Quejas del rey de Francia contra los florentinos.—Respuesta de los florentinos á las quejas del Rey.—Negociaciones para restituirles á Pisa..... **Pág. 37.**

## LIBRO VIII.

## CAPÍTULO I.

Motivos del odio del papa Julio á los venecianos.—Congreso de Cambray para declarar la guerra á éstos.—Liga del Emperador y el Papa.—Embajadores del Congreso al Emperador.—El Papa duda de entrar en la confederación.—Situación angustiosa de Pisa.—Los reyes de Francia y de España venden á los florentinos la facultad de recuperarla.—Los venecianos se preparan á la defensa. . . . . **Pág. 58.**

## CAPÍTULO II.

El ejército veneciano en el Oglio.—El ejército francés pasa el Adda.—Monitorio del Papa á los venecianos.—Su respuesta.—Batalla del Adda.—Derrota de los venecianos.—Prisión del Albiano.—Bérgamo se rinde al rey de Francia.—Los franceses toman á Pesquiera.—El papa Julio invade la Romaña.—Alfonso, duque de Ferrara, se declara enemigo de los venecianos.—Los venecianos abandonan á Verona y Padua, y mandan á Antonio Justiniano como embajador á Maximiliano.—Consternación general en Venecia.—Discurso de Justiniano al Emperador. . . . . **Pág. 77.**

## CAPITULO III.

Los venecianos entregan los puertos del reino de Nápoles al rey de Aragón, y las ciudades de la Romaña al Papa.—Ravena se rinde al ejército pontificio.—Embajadores venecianos en Roma.—Los diputados de Verona presentan las llaves á los embajadores de Maximiliano.—Tumulto en Treviso, principio de la salvación de los venecianos.—Los florentinos sitian á Pisa.—Intentan los venecianos recuperar á Padua.—Capitanes y soldados que allí envían.—Padua es ocupada sin dificultad.—Fama de esta victoria.—Nueva confederación entre el Papa y el rey de Francia que parte de Italia.—Los venecianos atacan de improviso al marqués de Mantua haciéndole prisionero y dispersando sus fuerzas.—Maximiliano en el Vicentino. . . . . **Pág. 100.**

## CAPÍTULO IV.

Los embajadores venecianos entran en Roma de noche.—Provisiones del Senado veneciano para defender á Padua.—Discurso del Dux Loredano.—Los nobles venecianos mandan á sus hijos á la defensa de Padua.—Batalla.—El Emperador sitia á Padua.—Los paduanos juran fidelidad á los venecianos.—Asalto de los imperiales á Padua.—Maximiliano se ve obligado á retirarse.—Los venecianos rechazan la tregua que el Emperador les propone..... **Pág. 120.**

## CAPÍTULO V.

Discordia entre el rey de Francia y el Papa.—Condiciones que propone el Papa para absolver á los venecianos.—Los venecianos recuperan á Vicenza.—A las órdenes de Trevisano van contra el duque de Ferrara.—Derrota de los ferrareses en Pulisella.—Hércules Cantelmo es decapitado.—Chatillón acude en socorro de Ferrara.—Enojo del Pontífice, que les envía hombres de armas para la defensa.—Derrota de los venecianos en el Pó.—Concordia entre el Rey de Romanos y el Rey Católico.—Derrota de los imperiales en Verona.—Enojo del César contra el Papa.—Muerte del conde de Pitigliano.—Envío del obispo de Sión á los suizos.—Son absueltos los venecianos de la excomunión.—Condiciones..... **Pág. 140.**

## LIBRO IX.

## CAPÍTULO I.

Los venecianos toman varios capitanes á sueldo.—Nombran general del ejército á Juan Pablo Baglione.—Enojo del rey de Francia contra los suizos.—Liga de los grisonos con los franceses.—Origen de la guerra del Papa contra el duque de Ferrara.—Conjura de los veroneses en favor de los venecianos.—Ejército francés en el Polesino.—Los vicentinos piden misericordia á los franceses.—Respuesta del general francés á los vicentinos, que se entregan á su arbitrio.—Barbarie de los soldados tudescos..... **Pág. 164.**

## CAPÍTULO II.

Los franceses toman á Lignago.—Muerte del cardenal de Rohán.—Los tudescos toman á Monselice.—Propósitos secretos del Pontífice.—No acepta el censo del duque de Ferrara.—Da al rey de España la investidura del reino de Nápoles.—Procura abatir el poder de los franceses en Italia.—Los venecianos contra Génova.—Se retiran con escasa reputación. El Papa toma á Módena.—Los suizos acuden en favor del Pontífice.—Niégales el paso el duque de Savoya.—Su orden de marcha, teniendo enfrente al Trivulcio.—Su retirada.—El ejército veneciano en Verona.—El marqués de Mantua libertado de la prisión.—Causa de este acontecimiento..... **Pág. 180.**

## CAPÍTULO III.

El Pontífice proyecta asaltar á Génova.—Naufragio de los venecianos en el Faro de Mesina.—El rey de Francia determina declarar la guerra al Papa.—El Papa en Bolonia.—Derrota de los franceses en Montagnana.—El Papa excomulga á Alfonso, duque de Ferrara y á Chaumont.—Concilio de la Iglesia galicana en Lyón.—Algunos cardenales desobedecen al Papa.—El ejército francés en camino de Bolonia.—Discurso del Papa á los boloñeses.—Condiciones que los franceses ofrecen al Papa.—Chaumont se retira.—Los venecianos sospechan del marqués de Mantua.—El duque de Urbino en defensa de Módena.—El papa Julio II ataca la Mirandola.—Nueva alianza del Emperador con el rey de Francia.—El papa Julio en Concordia.—El Papa bate la Mirandola..... **Pág. 206.**

## CAPÍTULO IV.

Chaumont ofrece nuevas condiciones al Pontífice.—Alejandro Trivulcio defiende la Mirandola.—El papa Julio la toma y de allí se retira á Bolonia.—Discurso del Trivulcio disuadiendo de ir á atacar á los pontificios en sus alojamientos.—Artificio del marqués de Mantua para mantenerse neutral.—Módena es restituida al Emperador.—Chaumont muere..... **Pág. 236.**

## CAPITULO V.

Negociaciones entre los príncipes cristianos para la paz.—Gastón de Foix llega á Italia.—El obispo Gurgense en Bolonia con el Pontífice.—Altanería del obispo con el Papa.—Dificultades para que se pongan de acuerdo.—El Gurgense parte de Bolonia.—El Trivulcio toma la Concordia.—El ejército francés en camino de Bolonia.—Discurso del Papa Julio á los boloñeses y respuesta de éstos al Papa.—Incertidumbre de los boloñeses.—El cardenal de Pavia, legado pontificio, huye de Bolonia.—El duque de Urbino le sigue en la fuga.—El obispo Vitello entrega el castillo de Bolonia al pueblo.—El duque de Urbino mata al cardenal de Pavia.—Sentimiento del Papa.—Parte de Ravena.—Es invitado por Cédula á comparecer ante el Concilio, trasladado á Pisa..... **Pág. 252.**

## LIBRRO X.

## CAPÍTULO I.

Condiciones de la paz ofrecida al rey de Francia por el Pontífice.—Proyectos del Emperador Maximiliano.—El Papa convoca en Roma un Concilio.—Montepulciano es restituído á los florentinos.—Combates en el Friul.—Accidente que sufre el Papa, á quien se juzga muerto.—Colonna y Savello intentan sublevar al pueblo romano.—Restablécese el Papa del accidente, y absuelve á su sobrino del homicidio del cardenal de Pavia.—Pedro Navarro en Italia... **Pág. 284.**

## CAPÍTULO II.

Florenia y Pisa son excomulgadas.—Discordia en Florenia.—Fingimientos del cardenal Médicis con los florentinos.—Confederación del Pontífice con el Rey Católico y con los venecianos.—Los cardenales del Concilio pisano son privados del capelo.—Discursos del Alférez mayor Sonderini.—Luca es excomulgada por haber recibido á los cardenales franceses.—El Concilio es trasladado á Milán.—Los milaneses insultan á los cardenales del Concilio... **Pág. 305.**

## CAPÍTULO III.

Prepáranse los suizos para pasar á Italia en favor del Papa.  
—Desafían á Foix á librar batalla.—Inesperadamente vuelven á sus casas.—Solicita el rey de Francia la ayuda de los florentinos contra el Papa.—El ejército de la liga frente á Bolonia.—Consejo de Pedro Navarro para expugnarla.—Efecto de una mina.—El ejército levanta el sitio de esta ciudad..... **Pág. 331.**

---





Guicciardini, F. 290768  
Historia de Italia

DG539  
G83  
v.3

DG539 290768  
G83  
v.3 Guicciardini

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

